



SRIL
PASIÓN ESCOSES 2

Mita Marco
ALMA DE
DRAGÓN

Mm romántica histórica

ALMA DE DRAGÓN

MITA MARCO

©2019 ALMA DE DRAGÓN

©Mita Marco

Portada: JJ Jordan de Pexels

Diseño portada: Mita Marco

Maquetación: Mita Marco

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi querida María José.

Porque la amistad no entiende de tiempo, ni de lejanía.

Gracias por todo, por enseñarme que hay personas fantásticas que brindan su mano sin pedir nada a cambio, por darme tu apoyo incondicional y por tu ayuda desinteresada. Me harían falta mil vidas para poder agradecértelo como te mereces. Te quiero, bonita .

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTROS TÍTULOS DE MITA MARCO](#)

CAPÍTULO 1

Isla de Mull, Escocia, año 1329.

El caballo galopaba a una velocidad trepidante por las llanuras que rodeaban el castillo Duart. Era un animal joven y brioso, de un bello color castaño, muy peligroso para un jinete inexperto, por su energía y su carácter temperamental. No obstante, aquello no preocupaba a Seelie MacLean, que había sido instruida en aquella disciplina, desde niña, por su padre, el anterior laird del clan.

Todavía sonreía al recordar sus regañinas cuando soltaba las riendas, o cuando se distraía con cualquier alimaña que se encontraban en el camino. De hecho, los recuerdos más entrañables que Seelie guardaba de él eran básicamente esos, pues Lachlan no había sido un padre cariñoso con ninguno de sus tres hijos. Fue una persona seria y recta, demasiado preocupado con su clan y su buen nombre como para pasar demasiado tiempo haciéndoles carantoñas. Sin embargo, fue un gran líder. Un guerrero hasta sus últimos días de vida, y respetado incluso después de su muerte. Siempre pensó que nadie dirigiría a los MacLean como Lachlan, pero su hermano Logan estaba empezando a hacerle cambiar de opinión. Además de ser muy buen estratega, era justo y recto en cuanto a los conflictos, tanto o más que él.

Una lágrima resbaló por su mejilla y mojó su manto. A pesar de su carácter tosco, Seelie había amado con todo su corazón al hombre que le dio la vida. No podía creer que ya hubiese transcurrido casi un año desde que Maisie, la antigua amante de Logan, lo asesinase movida por su sed de riqueza y poder.

Se mordió el labio inferior y espoleó al caballo para que aumentase el ritmo.

Un año desde que la obligaron a desposarse con el hijo del viejo Murray.

Cuando le comunicaron que Lachlan la había comprometido con él, armó un buen escándalo. Aunque sabía que las órdenes de su padre debían cumplirse, dejó que todo el mundo se enterase de su opinión al respecto y maldijo una y otra vez a su futuro esposo. Como buena MacLean que era, tenía un carácter fuerte, y la misma determinación que cualquier hombre del clan, sin importarle que Ellora, su madre, le regañase por su comportamiento cada vez que olvidaba dónde estaba su lugar.

De hecho, nada más saber que uniría su vida a la de él, comenzó a maquinarse la forma de lograr que la devolviese a su hogar después del enlace. Sin embargo, no hizo falta ninguna argucia para que aquello sucediese. Con la muerte de su padre, Seelie suplicó que la dejaran permanecer en el castillo Duart una temporada más para acompañar a su madre en el duelo. Todos estaban rotos de dolor por semejante pérdida, y ni su esposo, ni el viejo Murray, pusieron impedimento alguno a que se quedase allí.

Dejó que el joven caballo galopase hacia el lago que había cerca del castillo, para que bebiese agua, y se sentó sobre la hierba húmeda de su orilla.

El cielo estaba encapotado, y unas pequeñas gotas mojaron su rostro. Si no regresaba acabaría empapada, pero se resistía a hacerlo. Estaba enfadada. Por esa razón había salido huyendo de la comodidad del castillo, exponiéndose al frío y a la inminente lluvia, galopando como un alma perseguida por el Diablo.

Un año.

Casi un año sin tener noticias de él.

¿Por qué ahora?

Apenas se habían visto unas horas en la boda. No habían hablado, no la había visitado, no le había mandado ni una misiva comunicándole su añoranza. Todo ese tiempo pasó como si la unión entre ambos jamás hubiese existido.

¿Y ahora la reclamaba, después de tanto tiempo?

Cerró los ojos intentando no ponerse a gritar de frustración y mesó su abundante pelo rojo.

No quería ir, se resistía a abandonar Duart y marcharse de su hogar. Cuando Logan le comunicó la noticia, no quiso creerlo.

—¡Mi señora!

La voz de Effie, su criada, la sacó de sus pensamientos.

Parecía a punto de ahogarse por la carrera. Su rostro regordete se había tornado carmesí y su cabello moreno, siempre pulcramente peinado en un moño tirante, parecía haberse deshecho casi por completo.

Se llevó las manos al pecho e intentó que la flojedad de la carrera no la hiciese desfallecer. Se anudó de nuevo el delantal e hizo una señal a Seelie para que la siguiese.

—¿Qué ocurre, Effie? —preguntó esta extrañada, incorporándose de la hierba y encarando a la criada.

—¡Vuestra cuñada! ¡La esposa del laird!

—¿Ginebra?

—¡La misma! —asintió Effie—. ¡Va a parir! ¡Llegó el día!

Seelie se tapó la boca, para contener una exclamación de júbilo. Tras un año casados, su hermano Logan y su cuñada iban a tener a su primer hijo. Era un bebé muy deseado, y todavía más después de la muerte de Lachlan. Todos esperaban que Ginebra pariese a un varón que heredase el título de laird tras Logan, no obstante, Seelie rezaba para que fuese una niña. Una hermosa niña a la que amar y consentir.

—¡Por San Gilberto, qué buena noticia! —exclamó abrazando a Effie—. ¡Mi querida Ginebra! —Corrió a coger las riendas del caballo, que comía hierba cerca del lago, y montó en él sin apenas esfuerzo—. ¡Vayamos sin demora! ¡Sube al caballo, Effie, llegaremos antes!

—¡Santo Dios, jamás osaría montar sobre esa bestia! —respondió asustada—. Id vos,

mi señora. Yo regresaré a pie.

Seelie asintió y espoleó al animal para que emprendiese la marcha. Tardó poco en llegar, pues el lago estaba apenas a unos minutos a pie del castillo Duart.

Dejó al animal en las caballerizas, para que los mozos lo cepillasen y diesen de comer, y corrió hacia el castillo, subiendo las escaleras que llevaban a los dormitorios, tan rápido como el vestido le permitió.

Al llegar a los aposentos de Logan, vio apostadas en la puerta a varias criadas, que esperaban a que les abriesen para dejar trapos de lino con los que limpiar a la parturienta.

Ellora abrió y las criadas entraron a la estancia.

—¡Madre! —gritó Seelie antes de que cerrase de nuevo—. Quiero ayudar.

—No es necesaria más ayuda, Seelie. Además de la partera, hay tres criadas ahí dentro.

—¡Quiero acompañar a Ginebra, intentar tranquilizarla y calmar su dolor!

—Para eso ya está tu hermano.

—¡Logan es un hombre, madre! ¡No sabría tranquilizar ni a una mula coja! —respondió con un resoplido.

Ellora puso los brazos en jarra y entrecerró los ojos.

—Eres demasiado joven para presenciar un nacimiento.

—¡Ya estoy casada!

—Tu matrimonio no ha sido consumado. No estás preparada para lo que va a ocurrir.

—Pero, yo...

—¡Ya basta, Seelie! —exclamó Ellora con voz de mando—. Debo regresar a la alcoba. Ginebra me necesita.

Los gemidos de su cuñada llegaron a sus oídos y Seelie se llevó la mano a la boca, sufriendo por ella. Su madre cerró la puerta y la dejó fuera, en el pasillo, esperando a que el alumbramiento se produjese.

Aguardó en silencio, rezándole a los santos para que todo saliese bien.

Escuchaba a Ginebra gritar, las voces de la partera dando órdenes a las criadas, a su madre tranquilizándola, y a Logan maldiciendo cada vez que su esposa chillaba de dolor.

Las horas pasaron y Seelie tomó asiento en un banco acolchado que había frente a la puerta. No le parecía justo que todos pudiesen estar presentes menos ella.

Apoyó la barbilla en una mano y siguió aguardando a que el llanto del bebé anunciase su llegada.

La puerta de la habitación volvió a abrirse. Por ella aparecieron Ellora y Logan. Su madre se cruzó de brazos y miró a su hermano con reprobación. Este maldijo entre dientes y abandonó la habitación dando un fuerte portazo a su salida.

Al ver a Seelie sentada en el banco, la imitó, y tomó asiento a su lado.

—¿Qué haces aquí fuera cuando tu esposa está pariendo a tu hijo?

—Madre me ha pedido que me vaya —gruñó entre dientes.

—¿Ha echado al padre de la criatura?

—Por lo visto, mi mujer necesita tranquilidad, y mis maldiciones no ayudan.

Seelie se mordió el labio y apoyó la mano en el brazo de su hermano.

—¿Está sufriendo mucho?

—¡Está sufriendo, condenación! —asintió con una exclamación—. ¡Y no puedo hacer nada para que se sienta mejor!

—Yo hubiese podido calmarla —añadió Seelie convencida—. Además de mi cuñada, es mi amiga. Sé que le gustaría que estuviese con ella.

—¿Y por qué no entras?

—Porque madre no me lo permite —resopló—. Según ella, no es apropiado para mí porque mi matrimonio todavía no está consumado.

Logan se encogió de hombros y fijó los ojos en la puerta de sus aposentos. Los gemidos de Ginebra seguían partiéndole el alma y poniéndole más nervioso.

—Necesito whisky, algún licor que calme mis nervios.

—¿Sabe Christen que su hermana está pariendo?

—Ordené que le envasen una misiva. Con suerte, podrá llegar cuando nazca mi hijo.

—¿Y Leslie? —continuó preguntando—. Nuestra hermana mayor exigió que se la avisase cuando la buena noticia se produjese.

—A ella también le llegará la misiva.

El silencio se apoderó del pasillo y solo se escuchaba el sufrir de Ginebra y el ajetreo de las personas que la acompañaban en el parto. Seelie le daba vueltas a las palabras de su madre. Si su matrimonio hubiese sido consumado, hubiera podido estar con su cuñada en aquellos difíciles momentos.

Imaginó a su esposo tocándola y una gran incomodidad se apoderó de ella.

Apenas se conocían. Se habían visto durante la ceremonia y no se habían dicho ni una triste palabra. De hecho, apenas recordaba el rostro del hijo del viejo Murray. No obstante, lo que no podía sacar de su mente era el nerviosismo que sintió al tenerlo a su lado. Aquellos ojos negros, fríos, recorriéndola con indiferencia. Esa cicatriz que recorría su mejilla de arriba abajo. Su cabello largo, tan negro como la noche.

Una extraña inquietud se posó sobre su pecho.

—Hermano, ¿de verdad voy a tener que marcharme? —le preguntó a Logan, con ojos suplicantes.

—Es tu esposo y te reclama, Seelie.

—¡No quiero ir!

—Debes cumplir con tu deber.

—¡Es un asesino! —lo acusó desesperada—. ¡Me matará como mató a su primera esposa!

—No se atreverá a hacerte daño, o los MacLean arrasaremos sus tierras —aseguró Logan con voz calmada.

—El Dragón no le teme a nadie.
—No debes llamar así a tu esposo —la reprendió.
—¡Así lo llama todo el mundo! ¡Y es un nombre de lo más acertado! ¡Es un depredador, un dragón que arrasa con todo lo que toca!
—No escuches lo que dice la gente.
—¡Por todos es sabido que el hijo del viejo Murray es cruel hasta con sus parientes, letal con sus enemigos y un asesino que no dudó en acabar con la vida de su pobre mujer! ¡En las batallas lleva capa y capucha, como los clérigos, para matar a traición a gentes inocentes que creen que es un hombre de Dios! —Tragó saliva y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Cómo pudo padre unir mi vida a la de ese monstruo?
—Padre quiso una alianza.
—Y no le importó sacrificar a su hija pequeña.
—Todos nos sacrificamos en esta vida en algún momento. Debes aprender a cumplir con tus obligaciones sin lloriquear como un infante.
Seelie bajó la cabeza al suelo y contuvo las lágrimas. Saber que pronto debería partir hacia las tierras de los Murray era descorazonador.
—No quiero ir —susurró.
Logan fue a contestar pero la puerta de la alcoba se abrió y por ella apareció su madre con una gran sonrisa en los labios.
—¡El Señor nos ha bendecido! ¡Gracias a los santos por este maravilloso milagro!
—¿Ha nacido mi hijo? —preguntó Logan dando un salto del banco en el que estaba sentado junto a Seelie—. ¿Cómo está Ginebra?
—Tu esposa está estupenda, es una mujer muy valiente.
—¿Y qué ha sido, hembra o varón?
Ella amplió la sonrisa y apretó la mano de su hijo en señal de felicidad.
—Acabas de ser padre de dos preciosas niñas.
Seelie gritó por la emoción y Logan corrió con su esposa. Cuando la partera y las criadas limpiaron la habitación, Ella permitió que Seelie entrase a ver a sus sobrinas. Al contemplar sus caras redonditas y preciosas, olvidó la desdicha por tener que dejar el castillo en el que había vivido desde su nacimiento y mudarse a unas tierras desconocidas, con un hombre al que todos temían por sus terribles crímenes.

Bosque de Blair Atholl, condado de Perth, Escocia.

Kyle Murray curvó los labios en una mueca feroz y se acercó a su presa, que lo miraba temeroso. Todo el mundo sabía que no había que enfadar al Dragón si apreciabas tu vida, y ese pobre diablo había hecho mucho más que desobedecer al hijo del laird de ese poderoso clan de las Tierras Altas. Habían estado buscándolo durante días y

cuando por fin habían dado con él, el propio Kyle quiso ser el que ajustase las cuentas con aquel infeliz.

El prisionero lo vio acercarse a él con parsimonia, y una sonrisa fría en los labios. El hijo del viejo Murray nunca sonreía. Y contaban las malas lenguas que solo lo hacía cuando se disponía a matar a sus prisioneros.

Se removió incómodo en su sitio cuando comprobó lo alto que era. Kyle sacaba varias cabezas a la mayoría de sus parientes. Su cuerpo, cubierto con tatuajes de glasto, era fuerte y curtido por las batallas. De hecho, su pecho tenía varias cicatrices que demostraban que había sido herido en dichas reyertas. Al igual que su mejilla, que también estaba marcada.

Sus ojos negros lo recorrían, provocándole el temblor de sus piernas, y su cabello azabache, zarandeado por el viento, le hacía parecer un dios justiciero.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —dijo el Dragón con su característica voz grave. Parecía una pantera a punto de atacar. Al menos, así lo creyó el prisionero.

—Mi señor, no es cierto aquello que dicen de mí —se defendió, con desesperación.

—¿No lo es?

—¡Os lo suplico, dejadme libre, soy inocente!

—Qué relativa es la inocencia, ¿no os parece? —respondió dirigiéndose a sus parientes, que sonrieron y se encogieron de hombros—. Cada cual considera sus acciones inocentes, sean mejores o peores en cuanto al prójimo.

—¡Pero lo que os digo es cierto, yo no cometí los crímenes de los que se me acusan!

Kyle vio que su prisionero comenzaba a llorar.

Puso los ojos en blanco y siseó. Odiaba a los hombres flojos.

—No os tenía por un cobarde, Anderson.

—No lo soy, mi señor, pero temo por mi familia. Tengo mujer y dos hijos.

—Podéis estar tranquilo por ellos.

—Gracias.

—De hecho, creo que los mataré también para que tus crímenes queden expiados de una vez por todas.

—¡No, os lo ruego, mi señor! ¡Los niños, mis niños no!

—Sí, sí, vuestros niños. —Sonrió—. Ellos serán los primeros en morir.

—¡No! ¡Dios Santísimo, piedad! —exclamó desesperado mirando al cielo.

El Dragón soltó una carcajada y apoyó la cadera en un árbol que había junto al prisionero.

—No creo que contéis con la ayuda divina, Anderson. —Acarició su claymore—. Mi espada llegará más rápido a vuestro cuello que los milagros de los santos.

—¡Vuestro lema! ¡Si me matáis faltaréis al lema de vuestro clan! —expuso el prisionero intentando librarse de su castigo—. *Ve a por tus enemigos, ten buena suerte y vuelve con los prisioneros.* ¡Soy vuestro prisionero, mi señor, merezco un juicio justo!

—¡Yo decidiré lo que merecéis! —gritó perdiendo los nervios—. ¡Y es la muerte!

Sacó su espada y cortó su cabeza terminando con su vida al instante.

Miró el cuerpo tirado en el suelo, con desprecio, enfundó la claymore de nuevo y se limpió la sangre que había manchado su mejilla.

—Llevad el cuerpo a su viuda y que se encargue su familia de darle sepultura. —Cogió la cabeza cercenada del suelo y la echó a una bolsa de lino que ató a su caballo.

Notó una presencia a su espalda y al girarse reconoció a Bruce, su único primo materno.

Este, al igual que Kyle, era fuerte y alto, aunque no tanto como el Dragón. Su pelo castaño estaba trenzado en la nuca, y su cara cubierta por una espesa barba pelirroja.

—Primo, ¿qué piensas hacer con la cabeza?

—Entregársela a la familia de la chica, como prueba de su muerte.

—Anderson juraba su inocencia.

—La joven Maela fue vista en varias ocasiones escondiéndose de él antes de que la violase y la matase. —Apretó los labios—. El padre de la chica lo descubrió huyendo de su granero la noche que apareció muerta.

Montaron en sendos caballos y marcharon hacia Blair Atholl, seguidos muy de cerca por sus demás parientes, que custodiaban el cuerpo de Anderson hasta que llegasen al poblado.

La vuelta al castillo fue silenciosa. Kyle no era hablador, de hecho, prefería el silencio en lugar de las charlas insustanciales. Sus hombres lo sabían y se aseguraban de no molestarlo.

Por el camino tropezaban con aldeanos que los miraban temerosos. Las leyendas que se contaban sobre el Dragón eran tantas y tan terribles, que nadie quería ser el blanco de su mirada. Era descendiente de uno de los clanes más importantes de Escocia. Por todos era sabido que su propio abuelo había luchado junto al mismísimo William Wallace en las batallas contra los ingleses.

Era ya de noche cuando llegaron al castillo de Blair.

Dejaron los caballos con los mozos y entraron al gran salón, donde las criadas sirvieron la cena.

Kyle comió en silencio, como era costumbre en él, escuchando las conversaciones de sus parientes, y sumiéndose en sus pensamientos de vez en cuando. Tenía mucho en lo que pensar.

La enemistad de los Murray con los Drummond era cada vez más evidente, y si las cosas continuaban por esos derroteros, acabaría en una reyerta entre ambos clanes.

Por si todo eso no fuese poco, su padre se había tomado la licencia de mandar una misiva a los MacLean reclamando a su esposa.

Dio un mordisco a su capón y masticó con desgana.

Si había algo que lo sacaba de sus casillas eran las mujeres lloronas y temerosas, como Seelie MacLean. Pasó toda la ceremonia nerviosa a su lado. Le dieron ganas de zarandearla para que se comportase como una mujer, y no como un perro tembloroso.

Si bien Kyle aceptó ese matrimonio para formar una alianza con los MacLean, la posibilidad de tener a esa niña en su castillo, no le atraía tanto.

Apenas había visto su apariencia. El velo que cubría su rostro solo fue retirado unos segundos, cuando el párroco le dio permiso para besar a la novia. Sin embargo, tampoco tenía curiosidad por saber cómo era. No quería a nadie que dependiese de él.

El Dragón era un guerrero, no un esposo devoto y enamorado.

Por lo tanto, cuando su joven esposa le pidió permiso para quedarse en el castillo Duart, tras el asesinato de su padre, aceptó encantado.

Se olvidó de ella inmediatamente. No tuvo interés en escribir, ni mucho menos en viajar para visitarla. Tenía una vida muy ajetreada con los menesteres de su clan y no iba a cambiar por la hermana menor de Logan MacLean.

Así que, el día que su esposa llegase, no movería ni un dedo para incluirla en su vida.

La mantendría a salvo en el castillo de Blair, sí, era su obligación. Pero la obviaría y seguiría con lo realmente importante para él: su clan.

CAPÍTULO 2

Seelie acunaba a Kylie con amor mientras Ginebra amamantaba a Aileen.

Desde el nacimiento de sus dos sobrinas, pasaba casi todo el tiempo con ellas. Eran tan pequeñitas y bonitas que no quería apartarse de su lado, cosa que a su cuñada venía de perlas. El parto no había sido nada fácil, y estaba agotada.

—No puedo dejar de mirarlas —dijo Seelie besando la frente del bebé.

—A mí me pasa igual. Todavía no puedo creer que estos pequeños angelitos hayan salido de mi vientre.

Le sonrió a Ginebra y dejó a Kylie en su cuna.

—¿No se enfadó mi hermano cuando supo que eran dos niñas? —Tomó asiento junto a su cuñada—. Ya sabes que los hombres desean que su primogénito sea un varón.

—Logan está loco con sus hijas. Ya habrá tiempo para parir varones —añadió Ginebra con serenidad.

—Yo rezaba para que fuese una niña.

—Pues debiste orarle mucho a los santos, porque en vez de una, me han dado dos —bromeó.

Seelie sonrió y observó cómo Aileen succionaba del pecho de su madre.

—Algún día yo también tendré hijos, y los amaré por encima de todas las cosas.

—Seguro que lo harás. Y ahora que regresas con tu esposo, tendrás más posibilidades de quedar encinta.

—No pariré a los hijos del Dragón —dijo de inmediato—. No quiero nada que tenga que ver con ese hombre.

—¿Por qué dices eso, Seelie? —le preguntó Ginebra, confusa—. Es gallardo. Yo misma lo comprobé el día de tu boda. Las leyendas de su fealdad no son ciertas.

—Tiene una enorme cicatriz en la mejilla —continuó ella, sin querer admitir que lo que decía su cuñada era cierto. Nunca aceptaría que desde que lo vio en la capilla, algo en su interior se agitó y no pudo dejar de temblar al saberlo a su lado. El hijo del viejo Murray exudaba una fuerza y una sexualidad de la que Seelie no pudo escapar, aunque no quería admitirlo.

—No es una cicatriz tan monstruosa. Incluso yo diría, arriesgándome a parecer una descarada, que es uno de los hombres más bellos que he visto en mi vida. Cualquier mujer se sentiría afortunada de tenerlo como marido.

—¿Cualquiera se sentiría afortunada de tener como esposo a un asesino que acabó con la vida de su primera mujer?

—No hay que creer todo lo que cuenta la gente.

—Me es indiferente lo que cuenta la gente, Ginebra. Mi decisión es y será la misma con respecto a él —habló con convencimiento—. Si no me queda más remedio que irme,

iré. Pero seré tan mala esposa y le daré tantos problemas, que cuando le pida regresar al castillo Duart, me dejará hacerlo encantado.

—¿Y si cambias de opinión?

—No lo haré. ¡Este es mi hogar!

La puerta de la recámara se abrió y por ella apareció Logan. Tenía el rostro cansado, pues las obligaciones con el clan eran exigentes y abundantes. Sin embargo, cuando vio a su mujer, la sonrisa apareció en sus labios. Era curioso ver cómo un hombre tan serio y recto como él se deshacía por Ginebra.

La besó con pasión y curvó todavía más la sonrisa al ver a sus hijas. Tomó asiento junto a ella y la rodeó con los brazos, apretándola contra su cuerpo.

Seelie sonrió a su hermano y se levantó, para dejar a la familia a solas.

—Aprovechad ahora que podéis. No creo que madre tarde mucho en venir a visitar a sus nietas.

Logan puso los ojos en blanco y miró a su mujer, que reía.

—¿Te molesta mucho mi madre a lo largo del día?

—No, Ella es encantadora, me gusta su compañía, y la de Seelie. Me ayudan con Kylie y Aileen.

Logan se dirigió a su hermana, que se acomodaba el fajín con los colores del tartán MacLean.

—Recuerdas que partes esta noche, ¿verdad?

—Lo recuerdo —asintió con desapasionamiento.

—¿Tienes tus pertenencias guardadas en los baúles?

—Effie se está ocupando de ello.

—El viejo Murray me aseguró que enviaría una comitiva para protegerte.

Seelie apretó los labios y apartó la vista, demostrando lo poco que le agradaba todo aquello.

—¿De verdad tengo que ir?

—Es tu esposo —le recordó.

—¡Pues, maldito mi esposo!

—Controla esa lengua, Seelie —le advirtió su hermano—. Puede que al hijo del viejo Murray no le agrade que su mujer hable peor que sus soldados.

—¿Él va a recriminar mi forma de hablar? ¿Un asesino? ¡Debería estar agradecido de que nuestro apellido se haya mezclado con el suyo!

Logan entrecerró los ojos.

—La unión de nuestros clanes es beneficiosa tanto para ellos, como para nosotros —le recordó—. No olvides que tienen muchas más tierras que los MacLean.

—¡Pero nosotros tenemos más hombres con los que defendernos! —exclamó ella con orgullo.

—Tengamos lo que tengamos, eres su mujer, y está en su derecho de reclamarte. — Logan se levantó del lecho. Encaró a Seelie cruzándose de brazos—. Ve a tu alcoba y

cámbiate de ropa. La comitiva de los Murray llegará al ocaso para llevarte hasta los birlings.

—¿Birlings? ¿Para qué vamos a ir en barco? —lo interrogó sin comprender—. Las tierras del clan Murray solo están a tres horas a caballo.

—Tu esposo no vive en la isla de Mull.

—¡Pero su clan está aquí! —exclamó notando que un gran nudo en su garganta le impedía respirar.

—Ya te he dicho que tienen muchas tierras. En Mull vive un poblado Murray. Sin embargo, también tienen tierras en Dunmore, Mansfield y en Blair Atholl, que es donde se encuentra su castillo.

—¿En Atholl? —Seelie se llevó una mano al cuello—. ¿Tan lejos de aquí? —Se apoyó en la pared de la habitación y tragó saliva—. Pe... pero... vosotros... llevasteis la proposición de matrimonio al clan que hay asentado aquí.

—Porque sabíamos que el viejo Murray estaba en la isla de Mull visitando a sus parientes. Aprovechamos su llegada para hacerle llegar la propuesta.

—¡No... Logan, no... no puedo irme tan lejos! —Seelie sentía que se ahogaba. No solo tendría que dejar su hogar, sino que saldría de la isla que la vio nacer. Jamás había abandonado Mull—. ¡Me matará, el Dragón me matará! —Comenzó a llorar, pero no lo hacía por temor a su esposo, sino a no poder regresar nunca a casa—. ¡Allí estaré sola e indefensa!

Ginebra se levantó de la cama todo lo rápido que su estado le permitió y abrazó a Seelie con amor.

—No debes preocuparte, querida. Tu hermano nunca permitiría dejarte ir sola.

—¡Lo va a hacer, me envía con asesinos!

—Le he ordenado a Kenneth que te acompañe.

Aquello le hizo alzar la cabeza.

—¿Al primo Kenneth? ¿El hermano de nuestro difunto Aloys?

—El mismo —asintió él.

—¡Es un jovencito, Logan! ¿Qué va a poder hacer para defenderme?

—Kenneth cuenta con dieciocho años de edad. Es un guerrero fuerte y capaz de defenderte si así fuese necesario. —Rodeó a su hermana pequeña por los hombros, infundiéndole confianza—. Y lo más importante, es de nuestra total confianza. Seelie, no debes temer que nada malo te ocurra con el clan Murray. ¡Eres una MacLean! Y como tal, serás respetada y temida. ¡Ve con tu esposo con la cabeza alta y el orgullo todavía más alto!

Ginebra asintió y le sonrió a su cuñada.

—Querida, yo también quiero darte un consejo. —Al ver que Seelie asentía, continuó—. No te dejes cegar por las historias que cuenta la gente sobre tu esposo. Estoy segura de que si le das una oportunidad, te sorprenderá lo que descubres de él. —Le guiñó un ojo a Logan—. Después de todo, yo también me desposé con un bárbaro, y

mírame ahora.

Los guerreros encomendados de llevarla hasta Blair Atholl llegaron antes de lo acordado.

Seelie caminó junto a Logan a través de todo el castillo, hasta que llegaron a las caballerizas, lugar donde los Murray la esperaban. El trayecto desde su alcoba hasta el exterior fue silencioso. Estaba segura de que si abría la boca, por ella solo saldrían sollozos y llanto, por la pena de tener que marcharse.

La congoja no la dejaba sonreír con normalidad, pero se obligó a ser fuerte. Tenía un plan, y si todo marchaba como debía, en poco tiempo regresaría al castillo Duart junto a su familia.

Los guerreros que la esperaban, saludaron a Logan con cortesía, al igual que a Seelie. Le dieron uno de sus caballos, y apilaron sus baúles en un carro, en el cual también viajaría Effie, su sirvienta, a la que los equinos le daban un miedo atroz.

—¿Dónde está el marido de mi hermana? —le preguntó Logan a uno de los guerreros—. ¿Por qué no ha venido él mismo a buscarla?

—Tenía obligaciones pendientes, mi señor. Le ha sido imposible eludirlas.

—Más os vale que Seelie llegue sana y salva al castillo de Blair —le advirtió con voz calmada pero fría.

—Podéis confiar en nosotros, somos la mano derecha de nuestro laird.

—Espero que así sea. —Sin embargo, giró la cabeza para asegurarse de que Kenneth también se encontraba con la comitiva. Lo encontró cerca de Seelie, acariciando a su caballo. Que su primo partiese junto a ella, lo tranquilizaba. Sabía que ni el viejo Murray, ni su hijo, pondrían en peligro la vida de su hermana, no obstante, tener a Kenneth cerca de ella era una decisión acertada. Junto a él y a la criada, Seelie no tendría la sensación de estar completamente sola en una tierra desconocida.

El sonido de los cascos de un caballo le hizo alzar la cabeza. Era Seelie, que tiraba de las riendas del animal y dejaba de caminar a su lado.

—¿Por qué no está aquí Ginebra para despedirme?

—Mi esposa estaba algo apenada por tu marcha y me ha pedido que la disculpes.

Seelie asintió como respuesta y apretó los labios. No se permitiría llorar. No delante de los hombres del Dragón. La iban a separar de su familia, pero jamás la verían desfallecer por la pena.

—Dile que la echaré de menos. —Tragó saliva y reprimió un temblor en los labios—. Y dile a nuestra hermana Leslie que la amo con todo mi corazón, a ella y a todos mis sobrinos.

—Se lo diré —asintió Logan.

La comitiva comenzó a marchar hacia fuera de los muros del castillo. Seelie suspiró y

miró por última vez a Logan, que se mantenía serio y firme a su lado.

—Cuida del castillo Duart, mi laird.

—Buen viaje, querida Seelie, que los santos te protejan. —La abrazó con fuerza, intentando infundirle entereza y energía. No obstante, conocía muy bien a su hermana y, como buena MacLean, podría con todos los obstáculos que la vida pusiese en su camino.

Kyle cruzó el gran salón del castillo de Blair sin detenerse a saludar a los guerreros, que se encontraban reunidos alrededor de la chimenea, junto a su padre. Estaba anocheciendo y lo último que le apetecía era escuchar los estúpidos intentos de sus parientes para meterse bajo las faldas de alguna de las criadas.

Había sido un día largo. Las desavenencias entre los Murray y los Drummond eran cada vez mayores, a causa de un trozo de tierra que estos últimos habían reclamado como suya. Y los ganaderos de su clan exigían sus tierras.

Cuando alcanzó las escaleras que llevaban a sus aposentos, la voz de su padre lo hizo frenar.

—¡Kyle! ¡Kyle! —El Dragón aguardó a que el viejo laird llegase a su lado—. ¿Qué haces en Blair Atholl cuando deberías haber partido junto a la comitiva?

—Tengo cosas más importantes que hacer que acompañar a la hermana de Logan MacLean en su viaje —gruñó.

—Es tu esposa.

—Es una niña que ha tenido la mala suerte de casarse conmigo. Y lo lamentará el resto de su vida cuando vea que su querido marido no es el tierno amante que ella espera.

—¡La respetarás! ¡Es una MacLean! ¡Nuestras relaciones con su clan dependen de este enlace! —exclamó el viejo Murray.

Kyle dio un paso hacia su padre y entrecerró los ojos. Cada vez que miraba de esa forma a alguien, el miedo se hacía patente en el rostro de su interlocutor. No obstante, el viejo laird siguió firme, sin el mínimo signo de temor.

—¡Me he desposado dos veces para fortalecer las alianzas con otros clanes, me ocupo del abastecimiento del castillo, de los soldados, de mantener el orden en el poblado, de las relaciones con nuestro rey, soluciono los problemas diarios entre los aldeanos, porque su laird ya no puede hacerlo!

—¡Puedo hacerlo!

Kyle apretó los dientes.

—Tu cabeza tiene lagunas, viejo. Ni siquiera los mejores curanderos saben a ciencia cierta qué te ocurre para que olvides cuestiones de vital importancia. —Señaló sus piernas—. Y apenas puedes mantenerte en pie, ¿cómo vas a encabezar a los Murray si no puedes ni montar en tu corcel?

—¿Estás sugiriendo que no soy válido para seguir siendo el laird?

—¡No, maldición! ¡Seguirás siendo laird hasta el día que abandones este mundo, aunque sea yo el encargado de dirigir el castillo y sus tierras! ¡Pero si piensas que voy a perder mi tiempo acompañando a damas en sus viajes por Escocia, estás muy equivocado!

—Es tu esposa —repitió con voz pausada.

Kyle sonrió con frialdad, cansado de aquella charla.

—Cuánto lo siento por ella, porque no estoy dispuesto a ejercer como tal, ni a aguantar a jovencitas mimadas.

Y tras esas últimas palabras, giró sobre su cuerpo y subió por las escaleras, dejando a su padre a solas.

Llegó a su alcoba y cerró con un golpe sordo al entrar en ella. Allí, se dirigió hacia un candil y lo tiró al suelo de un manotazo.

—¡Malditos santos!

La hermana de Logan MacLean todavía no había llegado y ya le estaba causando molestias.

Respiró entrecortadamente hasta que logró serenarse un poco. Se acercó a la ventana y apoyó las manos en ella, contemplando el horizonte. El sol se había escondido casi por completo tras las montañas Granpian, y la oscuridad sumía el valle helándolo todo a su paso. Otra fría noche de invierno.

Encendió la chimenea para caldear la habitación y se sentó sobre la cama, mientras se quitaba las botas de cuero.

Era una estancia grande, decorada con austeridad. El mobiliario apenas tenía florituras que lo adornase, y las paredes sin más cobertura que la piedra con la que se construyeron. El lecho era enorme, con abundantes pieles para combatir las frías noches escocesas. A sus pies, un arcón de madera que también servía de improvisado asiento. Unos sillones junto a la chimenea y una palangana repleta de agua, para el aseo de Kyle. Más que los aposentos del hijo del laird, aquella estancia parecía la habitación de un simple guerrero. No había en ella más de lo estrictamente necesario.

El sonido de la puerta logró que dejase de pensar en las palabras de su padre. Al abrir, encontró frente a él a Evanna, sonriéndole con coquetería.

—Mi señor —dijo ella con voz melosa—. He pensado que, quizás, os apetecería un poco de mi compañía antes de que llegase vuestra esposa.

Kyle la recorrió de arriba abajo y entrecerró los ojos al ver cómo sus abundantes senos asomaban por el escote de su vestimenta. De un empujón, la metió dentro de la estancia y la aplastó contra la pared, besando sus labios con glotonería.

Evanna siempre lograba que los problemas de Kyle pasasen a segundo plano. Era una joven criada que apenas llevaba unos meses en el castillo, pero de la que pronto recibió invitación para compartir su lecho. Una muchacha bonita. Con un cuerpo voluptuoso y deseable, y de pensamiento libidinoso.

El Dragón se divertía con ella. Era pasional, y de las pocas personas que no sentía un miedo atroz con una simple de sus miradas.

Le arrancó la ropa y la tumbó en el lecho, completamente desnuda. Besó sus senos y acarició su sexo, logrando que gimiese por el placer que aquello le producía.

Penetró su dulce vagina y embistió dentro de ella hasta que el clímax los recorrió a ambos.

Jadeantes, y tras casi una hora de sexo caliente y morboso, acabaron tumbados en la cama, en silencio. Evanna era una chica lista y sabía lo poco que le gustaban a su señor las conversaciones banales. Era un hombre muy serio, pero en las artes amatorias no tenía igual.

Kyle se levantó nada más recuperarse. Siempre lo hacía cuando terminaba de fornicar con alguna de sus amantes. Se vestía y continuaba con sus quehaceres como si nada hubiese ocurrido. El quedarse holgazaneando en el lecho, besuqueando a la mujer con la que practicaba sexo no iba con él. Le parecía algo demasiado íntimo e incómodo.

Evanna cogió su ropa y comenzó a vestirse a su vez. No estaba molesta por la frialdad de Kyle. Siempre había sido así, y ella lo aceptaba. Cualquiera mujer del castillo era feliz cuando el hijo del viejo Murray ponía sus miras en ella.

Era tan apuesto, y tenía un cuerpo tan robusto y varonil, que su falta de tacto, y su nula disposición a cualquier menester con ellas que no fuese sexo, les parecía incluso excitante.

—Supongo que esta noche será la última vez que visite vuestros aposentos, mi señor

—comentó Evanna mientras acababa de abotonar su camisa.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con su habitual seriedad.

—Por la llegada de Seelie MacLean, vuestra esposa.

Kyle siseó al escuchar de nuevo su nombre y apretó los puños.

—Su llegada no va a interferir en mis divertimentos —aclaró con voz agria. Se acercó a la criada y la rodeó por la cintura, pegando la boca a su oído—. Seguiré disfrutando de tu dulce cuerpo lujurioso, y mi querida esposa nada tendrá que decir al respecto.

Posó una mano sobre el estómago de Evanna y la fue bajando hasta acariciar su vagina lubricada, sobre la tela de la falda.

—Oh, mi señor —gimió ella al sentir su caricia.

—Es más, acabo de decidir que todavía no he acabado contigo. —Se apartó de ella y tomó asiento sobre el lecho, mirándola fijamente a los ojos—. Vuelve a desnudarte.

CAPÍTULO 3

La travesía en birling no fue nada agradable. El mar estuvo revuelto durante todo el trayecto, y Seelie tuvo que hacer de tripas corazón para aparentar calma delante de los guerreros Murray.

Era la primera vez que viajaba en barco, nunca había salido de la isla de Mull, y fue una experiencia horrible. Effie estuvo vomitando a su lado, y lloriqueando, con la certeza de que morirían antes de llegar a tierra. La lluvia caló hasta sus huesos y el frío húmedo del mar las hizo tener que acurrucarse la una junto a la otra.

No fue hasta que el birling se detuvo en el puerto de Oban, que pudieron respirar con tranquilidad.

Pasaron la noche en una posada, donde entraron en calor y cambiaron sus ropajes empapados. Compartió habitación con Effie, que no dejó de quejarse de la incomodidad del lecho en ningún momento.

Después de varios días de viaje a través de las Tierras Altas escocesas, el precioso condado de Perth, con sus tupidos bosques y sus enormes montañas, les dio la bienvenida. Siguieron el curso del río Tilt hasta internarse en un hermoso valle, donde los bisontes pastaban a sus anchas, y los ganaderos los saludaban al verlos pasar. No fue hasta bien entrada la tarde del quinto día, que el poblado de Blair Atholl apareció ante sus ojos, y con él el impresionante castillo de Blair, su nuevo hogar.

Seelie ojeó el paisaje con desgana. Era una fortaleza de piedra, con altos muros infranqueables, rodeada de bellos jardines en floración. Para cualquier peregrino, aquel castillo sería una maravilla que contemplar durante horas, sin embargo, ella lo veía como una cárcel. El lugar donde estaba obligada a vivir en compañía del Dragón.

El portón de la muralla se abrió y la comitiva se internó en los jardines interiores del castillo de Blair.

Seelie desmontó del caballo ayudada por Kenneth, al cual sonrió con cariño, y al alzar la vista descubrió a una multitud observándola a las puertas del gran salón.

Caminó con una serenidad que no percibía en absoluto, con la cabeza alta y gesto serio. Nada más acercarse al gentío, un hombre salió en su busca.

Lo reconoció. Era el viejo Murray, su suegro. Caminaba ayudado por un bastón de madera, adornado en su empuñadura con oro y perlas. Parecía bastante desmejorado desde la boda. Sus piernas apenas eran capaces de sostener su cuerpo, y su poblada barba, antes del color de la noche, había encanecido.

El laird le sonrió y abrió los brazos en señal de alegría. Tras él, una joven que también le sonreía con amabilidad.

—¡Bienvenida, mi querida muchacha! ¡Bienvenida al castillo de Blair!

—Qué placer volver a veros, mi laird —lo saludó Seelie con voz calmada y cortés, a

pesar de que por dentro advertía la necesidad de echar a correr hacia el caballo y alejarse de aquel lugar.

—¡Por San Gilberto, ya no recordaba lo hermosa que erais!

Ella sonrió.

—Me temo que, en mi desposorio, el velo apenas dejó que mi rostro se viese con claridad.

—¡Lo sé, lo sé! ¡Esos párrocos del demonio y sus absurdas leyes divinas! —bromeó el viejo Murray—. ¡Una belleza como la de vos, es digna de ser mostrada!

—Os agradezco vuestros halagos, mi señor.

—¡Oh, no, no, muchacha! ¡No habléis conmigo como si fuese un extraño! Llamadme Edwin, ese es mi nombre. —Enlazó su regordete brazo con el de Seelie y la hizo dar unos pasos hacia el interior del castillo—. Después de todo, somos familia.

—Estáis en lo cierto.

La muchacha que acompañaba a su suegro les sonrió al verlos aproximarse a ella. Era muy joven, Seelie calculó, por sus facciones, que no contaría con más de trece años de edad. No obstante, poseía una belleza digna de una reina, con su precioso cabello castaño enmarcándole el rostro, y sus enormes ojos turquesa que parecían darle vida a todo lo que miraba.

—Tío Edwin, no os olvidéis de presentarme ante la esposa de mi primo.

—Por supuesto. —El viejo Murray acarició la mano de Seelie para llamar su atención—. Querida niña, esta jovencita es mi amada sobrina Isla. La hija de mi difunta hermana.

Seelie asintió y sonrió a la joven.

—Un placer conoceros, Isla. Espero que podamos conversar alguna vez.

La jovencita asintió, encantada con la hermosura y los buenos modales de la esposa de su primo Kyle. Aseguró que así sería y los acompañó a ambos hasta el interior de la gran sala.

Mostraron a Seelie la distribución del castillo y la acompañaron hasta sus dependencias personales.

—Creo que necesitaréis descansar —dijo Edwin con cortesía—. Espero que os reunáis con nosotros para la cena.

Cerraron la puerta tras su marcha y la dejaron a solas en los aposentos.

Era una estancia grande, decorada con un gusto exquisito y gran opulencia. Los muebles de madera estaban bellamente grabados con motivos florales, el lecho, grande y mullido, presidía la alcoba junto con la pequeña chimenea, que mantenía el ambiente a una temperatura muy agradable.

Se notaba la riqueza de los Murray en todos los rincones de la habitación.

Caminó con lentitud hasta llegar al gran ventanal y se asomó por él. Pensó en el recibimiento que había tenido en el castillo de Blair, en que su suegro había hecho todo lo posible porque se sintiese querida y arropada, junto con Isla, que era una

jovencita encantadora.

Pensó en el Dragón.

No lo había visto en el comité de bienvenida. Según le informó Edwin, tenía obligaciones imposibles de eludir y se reuniría con ellos a la hora de la cena.

Seelie deseó que no lo hiciese, que no fuese a cenar. A su memoria llegó el último recuerdo que tenía de él. En el banquete de su boda. No se llegaron a dirigir la palabra en toda la ceremonia, aun así, no pudo evitar que un nudo de nerviosismo la poseyera cuando el párroco le dio permiso para que la besase.

Se humedeció los labios y llevó una mano a su corazón, que se había acelerado por aquellos recuerdos. No comprendía el porqué de las reacciones de su cuerpo al recordar aquel episodio, lo único que tenía claro era que no le gustaban.

Debía convencerlo para que la dejase regresar al castillo Duart, con su familia. A su hogar. Todavía no comprendía por qué su padre había unido su vida a la de un hombre como él. Un hombre del que todo el mundo hablaba cosas horribles y del que se rumoreaba que tenía las manos manchadas de la sangre de su primera esposa.

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a no pensar en ello.

Giró sobre sí misma, cerrando la contraventana, y alzó la vista. Cerca de la pared del fondo había una gran bañera de madera, vacía. Y, junto a ella, una puerta debidamente cerrada.

Se preguntó qué habría detrás de ella. ¿Una letrina? ¿Una estancia para guardar sus ropas?

Agarró la anilla, pendida en ella, y empujó. Sin embargo, estaba cerrada con llave. Insistió un par de veces más, curiosa por saber qué escondía. Pero al tercer intento regresó al lecho y se dejó caer en él.

Todavía faltaban unas horas para bajar a cenar y la cama parecía muy cómoda. Aun así, no se permitió cerrar los ojos para descansar. Su marido podía llegar en cualquier momento y tenía que estar en guardia. Después de todo, era una bestia, y debía ser muy cuidadosa en su presencia.

La cena de esa noche reunió a la mayoría del clan Murray en el salón. Los barriles de whisky volaban y la abundante comida llenaba las mesas y el estómago de los asistentes. Todos parecían estar felices porque Seelie estuviese allí, con el clan de su esposo. Los brindis por ella eran numerosos, como también las canciones que entonaban los gaiteros en su honor, y las mujeres no dejaron de insistir hasta que no salió a bailar los tradicionales ceilidhs con ellas.

Todos cantaban, todos reían, todos hablaban a gritos... menos ella. La única que no disfrutaba de la fiesta.

Les sonreía con educación, aplaudía con cada canción, con cada brindis, con cada

poema que los artistas le dedicaban, sin embargo, no se sentía feliz, aunque fingiese estarlo.

Se estaban portando muy bien con ella, tanto Edwin, como el resto de los Murray. Y, si tenía que ser sincera, estaba mucho más relajada desde que le dijeron que su esposo tampoco podría reunirse con ellos esa noche.

Obligaciones imposibles de posponer, comentó su suegro quitándole importancia a su ausencia.

Se disculpó con los presentes a medianoche, alegando agotamiento por el largo viaje, y abandonó el salón, dejándolos a todos disfrutando de la celebración sin ella. Incluso Effie parecía estar pasándose en grande con las demás criadas, así que decidió prescindir de sus atenciones esa noche. Se desvestiría ella misma.

Llegó a la planta superior y caminó por el largo pasillo escuchando los ecos de las gaitas, y las risotadas de los asistentes. Al menos, tenía suerte de que el ambiente por su llegada no fuese hostil.

A punto de alcanzar sus aposentos, la puerta de la habitación contigua se abrió. Por ella salió una pareja besándose con pasión, ella con la ropa a medio poner.

Seelie frenó en seco y pensó en si dar media vuelta y esconderse para que no la viesen. No era apropiado que una dama contemplase esa clase de comportamientos.

El hombre apretaba la cintura de su compañera, mientras que con la otra mano amasaba su trasero. Ella gemía y enredaba sus dedos en el pelo de él.

Algo en su cuerpo hizo que Seelie se fijase mejor. Era muy alto, incluso más que su hermano Logan, tan fuerte y fibroso que los músculos del brazo lograban que la camisa le quedase justa. Tenía unas piernas largas y musculosas, y su presencia imponía, incluso en aquella situación tan inadecuada.

La mujer abrió los ojos y encontró a Seelie a pocos metros de ellos. Apartó los labios de los de su amante y se llevó una mano al pecho, abochornada.

—¡Oh, por San Gervasio!

—¿Qué pasa ahora? —La voz de él era fuerte y grave, cosa que agradó a Seelie.

—E... ella, ella es... —Parecía haberse quedado sin voz.

Al ver que su amante no dejaba de tartamudear y de mirar hacia atrás, dio la vuelta para enfrentar a quien los estaba molestando.

Ante él encontró a una joven pelirroja, con cara de ángel y cuerpo de ninfa, vestida con el tartán de los MacLean. Era tan hermosa que por un momento se olvidó de lo que estaba ocurriendo entre Evanna y él. Kyle, por primera vez en su vida, se quedó paralizado mirando a una mujer.

Cuando Seelie reconoció al hombre que tenía delante, su estómago dio un gran vuelco. Cabello negro, ojos oscuros como la noche, labios finos y despiadados, una cicatriz en la mejilla, la frialdad en su mirada...

El hombre que estaba retozando con su amante, delante de sus narices, no era otro que su esposo. El Dragón.

Contrariamente a lo que siempre imaginó que ocurriría cuando lo volviese a ver, el hijo del viejo Murray no le provocó el más mínimo temor, más bien una rara agitación en el estómago, muy parecida a la que sintió el día que se desposaron.

Obviando aquello que apretaba su vientre y aceleraba su corazón, Seelie continuó con su camino. Pasó por su lado con la cabeza muy alta, y porte orgulloso.

No giró la cabeza para mirarlo ni una sola vez más. Abrió la puerta de sus aposentos y cerró con llave después.

La mañana siguiente, Kyle se levantó pronto y salió del castillo a pie hasta llegar a las caballerizas. Allí, acarició a su corcel y se dispuso a ensillarlo para acudir a una de las aldeas del clan: la que se encontraba en conflicto con los Drummond. Debía intentar solucionar aquel problema cuanto antes y lograr que los invasores regresaran a sus tierras, por las buenas o por las malas. Aunque, esperaba que lo segundo no se diese. Estaba cansado de luchar, del olor a sangre, de la visión de los cuerpos mutilados.

Desde que tenía memoria, la guerra contra los ingleses había sumido a toda Escocia en una lucha continua. De hecho, él mismo participó en las batallas que tuvieron lugar entre ambos pueblos, en cuanto tuvo la fuerza suficiente como para mantener erguida su claymore. Qué necios eran los jóvenes inexpertos que iban a la guerra, idealizándola, como si de algo poético se tratase, cuando en ella solo había miseria y desgracias.

Recordó su entusiasmo por las luchas. Peleaba por Escocia, por su libertad, por la libertad de su gente.

Lo hirieron en varias ocasiones, y ni de esa forma lograron que dejase de luchar. Fue en esa época cuando las innumerables leyendas sobre su persona fueron corriendo de boca en boca. Le llamaban el Dragón, por su fiereza, por su letalidad, por su pelo negro y su oscura mirada. Había personas que aseguraban que si Kyle te miraba una sola vez a los ojos, tu muerte estaba próxima.

La guerra acabó, gracias a su buen rey y al Tratado de Edimburgo, pero las historias que contaban sobre él continuaron.

No se molestó jamás en desmentir todas aquellas patrañas. El miedo era un punto a su favor. No obstante, era temido hasta por los miembros de su propio clan. Nadie desafiaba al Dragón, nadie se atrevía a llevarle la contraria, nadie osaba a molestarle por miedo a que pusiese sus ojos negros en él. Pocos se atrevían a hablarle sin temor, solo su familia y los guerreros Murray.

Colocó las alforjas sobre el equino y se dispuso a atarlas, para que no cayesen con el galope. Sintió molestia en el hombro derecho, fruto de una herida producida en los entrenamientos con los guerreros. No había dejado descansar brazo, tal y como le recomendó el curandero. La pasada noche había sido intensa, gracias a la apasionada

Evanna.

Se quitó la boina y mesó su espeso pelo, rememorando lo sucedido en el lecho con ella. Sin embargo, el recuerdo de cierta mujer pelirroja se coló entre ellos.

Seelie MacLean. Su esposa.

No le gustaba admitir que la visión de aquella hermosa joven le había asombrado sobremanera. Al contrario de lo que imaginó el día de su boda, al no haber podido vislumbrar su rostro con claridad por el velo que lo cubría, la hermana del laird de los MacLean no era una niña impúber e inmadura, sino una belleza de largo cabello del color del fuego, y ojos verdes, tan expresivos que parecían contagiar de vida aquello que observaban. Su piel era nívea, tan pura como la primera nieve del invierno, y sus labios mullidos y apetecibles como las dulces manzanas maduras. Tenía un cuerpo espigado y tan elegante como el de una ninfa tentadora, y su apostura era refinada.

Si había una palabra que definiese a la perfección a Seelie MacLean, era delicadeza. Una tierna joven necesitada de cuidados y protección, tan frágil como una hoja en el agua.

Demasiado frágil, demasiado suave, demasiado débil para el Dragón. No quería a damiselas flojas. Su primera mujer fue una, y jamás volvería a caer en semejante despropósito.

Aborrecería los lloros, los gritos de terror, y el miedo cuando se pusiese a su lado. Porque Seelie temblaría. Lo sabía, porque ya lo había hecho el día que se desposaron. Había notado sus piernas temblar cada vez que recortaba la distancia que los separaba.

De hecho, Kyle no quería nada de las mujeres a parte de sexo. Los sentimientos tiernos y las galanterías no estaban hechas para él. Sus amantes eran féminas decididas, expertas en el arte amatorio, que sabían lo que hacer y dónde tocar para hacerlo disfrutar.

Así que, su queridísima esposa, permanecería como hasta ahora. Sola en la habitación contigua. Casada pero sin tener a su marido a su lado, pues no tenía la mínima intención de intimar con ella, por muy bonita y refinada que fuese. La ignoraría, seguiría su vida como siempre y yacería con mujeres de verdad, con las que no berreaban por cualquier tontería y no sentían pavor con su sola presencia.

—Exijo que se me lleve de vuelta a mi hogar.

El silencio de las caballerizas fue roto por una voz serena y melódica que sorprendió a Kyle en medio de sus pensamientos.

Cuando el Dragón se dio la vuelta, descubrió a la misma mujer en la que su cabeza no dejaba de pensar.

Seelie MacLean era un espectáculo para los ojos ajenos. Su bella cabellera relucía con los primeros rayos de sol, creando un halo carmesí alrededor de su cuerpo.

Su rostro estaba sereno y decidido, y sus labios apretados para que su expresión pareciese más severa.

Kyle tragó saliva y exhaló el aire que inconscientemente había estado reteniendo en sus pulmones al descubrirla tras él. Molesto por esa reacción tan inusual de su cuerpo, entrecerró los ojos y dio un paso hacia ella.

—¿Exiges? —repitió con voz helada.

—Sí, mi señor.

Seelie comenzó a ponerse nerviosa al notar que el Dragón caminaba alrededor de ella, mirándola de arriba abajo con desprecio. Dio un respingo al sentir sus labios cerca de su oído.

—¿Quién eres tú para exigir?

—¿No... no sabéis quién soy? —preguntó con temblor en la voz. No sabía por qué le ocurría con él, pero cada vez que su esposo estaba cerca de ella, su nerviosismo era evidente.

Al sentir su temblor, Kyle gruñó y sus ojos se convirtieron en dos finas líneas a lo largo de su cara.

—Sé quién eres, niña, pero quiero escucharlo de tu boca.

—Soy Seelie MacLean —contestó de inmediato, impresionada por la frialdad de su voz.

—Mi esposa, ¿me equivoco?

—Estáis en lo cierto.

—¿Y cuál es el deber de una esposa?

Ella titubeó y alzó la vista para mirarlo de frente. Tragó saliva antes de continuar. Kyle parecía un ser salvaje con esos ojos tan oscuros como la boca del infierno.

—El... el deber de una esposa es... respetar y... acompañar a su marido. —Su corazón latía a un ritmo ensordecedor.

—¿Y cómo va a respetarme y acompañarme mi esposa si se marcha de mi lado?

—No... no lo sé.

—No lo sabes. —Kyle sonrió con malicia—. No lo sabes. Así pues, continuarás en el castillo de Blair.

Seelie jadeó al escuchar su respuesta.

—No... veo por qué deba permanecer más... más tiempo aquí.

El Dragón alzó las cejas.

—¿No lo ves? ¿Quizás eres corta de entendederas? —preguntó en tono hiriente.

—No lo soy.

—¿Debo volver a preguntar cuáles son los deberes de una esposa? ¿Quizás tu minúsculo cerebro de mujer lo haya olvidado ya?

Aquella afrenta logró que el orgullo de Seelie saliese a la luz. No se consideraba una mujer tonta. De hecho, era culta, ¡mucho! Además de dominar el arte de la escritura y la lectura, hablaba el franco con fluidez y tenía cierta habilidad preparando ungüentos. Su cuñada, ducha en el tema de la curación, había sido la encargada de enseñarle sus conocimientos.

¿Cómo osaba tomarla por estúpida aquel bruto patán? Era un ser despreciable y descortés que le hablaba como si fuese una simple mujerzuela. No había la mínima cortesía en sus palabras.

—No soy corta de entendederas, mi señor. Sé perfectamente mis obligaciones como mujer casada. —Alzó la cabeza y lo fulminó con la mirada. El Dragón podía ser el mayor asesino de Escocia, podía haber matado con sus manos a cientos de hombres valientes, podía haber ganado mil batallas, pero a Seelie no le asustaba—. Sin embargo, quizás vos sí que lo seáis.

Kyle apretó los puños y se acercó mucho a ella, enseñando los dientes en una mueca temible.

—No creo que sepas lo que estás insinuando, mujer.

—Mi señor, ¿puedo preguntaros a vos cuáles son las obligaciones de un esposo?

—¿Qué estúpida pregunta es esa? —rugió.

Seelie alzó la cabeza con orgullo.

—¡Porque yo sí que las sé! ¡Y vos las incumplisteis ignorando la llegada de vuestra esposa!

—¿Las incumplí? —Rio con desprecio.

—¡Sí! —Lo señaló con el dedo índice—. Me dijeron que teníais obligaciones pendientes y por eso no habíais ido a recibirme, ¡y vaya si las teníais! ¡Estabais demasiado ocupado fornicando con esa mujerzuela!

—¡Ya basta! —gritó muy cerca de su rostro.

—¡No, no basta! ¡No sois un buen marido, no deseo este matrimonio y vos tampoco, no hemos consumado nuestra unión! ¡Así que, exijo que se me devuelva a mi hogar!

—¡Tus exigencias no valen de nada!

—¡No voy a consentir que mi esposo me ridiculice yaciendo con prostitutas!

—¡Yaceré con quien me plazca! —chilló agarrándola por los brazos y apretando con fuerza.

Seelie jadeó por el dolor e intentó soltarse.

—¡Sois un bruto y un bastardo! ¡Soltadme!

—¡Si aprecias tu vida... querida esposa, más te vale retirar esas sucias palabras!

—¡Y si apreciáis la vuestra, dejaréis de hacerme daño, o mi hermano será el encargado de acabar con vuestra horrible existencia! ¡Soy una MacLean y como tal exijo respeto!

—¡Eres una bruja enviada por Satán! —la insultó tan alterado como nunca.

—¡Kyle! ¡Kyle! ¿Estás aquí, primo? —La voz de Bruce resonó por las caballerizas.

El Dragón siseó antes de soltarla y, nada más verse libre, Seelie echó a correr hacia fuera, chocando de bruces con el recién llegado.

—Dis... disculpadme.

—No importa, mi señora —contestó Bruce con cortesía.

Cuando salió al exterior, Seelie se frotó las muñecas, doloridas por la fuerza bruta de su esposo. Aguantó las ganas de echarse a llorar por la frustración y corrió de nuevo

hasta que llegó al castillo, entró en sus aposentos y cerró con llave desde el interior.

La respiración del Dragón era laboriosa, cosa de la que se dio cuenta su primo, que le sonrió con picardía.

— ¿No habré interrumpido algún fornicio marital?

Kyle lo fulminó con su fría mirada y montó sobre el caballo. Sin contestar a la pregunta, espoleó al animal para que emprendiese el trote. No estaba de humor para bromas, y mucho menos si tenían que ver con esa arpía belicosa.

Su joven esposa le había demostrado lo equivocado que estaba con ella. No era ninguna niña asustada y temblorosa, era una ramera dispuesta a poner su paciencia a prueba. Y aunque él más que nadie desease que ese matrimonio no hubiese ocurrido jamás, no podía dejar que se marchase, no ahora que estaba en el castillo de Blair, o los miembros de su clan se mofarían de él por no haber podido controlar a una simple mujer.

CAPÍTULO 4

Cuando Seelie permitió que Effie entrase en su alcoba, todavía quedaban en su rostro lágrimas de tristeza. Habían transcurrido más de dos horas y no era capaz de controlar el llanto. Lo maldijo una y mil veces y rememoró con desdicha sus gélidas palabras. El Dragón era un ser sin sentimientos.

—Mi niña, ¿qué os ocurre para que vuestro lindo rostro esté hinchado y enrojecido? —preguntó la criada nada más verla.

Seelie apretó los labios y tomó asiento en el lecho, invitando a Effie a que se acomodase a su lado.

—Mi esposo es un patán, Effie. No sé cómo mi padre decidió unir mi vida a la de él.

—El clan de vuestro marido es fuerte. Lachlan tenía muy buenos motivos para querer dicha alianza.

—¡Pero es un bruto, y un insensible, y un... un...!

Effie se llevó una mano a los labios y se quedó pensativa.

—¿Por qué lo decís? ¿No ha sido tierno en el lecho? ¿Os ha hecho daño al desfloraros?

—¡Dios Santísimo, no hemos yacido juntos! —aclaró de inmediato—. ¡Lo descubrí retozando con una de las criadas! ¡Ese fue el compromiso tan importante que le impidió unirse a mi bienvenida!

—Estáis molesta por su comportamiento.

—¡Estoy molesta porque ninguno de los dos queremos esta unión, y aun así no permite que me marche a casa!

—¡Por San Gilberto, mi señora! ¡No le habréis pedido que os deje marchar!

—Es exactamente lo que he hecho.

—Se habrá puesto hecho una furia.

—Me es indiferente cómo se ha puesto, Effie. ¡No quiero seguir aquí, ni estar casada con el Dragón! ¡Es una bestia, un rufián que me habla peor que a sus prisioneros! ¡No ha dudado en atacarme cuando le he hecho frente!

—¡No debéis llamar así a vuestro esposo! —Effie parecía asustada—. Podría lastimaros, y estaría en todo su derecho.

—Ya me ha lastimado. —Alzó las manos y le enseñó las muñecas, marcadas por los dedos de él.

La criada las examinó y chasqueó la lengua al ver las rojeces.

—¡Oh, mi querida niña! —Le acarició la mejilla al ver los ojos llorosos de Seelie—. Debéis ser más prudente.

—Es que es muy injusto, Effie.

—Lo sé, lo sé. A las mujeres nos ha tocado la peor parte en este mundo. Siempre a las órdenes de los hombres, siempre sacrificándonos por sus caprichos. —Suspiró—.

Dejadme que os ponga un trapo húmedo en las muñecas. Os calmará la irritación.

La criada se levantó y fue hasta la palangana. En ella apenas había agua con la que mojar el trapo.

—Voy a por un poco de agua, seré rauda.

Abandonó la habitación de Seelie y bajó por las escaleras a paso rápido. Sentía una gran pena por su señora. Nadie merecía que la tratarasen con brutalidad, y ella menos que nadie, que siempre había sido una joven íntegra y buena.

Salió del castillo y tomó rumbo a un manantial cercano del que se aprovisionaban de agua. Se acercó al lago y se arrodilló para llenar un pequeño jarro.

Al hacerlo, un movimiento llamó su atención. Cuando alzó la cabeza, descubrió a su derecha a un hombre sentado en una piedra, en el mismo borde.

Por su apariencia, Effie calculaba que rondaría la treintena, como ella. No era demasiado alto, tenía el pelo castaño y corto, una poblada barba que le cubría buena parte del rostro y un cuerpo fuerte, pero sin llegar a tener la musculatura de un guerrero.

Parecía relajado y feliz, pues tenía una bonita sonrisa curvando sus labios. Sonrisa que se intensificó mucho más cuando la descubrió mirándolo.

Sus ojos coincidieron y Effie se puso nerviosa, derramando parte del agua del jarro, obligándola a volver a rellenarlo del manantial.

Los ojos del hombre recorrieron su cuerpo y su respiración se aceleró.

Ninguno de los dos dijo ni una palabra, no obstante, no hizo falta que lo hiciesen para que la criada notase todo su cuerpo burbujear.

Era un hombre guapo y la estaba mirando como si fuese la mujer más bella de Escocia. Tragando saliva convulsamente, y dándose la vuelta con más prisa de la debida, se marchó de allí, dejando al desconocido en el mismo lugar. A pesar de ello, continuó mirándola hasta que desapareció de su campo de visión, cuando entró de nuevo al castillo.

Kyle cabalgó hasta uno de los poblados Murray colindante con los del clan Drummond. Desde hacía varios días, sus campesinos habían visto sus tierras ocupadas por gente del otro clan, los cuales las reclamaban como suyas.

Si aquel problema lo tenía enfadado y tenso la mayor parte del día, el enfrentamiento con Seelie MacLean había terminado de enfurecerlo por completo.

Mientras recorría el bosque de Blair y seguía el camino que serpenteaba por el río Garry, no dejaba de recordar las absurdas exigencias de aquella bruja.

Si bien su esposa había resultado ser la mujer más apetecible que hubiese visto jamás, su comportamiento no era para nada apropiado para una dama de su posición. Le había retado, le había insultado, le había hecho frente. El Dragón jamás se había

encontrado con una mujer con semejante carácter. Ni siquiera sus amantes eran tan temerarias como la hermana de Logan MacLean.

Si tenía que ser sincero consigo mismo, reconocía que había sido una sorpresa haber descubierto que no era una jovencita muerta de miedo en su presencia.

Le había provocado y sacado de sus casillas, pero eso solo había logrado despertar su curiosidad por aquella joven de cabellos de fuego.

Cuando divisó el poblado, bajó de su montura y ordenó a sus soldados que hiciesen lo propio. Caminaron a través de las viejas edificaciones de adobe y paja, y llegaron al lugar acordado.

Allí ya se encontraba Alistair Drummond, el laird del clan.

Al igual que Kyle, iba acompañado por sus mejores guerreros, sin embargo, Alistair no era diestro con la espada. El señor de los Drummond era un hombre alto pero de complexión liviana y desgarbada. Su rostro era fino y de facciones aristocráticas, y su nariz era aguileña.

Al verlo llegar, Alistair dio unos pasos hacia Kyle, abriendo los brazos en señal de alegría. Una alegría falsa, por supuesto.

—¡Mi querido Kyle Murray! ¡Cuánto tiempo sin saber de vos!

—Alistair... —lo saludó el Dragón con un asentimiento de cabeza, sin que su habitual expresión sombría desapareciese de su rostro.

—¿Dónde se encuentra vuestro padre? ¿El viejo laird ya no puede hacerse cargo de sus obligaciones y manda a su hijo? ¿Son ciertos los rumores que dicen que Edwin Murray olvida cuestiones importantes y se comporta como un infante?

—Mi padre tiene deberes más importantes que el veros a vos —respondió Kyle con antipatía, sin querer hablarle de su rara enfermedad.

—Desde luego, desde luego. —Se echó a reír y miró con sorna a sus guerreros. Colocó los brazos en cruz y continuó—. Y bien... ¿qué problema tienen vuestros campesinos con mis tierras?

—¿Vuestras tierras? —gruñó Kyle acercándose al laird con sus fríos ojos posados en él—. Este poblado es propiedad de los Murray. Siempre lo ha sido.

—Creo que os equivocáis. Vuestros campesinos han ido robándonos terreno poco a poco. Estáis pisando suelo Drummond.

—¿Tenéis documentos que lo confirmen?

—No, esta tierra fue un presente del buen rey Juan de Barriol a mi abuelo, por su fiel vasallaje.

—Qué extraño —dijo Kyle curvando los labios en una mueca despiadada—. Ese mismo monarca se la regaló a mi abuelo. —Se acercó al laird de los Drummond—. ¿Y sabéis algo? El clan Murray conserva los documentos que lo acreditan. Por lo tanto, vuestros campesinos están reclamando unas tierras que no les pertenecen.

—Debe de haber un error.

—Lo hay. Vos y vuestros parientes sois el error —lo atacó el Dragón con fiereza—. Si

no queréis comenzar una guerra, más os vale salir de mis tierras.

—Nadie quiere una guerra, mi querido Kyle —añadió Alistair quitándole importancia al asunto.

—Decidle a vuestros campesinos que estos no son sus pastos —le ordenó.

—Lo haré, lo haré. Podéis estar seguro. —El laird de los Drummond miró por última vez a Kyle y dio la vuelta, para indicarle a sus guerreros que se retiraban.

Cuando se quedaron solos, Bruce tocó el hombro de Kyle. El Dragón no dejaba de observar a Alistair y a sus guerreros retroceder. Lo hacían con tranquilidad, como si abandonar las tierras que aseguraban suyas no les importase lo más mínimo.

—Ha sido demasiado fácil, ¿no crees, primo?

—Demasiado. Alistair no va a cumplir su promesa. Conozco bien a ese viejo bastardo.

—Si no lo hace, tendremos motivos para atacarles y erradicar su estirpe de una vez por todas —añadió Bruce con fuego en los ojos.

—Si no lo hace, seré yo mismo el que corte su asquerosa cabeza y la esponga en Blair Atholl sobre una pica —aseguró Kyle con un gruñido estremecedor.

Seelie pasó el día encerrada en sus aposentos, junto a Effie. El solo pensamiento de volver a cruzarse con el Dragón, le erizaba el vello. Si por ella hubiese sido, se habría marchado de aquel castillo y olvidado que alguna vez tuvo la mala suerte de cruzar su vida con la de aquella bestia.

No fue sino por insistencia de Effie, que aceptó bajar a la hora de la cena. El viejo laird no tenía culpa de las acciones de su hijo. Además, Edwin se había portado siempre de lo más amable y cortés con ella.

Se cambió de ropajes y se colocó una hermosa camisa rosada, de manga abullonada, conjuntada con una falda larga en la que se apreciaban los colores del tartán MacLean.

—Debéis encargar ropa nueva —le aconsejó Effie—. Vuestro esposo no verá con buenos ojos que sigáis llevando el tartán de vuestro hermano.

—También es el mío, el de mi familia. De hecho, no pienso llevar los colores de los Murray nunca —respondió con cabezonería.

—Los miembros del clan pueden sentirse ofendidos.

—¡Me trae sin cuidado, Effie! ¡No pienso vestir el tartán del Dragón!

—Kyle, vuestro esposo se llama Kyle —la reprendió con voz cansada.

Seelie obvió sus palabras y se puso las botas de cuero para terminar de acicalarse para la cena.

Salió de su alcoba y caminó por el largo pasillo que llevaba hacia la escalera. Cuando entró al salón, a la primera persona que vio fue a Kenneth, su primo. El joven parecía embobado mirando hacia el frente. Cuando Seelie se colocó a su lado, sonrió al ver qué era lo que llamaba su atención.

—Isla es muy bella, ¿verdad? —comentó rompiendo el silencio y logrando que el joven diese un respingo por haber sido sorprendido mirándola.

—¿Te refieres a la sobrina del viejo Murray? —preguntó haciéndose el inocente.

—Sabes bien a quién me refiero. —Sonrió dándole un suave codazo.

Kenneth, a sus dieciocho años, solo uno menor que Seelie, era bastante inexperto en cuanto a féminas se trataba. Desde muy joven había invertido la mayoría de sus horas en el combate, en prepararse para ser un gran guerrero, así que las incursiones entre los muslos de las jovencitas, habían quedado en un segundo plano.

—Es bella —lo aceptó—, pero su carácter es horrible, prima. No comprendo cómo el laird ha descuidado tanto su educación. ¡Menuda lengua viperina tiene!

—¿Lengua viperina la dulce Isla? —Seelie alzó las cejas. La joven era una muchacha encantadora y amable, que no dudaba en sacar su mejor sonrisa para que todo el mundo estuviese contento en el castillo de Blair—. Debes de haberla confundido con otra persona, querido primo.

—No ha sido así. He tenido que soportar su cambiante humor cada vez que el viejo Murray me ha invitado a comer a su lado. —Entrecerró los ojos y miró a la prima de Kyle por última vez—. Es una joven odiosa.

Seelie giró la cabeza y se fijó con interés en la chica, que hablaba animadamente con la mujer de un miembro de su clan y reía con gracia. No veía dónde estaba su lengua viperina.

Sin embargo, decidió cambiar de tema, pues había visto poco a Kenneth por allí, aunque su primo estaba en el castillo por orden de Logan, para acompañarla.

—¿Qué tal estás llevando la vida entre los Murray?

—Este lugar es muy aburrido —se quejó—. Apenas hay nada que hacer aquí. En Mull, Logan me enviaba a misiones con nuestros parientes, pero aquí solo puedo entrenar con los guerreros, cuando se encuentran en el castillo.

Seelie bajó la cabeza hacia el suelo y suspiró.

—Siento mucho que Logan te enviase a ti a acompañarme, Kenneth —dijo con tristeza—. Eres libre de regresar cuando gustes.

—Mi laird me ordenó permanecer aquí, y así será. No te preocupes por nada, ya encontraré alguna diversión. —Nada más decir aquello, sus ojos regresaron a la joven Isla, que continuaba con su animada charla con la otra mujer, sin sospechar que los ojos de él recorrían su fino y elegante cuerpo.

La cena fue amena. Los ruegos de Seelie a los santos, para que el Dragón no apareciese por el salón, fueron escuchados. Pudo disfrutar de una sabrosa comida junto al viejo laird, Isla y los otros miembros del clan. No obstante, su suegro esa noche actuaba de una forma inusual. Parecía confuso y sus ojos perdidos. Como si no reconociese a sus gentes, como si todo fuese extraño para él. Apenas habló con nadie, pasó el tiempo escudriñando todo a su alrededor con ojos desconfiados.

Ya bien entrada la noche, regresó a sus aposentos. Con ayuda de Effie se quitó la ropa

y se colocó un camisón ricamente bordado, con hilo de plata, que usaba para dormir. Sola en la habitación, peinó su larga melena y se calentó frente al fuego de la chimenea.

Antes de meterse en el lecho, caminó por la estancia y se acercó a la ventana. Apoyada en ella, recordó las noches en el castillo Duart, junto a su madre, su hermano y su cuñada. Pensó en las recién nacidas, en sus preciosas caritas redondas, en lo que añoraba el olor de su hogar.

Sin embargo, el sonido de la puerta la hizo salir de su ensoñación.

Frunció el ceño.

Era imposible que hubiesen abierto, ella misma había cerrado con llave al regresar del salón. Giró la cabeza y la encontró tal y como la dejó, cerrada.

Pero otro crujido volvió a producirse.

Todo su mundo dio un vuelco cuando descubrió de dónde venía aquel sonido. La otra puerta que había en sus aposentos, esa que fue incapaz de abrir, ya no estaba cerrada.

Y en el marco se encontraba apoyado Kyle, mirándola con esos ojos feroces, y su fuerte pecho desnudo. Era una visión de lo más impactante. Su postura era relajada, pero su mirada decía otra cosa. Recorría el cuerpo de Seelie con frialdad, y con un mohín en los labios de superioridad.

Se sentía débil en su presencia. Kyle era tan grande que tenía la sensación de que su alcoba empujaba.

Sus piernas comenzaron a temblar cuando fijó la mirada en su rostro. El Dragón era un hombre muy agraciado y aunque lo odiaba, por su horrible forma de comportarse, parecía que su cuerpo reaccionaba antes él.

Kyle permanecía en silencio y con aparente calma, cosa que enfadó a Seelie. Después de lo sucedido esa misma mañana, ¿todavía tenía valor para presentarse en su alcoba con gesto altivo?

Cerró las manos y apretó los puños, dando un par de pasos en su dirección, y mirándolo con reprobación.

—¿Por qué habéis abierto esa puerta? —preguntó con dureza.

—Porque tengo la llave.

Seelie alzó la barbilla, orgullosa.

—¿Por qué? —repitió.

—¿Acaso no puedo hacerlo?

—¡Contestadme!

—Mujer, si aprecias tu bello cuello, me hablarás bien —le advirtió con voz glacial, pero sin moverse ni un milímetro del lugar en el que estaba apoyado.

—Si queréis que lo haga, empezad vos a hablarme con cortesía. ¡Y contestad a mi pregunta!

—Eres una joven descarada y belicosa —escupió con desprecio.

—Lo soy con quien se lo merece.

—¿Y tu esposo merece semejante trato?

—Vos no sois mi esposo —susurró Seelie, lo bastante fuerte para que él lo oyera.

—¿Tienes mala memoria, mujer? ¿O quizás tengo que enseñarte el documento que lo confirma?

—Un documento —repitió Seelie con rabia—. Un estúpido documento no significa nada para mí.

Kyle gruñó y caminó hasta su lado, con pisadas atronadoras.

—¡Signifique o no, me perteneces!

—¿Y se supone que debo estar feliz por ello?

—Me es indiferente cómo te sientas.

—Sois muy considerado —dijo con sarcasmo.

—Soy tu marido, así que, considerado o no, me hablarás con respeto —le advirtió.

Seelie lo fulminó con la mirada y le dio la espalda, acercándose de nuevo a la ventana y poniendo distancia de por medio. No quería ni mirarlo. Observar su fuerte cuerpo y ver su pecho moreno y desnudo conseguía que su estómago burbujeara.

Odiaba al Dragón, y odiaba el nerviosismo que la poseía cuando estaba en su misma estancia.

—¿Queréis algo más, esposo, o me permitiréis descansar?

—En efecto, quiero algo más. —Kyle la siguió y se colocó frente a ella, junto a la ventana. Seelie estaba muy hermosa con el cabello suelto, y vestida únicamente con el camisón, era una visión de lo más excitante. Se adivinaban las curvas de su cuerpo bajo aquella liviana tela—. Desnúdate.

Escuchar aquella palabra de la boca del Dragón fue como un golpe contra un árbol. No podía ser cierto.

—¿Cómo decís?

—Que te desnudes —le ordenó cruzándose de brazos.

—¿Pa... para qué?

—Todavía no hemos consumado nuestra unión. —Sonrió con frialdad.

—No... yo, no...

—¿Además de todos tus otros defectos, eres sorda?

—¡No lo soy! —Seelie lo miró fijamente y apretó los labios—. No voy a desnudarme.

—¿Quieres que lo haga yo? —La recorrió de arriba abajo y siseó disfrutando de su cuerpo lozano—. Lo haré con placer. Aunque, será una pena destrozar tu ropa.

—No vais a tocarme.

—¿Ah, no? ¿Y quién lo va a impedir? —Kyle sonrió al formular la pregunta.

—¡Gritaré, gritaré muy fuerte!

—¿Y piensas que alguien se atreverá a separarme de mi mujer? ¡Tengo derecho sobre ti! ¡Tengo derecho a satisfacer mis necesidades con tu cuerpo!

—¡Idos a fornicar con vuestra amante, sucio bárbaro!

Kyle se acercó más a ella y la acorraló contra la pared de piedra.

—Esta noche, me place divertirme contigo.

—¡No me toquéis! ¡Os aborrezco!

—¡Ese no es un impedimento para mí! ¡Te someterás como una buena esposa!

—¡Antes prefiero que me quemen viva!

—¡Y lo haré! ¡Te quemaré como a las brujas, maldita arpía, pero antes voy a disfrutar de tu dulce néctar!

Seelie lo empujó e intentó escapar, no obstante, Kyle la cogió por un brazo y la inmovilizó contra su pecho, acercando la boca al oído de ella.

—¡No me provoques, esposa, o puede que tu trasero quede magullado!

—¡De eso no me cabe la menor duda! ¡Rufián, asesino! —chilló intentando escapar—. ¡Si vais a matarme, hacedlo ya!

Kyle rio al escuchar sus palabras. Apretó su agarre y la traspasó con su mirada negra.

—Nunca imaginé que estar casado fuese tan divertido. —Aunque en su semblante había de todo menos diversión.

—¡Vamos, hacedlo, Dragón! ¡Matadme como hicisteis con vuestra primera esposa! ¡Sois un bastardo, asesino, y mi hermano quemará todas y cada una de las piedras de vuestro miserable castillo cuando se entere de mi muerte!

Él rugió y la agarró por el cuello, aplastándola contra la pared. Seelie alzó las manos para intentar que la soltase, sin embargo, tenía tanta fuerza que era incapaz de lograrlo.

—¡Maldita ramera! —Acercó su cara a la de ella—. No sabes lo que me gustaría hacer eso que me pides.

—¡Me hacéis daño! —Seelie comenzó a sentir miedo. Su corazón latía tan rápido que parecía a punto de salir despedido de su pecho.

—¿Y qué más te da? ¿No quieres morir?— Kyle sonrió, pero en su expresión no había la mínima señal de diversión—. Pues debes saber que la muerte es mucho más dolorosa, mi señora. Todos tus huesos del cuello se partirán y te ahogarás lentamente. En la agonía, los ojos se te saldrán de las órbitas y lo último que verás de este miserable mundo, será mi rostro.

Sin poder aguantar más, Seelie se echó a llorar. Apartó la mirada y lloró amargamente. Estaba aterrada. El Dragón finalmente la mataría y todo acabaría.

No obstante, Kyle la soltó y se apartó de ella como si su contacto le quemase. La recorrió con sus impenetrables ojos, mirándola igual que a un ser repugnante.

—¿Ahora lloras? ¿Dónde está tu valentía?

—¡Acabad ya, por San Gilberto! —exclamó entre lágrimas.

—¿Ya no peleas, esposa?

—¡Os odio, Kyle Murray, os odio con todo mi ser!

—Entonces, después de todo, lo que sentimos es mutuo —gruñó dando una vuelta a su alrededor.

—¿A qué esperáis? ¡Matadme de una buena vez!

—¿Tanto deseo tienes de morir? —la interrogó asqueado.

—¡Lo prefiero, prefiero la muerte a una vida a vuestro lado! ¡Al lado de semejante bestia! —chilló incapaz de dejar de llorar. Se limpiaba las lágrimas que caían por sus mejillas, pero sus ojos parecían no querer dejar de lagrimear.

—Te diré algo, niña, para que no tengas una visión errónea de mi persona. —Kyle volvió a acercar sus labios a la oreja de Seelie—. Yo tampoco elegí este enlace, y me parece tan desagradable como a ti. —Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta, la que separaba ambos dormitorios. Al llegar a ella, miró a Seelie por última vez y apretó los labios—. Y, por si te sirve de algo: antes preferiría ser aplastado por cien bisontes y traspasado por quinientas espadas enemigas, a tener que yacer contigo en una cama.

Tras sus palabras, cerró la puerta de un golpe y giró la llave de nuevo, para que no pudiese volver a abrirse.

Al quedarse a solas, Seelie se dejó caer al suelo y allí lloró por su desgracia. No era suficiente con haber tenido que dejar su hogar y todo lo que conocía, sino que el Dragón le estaba demostrando que todas y cada una de las leyendas que se contaban sobre él, eran ciertas.

CAPÍTULO 5

—¿Hoy comeremos haggis, Merybeth?

Apenas había amanecido y el revuelo en las cocinas del castillo de Blair era notable. Todas las mujeres que allí había se afanaban por hacer sus quehaceres y contentar a Merybeth. La vieja cocinera era la mandamás de aquel rincón del castillo. Por sus manos pasaban todos y cada uno de los guisos que los Murray comerían a lo largo de los días.

—Haggis, querida Effie. —La vieja cocinera le sonrió, consiguiendo que su rostro se iluminase al hacerlo—. El otoño fue generoso con nuestros cazadores.

—Y doy gracias a nuestro Señor.

—Pero, muchacha, sé de buena tinta que eres la sirvienta de la señora Seelie. —Merybeth se quedó mirándola pensativa—. ¿Por qué vienes todas las mañanas a las cocinas a ayudar?

Effie se encogió de hombros.

La vida en el castillo de Blair no era muy diferente a la que llevaba cuando vivía con el clan MacLean. Se levantaba antes incluso que los gallos cantasen, adecentaba su alcoba y esperaba a que su señora requiriese de sus atenciones.

No era un trabajo agotador, gracias a los santos, y tenía suerte de que Seelie era gentil y buena.

—Mi madre era una gran cocinera —dijo tras una breve pausa—. Me agrada estar junto a los fogones. Es como si ella todavía estuviese entre nosotros.

Merybeth sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Eres una buena chica. —Le pasó un cántaro de barro—. ¿Serás tan amable de ir al manantial a por agua?

—Claro. Me alegro de poder ser útil.

Salió del castillo con una gran sonrisa.

Si tenía que ser del todo sincera, sus excursiones a ese rincón del castillo no eran tan altruistas como Effie decía. Estar en las cocinas y las peticiones de la vieja Merybeth de que trajese agua, le daban la oportunidad de volver a ver al hombre del manantial.

Desde hacía varias jornadas, acudía cada mañana y siempre lo encontraba en el mismo lugar, sentado. Pensativo.

Apenas le sostenía la mirada, ni tampoco había hablado nunca con él, pero le parecía tan gallardo y misterioso que deseaba que los días pasasen pronto para poder volver a verlo cada amanecer.

Sabía que él también la miraba. Y su corazón parecía querer salir de su pecho cuando veía su cara. Nunca, en sus treinta y seis años de vida, había tenido tales sentimientos por un hombre. Sus días se resumían en trabajo y más trabajo, y pensó que siempre

sería así.

Caminó por el prado que rodeaba el castillo, con los nervios apoderándose de su estómago. Era una auténtica tontería sentirse así. No sabía nada de la vida de ese hombre. Quizás ya tendría a una mujer que lo esperase cada noche. Ni siquiera sabía si ese día estaría sentado junto al manantial, como las otras veces. Pero, Effie no podía evitar aquella bola de electricidad que recorría su pecho y parecía inyectarle vida.

Al llegar al pequeño lago, lo vio. Donde siempre, como siempre.

Sentado. Pensativo. Silencioso.

Aguantando los nervios, pasó por su lado sin apenas mirarlo y se arrodilló para llenar el cántaro de agua. Sonrió sin que la viese. Notaba su mirada puesta en ella.

Tardó más de la cuenta en llenar el cántaro. Cuando se fuese de allí, tendría que esperar todo un día para volver a verlo, y se resistía a marcharse. Sin embargo, tenía obligaciones que cumplir, y Merybeth sospecharía de su tardanza si no regresaba en unos minutos a las cocinas.

Con desgana, se levantó del suelo y cogió el cántaro con ambos brazos. Caminó de vuelta, pasando por su lado, y asegurándose de no mirarlo.

—No os había visto nunca antes en el castillo de Blair.

Effie dejó de caminar al escuchar su voz. Cerró los ojos y sonrió abiertamente, todavía de espaldas a él.

Tenía una voz preciosa. Ni demasiado grave, ni demasiado aguda. Masculina y suave. Era perfecta para él.

Giró sobre su cuerpo y lo miró a los ojos por primera vez. Eran marrones, expresivos, grandes. Aguantó las ganas de echar a correr por los nervios y se humedeció los labios.

—¿Perdón? ¿Qué decís?

—Que sois nueva en el castillo —repitió él con cortesía, desde su asiento.

—Así es. Soy la criada de la esposa de Kyle Murray.

—¿Puedo saber vuestro nombre?

Effie frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Os veo cada día, sería de muy mala educación no saludaros cuando regreséis a por agua.

—Mi nombre es Effie —respondió, a punto de llevarse una mano al corazón para intentar que no latiese tan rápido. Por todos los santos, ¡solo le había preguntado cómo se llamaba! No había motivos para aquella reacción tan desproporcionada de su cuerpo.

—Un nombre precioso, como vos. —Effie se removió incómoda por su cumplido—. Yo me llamo Lean, Lean Murray.

—Un placer, Lean Murray. —Effie miró hacia el castillo—. Debo irme.

—¿Tan rápido?

—Me esperan en las cocinas con el agua.

—¿Y por qué la criada de Seelie MacLean trabaja en las cocinas? No es vuestra obligación.

Ella tragó saliva y pensó en lo que decir. Jamás aceptaría ante él que lo hacía para volver a verlo cada día.

—Me agrada poder ayudar a Merybeth. —Volvió a mirar hacia el castillo—. Y ahora, debo marcharme.

Lean alzó la mano para que aguardase.

—¿Volveréis mañana?

—Em... no lo sé. —Bajó la vista al suelo antes de volver a hablar—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque me agradaría volver a veros.

—No creo que a vuestra esposa le gusten vuestras atenciones hacia mi persona.

—Nunca me he desposado —aceptó con una débil sonrisa—. Y, ¿vos? ¿Tenéis marido?

—No. —Lean sonrió con más ganas, alegre de que Effie fuese una mujer sin compromisos—. ¿Vendréis mañana, Effie?

—Yo... es que...

—Decid que sí. Me haríais un hombre muy feliz si me dierais la oportunidad de volver a veros.

Ella se mordió el labio inferior y jadeó por los mismos nervios. Jamás se hubiese imaginado que aquello sucedería, que el hombre por el que acudía al manantial deseara volver a verla. Sabía que no era decoroso que un hombre y una mujer se viesan a solas, sin nadie que pudiese dar fe de que sus actos eran decentes. Sin embargo, regresaría al manantial al día siguiente. Como también regresaría todos los días que hiciesen falta para volver a ver a Lean. Lo que pasaba dentro de su cuerpo, cuando estaba a su lado, era algo tan fuerte que estaba dispuesta a saber a qué se debía.

Seelie no pudo conciliar el sueño en toda la noche y amaneció cansada y nerviosa. Después de la pelea con el Dragón, no quiso cerrar los ojos. Necesitaba estar preparada por si Kyle volvía a entrar en sus aposentos. Para defenderse de él.

Todavía se le aceleraba el corazón al recordar su mano alrededor de su cuello. Sus ojos furiosos, esa mirada terrible que prometía hacerle daño.

Tenía miedo. Lo reconocía. Fue una estúpida por pensar que podría librarse de aquel matrimonio tan fácilmente. Creyó que regresaría a casa en unos días, que su esposo la dejaría volver. Pero Kyle era despiadado, bruto e insensible. Las habladurías sobre su persona se quedaban cortas, porque el Dragón era el mismísimo Demonio.

Pasó parte de la mañana paseando por los alrededores del castillo, acompañada por Kenneth. Junto a su primo estaba más segura, y lo retuvo a su lado hasta que la hora de la comida les obligó a separarse.

Comieron en el gran salón, como de costumbre. Los Murray se tomaban cada almuerzo como una fiesta, así que los gritos y los brindis siempre estaban presentes, aunque no hubiese motivo aparente para celebrar.

Pudo relajarse medianamente porque Kyle no se dignó en aparecer. Como había hecho desde que llegó al castillo, no había comido nunca con ellos. Y lo agradecía. Cuanto menos viese a esa bestia, mejor.

La tarde fue más o menos agradable. Isla pidió su consejo para la confección de su nuevo vestuario y estuvieron eligiendo telas, zapatos y tocados, junto a la costurera. Le agradaba la compañía de aquella jovencita. Era educada y tierna, nada que ver con el asesino de su primo.

Después de terminar de asesorar a Isla. Tuvo el tiempo justo para cambiarse de ropa para la cena. Con la ayuda de Effie se puso un vestido azul de escote cuadrado, y corpiño de una tonalidad más oscura, con mangas largas, acampanadas. Y, para terminar, sobre el hombro, un delicado manto de lana con el tartán de los MacLean.

Bajó al salón, donde los miembros de los Murray aguardaban a que las criadas sirviesen el banquete, mientras daban buena cuenta del whisky tibio que llenaba los cuencos de los que bebían.

Tomó asiento junto a su suegro, que le sonrió con calidez, y parecía encontrarse mejor que días atrás, y miró a su alrededor. Se sentía fuera de lugar en el castillo de Blair. Todos reían felices y hablaban a gritos con sus parientes. Nadie parecía darse cuenta de que Seelie era desdichada entre sus muros, y aunque lo hubiesen hecho, apenas hubiera importado. El deber de una mujer era permanecer con su marido, ya fuese infeliz el resto de su vida.

Las criadas repartieron las bandejas con la comida y todos dieron buena cuenta de ellas. Seelie cogió un poco de capón y comió sin demasiadas ganas, distraída, observando a Kenneth, que parecía querer asesinar a Isla con la mirada, mientras la joven le decía algo y reía.

Sonrió. Su primo había caído en sus encantos. Lo había estado observando días atrás, y sus reacciones eran exageradas cuando la joven se encontraba a su lado.

Cogió su copa para beber, sin embargo, un gran estruendo le hizo girar la cabeza hacia la puerta de entrada del castillo, al igual que hizo la demás gente.

Por ella avanzó un grupo de guerreros Murray, encabezados por un hombre con capa, que cubría su cabeza con una capucha como la que usaban los clérigos.

El Dragón.

Su corazón se aceleró al reconocerlo y se removió en su sitio, nerviosa.

¿Qué estaba haciendo allí? Jamás se reunía en el gran salón con sus demás parientes.

Kyle llegó hasta donde se encontraban ella y su padre, y tomó asiento junto a ellos, al igual que hicieron el resto de los soldados, repartidos entre las demás mesas.

Todavía con la capucha puesta, el Dragón cogió un trozo de capón y se lo llevó a la boca. Tras dar un trago de su whisky, tiró el hueso al plato y se centró en su padre, que

lo miraba como si esperase noticias.

—Tenemos que hablar —dijo dirigiéndose al viejo Murray, retirándose la capucha de su cabeza.

—Mañana hablaremos sin falta —respondió el viejo laird royendo un hueso.

—Es importante, padre.

—Cuando se trata de los Drummond, siempre lo es.

—¡Deja de comer y vayamos a un lugar privado! —exclamó dando un golpe sobre la mesa, asustando a Seelie, que dio un saltito.

Edwin se quedó mirando a su hijo en silencio. Cogió otro trozo de capón y se lo llevó a la boca.

—No debemos precipitarnos, Kyle. Aguardaremos hasta que amanezca y hablaremos.

—¡Condenación! ¡No podemos...!

—Mañana —repitió Edwin.

—¡Malditos santos! —gritó el Dragón mientras todos lo miraban con temor—. ¡Eres el laird, padre! ¡No podemos dejar que los Drummond...!

—Soy el laird, tú lo has dicho. Quizás sea viejo en edad, pero sé que con los Drummond no debemos ser impulsivos. —Dio otro bocado a su trozo de capón y repitió—. Hablaremos mañana.

Kyle gruñó y se apoyó en el respaldo de su asiento.

Estaba muy enfadado. Tanto que si por él hubiese sido, hubiera ido él mismo al castillo de Alistair Drummond y lo hubiese reducido a cenizas con sus propias manos.

Sabía que no podía confiar en ese miserable, y había quedado demostrado que el único desenlace posible era la guerra.

Cogió su cuenco de whisky de un empujón y se lo llevó a los labios, mirando a su alrededor, a las personas que comían junto a él. Todos parecían haber dejado de chillar. Hablaban en susurros, como si temiesen molestarle con sus voces. Las miradas eran temerosas, llenas de inseguridad, menos las de sus guerreros, que comían como si nada raro ocurriese. Aunque, claro, nadie lo conocía igual que sus hombres. Todos creían a pies juntillas las leyendas que se contaban sobre él.

A su lado, sintió un movimiento. Cuando giró la cabeza contempló a Seelie, que se encontraba sentada más recta que una tabla de madera, con el semblante orgulloso y la mirada fija en la pared de enfrente, ignorándolo a conciencia.

Tuvo que reconocer que esa noche estaba especialmente bella, con ese vestido azul que tan bien se ajustaba a su cuerpo. Su precioso pelo rojo era como un halo alrededor de su cara, y la hacía parecer celestial.

Kyle apretó los dientes al darse cuenta de que su respiración se había acelerado mientras la contemplaba.

No entendía por qué, pero con su esposa le ocurría más de lo que hubiese deseado. Seelie tenía algo que lo alteraba.

Cuando se casó con ella, imaginó que sería otra dama asustadiza que huiría de él como

si de la peste se tratase, no obstante, verla plantarle cara, fue toda una sorpresa.

Le divertía. Tenía que reconocer que aquella arpía belicosa era estimulante. Y su belleza solo hacía que la diversión aumentase. Cualquiera hombre con dos ojos en la cara, hubiese deseado enterrarse entre sus muslos. Poseía un cuerpo esbelto y lozano capaz de tentar al mismísimo Todopoderoso.

Sin embargo, Kyle no tenía la mínima intención de hacerlo. Tenía amantes que lo satisfacían cuando él lo quería. No veía por qué aguantar las quejas y berrinches de una mujer solo para poder meterse bajo sus faldas, por muy deseable y hermosa que fuese. Aunque no pudiese apartar la mirada de su rostro delicado, aunque su miembro reaccionase al contemplar sus pechos apretados contra el vestido, aunque su sangre se alterase imaginándola bajo su cuerpo.

Cerró los ojos al darse cuenta de que se estaba excitando mientras la miraba y maldijo en voz baja. El Dragón era conocido por su fuerza y su carácter férreo y determinante. Así que, ver que su voluntad se quebraba solo con mirar a Seelie MacLean, lo cabreaba.

Dispuesto a acabar de una vez por todas con aquello, alargó la mano y cogió un trozo de tela de su vestimenta, haciéndola contener el aliento.

—¿Qué hacéis?

—¿Por qué viste mi esposa con el tartán de los MacLean?

—Porque soy una MacLean, por supuesto.

—Dejaste de serlo el día que nos desposamos —le recordó con frialdad.

—Mi corazón siempre será de mi clan.

—¡Tu clan es este! —exclamó apretando los dientes—. ¡Eres una Murray!

—Como vos digáis —declaró sin mirarlo, hacerlo la ponía muy nerviosa.

—¡Y como esposa mía, llevarás el tartán de mi clan! ¡Mis colores!

Seelie giró la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—Los llevaré cuando sienta que debo hacerlo.

—¡Es tu obligación!

—¿Mi obligación? —repitió ella—. ¿Queréis que hablemos de obligaciones, mi señor?

—¡No me provoques, mujer!

—¡Conozco mis obligaciones, pero parece ser que vos no conocéis las vuestras! —

Seelie apretó los labios y le aguantó la mirada. Estaba tan furiosa por todas las exigencias del Dragón que el miedo se esfumó—. ¡Tenéis la obligación de velar por vuestra esposa, y no dañarla! ¿Y qué habéis hecho desde que estoy en vuestro castillo? ¡Maltratarme y magullarme!

—¡Como no cierres esa boca, seré yo quien lo haga! —le advirtió mientras su semblante se iba tornando carmesí por la ira.

—¡Me amenazáis, me insultáis! ¡Ignorasteis mi llegada a Blair Atholl, no me acompañáis durante las comidas, me tratáis como a un animal!

—¡Ya basta! —La agarró de una mano y la apretó, logrando que Seelie hiciese una

mueca de dolor.

—¿Esto es lo que debo esperar de mi marido? ¿Dolor? —Los ojos se le llenaron de lágrimas, y Kyle la soltó de inmediato, mirándola con desprecio—. ¿Debo respetar y admirar a un hombre que me lastima y que me humilla?

—¿Humillación? —susurró con un gruñido—. ¿Cuándo he hecho yo eso?

—¿Os parece poca la humillación que sentí cuando vi a mi esposo retozar con una fulana delante de mis narices? ¿No es humillante que todo el mundo vea que jamás os esforzáis por reuniros conmigo en el salón? —Se frotó la mano, intentando calmar el dolor—. ¿Pero qué se puede esperar de vos, del Dragón? Todo el mundo sabe que sois un asesino, un ser sin alma.

—¡Más te vale dejar de decir majaderías, mujer!

—¡Pues dejad que me vaya a casa!

—¡Esta es tu casa ahora! —chilló, haciendo que todo el mundo en el salón los mirase, incluso el viejo Murray, que reprendió a su hijo por tal grito. No obstante, Kyle no hizo ni caso. Su atención estaba puesta en Seelie.

—Este castillo no es mi hogar, ni lo será jamás. Porque un hogar es un lugar donde hay amor.

—¡Sandeces!

—Quiero regresar —repitió, pero esa vez su voz se quebró. Bajó la vista al suelo y aguantó las ganas de llorar.

—Y yo no quiero volver a escuchar semejantes tonterías —le advirtió—. Te guste o no, el castillo de Blair es ahora tu casa, sus gentes tu clan, y yo tu esposo.

—Estoy casada con un bárbaro y un asesino —susurró con rabia.

—¡Que así sea! ¡Pero cumplirás con tu deber y permanecerás aquí conmigo!

Seelie apretó los labios y resopló, al tiempo que atravesaba a Kyle con sus furiosos ojos verdes.

—¿Cumplir con mi deber mientras vos fornicáis con una ramera en la habitación contigua?

—Haré lo que me plazca y mi querida esposa permanecerá con la boca cerrada.

—¡Lo haré, porque agradezco no ser yo la mujer con la que descargáis vuestros odiosos deseos! ¡Seguid fornicando con esa criada, haced lo que os plazca, y olvidaos de mí!

—Será todo un placer. —Kyle siseó y, tras mirarla por última vez, se levantó de su asiento y abandonó el gran salón, consiguiendo que todas las miradas lo siguiesen hasta que su sombra desapareció por las escaleras que llevaban a la planta superior.

Tras su marcha, Seelie evitó alzar la cabeza, notaba los ojos de todos los Murray en su persona. Eran miradas llenas de piedad, como si quisiesen darle fuerzas por aquel infierno que le había tocado vivir. Todo el mundo conocía a Kyle Murray, y sabían de lo que era capaz.

Se disculpó educadamente con su suegro, que le dijo unas palabras de ánimo, y regresó a sus aposentos, donde Effie la desvistió y le colocó el camisón que usaba para

dormir.

Acostada en el lecho, y a oscuras, lloró. Pensó en miles de formas de escapar del castillo de Blair, lograr regresar a la isla de Mull. Sin embargo, la realidad la golpeaba cuando se repetía que el Dragón iría a buscarla y Logan no podría hacer nada por ayudarla porque, después de todo, su marido tenía el derecho sobre ella.

Unos jadeos se colaron desde la habitación de Kyle. Seelie prestó atención hasta que cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo allí dentro.

Su querido esposo estaba copulando con otra mujer, y esta no dejaba de gritar con cada embestida, por el placer que el guerrero le proporcionaba.

Después de varios minutos escuchando los gemidos de ambos, se cubrió la cabeza con las pieles del lecho, intentando amortiguar el sonido. Con los ojos cerrados y los labios apretados por la rabia, maldijo a ese hombre con el que desgraciadamente tendría que pasar el resto de su vida. Se echó a llorar de nuevo. Era desgraciada y débil.

Un par de horas después, y exhausta de tanto llorar, se quedó dormida, sin embargo, ni sus sueños fueron liberadores. En ellos un oscuro hombre, de cabellos largos y mirada negra, la torturaba sin cesar.

CAPÍTULO 6

Kyle despertó con la sensación de no haber dormido nada, a pesar de que llevaba más de seis horas en la cama. Estaba inquieto.

Se vistió con rapidez, echándose el manto sobre el hombro, y se calzó los zapatos de cuero. Tenía asuntos muy importantes que tratar con su padre, y poco tiempo que perder.

Estaba furioso. Lo estuvo desde que supo la noticia por boca de sus propios campesinos. Si por él hubiese sido, los Drummond estarían en esos momentos colgados en picas. Empezando por su laird, Alistair.

Entrecerró los ojos y salió de su alcoba sin perder ni un segundo de su tiempo.

Al pasar por delante de la de Seelie, endureció el gesto recordando la disputa que protagonizaron en el salón.

Su esposa era una bruja que pretendía amargar sus días. Pero Kyle no iba a permitir que eso sucediese. La encerraría en sus aposentos si era necesario, para que su vida volviese a la normalidad y no tuviese que aguantar sus quejas y reproches.

Nunca había conocido a una mujer más testaruda e insistente. Cada vez que se encontraban, ganas no le faltaban de retorcer su delicado cuello.

Por esa misma razón, no comprendía por qué su cabeza se empeñaba en recordarla.

La pasada noche, con Evanna, no disfrutó como siempre solía hacerlo. Puso todas sus ganas y énfasis mientras fornicaban, pero la excitación no fue como antes. Por más que acariciaba y embestía contra el cuerpo de la criada, su cabeza parecía estar en otra parte. Con otra persona, para ser más exactos.

Mientras su miembro exploraba la profundidad de Evanna, unos furiosos ojos verdes, lo traspasaban. Unos ojos enmarcados por el cabello más rojo y salvaje de Escocia, el cual rozaba una cara de facciones finas y delicadas, del mismo tacto que la porcelana. Y cubría un cuerpo elegante, y tan deseable como la dulce hidromiel.

Fue una noche rara. Kyle acabó confuso y más enfadado de lo que ya lo estaba, porque mientras el placer recorría su cuerpo, la visión de Seelie MacLean se ancló en su cerebro, y no hubo nada que pudiese echarla.

Al bajar por la escalera, resopló al recordar sus palabras.

¡Por San Gilberto! ¡Solo era una mujer caprichosa y provocadora! Su esposa le había reprochado el no tratarla con la cortesía que se merecía. Le sermoneó por no acompañarla en las comidas, por su forma de tratarla, por fornicar con otras mujeres, por ser un mal esposo.

Sin embargo, Kyle nunca había pretendido ser un modelo en dicho tema. No deseaba el matrimonio, solo se desposó por su clan. Si esa niña pensaba que iba a conseguir a un marido tierno y considerado, iba muy mal encaminada.

El Dragón había nacido para liderar. Le traía sin cuidado que apareciese su cara en todos sus actos sexuales con Evanna, que fuese la más hermosa de todas las Tierras Altas, que su melena al sol pareciese como una hoguera centelleante, que sus ojos no pudiesen despegarse de ella cada vez que estaba a su lado, que su cuerpo pequeño y esbelto lo tentase.

Seelie MacLean podría ser una distracción para cualquier otro hombre, pero Kyle tenía la vida que le gustaba y nadie conseguiría que cambiase. No lo había logrado ni su propio padre, ¿cómo iba a hacerlo una simple mujer?

Cruzó el gran salón y lo encontró vacío.

Era bastante pronto y los guerreros no se reunirían en él hasta que el sol asomase del todo por el horizonte, pese a que ese día no asomaría, pues las nubes cubrían el firmamento y amenazaban con lluvia.

Encontró a su padre donde siempre lo hacía a esas horas tempranas: en las caballerizas.

Debido a su avanzada edad no podía montar sobre su corcel, pero amaba a dicha bestia y la acicalaba y alimentaba él mismo.

Kyle lo halló cepillando la hermosa crin castaña del caballo. Caminó hasta su lado y se cruzó de brazos, antes de comenzar a hablar.

—Vayamos al salón, tenemos asuntos importantes que tratar —dijo con voz de mando. Edwin miró a su hijo y negó con la cabeza.

—Todavía no he acabado con Tzar, hablemos aquí.

—¡Este no es lugar para tratar un tema como este, padre! —Lo miró con inquietud.

—Los caballos son nuestros compañeros de batalla, no veo mejor lugar para hacerlo.

Kyle maldijo entre dientes y suspiró.

Desde hacía un tiempo atrás, el viejo laird no era el de siempre. Su cabeza había comenzado a fallar. Hacía cosas sin sentido, olvidaba a personas de su entorno y actuaba de forma extraña, como un niño. Al castillo de Blair acudieron decenas de curanderos y religiosos duchos en el arte de la sanación, y todos le dijeron lo mismo. Que aquello solo empeoraría.

Su cerebro estaba envejeciendo mucho antes que su cuerpo.

Si bien Edwin todavía tenía momentos de lucidez, el Dragón quedó al mando del clan, aunque todos seguían considerando al viejo Murray el laird. Kyle así lo quiso.

—Que sea aquí entonces —asintió entre dientes. Se frotó la frente y prosiguió—. Drummond no ha cumplido su promesa de ordenar a sus campesinos que abandonen nuestras tierras.

—Era de suponer —comentó el viejo Murray.

—Le dimos un ultimátum. Si no sacaba de allí a sus hombres, entraríamos en guerra contra su clan. Así que, diré a los guerreros que se preparen para la emboscada. Partiremos en una hora.

Edwin dejó de cepillar a Tzar y dio un paso hacia su hijo.

—No, Kyle, aguardaremos.

—¿Cómo que aguardaremos?

—Dejemos un poco más de tiempo para que se replieguen.

—¡No van a regresar a sus tierras, padre! ¡Es una declaración de guerra en toda regla!

—Alistair Drummond es un petimetre. Solo quiere provocar —le quitó importancia.

—¡Pues yo le demostraré qué ocurre cuando provocan al Dragón! —gruñó—. ¡Arrasaremos sus tierras y mataremos a esos desgraciados!

—Kyle, no seas impetuoso.

—¿Impetuoso? ¡Solo voy a hacerle saber que a los Murray hay que respetarlos! ¡Colgare su cabeza en mi ventana para que todo el mundo sepa qué ocurre cuando me enfadan!

Edwin suspiró y cogió a su hijo por el brazo.

—Sé que no me queda demasiado tiempo en este mundo, hijo. Los curanderos lo repiten sin cesar. —Se encogió de hombros—. También sé que en mi ausencia serás un gran laird, porque ya lo eres. Un guerrero fiero y mortífero que nunca se rinde. Pero, Kyle, debes aprender a aguardar. La templanza y la paciencia también son cualidades que debe tener un buen jefe de su clan.

—¿Paciencia? ¿Quieres que tenga paciencia cuando se me ha desobedecido?

—Exacto.

—¡Todo el mundo se ríe de la gente benévola! ¡Y de mí jamás lo permitiré!

—Créeme, hijo, nadie se ríe del Dragón. Todos te temen y respetan. Y lo harán todavía más cuando demuestres sabiduría. —Sonrió—. Aguardemos un poco y demos tiempo a que se vayan. Las guerras afectan tanto a un clan como al otro. Hay mujeres y niños Drummond que no tienen culpa de las acciones de su laird. Démosles un día, quizás dos. Si después de ese tiempo todavía siguen sus campesinos en nuestras tierras, atacaremos.

Kyle entrecerró los ojos.

Nada en el mundo le placía más que acabar de una buena vez con Alistair, sin embargo, reconocía que su padre tenía razón. Su pueblo estaba cansado. La guerra contra los ingleses había mermado el número de guerreros y las familias necesitaban un respiro.

Quizás el viejo Murray tuviese episodios de pérdida de memoria. Quizás su estabilidad mental no era como la de algunos años atrás, y también podía ser que su cuerpo ya no aguantase la exigente vida propia de un laird, no obstante, cuando su raciocinio regresaba a él, y la neblina desaparecía de su cerebro, quedaba demostrado que su razón y templanza eran intachables.

Seelie cosía en sus aposentos junto a Effie, en silencio.

Aquella no era una tarea propia de una dama de su posición, sin embargo, necesitaba estar ocupada en algo, ya que en aquel lugar nunca tenía nada que hacer.

Los días eran muy largos, y casi siempre estaba sola.

Daba gracias a los santos por que la joven Isla la visitase tanto como sus obligaciones le permitían. Con ella hablaba y reía. Quizás, era lo más parecido a una amiga en aquel castillo, pues las demás mujeres la evitaban. Al ser la esposa del Dragón, nadie quería importunarla y ser el blanco de su furia.

Kenneth paseaba con ella a diario, no obstante, pronto parecía aburrido y regresaba con los guerreros.

En sus innumerables horas a solas, pensaba en su familia, en el castillo Duart, en su isla. Desde que llegó a Blair Atholl no había tenido noticias de ellos y estaba deseosa por saber si seguía todo bien.

Anhelaba un abrazo de su madre. Ellora, pese a ser una mujer recta, era muy cariñosa con sus hijos, y la guiaba para que todo fuese más fácil. Hubiese dado una de sus piernas por poder volver a verla. Del mismo modo que a sus hermanos, a todos sus sobrinos y a su cuñada Ginebra.

Una lágrima resbaló por su mejilla. Dejó la aguja sobre el vestido que zurcía y se la limpió con el dorso de la mano.

—Mi señora, ¿por qué lloráis? —Effie dejó de dar puntadas y prestó más atención a Seelie, que comenzó a llorar con más intensidad—. ¿Qué mal os aqueja? ¿Os duele algo?

—No te preocupes, es nostalgia. —Apretó los labios—. Y tristeza.

—No sois feliz aquí.

—No lo soy —admitió—. No hay nada en el castillo de Blair que haga que desee quedarme.

—¿Y vuestro esposo? ¿No habéis conseguido que se ablande?

Seelie entrecerró los ojos y se cruzó de brazos al pensar en el Dragón.

—¡Lo odio! ¡Mi padre me desposó con un tirano, con un bruto, lujurioso y asesino! ¡Pedir que Kyle Murray se ablande es como pedirle a una piedra que camine!

—Pero es un hombre apuesto.

—Sí, lo es. Sin embargo, tiene el corazón tan negro como el Demonio. Es malo, Effie. Es... es...

—Cuánto lamento que no seáis feliz, mi señora. Sois buena y os merecéis que vuestro esposo os adore.

—No quiero su adoración. Solo deseo que me permita regresar a Mull.

—Pediré en mis pegarías porque así sea.

Seelie le sonrió, agradecida de tener al menos a Effie.

Su criada era una mujer prudente y muy educada. Jamás hablaba mal de nadie y era la persona más discreta que conocía. Estaba a su lado desde hacía más de diez años y la apreciaba de veras.

—¿Y tú, Effie? ¿Eres feliz aquí?

—No soy infeliz. Al igual que en el castillo Duart, tengo un lugar para resguardarme de frío, no me falta la comida y voy bien vestida.

—¿Las mujeres del servicio son amables?

—Lo son. —Effie sonrió y cerró los ojos de forma soñadora antes de volver a hablar—. Y... creo que he conocido a un hombre que ha puesto sus miras en mí.

Seelie abrió la boca, asombrada, y se llevó las manos al pecho, feliz por su criada.

—¡Oh, Effie, cuánto me alegro! —Se acercó más a ella y quedó sentada a su lado—. ¿Quién es? ¿Es apuesto?

—Es muy apuesto, mi querida Seelie. —Los ojos de la criada chisporroteaban—. Es el aguador del castillo, el vigilante del manantial.

—¿Vas al manantial, Effie? ¿Para qué? No es tu trabajo.

—El primer día fui para abastecer vuestra palangana, pero los otros... —Parecía avergonzada—. Me ofrecí a ayudar a la cocinera para poder volver a verlo.

—¿Y tiene buenas intenciones hacia tu persona?

—Al menos, eso asegura él, mi señora. Es un hombre muy amable, caballeroso y atento. Apenas hemos intercambiado un par de palabras, pero siempre allí, en el manantial. Sin embargo, asegura que desea volver a verme. Le parezco hermosa. — Effie bajó la vista al suelo, sonrojada—. Y yo... también deseo seguir viéndolo.

Kyle se apartó la capucha de su cabeza y entró al castillo. Subió las escaleras que llevaban a sus aposentos y se encerró en su habitación con el semblante feroz. Habían estado toda la tarde vigilando los movimientos de los campesinos Drummond en sus tierras, y no parecían replegarse, sino todo lo contrario. Seguían labrando la tierra. ¡Labraban tierra que no les pertenecía! ¡Se estaban aprovechando de sus campos fértiles sin tener el derecho sobre ellos!

Tomó asiento en uno de los sillones que había frente a la gran chimenea y se sirvió un cuenco con whisky. Saboreó aquel fuerte licor recordando las palabras de su padre y convenciéndose de que tenía razón, aunque por dentro desease montar de nuevo sobre su caballo y cercenarle la cabeza a Alistair con su propia claymore.

Se apoyó en el respaldo del sillón y cerró los ojos con fuerza. En silencio, pensó en la manera más inteligente de actuar, sin embargo, unas voces agudas y femeninas se colaron por sus oídos, relegando aquel tema a segundo plano.

Fijó la vista en la puerta que separaba la alcoba de Seelie y la suya, y continuó escuchando el murmullo proveniente de la otra estancia.

Hizo una mueca con los labios al pensar en su esposa. A pesar de su determinación en no hacerlo, su rostro no había desaparecido de su mente en todo el día.

Se levantó de su asiento sin dejar de maldecir y se acercó a la puerta. Esa mujer tenía

algo que lo atraía, y no le gustaba admitirlo. Tenía amantes complacientes que se desvivían por hacerlo disfrutar, fornicaba con ellas a diario. Y aun así, Seelie MacLean se colaba en sus pensamientos hasta apoderarse de ellos.

Se odiaban. Tanto ella como Kyle no soportaban estar juntos durante más de unos segundos. Lo despreciaba, lo llamaba asesino y sus desplantes lo sacaban de quicio. Eran las dos personas menos compatibles de toda Escocia, ninguno de los dos quería la compañía del otro.

Así que, cuando Kyle se vio sacando la llave de la cómoda e introduciéndola en la cerradura, se sintió confuso.

No buscaba una mujer, su matrimonio fue una pura transacción entre clanes y Seelie MacLean le parecía la joven más insoportable que hubiese conocido jamás, sin embargo, su mano no dejó de hacer presión con la llave, hasta que el cerrojo que mantenía la puerta cerrada, se abrió.

CAPÍTULO 7

Seelie se quedó petrificada cuando vio a Kyle al otro lado de la puerta.

Tras una entretenida tarde de costura, Effie se disponía a quitarle sus ropajes y colocarle el camisón que usaba para dormir. No obstante, dejó de hacerlo al ver al Dragón observándolas desde el quicio de la puerta.

Desde su posición, Kyle parecía un león a punto de atacar a su presa. Su negra mirada recorría el cuerpo de Seelie, logrando incomodarla, pese a seguir vestida íntegramente.

—Retírate, criada, quiero hablar con mi mujer —le ordenó sin apenas mirarla.

Seelie contuvo la respiración y agarró la mano de Effie, para que no se moviese de su lado.

—Effie se disponía a ponerme la ropa de dormir —le informó con seriedad.

—Solo será un momento, mi señor —añadió ella reforzando las palabras de Seelie.

—¡He dicho que te largues! —gritó el Dragón entrando en la habitación como un huracán, haciendo que ambas mujeres contuviesen la respiración—. ¡Fuera!

—Ahora mismo, mi señor —contestó la criada con el semblante aterrado.

Miró por última vez a Seelie, que se resistía en soltarle la mano, y salió de los aposentos tan rápido como sus pies le permitieron.

Cuando se quedaron a solas, Kyle paseó por la alcoba mirando a su esposa de arriba abajo. Con la luz de los candeleros, el perfil de Seelie era todavía más deseable y bello, aunque en sus labios hubiese dibujada una mueca de enfado.

Con pasos silenciosos, se colocó tras ella y acercó la boca a su oído.

—¿Cómo ha pasado el día mi esposa?

Seelie, al escuchar dicha pregunta, giró furiosamente y lo encaró con enfado.

—¿Y a vos qué os importa? ¿Ahora os preocupáis por mi divertimento?

—Es el deber de un marido, ¿no es así?

—¡Sea así, o no, jamás os ha importado lo que yo hiciese!

Kyle curvó los labios, sin sonreír, sino que en su boca apareció una mueca extraña.

—Nunca lo ha hecho, estás en lo cierto. Sin embargo, mi esposa considera que es mi deber como marido.

—¿Y qué os importan a vos los deberes conyugales? ¡Nunca lo han hecho, y me alegro!

—Quizás eso deba cambiar.

Seelie se quedó boquiabierta al escuchar dicha afirmación. Miró a Kyle sin poder creer lo que oía. Se fijó en sus ojos oscuros que parecían traspasarla, en la cicatriz de su mejilla, que en vez de afeardar su rostro le daba un toque misterioso, en su pelo negro como la marta, en su cuerpo alto y musculoso.

—¿Qué... qué queréis decir? —le preguntó nerviosa.

El Dragón se cruzó de brazos y la miró con chulería.

—Qué quizás deba pasar más tiempo contigo.

—¡No! —exclamó Seelie horrorizada—. ¿Por qué?

Kyle la fulminó con la mirada y la rodeó de nuevo para colocarse frente a ella, encarándola.

—Parece que mi esposa no desea aquello que exigió de un buen marido.

—No deseo nada de vos.

—¡Pues vas a tenerlo, condenación! —chilló haciéndola temblar—. Pasarás más tiempo en mi compañía, así que más vale que te acostumbres!

—No lo entiendo, ¿por qué? ¡Ambos nos odiamos!

—¡Porque yo lo ordeno!

—¡No quiero tener nada que ver con vos!

—¡Lo que tú quieras, no es importante!

Seelie apretó los puños y dio un paso hacia él.

—¡Sois, sois, un...!

—Cuidado con lo que dices —le advirtió con voz tenebrosa.

Ella cerró los labios con fuerza y giró, dándole la espalda. Dio unos pasos por la habitación y se colocó cerca de la chimenea, lejos de él. Así se sentía más segura.

—Estoy cansada, necesito descansar —dijo con tranquilidad, una tranquilidad que no poseía—. ¿Seréis tan amable de cerrar la puerta cuando salgáis?

—Por supuesto que lo haré. Pero antes, acércate de nuevo.

Seelie entrecerró los ojos.

—¿Para qué?

—Ven aquí —le ordenó sin dejar posibilidad de réplica.

Con desgana, regresó a su lado y se colocó frente a él con los brazos cruzados y ese extraño temblor en las piernas.

Kyle la cogió por los hombros y presionó sobre ellos para que girase y le diese la espalda.

—¿Qué estáis haciendo? —lo interrogó alarmada.

—Lo que haría un buen esposo —susurró en su oído—. Desvestirte para que puedas colocarte el camisón.

—¡No! —Seelie se apartó y colocó los brazos sobre su pecho a modo de protección—. ¡No es necesario, mi señor, yo puedo hacerlo!

—Date la vuelta.

—No os molestéis, volveré a llamar a Effie y ella se encargará.

—¡He dicho que te des la vuelta, maldición!

—¡No quiero hacerlo!

Kyle recorrió la distancia que los separaba y la agarró por los brazos, zarandeándola.

—Como oses desobedecerme, esposa, no me limitaré a desvestirte. Te montaré como a una yegua y fornicaremos toda la noche, hasta que no puedas ni moverte.

Seelie contuvo el aliento ante tales palabras. El miedo se apoderó de ella, las ganas de

llorar se agolparon en sus ojos. Juntó las manos y miró al cielo.

—A Dhia, ár nathair, in Íosa do Mhac.

Kyle gruñó al oírla rezar y, sin prestar atención a sus oraciones, la hizo girarse de nuevo, para comenzar a desvestirla.

—Las mujeres sois un estorbo, ¿lo sabías?

—Teaghlach amháin, i Spiorad do ghrá.

—Deja de rezar —le ordenó, intentando soltar los botones de su vestido.

—Déan foighneach rompu siúd ar an ngannchuid.

—¡He dicho que te calles!

Seelie contuvo la respiración y sus lágrimas cayeron por sus mejillas, mojando su cara. Notaba los dedos del Dragón pelear con sus botones y su nerviosismo no le permitía dejar de llorar.

¿Qué sería de ella? ¿La obligaría a yacer con él? ¿La violaría? ¿Le haría daño si se negaba? ¡Claro que lo haría! ¡Ese hombre era un asesino, un ser insensible!

Después de pelear durante unos minutos con su vestido, Kyle dio un tirón y los botones cayeron al suelo.

Seelie agarró el vestido por la parte delantera, para que su pecho no quedase al descubierto, sin embargo, su espalda y su trasero estaban a la vista, y el Dragón disfrutaba de su visión.

Sin hacer caso a los jadeos asustados de Seelie, ni a su llanto, alargó la mano para acariciar su espalda. Su tacto era suave, tanto como la seda. Era delicada, con una piel tan nívea que sintió ganas de poner los labios en el lugar que su mano acariciaba. El cabello de Seelie cubría una parte de su perfecta espalda, así que lo apartó, para ver sus nalgas. Redondeadas y provocadoras, como toda ella. Fue bajando su mano desde los omóplatos, pasando por la espina dorsal y acabando en la protuberancia de su trasero. Mientras lo hacía, escuchaba a Seelie contener la respiración y removerse incómoda. Sin embargo, Kyle sintió su deseo despertar ante la visión de su cuerpo.

Con el pene hinchido, pego su fuerte pecho a la espalda de ella, aplastando su masculinidad contra las posaderas de Seelie, mostrándole lo duro que estaba por ella.

—Dios Santo —jadeó ella, tan asustada como nunca—. Basta.

—Todavía no estás desnuda.

—Lo estoy. O lo estaría si no sujetase mi vestido.

—Suéltalo entonces —dijo en su oído.

—No.

—Esposa...

—No, por favor —le suplicó—. Ya me habéis desvestido, podéis iros.

—Suelta el vestido —repitió perdiendo la paciencia.

—¡No, no! —Se apartó de él y lo encaró con el semblante enfadado—. ¡Idos de mis aposentos!

—¿Y quién eres tú para echarme?

—¡Soy Seelie MacLean, vuestra mujer, y no una maldita criada, ni vuestra amante!

—No volveré a repetirlo, ¡suelta el vestido!

—¡Jamás! ¡Estúpido bárbaro, insensible! ¡No deseos que me veáis, ni que me toquéis con vuestras manos de asesino! —gritó desesperada—. ¡Si queréis fornicar, llamad a la fulana con la que lo hacéis a diario!

El Dragón rugió al escuchar su respuesta y se lanzó contra ella, aplastándola contra la pared.

—¡Eres una arpía pendenciera y belicosa, pero lograré que me respetes!

—¿Ah, sí? —Seelie peleaba con él para que la soltase—. ¿Y cómo vais a hacerlo? ¿Me castigaréis?

—¡Eso haré! ¡Golpearé tu trasero y lo dejaré del mismo color de tu cabello!

—¡Hacedlo, vamos! ¡Prefiero eso mil veces a que me manoseéis!

—¡Maldita mujer! —La garró por los brazos y logró subirlos sobre su cabeza, consiguiendo que soltase el vestido y este cayese al suelo, dejándola desnuda ante sus ojos.

Seelie se retorció furiosa, para que la soltase. No le importaba que le hiciese daño, lo único que quería era que la dejase en paz.

—¡Sois un bastardo, un rufián y un... un! ¡Ah! —gritó intentando alzar la pierna para golpearle—. ¡Os odio, Kyle Murray, y cuando consiga soltarme pienso dejaros sin masculinidad!

—Vuelve a hablar, esposa, y juro por los santos que te ato y te dejo en esta maldita alcoba el resto de tu vida —le advirtió furioso.

—¡No os tengo miedo, hacedlo! —lo retó, e intentó volver a soltarse para cubrir su cuerpo con las manos. Los ojos del Dragón recorrían su desnudez y aquello la enfurecía todavía más—. ¡Mi hermano os matará, bestia del infierno!

—¡Se acabó! —gritó Kyle fuera de sus casillas—. ¡Voy a enseñarte lo que ocurre cuando insultas a tu esposo!

—¡Tocadme un solo hueso, y os despellejaré vivo!

Sin embargo, Kyle estaba tan furioso, que apenas escuchó sus últimas palabras. Inmovilizó a Seelie contra la pared y aplastó sus labios contra los de ella en un beso rabioso.

Aquella reacción la paralizó. Un beso era lo último que hubiese esperado del Dragón. Creyó que la golpearía, que la heriría, que la insultaría, pero... aquello... jamás. Se quedó tan impactada que dejó de moverse. Lo miró con los ojos muy abiertos y las piernas temblorosas, pues el calor que emanaban sus labios provocaba una reacción extraña en su interior.

Jadeó al sentir que su esposo abría la boca y profundizaba el beso. Su estómago se convirtió en fuego y su bajo vientre comenzó a bullir.

Se vio respondiendo a Kyle. Pegando su cuerpo al de él, rodeando su cuello con los brazos. Su lengua exploraba su dulce profundidad, logrando que ambos sintiesen un

placer que nunca antes experimentaron.

Seelie gimió cuando notó una de sus fuertes manos posarse sobre su vientre. Acariciaba la piel de su estómago y ascendía lentamente, dejando un camino de fuego, hasta uno de sus senos. Presionó y excitó su pezón y escuchó sus gemidos al sentir en su sexo una oleada de electricidad, que le pedía más, y más. Pero, ¿más de qué?

Nunca la habían tocado de la misma forma que Kyle lo hacía. Era la primera vez que su cuerpo quedaba expuesto ante un hombre.

El Dragón gruñó contra su boca y apretó su cintura contra su torso, para que ni el aire pudiese colarse entre los dos. Estaba tan caliente que incluso le dolía. La tierna boca de su esposa respondía con ganas, acrecentando su pasión. Sus respiraciones eran rápidas, fuertes, acordes con el ardor del que eran presos.

Unos insistentes golpes en la puerta, los hizo reaccionar.

Seelie apartó la mirada y se cubrió de inmediato, la vergüenza la consumía. No quiso ni mirar al Dragón, sino que se agachó y recogió su vestido del suelo, para cubrirse con él.

—Mi señora... —La voz de Effie se escuchaba a través de la puerta.

Kyle frunció el ceño y observó a Seelie unos segundos. Su propia respiración era trabajosa y su pene todavía estaba hinchado por la explosiva pasión que un minuto atrás habían compartido.

Aquello que acababa de ocurrir lo hizo sentir raro.

Tragó saliva, tras mirar de nuevo a su mujer, y dio media vuelta, caminando hacia la puerta que separaba ambas alcobas. No pronunció ni una palabra, ni un sonido se produjo entre ambos. Kyle se limitó a coger la anilla y cerrar la puerta de un golpe, asegurándola con llave.

Al quedarse a solas, Seelie cayó al suelo y jadeó mientras intentaba tragar saliva con normalidad.

—Mi señora, ¿estáis bien? —Effie seguía tocando la puerta, preocupada.

—Sí, Effie, lo estoy —asintió.

La puerta se abrió y por ella entró la criada, con la cara desencajada por el miedo a que el Dragón le hubiese podido hacer algo malo.

Al encontrarla en el suelo, y desnuda, Effie se llevó las manos a la boca, arrodillándose a su lado.

—¡Santa María, mi niña! ¿Qué os ha hecho ese monstruo?

Seelie agitó con la cabeza, negando. Estaba tan confusa y avergonzada por lo que acababa de ocurrir, que apenas podía pronunciar palabra.

—Es... estoy bien.

—¿Os ha golpeado?

—No, no.

Cogió el vestido y miró todos los botones esparcidos por el suelo.

—¿Estáis herida, mi señora?

—No, Effie, no te preocupes, estoy bien. Ayúdame a levantarme.

Cuando se incorporó, las lágrimas volvieron a sus ojos, el recuerdo de lo que acababa de pasar entre ellos la confundía. Dejó que Effie le pusiese su camisón y la arropase en el lecho.

—¿Queréis que os traiga un poco de infusión relajante?

—Solo necesito descansar —le aseguró.

La criada salió de sus aposentos, muy preocupada, y Seelie se quedó a solas.

En la intimidad, se limpió de nuevo las lágrimas con el dorso de su mano y miró la puerta por la que Kyle se había vuelto a marchar.

Notaba una rara inquietud en su sexo. No era dolorosa, pero sí nueva para ella. Alzó una mano y rozó su estómago, del mismo modo que él lo hizo. Era extraño, pero todavía podía sentir sus caricias, sus dedos sobre su pecho.

Se tapó la cara con las manos y sollozó.

¡El Dragón era un mal hombre, un ser insensible que no merecía más que sufrimiento! ¿Por qué? ¿Por qué motivo su cuerpo se había convertido en fuego líquido cuando la había tocado? ¿Acaso tendría ella también el alma negra, como la suya?

¡Lo odiaba! ¡Lo odiaba con todo su ser y no comprendía aquello que acababa de ocurrir!

Cerró los ojos y pensó en la isla de Mull. Quería regresar a casa, a la protección del castillo Duart, a la seguridad de su hogar.

Rememorando los tiempos felices, se quedó dormida. Sin embargo, esa noche tampoco logró descansar bien. Su esposo aparecía en todos sus sueños, aturdiéndola todavía más.

Kyle gimió cuando el placer recorrió su cuerpo. Cerró los ojos y se quedó varios segundos en silencio, disfrutando de aquella sensación. Había sido un orgasmo brutal, de los mejores que hubiese tenido nunca.

Evanna se removió y esperó a que se quitase de encima. Se cubrió con las pieles del lecho y miró a Kyle con curiosidad. Esa noche su efusividad había sido mayor que la de otras veces.

—Mi señor, hoy teníais mucha energía.

—Mm... —Se encogió de hombros y se levantó de la cama, para vestirse.

—Habéis estado muy pasional. —Ella, al ver que el Dragón la miraba con el ceño fruncido, matizó—: No digo que otras veces no haya habido pasión, pero... esta noche habéis sido tan brioso...

—No digas tonterías, mujer. Siempre es igual.

—No, no, os lo aseguro. Desde que llegué a vuestra alcoba, estáis extraño.

Kyle apretó los labios y señaló la puerta.

—Vístete y márchate, ya he acabado contigo.

—Sí, mi señor —contestó Evanna, arrepentida de sus palabras. No quería que Kyle prescindiese de su compañía por las noches—. No ha sido mi intención molestaros.

—Termina de vestirte y lárgate.

Cuando la criada se marchó, y la habitación se quedó en silencio, Kyle se sentó de nuevo en el lecho y se pasó una mano por el pelo.

Entrecerró los ojos y miró la puerta que separaba ambas habitaciones, pensando en Seelie.

No hacía falta que Evanna le dijese que su fogosidad había sido mayor que la de otros días, él ya lo sabía. Y también era consciente de por qué el orgasmo había sido más intenso que de costumbre: por su esposa.

Tras el beso en su alcoba, Kyle había llegado tan excitado que enseguida había mandado llamar a la criada. Necesitaba desfogarse, sacarse de la cabeza su cuerpo lozano y bello, su rostro de reina, sus ojos verdes.

La imagen de Seelie le había acompañado durante todo el acto sexual, ¡y no le gustaba! Había fantaseado con que fornicaba con su propia mujer, cuando su miembro embestía a otra. No había podido olvidar sus labios complacientes, ni sus senos erguidos y duros bajo su toque.

—¡Maldición!

Se dejó caer sobre el lecho, boca arriba, y fijó la mirada en el techo de piedra.

¡No quería una esposa! ¡No soportaba los desaires de Seelie MacLean, ni sus tonterías! ¡Todo era más fácil cuando no estaba en el castillo de Blair, cuando apenas recordaba su cara! ¡No deseaba tener a nadie a su cargo, jamás lo había hecho!

Entonces, ¿qué demonios le ocurría para que la viese en todos lados?

—¿Qué malvado hechizo es este? —se preguntó para sí, mientras zarandeaba su cabeza—. ¿Qué demonios me ocurre con esa bruja?

Agobiado por su incapacidad de no pensar en ella, abandonó su habitación y bajó al gran salón, donde la mayoría de parientes y guerreros continuaban charlando y bebiendo. Tomó asiento junto a ellos y llenó un cuenco con whisky. Le haría falta alcohol si esa noche quería conciliar el sueño.

CAPÍTULO 8

Effie despertó pronto la siguiente mañana y tomó rumbo hacia el manantial. Desde hacía un par de días, ya no acudía a las cocinas para que Merybeth la mandase a por agua, sino que se escabullía por su cuenta, cerciorándose primero de no ser vista por nadie. De ese modo, podía quedarse más tiempo en compañía de Lean y hablar con tranquilidad, hasta que fuese la hora de marcharse para atender a Seelie.

Como siempre le ocurría mientras se dirigía hacia allí, el nerviosismo aumentó en su cuerpo. Era un hombre tan hermoso e interesante, que no podía creer que estuviese interesado en ella. Porque Lean así se lo había hecho saber.

Nada más llegar, lo encontró en el mismo lugar de siempre, sentado en el borde del manantial, con la mirada perdida en el agua. Desde su posición, pudo estudiar su perfil masculino a conciencia. Sus facciones eran fuertes pero atractivas, y su abundante pelo castaño las complementaba a la perfección.

Cuando Lean la vio llegar, le sonrió y le tendió una de sus manos, para que se sentase junto a él, como siempre hacía.

Se sonrieron antes de pronunciar palabra, y notaron que sus corazones revoloteaban felices.

—Buenos días, mi dulce Effie —la saludó con su agradable voz.

—Buenos días, querido Lean.

—Desde que ayer os marchasteis, he estado esperando el momento de volver a veros.

—A mí me ocurrió lo mismo —admitió Effie sin dejar de sonreírle—. Me agrada vuestra compañía.

—Me alegra saber que una mujer tan bella como vos disfruta con mi simple presencia.

Effie se sonrojó y apartó un poco la cara, para intentar disimular su vergüenza. Cuando tuvo el valor de volver a mirarlo, Lean seguía contemplándola, maravillado, como si nadie en el mundo pudiese ser más perfecta que ella.

—Em... —Pensó en qué decir. Tener los ojos de ese hombre sobre su rostro, le producía un gran nerviosismo—. Y... decidme, Lean, ¿cómo es el trabajo de guarda del manantial?

—Bastante monótono. Solo vos soléis alegrar mis días.

—¿Por qué decidisteis desempeñar este trabajo? ¿Viene de herencia familiar?

—No, mi padre era herrero —le dijo con una sonrisa melancólica—. Yo también aprendí dicho oficio. Pero el laird decidió que mi lugar era este.

—Qué injusto —se quejó ella—. El oficio de herrero sería más apropiado para vos. Parecéis un hombre fuerte.

—Antes lo era. Después de tanto tiempo aquí, sin forjar, ya no creo que siga poseyendo mi fuerza.

—¿Y por qué, Lean? ¿Qué ocurrió para el viejo Murray os desterrase a este lugar? ¡Qué hombre más malvado!

Lean le acarició la mejilla y negó con la cabeza.

—No, Effie, nuestro laird no es malvado. Me proporcionó un trabajo.

—Pero vos ya teníais uno.

Él se encogió de hombros y fijó la vista en el manantial.

—No hablemos más sobre mí. —Cogió la mano de la criada—. Habladme de vos.

—Oh... —Effie se sonrojó de nuevo—. Mi oficio no tiene nada de interesante, jamás ocurre nada que sea digno de relatar.

—He oído que vuestra señora todavía no lleva el tartán de los Murray, ¿es eso cierto?

Effie lo miró y asintió, cambiando el gesto.

—Si yo fuese mi señora Seelie, tampoco lo llevaría.

—¿Por qué lo decís?

—Por su esposo, por ese diabólico Dragón. —Al ver la sorpresa en la cara de Lean, se dispuso a continuar—. La trata mal, muy mal. Mi pobre señora no merece semejante trato. Ella es un ser dulce y bueno.

—Sé de buena tinta que Kyle Murray es un hombre exigente, pero no le tenía por un desalmado.

—Pues lo es —aseguró Effie—. ¿Acaso no habéis escuchado las historias que todo el mundo cuenta sobre él?

—No hay que hacer mucho caso de esos cuentos, mi señora.

—Lo que dicen sobre el Dragón es cierto, incluso me atrevería a asegurar que se quedan cortos. ¡Si yo fuese su esposa, huiría!

Lean abrió mucho los ojos al darse cuenta de la aversión que Effie le tenía al hijo de su laird. Nunca había hablado con Kyle, pero siempre lo vio como a un hombre honorable.

Effie estaba enfadada. Recordar las barbaridades que su señora sufría por su esposo la ponía de mal humor, por lo que Lean apretó su mano y le sonrió, para que suavizase el gesto.

—Si vos fueseis mi esposa, Effie, jamás os lastimaría.

—¿Yo... vuestra esposa? —preguntó con el corazón acelerado—. ¿Queréis que sea vuestra mujer?

—No habría nada que me hiciese más feliz —asintió él. No obstante, su gesto se torció

—. Pero vos jamás querríais desposarse con alguien como yo.

—¿Por qué decís eso? Sois un hombre muy atractivo y... quizás si me lo pedís formalmente...

Lean apartó la mirada y cerró los ojos con fuerza.

—Aunque lo hiciese, me rechazaríais.

—¡No, no lo haría, Lean, yo...!

Él puso una mano en su boca, para que guardase silencio.

—No sabéis algo de vital importancia sobre mí.

—¿Qué debería saber?

Lean suspiró y miró a la criada unos segundos antes de levantarse de la piedra en la que siempre descansaba.

Lo hizo con lentitud, como si aquello fuese una tarea complicada.

Después de unos segundos, consiguió ponerse de pie y comenzó a caminar. Al verlo, Effie se llevó las manos a la boca y las ganas de llorar se apoderaron de ella.

Lean cojeaba con una pierna. De hecho, el pie derecho tenía que arrastrarlo para poder moverse.

Cuando creyó que era suficiente, dio media vuelta y la encaró con resignación. Effie, al igual que todos los que lo veían caminar, se mostraba contrariada y muy impresionada.

—Por esta razón jamás os casaríais conmigo. Soy un tullido.

—Santo Dios —susurró sin poder creérselo. Lean era un incapacitado. Ella también se levantó de su asiento, y se alejó un poco más de él. Estaba muy impresionada, estaba apenada—. Yo... me debo marchar.

—Lo comprendo —respondió Lean, acostumbrado a que las mujeres respondiesen así ante su problema.

—Creo... creo que... me va a ser imposible regresar por las mañanas, mi... mi señora necesita mi ayuda.

Él bajó la cabeza y asintió, después de todo, los sentimientos hacia Effie eran sinceros.

—Que os vaya bien, Effie.

—Sí, gracias. —Lo miró por última vez y se obligó a darse la vuelta. Se marchó intentando no echarse a llorar. Sus ilusiones con Lean habían muerto de una forma tan brusca e inesperada que se sentía vacía.

Era un tullido. Lean era un tullido. Por eso jamás se levantó de su asiento para recibirla, por eso nunca pasaron, por eso se limitaban a sentarse al borde del manantial.

¿Cómo iba a desposarse con él?

Todos sabían que los tullidos eran rechazados por la sociedad. Eran señalados por su incapacidad. ¿Cómo iba casarse con un hombre que sería incapaz de defenderla en caso de guerra? ¿Cómo iba a sentirse segura en su compañía?

Effie llegó al castillo y se dirigió a su alcoba. Se dejó caer sobre el lecho y derramó lágrimas de pena, pues las ilusiones que había depositado en él, estaban destrozadas.

Seelie se levantó con un gran dolor de cabeza, que ni siquiera las infusiones de Effie lograron remitir. Había pasado toda la noche en vela, nerviosa y sin dejar de mirar hacia la puerta que comunicaba su alcoba con la de su marido. Temía que regresase de nuevo. Pero no por miedo a que la golpease, sino porque había descubierto que su

propio cuerpo era un traidor que se rendía ante las caricias del Dragón.

Recordar sus manos sobre su pecho y su boca explorando la suya le provocaba un calor tan intenso que creía desfallecer.

No dejaba de preguntarse el porqué de aquella reacción. Su esposo era un hombre tosco y malvado que no había perdido la mínima ocasión en demostrarle cuánto la aborrecía. Ella misma estaba segura de odiarlo. Entonces, ¿qué fue aquello que se instaló en su sexo cuando las manos de Kyle tocaron su cuerpo?

Se aseguró que jamás volvería a pasar, que no permitiría que volviese a tocarla. Lo que Seelie anhelaba con todo su corazón era regresar a casa, con su familia, y si el Dragón se aficionaba a divertirse con ella, jamás podría convencerlo para que la dejase marchar.

Permaneció en su alcoba la mayor parte de la mañana y solo se dignó a salir cuando tuvo que reunirse con el laird y los demás Murray en el gran salón, para la comida. Al acabar, se disculpó con su suegro, aunque este apenas le prestó atención. Edwin estaba muy distraído y tan confuso que varios de los guerreros tuvieron que llevárselo a su alcoba, había comenzado a gritar y a maldecir sin motivo.

Preocupada por su comportamiento, marchó del salón y salió al jardín a dar un paseo. Por más que preguntó, nadie le aclaró qué extraño mal le aquejaba, ningún Murray parecía saberlo con exactitud.

Respiró el agradable olor a tierra mojada y caminó con tranquilidad, contemplando los preciosos jardines del castillo de Blair.

Echaba de menos la compañía de Isla. La joven era tan agradable y simpática que habían acabado llevándose de maravilla, sin embargo, cuando fue a pedirle que la acompañase, la vio hablando con su primo Kenneth. Bueno, más que hablar, lo que hacían era discutir.

Seelie sonrió al pensar en aquellos dos jóvenes, en cuánto tiempo tardarían en darse cuenta de sus sentimientos. Isla era una chica preciosa, y su primo un joven amable y valeroso que haría muy feliz a la mujer con la que se desposase.

Su paseo se alargó más de la cuenta. Hacía una temperatura extrañamente agradable para la época en la que estaban. Mientras miraba hacia el horizonte, vio a un grupo de guerreros Murray cabalgar hacia las caballerías.

Entre ellos, Seelie reconoció a Kyle, cubierto, como de costumbre, por esa capa larga y la capucha que ocultaba su rostro. El único que cabalgaba con semejante indumentaria era el Dragón.

Imaginó el miedo de sus enemigos cuando lo viesen aparecer. Su esposo era un hombre tan fuerte y corpulento que estaba segura de que derribaría a sus rivales con solo un toque de su espada.

Dejó de mirar a los guerreros y continuó su camino a paso ligero y con la cabeza bien alta. Quizás Kyle Murray fuese un hombre fiero y temible, pero ella era una MacLean, y los MacLean nunca agachaban la cabeza ante nadie.

Llegó a una arboleda enorme en la que se escuchaba el sonido del río. La cruzó, mirando la frondosidad de los árboles, y vislumbró un gran claro en el que decenas de niños jugaban y gritaban con diversión.

Al verla, todos la saludaron cortésmente para luego continuar con sus juegos.

Seelie tomó asiento en el césped y los miró divertirse con unos pequeños arcos, con los que disparaban flechas e intentaban acertar a una diana que colgaba de uno de los árboles.

Aquel inofensivo juego, logró captar toda su atención. Acabó aplaudiendo a los niños que conseguían acertar en el blanco y animando a los que no. Poco a poco fue acercándose a ellos, hasta quedar a su lado, estudiando la forma que tenían de coger el arco y apuntar con la flecha. Le pareció excitante.

—Mi señora —dijo un pequeño de unos siete años—. ¿Os gustaría probar?

—¿Yo? —la pregunta asombró a Seelie. Siempre le había gustado observar a Logan entrenar. Su hermano era diestro con la espada y en el cuerpo a cuerpo, sin embargo, en el castillo Duart eran pocos los que dominaban el arco—. No creo que sea capaz.

—Puedo enseñaros —se ofreció el niño.

Seelie tragó saliva y miró la diana, situada a unos diez metros de distancia. Sonrió y asintió, animada.

—Probaré.

Con las indicaciones del infante, cogió el arco y colocó sobre él la flecha. Sintió un extraño nerviosismo al apuntar. Si su madre la hubiese visto, la hubiera reprendido por lo inadecuado de la situación. Tragó saliva antes de soltar la cuerda. Cuando lo hizo, la flecha salió disparada hacia la diana, clavándose en ella, pero no en el centro.

Gritó de alegría. ¡Había logrado darle!

Miró a los niños, eufórica.

—¿Puedo volver a probar?

—Por supuesto, mi señora. —El jovencito le dio otra flecha y se colocó junto a los otros, tras ella.

Respiró profundamente y miró la diana, para concentrarse. Escuchó un pequeño alboroto a su espalda, sin embargo, no le dio importancia. Entrecerró los ojos y tensó la cuerda con la flecha.

—No es propio de una dama usar un arma —susurró una voz grave en su oído.

Seelie dio un respingo y el arco se le cayó de las manos.

No hacía falta que diese la vuelta para saber de quién era dicha voz. La reconocía a la perfección.

Con los labios apretados, y un repentino nudo en el estómago, encaró a Kyle, que la miraba con superioridad. Le temblaron las piernas al darse cuenta de lo cerca que estaba de su cuerpo.

—Tampoco es propio de un buen esposo hacerle daño a su amada, pero vos lo hacéis.

Kyle arqueó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Tú no eres mi amada.

—En eso tenéis razón. Yo no soy vuestra amada, ni vos sois un buen esposo — respondió alzando la barbilla.

Él gruñó y la fulminó con la mirada. Seelie estaba muy bella ese día, con ese aire orgulloso en su cara y su precioso cuerpo enfundado en aquel vestido de lana.

—¿Qué hacía mi mujer disparando un arco?

—Tenía curiosidad. Los hombres lo hacéis a diario.

—Pero tú no eres hombre —le reprochó.

—Gracias a los santos que no lo soy. —Dio media vuelta y dejó a Kyle plantado en el sitio mientras ella regresaba al castillo.

Después de un par de pasos, sintió unos dedos hundirse en su antebrazo. Gimió de dolor e intentó liberarse.

—¡Soltadme, bruto!

—¡No vuelvas a darme la espalda, mujer!

—¿O, qué? ¿Me castigaréis? ¿Tendré que aguantar de nuevo vuestro asqueroso contacto?

El Dragón gruñó y acercó su cara a la de ella.

—¡No te atrevas a decir que fue asqueroso, disfrutaste tanto como yo!

—Creo que deliráis —respondió con desprecio.

—¡Sé cuándo una mujer disfruta entre mis brazos, y tú, esposa, gemiste como una perra en celo cuando mis labios rozaron los tuyos!

—¡Gemí de dolor! —mintió con descaro—. ¡Me hacíais daño, maldita bestia, como me lo estáis haciendo ahora!

Kyle apretó los dientes y respiró con rapidez. Se aguantaban la mirada y ninguno de los dos pensaba ser el que la apartase. Movido por un arrebato, la cogió por la cintura y la alzó del suelo, adentrándola en la espesura de la arboleda. Mientras lo hacía, Seelie peleaba porque la soltase. Le pellizcaba y golpeaba con los brazos, pero no consiguió lo que buscaba.

—¡Dejadme en el suelo! ¡No tenéis consideración!

—Ya deberías saber que no la tengo —resopló sin dejar de caminar.

Cuando el prado donde se encontraban los niños desapareció de su vista, Kyle la dejó en el suelo y la acorraló contra un árbol.

—¡Apartaos y dejadme regresar al castillo!

—No. Te irás cuando me plazca.

—¡Os odio! —gritó y le golpeó en el torso con todas sus fuerzas, pero Kyle no parecía sentir dolor alguno—. ¡Maldito bastardo, os odio con todo mi ser, me repugnáis!

—No asegures algo que no es cierto, a no ser que puedas demostrarlo.

—¿Mayor demostración que mi desprecio? ¡Sois la mayor escoria del mundo! ¡Sois...!

No obstante, Kyle no le dejó acabar la frase. Volvió a juntar sus labios en un beso ardiente y hambriento. Apenas podía moverse, el Dragón la aplastaba contra el tronco

del árbol, sin embargo, sintió tal calor en su bajo vientre, que la incomodidad dejó de tener importancia.

La boca de Kyle era exigente y sensual. El mundo de Seelie comenzó a dar vueltas por aquella extraña neblina que embotó su cabeza. En su campo de visión solo estaba él, con su apuesto rostro y su apostura de guerrero. Era como si su esposo fuese una llama que la quemaba, pero de la cual no quería despegarse.

Se vio respondiendo con ansias, rodeándolo por el cuello y apretándolo contra sí. Sus piernas temblaban por el terremoto que se estaba librando dentro de su cuerpo. Las manos de Kyle rozaron su cintura y se posaron sobre su trasero, estrujándolo, haciéndolo gemir por todas aquellas increíbles emociones que lo embargaban cuando besaba a Seelie.

—Dime que odias lo que te hago —le susurró contra su boca. Cogió la tela de su vestido y la fue subiendo hasta que consiguió meter una mano dentro de él. Seelie contuvo el aliento al sentir sus fuertes dedos acariciando sus muslos. Unas agradables descargas en su bajo vientre la animaron a dejarse hacer—. Pídeme que pare, Seelie, y lo haré.

No obstante, ella no dijo ni una palabra, no podía hacerlo. Solo fue capaz de sentir y disfrutar de la fuerza de su beso, de la sensualidad de su cuerpo pegado al suyo, de su mano abriéndose paso entre sus muslos.

Al ver su fervor, Kyle gruñó y coló sus dedos dentro de sus calzas, rozando el suave vello de su vagina.

Encontró el delicado botón de su sexo. Estaba hinchado por el deseo, sensible y jugoso. Lo acarició, frotándolo suavemente en círculos, y escuchó a Seelie gemir contra su boca, clavándole las uñas en su espalda, devolviéndole el beso con más ansias.

—Seelie... ¿me deseas? —volvió a susurrar contra sus labios. Ella gimió y cerró los ojos, presa de una pasión sin precedentes. La mano del Dragón estaba consiguiendo que el placer subiese cada vez más de intensidad—. Contéstame, ¿me deseas?

Ella abrió los ojos y lo miró fijamente.

—Sí —jadeó.

—¿Te gusta lo que hago con tu cuerpo?

—Me... me gusta —admitió entre gemidos.

Kyle apretó los dientes, su pene le exigía hundirse entre sus jugosos pliegues. La besó con más ímpetu y aceleró las caricias que sus dedos prodigaban a su vagina, logrando que ella gritase de puro gozo, pues el éxtasis estaba muy próximo.

Sus bonitas mejillas se tornaron carmesí, su respiración rápida y ruidosa, y su cuerpo temblaba sin control.

—Seelie... —Le susurró—. ¿Deseas que pare? ¿Quieres que deje de acariciarte?

Ella negó con la cabeza inmediatamente.

No, no podía parar ahora. No cuando había algo en su interior que parecía querer estallar. No cuando lo notaba hasta en sus venas.

—No os detengáis, Kyle, os deseo. Necesito más.

Al escuchar aquella afirmación, el Dragón sonrió y se apartó de ella.

Seelie se quedó confusa, no sabía qué ocurría, por qué detenía sus caricias. Su cuerpo le pedía que acabasen con aquello, le pedía algo que no comprendía, quería más. Sin embargo, la sonrisa complaciente de Kyle la sacó de ese agradable letargo en el que había estado sumida.

Él dio unos pasos hacia atrás y le hizo una reverencia burlona.

—Que pases un buen día, esposa.

Seelie frunció el ceño y se llevó una mano al corazón, parecía querer salir volando.

—¿Os... os marcháis?

—En efecto —respondió con chulería—. Tengo cosas más importantes que hacer que quedarme retozando en medio del bosque.

—Pero... yo... —Estaba contrariada. Su cuerpo bullía por todo aquello que su marido había despertado—. Necesito... yo...

—¿Necesitas? ¿Necesitas algo de mí? —Kyle la fulminó con la mirada e irguió la espalda, orgulloso—. Soy escoria, ¿recuerdas? Mi contacto te produce asco y rechazo.

—Al ver la confusión en la cara de Seelie, el Dragón curvó todavía más los labios, en una sonrisa fría—. Que tu día sea provechoso.

Y tras aquella breve despedida, Kyle dio media vuelta y dejó a Seelie todavía apoyada en el árbol, y con la sensación de que todo su cuerpo explotaría por aquello que se le había negado.

Lo maldijo infinidad de veces, golpeó el tronco y gritó de rabia. Se dejó caer al suelo y se llevó una mano a su vientre, intentado calmar aquella marea que atormentaba su vagina.

Por su lado, Kyle continuó caminando con rapidez hacia el castillo. No obstante, tenía que obligarse a hacerlo, su cuerpo le pedía que regresase con ella y acabase lo que habían empezado. Apretó los labios y gruñó al notar su pene henchido y palpitante.

Aquello había sido una lección para Seelie, sin embargo, él también estaba pagando las consecuencias.

CAPÍTULO 9

Desde su ventana había unas vistas inmejorables de todo el valle de Blair Atholl, y a Seelie le gustaba mirar por ella, escrutando el horizonte e imaginando que a lo lejos era capaz de divisar la isla de Mull. Si bien aquello era imposible, pues la separaban más de cinco jornadas de viaje de su hogar.

Mientras aguardaba a que Effie acabase de mullir los cojines de su lecho, pensó en lo ocurrido en el bosque, con Kyle.

Esa sed de su boca, ese ansia por ser acariciada por sus manos, esa... esa...

No sabía explicar qué era lo que había ocurrido para que se sintiese vacía. Precisaba que continuase, quería algo que no comprendía, el Dragón era el primer hombre que la tocaba íntimamente.

Apretó los labios y lo insultó para sí. ¿Por qué él? ¿Cómo era posible que pudiese arder entre sus brazos cuando lo odiaba más que a ningún otro?

—Mi señora, vuestro lecho está preparado para que descanséis. —La voz de Effie la sacó de sus pensamientos.

Le sonrió y se acercó a ella, ataviada con su bonito camisón.

—Gracias, Effie. —Se sentó sobre el lecho y miró a su criada con un poco más de seriedad—. ¿Te has fijado en que llevamos casi dos días sin ver al laird?

—¿Al viejo Murray? —se aseguró.

—Claro, no hay otro laird.

Effie se encogió de hombros.

—Legalmente no lo hay, sin embargo, todos consideran a vuestro esposo como tal. Es el encargado de ocuparse de los menesteres de las tierras y el castillo.

Seelie frunció el ceño y decidió obviar la mención de su criada. Por ese día ya había tenido suficiente, no quería pensar más en él. Así que, prosiguió:

—Edwin tiene una edad bastante avanzada, y algo malo sucede en su cabeza, aunque nadie sepa qué es. Me preguntaba si se encontraría bien. Es muy extraño que mi suegro se pierda una reunión con los miembros de su clan.

Effie sonrió y le quitó importancia.

—Vos lo acabáis de decir, mi señora. El viejo Murray es un anciano. Quizás se haya sentido indispuerto estos días.

—Ruego a los santos que no sea nada grave.

—¿Os preocupa su salud?

—Por supuesto que lo hace. —Seelie sonrió con tristeza—. Edwin ha sido de las pocas personas que me han demostrado cariño en este castillo. Siempre ha procurado que me sintiese cómoda.

—¿Los demás os desprecian?

—¡No, no! No es desprecio —se apresuró en aclarar—. Pero le tienen tanto miedo a mi esposo, que no quieren tener relación conmigo por si él se enfada. Lo noto.

Effie tomó asiento a su lado y la cogió de la mano, para darle ánimos.

—Estoy segura de que pronto cambiarán las cosas. Sois una mujer sublime, mi señora, y los Murray no dudarán en acercarse a vos. —La criada volvió a levantarse y le sonrió—. Voy a dejaros descansar, si necesitáis algo de mí, solo tenéis que llamarme.

—¡Espera, Effie! —la detuvo, antes de que saliese de la alcoba. Cuando la criada volvió a prestarle atención, prosiguió—. No me has contado cómo va tu romance con el hombre del manantial. Me tienes en ascuas, querida.

El semblante de la criada cambió, y su expresión se tornó triste y compungida. Suspiró y bajó la mirada al suelo.

—Jamás podrá existir un romance entre ambos, mi señora.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? ¿Quizás sus palabras no eran ciertas, os engaño con sus galanterías?

—No, nada de eso. Todo lo que Lean siente por mí es sincero —le aclaró—. Pero... hay algo en él que no está bien.

—¿El qué? ¿Qué le ocurre?

Effie cerró los ojos y suspiró.

—Es un tullido.

—¡Santa María! ¿Tullido? ¿Cuál es su defecto?

—No es capaz de caminar bien. Cojea, mi señora.

Seelie se entristeció por Effie. Sabía cuán ilusionada estaba por aquel hombre. Palmeó en el lecho, para que volviese a tomar asiento a su lado. Cuando lo hizo, la rodeó por los hombros, para darle ánimos.

—¿Tu corazón sigue dolido por el descubrimiento?

—Lo está, mi señora. Puse mis ilusiones en él.

—¿Y su defecto no te permite amarlo?

Aquellas palabras asombraron a la criada.

—¿Cómo podría casarme con un hombre que no es capaz ni de defenderme en caso de combate?

—Ese no es un problema, Effie. Los guerreros son los encargados de defender a la gente del poblado, no los campesinos.

—Me sentiría insegura a su lado.

Seelie asintió, comprendiendo los miedos de su criada.

—¿Entonces estás decidida a olvidarle?

—Es lo que debo hacer, es de sentido común. —Giró la cabeza y miró hacia la ventana—. Aunque siga pensando que es el hombre más tierno y caballeroso que haya conocido, nuestros caminos deben separarse.

Kyle cruzó el gran salón con decisión.

Acababa de regresar de vigilar las tierras usurpadas, y la situación no había cambiado lo más mínimo. Sus campesinos estaban cansados de ver sus plantaciones en manos del otro clan y sus quejas no hacían más que enfadar al Dragón. Si por él hubiese sido, ya no quedaría sangre Drummond en Escocia, él mismo hubiera acabado con todos ellos.

Al no encontrar a su padre bebiendo whisky junto a sus parientes, imaginó que todavía estaría indispuesto en su alcoba. Desde hacía un par de días, el viejo laird había tenido una recaída en su enfermedad, y no reconocía a nadie. Balbuceaba cosas sin sentido, y se pasaba el tiempo hablando de las batallas que libró en su juventud. Parecía ser que los recuerdos añejos eran los únicos en acompañarle.

Cuando llegó a la torre donde se encontraba la recámara de su padre, escuchó un gran escándalo. Apretó el paso y abrió la puerta para ver de qué se trataba.

Dentro había cuatro personas junto al viejo Murray: dos curanderos, una sirvienta y su primo Bruce. Y todos ellos intentaban sujetarle para que se estuviese quieto, mientras él gritaba y maldecía sin cesar.

—¡Soltadme, malditos bastardos! —chillaba Edwin—. ¡No vais a robarme mi castillo, antes os mataré a todos!

—Tranquilidad, tío, nadie quiere hacer eso —lo calmaba Bruce, sin lograrlo.

Kyle atrancó la puerta y los ocupantes de la habitación recabaron en su presencia. En sus caras se pudo ver el alivio.

—Señor —comenzó a hablar uno de los curanderos—. El laird no vuelve en sí, cree que somos enemigos.

—¿Desde cuándo está así? —le preguntó Kyle a Bruce, acercándose a ellos.

—Desde hace un par de horas. Los curanderos me buscaron para que les prestase ayuda, pues tú habías salido con los demás guerreros.

—¡He dicho que me soltéis! —seguía gritando el viejo Murray—. ¡Haré llamar a mis hombres y vuestras cabezas acabarán colgadas junto con las de esos perros ingleses!

Kyle se puso delante del laird y alzó las manos para que no lo viese como una amenaza.

—Padre, tranquilízate, solo quieren ayudarte.

—¿Ayudarme? —gritó Edwin—. ¿Y quién sois vos para que pueda confiar en vuestra palabra?

—Tu hijo.

—¡Yo no tengo hijos! ¡No sois más que otro inglés del demonio, igual que ellos!

Bruce apoyó una mano sobre el hombro de Kyle, y lo miró con tristeza.

—No cree nada de lo que le decimos, primo. Está muy agresivo y nos acusa de querer matarlo.

—No podemos hacer nada por él, mi señor —añadió uno de los curanderos—. Le

hemos administrado hierbas, pero no reacciona a ellas.

Kyle se quedó mirando a su padre durante unos segundos. Edwin parecía fuera de sus cabales, no reconocía al hombre valeroso y sensato que siempre fue.

Nadie sabía a ciencia cierta cuál era su mal, sin embargo, este parecía empeorar por días, a una velocidad alarmante.

—Atadlo —les ordenó, intentando no mirar más a su padre, le dolía hacerlo. Ese hombre le había enseñado todo lo que sabía—. Si lo dejamos suelto puede hacerse daño, o lastimar a quien esté con él. Dad la orden de que siempre haya un par de personas acompañándole, para cubrir todas sus necesidades. —Miró a los curanderos y estos asintieron—. Seguiréis este procedimiento hasta que encontréis una mejoría en él.

Dio media vuelta y se dispuso a salir de la habitación. Su primo Bruce lo siguió y caminó a su lado, mientras abandonaban la torre.

—Lamento lo que le sucede a mi tío —dijo con tristeza—. Deseo su pronta mejoría.

—Mejorará. Ese viejo es duro como un roble.

Bruce rio ante las palabras de Kyle. Sabía que el Dragón también estaba triste por lo que le estaba sucediendo al laird, sin embargo, Kyle jamás demostraba tristeza alguna. La única emoción que dejaba a la vista, era la rabia.

—¿Cómo ha ido con los campesinos?

—Mal —gruñó—. Los Drummond siguen en nuestras tierras.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto?

—Si por mí fuese, los exterminaría como a las ratas.

Bruce asintió y sonrió, él también quería que pagasen por todas sus afrentas.

—¿Entonces reunirás a los hombres para un ataque?

—No. —Recordó la conversación con el viejo Murray. Su padre insistía en aguardar, en actuar con inteligencia—. De momento no habrá guerra.

—¿Vamos a dejar que esos cerdos campen por nuestras tierras a sus anchas?

Kyle sonrió con frialdad.

—Tampoco he dicho eso, primo. —Apretó los dientes y entrecerró los ojos, en una mueca temible—. Les daremos un aviso. Esta noche.

—¿Una incursión?

—Exacto. Mataremos a su ganado y destrozaremos sus cultivos, para dejarles claro que los Murray no bromeamos con nuestras advertencias. Y el Dragón todavía menos.

Effie salió del castillo y tomó dirección al poblado de Blair Atholl. Necesitaba visitar a la costurera para encargarse de un nuevo vestido para sus labores diarias, el que siempre usaba estaba desgarrándose.

La tarea no le robó demasiado tiempo, al ser tan temprano, apenas había gente por las

calles.

Paseó de vuelta por el frondoso bosque que separaba el castillo del pueblo, disfrutando de su silencio. Cuando sus obligaciones se lo permitían, le gustaba perderse en la espesura de su arboleda y llegar al precioso lago que había escondido tras ella.

Cuando divisó el castillo de Blair, suspiró resignada. Aquel sería otro día más. Otro día encerrada entre esas cuatro paredes.

Desde que tenía uso de razón, había sido de ese modo. Su madre era una querida sirvienta de los MacLean, así que su trabajo estuvo claro desde el día en que nació. Y, por supuesto, estaba muy agradecida por poder contar con una señora tan buena como Seelie, no obstante, sus días eran monótonos y sin emoción.

Mientras se dirigía hacia las puertas de las murallas, vio el conocido sendero que llevaba hacia el manantial.

Se quedó quieta, mirándolo, sabiendo que Lean estaría allí, sentado como de costumbre, contemplando el brotar del agua.

Su corazón se aceleró cuando pensó en verlo de nuevo. Sabía que no debía sentir aquello. El sentido común se lo gritaba. Sin embargo, las ganas de ver su rostro, y de charlar relajadamente con él, eran muy poderosas.

Era un hombre fantástico, educado y caballeroso. Cuando la miraba, Effie notaba su estómago burbujear y sus piernas temblar.

Dejándose llevar por un impulso, tomó el sendero hacia el manantial. Mientras se aproximaba, todo su interior se agitaba y los nervios la hicieron tener que colocar una de sus manos en el pecho para frenar sus latidos.

Al llegar, lo vio.

Lean estaba en el mismo lugar de siempre, en silencio. Desde su posición pudo recrearse en su cara, y en la tristeza que se reflejaba en ella. Era tan injusto que por su pierna todos lo considerasen inferior...

Se sintió mal consigo misma. Ella también había huido como una cobarde al saber que era un tullido y que apenas podía caminar. Lean era mucho más hombre que la mayoría, incluso con su problema. Era más leal, más bueno y más tierno de corazón.

—Effie... —la llamó por su nombre cuando la descubrió observándolo. Parecía sorprendido y no simuló lo contrario.

Ella le sonrió y se acercó hasta donde descansaba. Mientras lo hacía, notaba cómo su respiración se alteraba por la presencia de aquel hombre.

—Mi buen amigo Lean, qué ganas tenía de volver a veros.

Él intentó levantarse, no obstante, Effie no se lo permitió, sino que fue ella la que se acomodó a su lado.

—Pensé que ya no volvería a veros —dijo, sin poder dejar de mirarla.

—Yo también lo pensaba. Pero... os debo una disculpa.

—¿Por qué?

—No fue aceptable la manera en la que me marché la otra mañana. —Se retorció las manos, nerviosa—. Es solo que... me impresionó saber la verdad sobre vos.

—No debéis disculparos, estoy acostumbrado a que todos reaccionen igual. No os aflijáis.

—Es que... Lean, si os soy del todo sincera... os diré que tenía ilusiones con vos.

—Entiendo. —Él bajó la mirada al suelo. Sabía que su discapacidad había hecho que, la mujer más hermosa que había visto jamás, tuviese que alejarse de él.

—Siempre imaginé que me desposaría con un hombre gallardo y fuerte, que sería capaz de defenderme de cualquier mal.

—Y yo no podría hacerlo aunque pusiese todo mi empeño —reconoció.

—No, no podríais. —Effie se obligó a sonreír, pero por dentro lloraba—. Sin embargo, no quiero perderos, Lean. Sois un buen amigo.

—Yo tampoco quiero perderos a vos, mi querida Effie.

Ella le cogió la mano y la apretó. Al notar el roce de su piel, el vello de su brazo se le erizó, haciéndola jadear. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ocurrirle con él?

Bajó la vista y se fijó en su pierna. A pesar de que no llevaba kilt, se notaba que era mucho más delgada que la otra, bajo la tela de su pantalón.

—¿Qué os pasó? ¿Qué ocurrió para que vuestra pierna acabase así?

—Sucedió mientras trabajaba en la herrería. Cayeron sobre mí tres quintales de hierro que mi padre mandó traer desde Inverness.

—¡Por San Gervasio, qué horror!

—Tuve suerte de que no acabasen cortándome la pierna. —Se la acarició y miró a Effie con resignación—. Todavía puedo andar, aunque con dificultad.

—Mi pobre amigo Lean, no puedo imaginar lo duro que tuvo que ser para vos.

—Lo fue —admitió—. Tuve que dejar de herrar y trabajar el metal. El laird se apiadó de mí y me permitió ocuparme del manantial, así seguiría llevando dinero a casa. —Miró la bonita cara de Effie y prosiguió—. En cuanto a las mujeres, ni siquiera intentan acercarse a mí. Su reacción al saber de mi accidente, es similar a la vuestra. Ninguna joven en su sano juicio desea casarse con un lisiado.

—No digáis eso, querido Lean. No sois un lisiado.

Él apartó la cara y resopló, cansado de la pena que despertaba en todo el mundo.

—¿Qué soy si no?

Effie le agarró la cara y lo hizo mirarla a los ojos.

—Sois un hombre joven, agraciado y amable. Un caballero con el que se puede hablar sobre cualquier tema sin temer una burla al respecto. Sois honorable y claro. Sois luchador y jamás os habéis rendido. Y... —Effie bajó un poco la mirada antes de continuar—. Sois el hombre en el que mi cabeza no deja de pensar desde que os conocí.

Nada más acabar su frase, lo besó con ternura, tal y como había fantaseado cientos de veces en su alcoba.

Kyle apoyó un brazo sobre la cintura de Evanna mientras esta le besaba el cuello con pasión.

Estaban en su alcoba, tumbados en la cama, y la criada no dejaba de intentar inflamar su deseo con caricias arrebatadoras y besos húmedos y calientes. No obstante, el Dragón no estaba centrado en la labor. Su cabeza no dejaba de recordar la incursión nocturna que habían hecho, él y sus hombres, hasta las tierras Murray ocupadas por los Drummond. Todavía podía oler el hedor de los animales ardiendo bajo el fuego y los campos brillar por la fuerza de las llamas. Después de aquello, los invasores se irían, o al menos eso esperaba, pues su paciencia estaba llegando a su límite.

Un movimiento brusco de Evanna lo sacó de sus elucubraciones. La criada apartó el chaleco, abrió la camisa de Kyle y dejó un reguero de besos desde su pecho hasta su estómago. Él la dejó hacer, contemplando cómo su lengua mojaba su piel, enredando los dedos en el sedoso cabello de ella.

Notó cómo sus pequeños dedos soltaban su cinturón y aflojaba su kilt. Sin embargo, no sintió ansias de que acabase de desnudarlo, sino que fijó su mirada en la puerta que separaba su alcoba de la de Seelie.

—Mi señor, os noto distraído esta noche —dijo la criada, mientras lamía el bajo vientre de Kyle.

—No lo estoy, prosigue —le ordenó, sin despegar los ojos de la puerta.

¿Qué estaría haciendo su esposa en esos momentos? ¿Estaría sentada cerca de la chimenea? ¿Llevaría ya ese lujurioso camisón que usaba para dormir?

Desde que el pasado día la dejase en el bosque después de aquel beso tan enardecedor, su cuerpo le pedía un desahogo. Había sido tan duro no hacerle caso a su instinto... Todavía no sabía cómo había tenido la fuerza de voluntad necesaria para dejarla y marcharse como si nada. Había faltado tan poco para darse la vuelta y zambullirse de nuevo en sus labios...

El recuerdo de aquellos momentos lo hizo endurecerse. Bajó la cabeza y contempló a Evanna lamer su pene. Aquella imagen no le complacía lo más mínimo. Ya no la deseaba. Su cuerpo ardía por cierta mujer pendenciera, de largos cabellos del color del fuego y un cuerpo perverso que lo tentaba sobremanera.

Al imaginar que era Seelie la que acariciaba su miembro, un gemido escapó de sus labios.

¿Qué le había hecho? ¿Qué brujería había practicado con él para que las atenciones de su amante ya no le satisficiesen?

—Basta —dijo con voz de mando, apartando la boca de Evanna de su sexo.

La criada lo miró confusa. Se limpió la boca, húmeda, y negó con la cabeza.

—¿He hecho algo que os haya podido molestar?

—No, regresa a tus aposentos.

—Pero... todavía no hemos...

—He dicho que te largues —repitió con frialdad.

—Sí, mi señor.

Evanna se apresuró en vestirse y abandonó la alcoba de Kyle, preocupada. Si su señor dejaba de tener apetito por su cuerpo, la relegarían a ser una simple criada. Se acabarían sus privilegios.

Cuando se quedó a solas, Kyle volvió a colocarse el kilt y el cinturón. Escondió la cara entre las manos y maldijo en voz baja. Se sentía raro.

Alzó los ojos hacia la puerta que separaba las habitaciones y se levantó de la cama.

Caminó hasta ella y apoyó la frente sobre la templada madera.

Su cuerpo le pedía que entrase, pero su mente le repetía que no lo hiciese.

Su esposa era una mujer como cualquiera de sus amantes, debía poder satisfacer sus necesidades con ellas de igual modo. Todas eran iguales, todas tenían lo mismo entre las piernas. No comprendía aquel intenso deseo por poseer el cuerpo de Seelie.

Cerró los ojos tan fuerte como pudo e inspiró con decisión.

No cruzaría esa puerta.

CAPÍTULO 10

Seelie miraba por la ventana, sentada en el cortejador. El cielo estaba más oscuro que de costumbre, las nubes cubrían la luna, así que apenas podía distinguir el bonito paisaje exterior.

Hacía frío, y presumiblemente la temperatura era incluso más gélida que las noches anteriores. No obstante, el fuego de la chimenea calentaba su alcoba.

Hacía solo un rato que Effie se había marchado, tras prescindir de sus servicios para ponerse el camisón. Su criada estaba cansada, se notaba en su rostro, y Seelie podía cambiar sus ropajes sin mayor dificultad.

Se levantó de su asiento y caminó hacia la cama sin deseos de dormir tan pronto. En su hogar, las noches eran divertidas y largas. El salón se llenaba de música, sus parientes bailaban y bebían, y las charlas no cesaban hasta la madrugada.

Sin embargo, en el castillo de Blair todo era muy diferente ahora que Edwin ya no acudía a las comidas. Todavía no sabía cuál era el mal que aquejaba a su suegro, pero rezaba para que estuviese bien. Cada vez que preguntaba a alguien sobre su salud, se hacía el silencio.

Cogió su camisón y lo dejó sobre la cama. Acarició su suave lana y se sentó a su lado para comenzar a desatar sus botas de cuero. Pero antes de poder hacerlo, el sonido de la puerta la alertó.

Cuando alzó la mirada, vio a Kyle pasar a través de ella, con su habitual expresión seria. Tragó saliva al darse cuenta de que llevaba el pecho al descubierto, no portaba la camisa. Se levantó del lecho de inmediato, encarándolo con seriedad y aplomo. No obstante, por dentro temblaba y su estómago saltaba cada vez que recordaba lo ocurrido en el bosque.

Cuando su esposo la tocaba, se convertía en lava, ¡y odiaba que fuese así! Le gustaba atormentarla, pero Seelie no iba a soportarlo, no aguantaría su cara de satisfacción cuando finalmente cayese rendida a sus besos.

—¡Marchaos de mi alcoba!

—¿Desde cuándo das tú las órdenes? —preguntó Kyle alzando el rostro, con chulería, acercándose a ella. Estaba enfadado. Sí, lo estaba. Había sido incapaz de quedarse en su habitación. Eran tales las ganas de ver a Seelie, que su fuerza de voluntad se quebró al igual que una rama lo hacía con el viento.

—¡No os acerquéis más! —exclamó nerviosa, dando un paso hacia atrás—. No tenéis derecho a entrar sin llamar primero.

—Lo tengo. —La miró de arriba abajo e hizo una mueca despectiva con los labios, al ver los colores de su vestido—. Como también tengo derecho a exigirte que no vuelvas a ponerte un tartán que no sea de los Murray.

—¡Es mi elección!

—¡Tú no tienes elección, mujer! ¡Harás lo que te ordene!

Seelie se cruzó de brazos y apretó los labios.

—¿Para eso habéis venido, para ordenar y gritar?

—¿Deseas que haga algo más? —Curvó los labios en una sonrisa fría como el hielo—. Quizás te gustaría repetir lo sucedido en la arboleda.

—¡No! —gritó de inmediato, notando cómo el rubor subía a sus mejillas—. Lo único que necesito de vos, es que os marchéis.

Kyle le dio la espalda y tomó asiento en uno de los sillones que había cerca de la chimenea. Desde allí parecía una bestia a punto de atacar. Las llamas dibujaban figuras extrañas en su rostro, y sus ojos negros la miraban con fijeza.

—Me gustan tus aposentos. Creo que voy a visitarlos todas las noches.

—¿Para qué? ¡Tenéis los vuestros, son más grandes!

El Dragón soltó una carcajada y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón.

—¿De verdad eres tan corta de entendederas, mujer? ¿Tengo que explicarte para qué acude un hombre a la alcoba de su esposa?

Seelie se tapó la boca y negó con la cabeza, contrariada.

—¡No! ¡Eso es asqueroso, horrible!

—¿Te parecen asquerosas las obligaciones conyugales? —Se levantó del sillón y se acercó de nuevo a ella—. No parecían desagradarte cuando te llevé al bosque.

—¡Lo hizo! ¡Me desagradó, me dio asco, por todos los santos! —Entrecerró los ojos—. ¡Sois un bruto y jamás permitiría que volviérais a tocarme!

—Me deseas. Me deseas y disfrutaste con mis caricias.

—¡Jamás! ¡Me obligasteis!

—Nadie puede obligar a una persona a sentir pasión por otra.

—¡No vais a venir a mi alcoba cada noche! ¡No lo permitiré!

—Ya te he dicho antes que tú no tienes derecho de opinar.

Al escuchar sus palabras, Seelie tragó saliva y jadeó, enfadada.

—¡Tenéis a vuestra amante! ¡Id con ella y dejadme a mí en paz!

—Tú me pareces más divertida.

—¡Cuando os muerda y os arañe, no os lo pareceré!

Kyle bajó la vista a su escote y sonrió.

—Quítate la ropa.

—No... —Seelie se cubrió el pecho con los brazos, como protección—. Por favor, idos.

—¿Quieres que te desvista yo? —El Dragón alargó una mano hasta su vestido, pero Seelie se la apartó de un manotazo.

—¡Ya basta! —chilló notando que el enfado se apoderaba de ella—. ¡Fuera de aquí!

—Me va a encantar domar ese genio, esposa.

—¡Os castraré si me ponéis una de vuestras odiosas manos encima!

Kyle apretó los labios y la fulminó con la mirada.

—¡No hagas que mi paciencia se acabe!

—¡Me importa bien poco vuestra paciencia, pedazo de bruto! ¡Si osáis tocarme, me defenderé y os golpearé! ¡Me es indiferente que seáis dos cabezas más alto que yo, ni que tengáis el triple de fuerza! —Mientras hablaba daba pasos hacia atrás. El Dragón iba acercándose a ella lentamente, pero sin pausa. Parecía resuelto a conseguir lo que exigía, y aquella determinación, asustaba a Seelie—. ¡Deteneos de una vez, asesino! ¡Sois un monstruo, un vil asesino que le arrebató la vida de su mujer! ¡Jamás permitiría que vuestras sucias manos manchadas de sangre rozasen mi cuerpo! ¡Os aborrezco, Dragón!

Al escuchar sus insultos, un gruñido salió de la boca de Kyle. Sin controlar la ira, se lanzó contra Seelie cogiéndola por los brazos y pegándola a su cuerpo, mientras ella gritaba y peleaba contra él.

—¡No, no, soltadme, sucio bárbaro!

Con una fuerza atronadora, le arrancó el vestido y lo tiró al suelo hecho girones. Seelie soltó un grito de terror.

La aplastó contra una pared y la inmovilizó colocando sus brazos sobre su cabeza, para después juntar sus bocas en un beso fuerte y furioso.

Seelie se resistía. Intentaba apartar los labios, alzar las piernas para golpearle, pero aun así, un intenso calor fue apoderándose de su sexo cuando la lengua de Kyle penetra en su boca.

Se vio respondiendo a su beso con tantas ansias como él, con tanta furia que mordía su labio inferior y lo succionaba como si fuese el mejor manjar que hubiese probado nunca.

Como si su cuerpo no tuviese voluntad cuando la tocaba. La frustración la golpeó con fuerza. ¿Cómo era posible que su propio cuerpo la traicionase de esa forma? ¿Por qué el deseo hacia él era tan potente?

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y los sollozos relevaron a los gemidos de placer. Era débil. Había descubierto que su voluntad no valía nada cuando Kyle la tocaba.

Al verla llorar, Kyle se paralizó. La soltó de inmediato y dio unos pasos hacia atrás. Seelie cubrió su rostro con las manos y lloró sin consuelo.

—¿Por qué me hacéis esto, Kyle? ¿Qué queréis de mí? —preguntó entre lágrimas—. ¿Os divierte atormentarme? ¿Queréis que me vuelva loca?

Él guardó silencio. No sabía de qué forma actuar. Era un guerrero curtido y experimentado en el arte de la guerra. Sus enemigos le temían y respetaban por la fiereza que mostraba en las batallas. Sabía cómo solucionar problemas relacionados con sus tierras, con su pueblo, con los clanes vecinos. Sin embargo, el lidiar con los sentimientos de una mujer, era nuevo para él.

A sus treinta y dos años de vida, los lloriqueos y súplicas le producían hastío. Pero con Seelie había algo diferente. Tenía sentimientos encontrados y no sabía cómo gestionarlos, nunca le interesó demasiado el cerebro femenino.

—¡Idos, por San Gervasio! —le suplico, deshecha en llanto. Cogió su vestido del suelo y se cubrió con él—. ¡Marchaos!

Kyle dio unos pasos hacia atrás, hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Estaba abrumado por la fuerza de los lloros de Seelie. Apenas la conocía, pero si algo sabía de ella, era que su mujer no era una frágil damisela que se quejaba por todo. Era fuerte, valiente, capaz de enfrentarse a un hombre que le doblaba en fuerza por algo que no le parecía bien.

—No soy un asesino. —Los labios de Kyle hablaron sin pedir permiso, asombrándose a sí mismo.

Seelie alzó un poco la cabeza y lo miró con los ojos vidriosos por el llanto. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué habéis dicho?

—Yo no maté a mi primera esposa. —Seelie volvió a limpiarse las pocas lágrimas que quedaban. Miró a Kyle a los ojos, y lo que estos le devolvieron no fue chulería, ni despotismo. Parecía... ¿tristeza?—. Yvaine Munro era una jovencita de quince años cuando se celebró nuestro enlace. Era débil, asustadiza. Desde muy tierna edad la complacieron en todos sus caprichos y la protegieron tanto que no estaba preparada para enfrentarse a la vida.

Seelie se humedeció los labios mientras las palabras de Kyle daban forma a aquella misteriosa historia de la que todo el mundo hablaba.

—¿Cómo... cómo murió?

—Se quitó la vida. —Bajó la vista al suelo y recordó la visión de su joven cuerpo tirado en la fría piedra de esa misma habitación—. No pudo soportar el estar casada conmigo. Me temía. Me consideraba un ser malvado, casi diabólico, y prefirió la muerte a una vida al lado del Dragón.

—¡Oh... Kyle! —exclamó Seelie llevándose una mano a la boca.

—Temblaba si osaba pasar por su lado, gritaba si rozaba su piel, se veía el miedo en sus ojos.

—¡Que horrible! —dijo Seelie imaginando qué tuvo que sentir al descubrir su cadáver—. Todo el mundo dice que la matasteis.

—Leyendas. —Se encogió de hombros—. Se cuentan muchas sobre mi persona, pero pocas son ciertas. —Apretó los labios y miró a Seelie con seriedad—. No tengo un carácter fácil, pero jamás he dañado a ninguna mujer.

Al acabar de hablar, se quedó unos segundos en silencio antes de dar media vuelta y caminar hasta la puerta que separaba ambas habitaciones. Seelie se mordió el labio inferior, viendo cómo se marchaba. Sin poder contenerse, fue tras él.

—¡Kyle, esperad!

El Dragón se quedó quieto y aguardó a que llegase a su lado.

Cuando apenas los separaban unos centímetros, ella dejó de acercarse y lo miró a los ojos. Sintió ese agradable cosquilleo que la recorría cuando lo tenía a su lado.

Con movimientos lentos, alzó un brazo y acarició la mejilla de Kyle. En silencio, sin apartarle la mirada ni un segundo. Notó la aspereza de su barba, la fuerza de sus facciones. Con la yema de los dedos tocó su cicatriz. La recorrió por entero, acariciando aquella antigua herida casi con reverencia.

Notaba cómo contenía la respiración cada vez que su mano se movía por su cara, sin embargo, el Dragón no la tocó en ningún momento, sino que se limitó a dejarse acariciar.

Seelie no podía apartar los ojos de él. Era tan apuesto que siempre le costaba hacerlo, pero esa vez la sensación se magnificó. Su mano bajó desde su cara a su cuello, dejando tras sus caricias un camino de fuego. Se humedeció los labios cuando fue bajando todavía más y tropezó con su pecho, duro y musculoso. Apoyó la mano en él y, haciendo caso a sus deseos, acercó su cara a su cuello y ascendió besando cada parte de él.

Kyle cerró los ojos y apretó los dientes al sentir los labios de Seelie. Sin poder contenerse, la rodeó con sus brazos y la abrazó con fuerza, pegándola a su cuerpo.

Sus labios se encontraron poco después. Se besaron con una pasión hambrienta, en la que degustaron el sabor de la boca del otro con glotonería.

El deseo explotó entre los dos, transportándolos a un estado de semiinconsciencia en la que solo tenían cabida las sensaciones.

Las manos de Kyle amasaron su trasero y Seelie gimió contra su boca. Sus piernas comenzaron a temblar, como siempre ocurría cuando la tocaba, y lo hicieron todavía más cuando sintió que sus labios abandonaban los suyos e iban descendiendo desde su boca a su pecho. Su respiración agitada se tornó muy ruidosa cuando los labios de él lamieron su pezón, mientras el otro también era acariciado por su mano. Creyó deshacerse entre sus brazos, era un gozo tan puro y primitivo como nunca imaginó.

—¡Dios, oh, Dios! —exclamó con los ojos cerrados y las manos enredadas en la cabeza de él.

Sin darle tregua, el Dragón siguió descendiendo por su estómago, dejando un reguero de besos, y rozó su vagina, haciéndola gritar de puro deleite. Con sus expertas manos, abrió tiernamente su sexo y lamió su clítoris, succionándolo y pellizcándolo hasta que la escuchó gritar cuando el orgasmo se apoderó de ella.

—Seelie... —susurró al verla gemir por el clímax—. Eres tan delicada, y tu sabor es tan dulce, que voy a querer probarte siempre. —Se incorporó y devoró sus labios, rodeando su cuerpo, para que se diese cuenta de lo excitado que estaba por ella. Su pene palpitaba y pedía a gritos hundirse entre sus piernas. Las manos de ella acariciaron su espalda y Kyle gruñó, muy caliente. Era tan increíble todo lo que Seelie despertaba en su cuerpo... A lo largo de su vida había fornicado con muchas mujeres, pero ninguna había inflamado su pasión tanto y tan fuerte como ella.

La levantó en volandas y la llevó hasta el lecho, sin dejar de besarla en ningún momento. Cayeron ambos sobre las pieles que lo cubrían y continuaron degustándose

con un ímpetu devastador.

Kyle se colocó entre sus piernas y trazó círculos con sus caderas alrededor de su sexo. Ella le clavó la uñas en la espalda. Aunque aquello no molestó al Dragón, sino que le complació. Acarició su vagina con una de sus manos y gimió al darse cuenta de que estaba preparada para él.

—Santo Padre, estás tan mojada... —La besó con ardor—. Si no te poseo ya, voy a derramarme fuera de tu cuerpo como un jovencito con su primera amante.

Ante aquellas palabras, Seelie sintió miedo. Apartó la boca de la de Kyle y lo miró a los ojos, con terror en ellos.

—Aguardad, mi señor, yo...

—No, mi señor no. Se acabaron los formalismos. Mi nombre es Kyle, y me hablarás con confianza.

—Kyle —repitió ella de inmediato—. Kyle, yo nunca... nunca antes había...

Él sonrió y la besó de nuevo.

—Nunca antes habías yacido con un hombre.

—No.

—Prometo ser suave contigo. —Le acarició la mejilla y besó su fina nariz, para infundirle confianza.

Seelie trago saliva y lo miró a los ojos, asintiendo con movimientos nerviosos. Al notar el terror en su cara, la besó para intentar relajarla.

Poco a poco, el cuerpo de ella fue aflojándose y la pasión volvió a apoderarse de sus sentidos. El Dragón cogió su miembro con una de sus manos y lo colocó en la abertura de su vagina. Fue introduciéndolo con lentitud, mirándola a los ojos para ver sus reacciones, y parar si hiciese falta hacerlo.

Cuando dio el último empujón, el rostro de Seelie se contrajo por el dolor.

—Ya está, ya pasó —susurró contra su boca—. No volverá a dolerte, lo juro.

—Está bien —contestó con una débil sonrisa. Quizás, algunas personas la hubiesen tachado de loca, sin embargo, confiaba en sus palabras.

Una vez que él comenzó a moverse en su interior, todos los miedos desaparecieron de un plumazo. Un intenso placer fue abriéndose paso y Seelie solo pudo sentir. Se agarraba a Kyle, lo besaba, disfrutaba con cada embestida del mismo modo que él lo hacía. Notaba que un gran nudo iba formándose en su interior. Su sexo estaba avisando de que algo pasaría a continuación. Y así fue. La recorrió un orgasmo tan salvaje que Kyle cayó también en él al verla gritar contra su boca.

No pudieron calcular con exactitud el tiempo que pasó mientras sus respiraciones se normalizaron, lo único que hicieron fue disfrutar relajados del agradable tacto del cuerpo del otro, todavía unidos íntimamente.

Seelie sonrió. En su vida hubiese podido imaginar que los deberes conyugales pudiesen ser de aquella forma. Había sido impresionante, una explosión gigantesca que la había catapultado a un estado de exquisita tranquilidad.

No quería moverse, no quería romper la magia de aquel momento. Junto a ese hombre al que todavía no conocía demasiado y con el que solo había hecho discutir. Ese hombre que había vuelto del revés su mundo.

Kyle salió de su interior y la miró durante unos segundos antes de incorporarse de la cama. Cogió su kilt y comenzó a atárselo, logrando confundir a Seelie, que no sabía lo que se proponía.

—¿Ocurre algo?

—Ya es tarde, mañana tengo obligaciones.

—¿Te vas a tu alcoba? —preguntó, sintiéndose rara por haber dejado de lado los formalismos y por hablarle con confianza.

—Pasa una buena noche —dijo mientras asentía con la cabeza. Se dirigió hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones y cerró con llave tras su marcha.

Seelie se quedó de piedra al verlo marchar, tanto fue así, que no pudo reaccionar. No sabía qué había pasado para que la dejase de ese modo, después de lo que acababa de ocurrir entre los dos; ni si había hecho algo que le hubiese podido molestar, para que la abandonase tras la mejor experiencia de su vida.

CAPÍTULO 11

La noche fue larga, pues el sueño apenas la visitó más que un par de horas.

Pasó casi todo el tiempo pensando en lo sucedido en aquella habitación: la discusión, los insultos, los forcejeos y... finalmente la reconciliación, si podía llamársele así.

Recordó la confesión de Kyle con respecto a su primera mujer, y lo torturado que parecía al recordar su suicidio. Intentó aparentar frialdad delante de ella, pero Seelie pudo entrever un hueco en la coraza de aquel temible Dragón. Por eso se acercó a él, por eso obvió sus insultos y sus desprecios. Ambos se habían dicho cosas horribles, sin embargo, se deseaban con una intensidad desconocida para ella hasta ese momento.

Sí, deseaba a su esposo.

Si bien había estado tratando de ignorar aquellos sentimientos, al final sucumbió a ellos y fue a su lado por propia voluntad.

Kyle la hacía temblar de nerviosismo y anticipación. Había sido así desde que lo conoció, en su boda. Su estómago se retorció y saltaba en su presencia, aunque, los primeros días, puede que también lo hiciese por miedo. Las historias que contaban sobre él eran, cuanto menos, inquietantes. Y su carácter tampoco jugaba a su favor.

Sin embargo, y después de todo lo sucedido, no se arrepentía de haberse entregado a él. Había sido increíble sentir su peso sobre ella, la electricidad de sus caricias, la ternura que la recorrió al verlo contenerse para no hacerle daño. No había sido tierno, pero eso apenas le preocupaba, Seelie tampoco lo esperaba de él, y le gustaba esa forma tan pasional y primitiva en la que Kyle la hizo suya.

Lo que no logró comprender, a pesar de haber pasado largas horas pensando en ello, fue su atropellada marcha.

No era ducha en aquello de la intimidación, pero si de algo estaba segura era de que no era normal que un hombre abandonase a su esposa tras un encuentro de ese tipo. También era cierto que su relación nunca había sido la de un matrimonio normal.

Pasó una mano por su frondosa melena roja y suspiró. Se incorporó del lecho y se sentó sobre él. Kyle y ella habían peleado desde el mismo día en el que pisó el castillo de Blair, no soportaban su mutua presencia. Sin embargo, ninguno de los dos había podido obviar la atracción que sentían.

El sonido de la puerta la sacó de sus pensamientos. Effie entró en su alcoba y comenzó a vestirla y a peinarla, como todas las mañanas.

Salió al jardín y sonrió al descubrir que el sol había decidido salir de entre las nubes. En invierno, eran tantos los días lluviosos y nublados, que verlo brillar en el cielo le daba energía.

Siguió el sendero que llevaba hacia el bosque de Blair Atholl y paseó por él con tranquilidad. En el castillo Duart solía hacerlo a diario. Recogía cardos que luego entregaba a las cocineras y se sentaba a la orilla del lago escuchando el sonido de los pájaros cantores.

Mientras caminaba, escuchó voces. Al girar la cabeza, descubrió a Kenneth y a la joven Isla tras un árbol. Discutían acaloradamente y, si su instinto no le fallaba, presumía que aquello podía acabar en algo más que en gritos, su primo parecía a punto de estallar.

Carraspeó para llamar su atención e inmediatamente cogieron distancia el uno del otro. Isla parecía avergonzada por haber sido descubierta peleando como una pueblerina, por lo que salió corriendo, hacia el castillo, dejando a Kenneth solo ante Seelie.

El joven la vio marchar, con una mueca de fastidio en los labios. Caminó hasta donde su prima aguardaba y se cruzó de brazos.

—¿Ves, prima? Ya te dije que estaba loca.

—Solo tiene trece años, Kenneth.

—Entonces, no quiero ni imaginar cómo se comportará cuando crezca.

Seelie le sonrió y giró de nuevo la cabeza hacia el camino por donde había desaparecido la prima de Kyle.

—¿Tienes sentimientos hacia ella?

—¡No!—exclamó escandalizado, y con un débil sonrojo cubriendo sus mejillas—. ¡Es una niña mimada y consentida que cree que es la reina del castillo! ¡Pero yo no soy como los demás, no voy a consentir sus estupideces!

—Es muy bella.

—¡Es una bruja!

—¡Kenneth! —lo reprendió contrariada.

—Si la conocieras, me darías la razón.

—La conozco, y no hay jovencita más agradable y buena en todo el condado de Perth.

—Me temo que hablamos de dos personas diferentes —resopló él, apartando la mirada.

Seelie rio y cogió a su primo por el brazo, empujándolo para que caminase.

—¿Por qué no me acompañas a dar un paseo por el bosque? Así tu mal humor se esfumará.

—¡No estoy de mal humor!

—Por supuesto que no —añadió dándole la razón, pero sin dejar de reír. Cuando divisaron el claro en el que los niños jugaban con sus arcos y flechas, Seelie miró a su primo de nuevo—. ¿Hay noticias desde Mull?

—Logan envió hace unos días una misiva, interesándose por nuestras vidas aquí. — Pensó unos segundos, recordando el contenido de la carta, antes de proseguir—. Todos están bien. Él y Ginebra, las niñas y tu madre.

Ella bajó la mirada al suelo y apretó los labios para evitar echarse a llorar.

—Los echo tanto de menos, primo... Ojalá pudiese volver a verlos pronto, o creo que moriré de tristeza.

—¿Y por qué no se lo pides a tu esposo? El Dragón es serio, pero parece un hombre sensato y no veo el motivo para que se niegue a dejarte hacerles una visita.

—No sé, con Kyle todo es muy complicado. ¿Quién sabe cómo funciona su mente?

Kyle apretó los dientes y espoleó al animal para que acelerase el paso.

La capucha sobre su cabeza escondía su abundante pelo negro, y la capa ondeaba violenta al ritmo del galope de su caballo.

Seguido por sus guerreros, se adentraron en las murallas del castillo de Blair, tras una larga mañana vigilando a los campesinos Drummond.

A pesar de su incursión, de haber reducido a cenizas sus cultivos y a sus animales, seguían en sus tierras. No parecía que su marcha fuese inminente, cosa que encolerizaba al Dragón. Alistair estaba retándolo públicamente con sus actos.

Recordó las palabras de su padre y se obligó a no dar media vuelta y cortar las cabezas de los rebeldes. Se obligó a esperar unos días, tal y como le pidió el viejo Murray, sin embargo, cuando ese tiempo pasase, su resarcimiento sería tal que las leyendas sobre él aumentarían.

Desmontó de su corcel y le dio las riendas al mozo de las caballerizas. Palmeó el lomo del animal y le acarició antes de marcharse. Caminó hacia el castillo, quitándose la capucha de su cabeza, y buscó a su padre.

La pasada noche, el laird parecía más repuesto de su rara enfermedad. Incluso reconocía a la gente que le rodeaba. Esperaba que siguiese así. Echaba de menos al hombre que fue: el líder fuerte y sensato que gobernaba su clan con inteligencia y bravura. Aquel mal había logrado mermar tanto su mente como su cuerpo.

Cuando tomó las escaleras que llevaban a los aposentos de Edwin, escuchó gritos. Apretó el paso y entró en la alcoba.

El viejo Murray, al verlo, gritó todavía más fuerte:

—¡Soltadme, malditos ingleses, hijos de Satán! —Sus ojos volvían a parecer confundidos y perdidos—. ¡No lograréis vencer a Escocia! ¡No podréis quitarnos nuestra tierra!

Kyle se arrodilló junto a él y tocó uno de sus hombros, aunque apartó la mano con rapidez. El viejo Murray hizo el ademán de morderle.

—Aquí no hay ingleses, padre. Somos tu familia.

—¿Familia? ¿Vosotros? —preguntó con desprecio mirando a Kyle, y a los curanderos que pasaban el día junto a él—. ¡No podrás engañarme, sucia rata inglesa!

El Dragón apretó los labios y se incorporó del suelo. Dio media vuelta y encaró a los

hombres que acompañaban a su padre desde que su empeoramiento se produjo.

—¿Qué ha ocurrido? Anoche estaba bien.

—No lo sabemos, mi señor. Despertó alterado y gritando. —Se retorció las manos, nervioso por la presencia de Kyle—. Esta mañana vino de visita fray Dòmhnall y... sugirió que el mal que aqueja a vuestro padre podría ser producido por una posesión demoníaca.

—¿Una posesión?

—Sí, mi señor. Comentó que él podría ayudarlo.

Kyle entrecerró los ojos y dio un manotazo a un candelero, tirándolo al suelo y asustando a los presentes.

—¿Me estás queriendo decir que tú, un sabio curandero, cree que mi padre lleva dentro al Demonio?

—Sería una posibilidad —balbuceó nervioso por la ira del Dragón.

—¡No quiero escuchar semejantes estupideces! —Señaló a los curanderos con el dedo índice—. Seguiréis cuidando al laird, y lo tratareis con el respeto que se merece. ¡Y si alguien osa decir otra vez que la enfermedad de mi padre es debido a una posesión, yo mismo le retorceré el cuello! ¿Entendido? —gritó fuera de sí.

Los dos hombres asintieron sin cesar.

—S... si, mi señor.

Kyle salió de la recámara dando un portazo tras su marcha. Abandonó el castillo y se dirigió hacia el bosque de Blair Atholl. Su respiración era agitada, furiosa. Y sus ganas de cortarle la cabeza a fray Dòmhnall eran igual de fuertes que las de rebanarle el pescuezo a Alistair. El frío era intenso pero el Dragón apenas lo notaba, la sangre le ardía por el enfado.

Todo se complicaba en el castillo de Blair.

Gruñó y le dio un puñetazo al tronco de una gran conífera, apretando los labios al notar que su rugosidad lastimaba su piel. La sangre comenzó a brotar por sus nudillos y Kyle, en vez de limpiarse la herida, volvió a golpear al árbol.

Apoyó la frente sobre él y cerró los ojos con fuerza, resoplando entre dientes.

Se incorporó pasados unos segundos y decidió regresar al castillo. Sin embargo, el sonido de la risa de unos niños lo distrajo.

Siguió sus voces, con la certeza de que al final del bosque había un claro en el que los infantes solían ir a jugar.

Los encontró como de costumbre, correteando y practicando con los arcos. Pero cuál no fue su sorpresa cuando vio allí a Seelie. Su esposa permanecía junto a ellos, viéndolos practicar, aplaudiendo cuando daban a la diana y dándoles ánimos cuando fallaban.

Desde su posición nadie podía verlo, sin embargo, Kyle tenía visión de todo lo que ocurría en aquel claro.

Fijó la mirada en ella y la contempló con ojos lobunos.

Estaba tan hermosa con aquel vestido rosa... Su cuerpo parecía el de una ninfa lujuriosa, tan deseable y delicado que le dieron ganas de tocarla. Su cara estaba serena. Sonreía a los niños y les dedicaba palabras amables y dulces.

Sus intensos ojos verdes, su nívea y suave piel, su cuello fino y largo, su cabello... Todo en Seelie era bello y encantador.

Recordó la pasada noche, en su alcoba.

Sus cuerpos se fundieron en uno proporcionándole un placer sin igual. Kyle jamás sintió una explosión semejante con ninguna otra mujer. Ver las reacciones de Seelie, sus mejillas sonrojadas, sus gemidos, sus caderas respondiendo a sus envites...

Tragó saliva y la miró con más atención.

Había sido grandioso.

Su esposa era apasionada para todo. Si peleaba, lo hacía con todo su ser, y si entregaba su cuerpo, se daba entera.

Había logrado que disfrutase tanto que, cuando regresó a sus aposentos, apenas pudo conciliar el sueño. El recuerdo de su cimbreado cuerpo desnudo lo mantuvo en vela durante más horas de las que quiso admitir.

Recordó su cara confusa cuando regresó a su habitación. Seelie no comprendía por qué la dejaba sola después de aquella experiencia. Había sido la primera vez que un hombre penetraba en su profundidad y quizás se sintió un poco perdida. No obstante, jamás dormía con ninguna mujer. Nunca lo había hecho y no tenía intención de comenzar ahora.

Sí, estaban casados.

Sí, el acto sexual había sido increíble.

Y sí, había tenido que frenar sus ganas de regresar con ella.

Pero el Dragón era un hombre entregado a su clan y a sus tierras. Las mujeres eran una simple distracción para él, una forma de olvidarse de los problemas perdiéndose en sus cuerpos.

Con Seelie había sido brutal, sin embargo, su relación con ella no pasaría de ahí. Fornicarían cuando le apeteciese para, después, regresar a su alcoba, como siempre. Así le había ido bien y no veía la razón por la que cambiar sus costumbres. Después de todo, nunca había deseado el matrimonio, atarse a una mujer para toda la vida, ni mucho menos encariñarse con una.

Un movimiento inesperado logró que su atención regresase a Seelie.

Su mujer cogió el arco que uno de los niños le daba y, tras revolverle el pelo con simpatía, lo agarró con decisión y apuntó a la diana.

Su concentración era máxima.

Seelie sabía que errar el disparo era fácil, y no pensaba hacerlo. Tensó la cuerda y entrecerró los ojos.

Soltó la flecha y esta se clavó en la parte baja de la diana. Apretó los labios y le pidió otra flecha al niño. La colocó de nuevo sobre el arco y apuntó por segunda vez,

decidida a dar en el blanco. Sin embargo, antes de lanzar, notó una presencia a su espalda.

Giró levemente la cabeza y descubrió a Kyle tras ella. Contuvo la respiración cuando una de sus fuertes manos se posó sobre su cintura. Miles de corrientes eléctricas la recorrieron cuando sus dedos rozaron su costado, y el nerviosismo poseyó su cuerpo.

—Céntrate en la diana —le susurró él con serenidad. Alzó la mano libre y corrigió la postura del brazo de ella, desviando levemente la flecha—. Mira tu objetivo y abre bien los ojos. —El cuerpo de Kyle estaba pegado al suyo, y sus piernas temblaban sin control, pero peleaba porque no lo hiciesen—. Relaja las manos y no bajes el codo. — Le colocó el codo en la posición adecuada mientras con su otra mano acariciaba su cadera. Con la nariz rozó su oreja y sonrió al verla contener la respiración—. Dispara.

Seelie soltó la cuerda de inmediato y la flecha se clavó en el centro de la diana, haciendo que los niños de su alrededor aplaudiesen y gritasen por su hazaña.

Todavía nerviosa, giró sobre su cuerpo y encaró a su marido, que se hallaba tras ella, con la habitual seriedad en su semblante.

El temblor de sus piernas, en vez de calmarse, fue a más. Al recorrer a Kyle con la mirada, los recuerdos de la pasada noche regresaron. Sus manos acariciándola con maestría, su olor a hombre tan atrayente, ese aura de misterio que se creaba en torno al Dragón.

Se humedeció los labios y bajó un poco la vista al suelo, avergonzada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Kyle se cruzó de brazos.

—Pasear.

—Pensaba que eras un hombre demasiado ocupado para esas cosas. —Levantó la vista y lo miró a los ojos.

—Y yo pensaba que a mi esposa le quedó claro que el tiro con arco no es propio de una dama.

—En el castillo de Blair no tengo nada que hacer. Paso los días de brazos cruzados.

—Eres mi mujer.

—¿Y qué tiene que ver? ¡Necesito distracciones, algo con lo que ocupar mis días! ¡No tengo a nadie con quien hablar, aparte de Isla y Kenneth, no tengo nada en lo que invertir mi tiempo!

Kyle entrecerró los ojos y le hizo una señal para que lo siguiese.

—Paseemos.

Seelie lo siguió, no le había dado oportunidad de negarse a caminar junto a él. Se despidió de los niños con una rápida sonrisa y apretó el paso para colocarse junto a Kyle.

Estuvieron andando en silencio varios minutos, ninguno de los dos dijo nada. Y la incomodidad era palpable. Apenas conocía a su esposo. Habían pasado todo el tiempo peleando, no había confianza entre ellos. La única tregua que tuvieron se produjo

cuando hicieron el amor.

Kyle era un hombre muy serio y poco dado a la comunicación. Parecía a gusto estando a solas, o con la espada en la mano. Pero cuando se trataba de cercanía y buen trato hacia otras personas, todo cambiaba.

Continuaron andando por medio de la arboleda y divisaron el lago.

Seelie había escuchado hablar sobre su existencia, pero era la primera vez que contemplaba aquella maravilla. Era enorme, tan grande que sus ojos no podían abarcar la totalidad de su extensión. Sus aguas eran cristalinas y limpias y los árboles rodeaban aquel remanso dándole privacidad.

Kyle tomó asiento en la hierba que había cerca de la orilla y señaló a su lado para que Seelie lo imitase.

—¿Por qué no hablas con las mujeres Murray? —preguntó el Dragón de repente, rompiendo el silencio.

—Lo he intentado, pero se nota que no quieren acercarse demasiado a mí. Me dicen un par de palabras y se van a toda prisa.

—¿Te ignoran? —al preguntar aquello, los ojos de Kyle se tornaron furiosos—. ¿Se atreven a ignorar a mi esposa?

Seelie lo miró con fijeza y negó con la cabeza.

—Tienen miedo.

—¿Te tienen miedo? —Parecía confuso.

—No, te lo tienen a ti.

—¿A mí? Qué tontería, pero si no hablo jamás con ellas. —Resopló y puso los ojos en blanco.

—Ese es el problema. No te conocen, solo conocen los rumores que corren sobre ti. — Seelie rodeo sus piernas con los brazos—. No quieren correr el riesgo de hacer algo que pueda molestarte. Por eso me evitan. Temen tu ira. Nunca te reúnes en el gran salón a la hora de las comidas con nosotros, no te relacionas con tus parientes. Te ven como a un extraño. Para ellos eres el Dragón, el peligroso hijo de su laird. Y yo soy tu mujer.

Kyle entrecerró los ojos y fijó su mirada en el agua, mientras pensaba en las palabras de Seelie. ¿Serían ciertas? ¿De verdad las mujeres de su clan la evitaban por miedo?

—Tendrás un instructor —dijo Kyle de repente.

—¿Un qué?

—Un instructor —repitió—. Ya que pareces haberte aficionado al tiro con arco, aprenderás de la mano de uno de mis mejores hombres.

Seelie se llevó las manos a la boca.

—¿Lo dices de veras?

—¿Cuándo me has visto mentir, mujer? —pregunto con hastío.

Ella gritó, emocionada, y se lanzó contra él. Apretó a Kyle contra su cuerpo y rio emocionada.

—¡Gracias, oh, gracias!

El aroma de su esposa penetró en sus fosas nasales llevándolo a recordar lo sucedido con ella en la alcoba en la que dormía. El Dragón cerró los ojos la rodeó con sus fuertes brazos, para sentirla todavía más cerca.

Despertaba tales sensaciones en él que no era capaz de tenerla a su lado y no tocarla. Su estómago bullía por su cercanía, su pene se comenzó a endurecer y un agradable calor fue poseyendo sus venas.

—Serás una buena discípula, o dejarás de practicar con el arco —le advirtió con seriedad, intentando que el ardor que comenzaba a sentir se mitigase. Sin embargo, eso no ocurrió, el cuerpo de su mujer lo aceleraba.

—¡Lo seré, lo prometo!

Seelie se separó de él y cuando lo miró a los ojos, le sonrió como nunca antes lo había hecho, dejando a Kyle noqueado. Cuando reía, era luz. Su preciosa cara se iluminaba como el propio sol y cegaba todo a su alrededor. Tuvo ganas de volver a acercarla a él y poseer su boca con su lengua, perderse en esos labios jugosos y demostrarle cuánto la deseaba. No obstante, no lo hizo. Volvió a apartar la mirada centrándose en el agua.

—Comenzarás mañana mismo, y se me informará cada día de tus avances.

—¡No te arrepentirás, puedes estar seguro!

Kyle asintió al escuchar su respuesta.

—Ya lo veremos.

Ella se quedó observándolo, feliz porque finalmente le permitiese practicar con el arco. Estudió su perfil y se mordió el labio inferior.

—No eres tal y como te describen las leyendas.

Él se encogió de hombros, sin volver a mirarla.

—Se hablan muchas cosas sobre mí.

—Y todas horribles.

—¿Todas? —Kyle alzó una ceja y se recostó, apoyando la cabeza sobre los brazos. Sabía muy bien todo lo que se decía sobre él, pero tenía curiosidad por saber qué era lo que había llegado a oídos de Seelie—. ¿Qué comentan sobre mi persona?

—¿Quieres que te lo enumere?

—Ajá.

Ella asintió y se mordió el labio inferior.

—Lo primero que llegó a mis oídos, cuando se concertó nuestro enlace, fue que asesinaste a tu primera esposa. —Kyle apretó los labios, ese tema era doloroso. Sin embargo, Seelie se apresuró a continuar—. Pero, ahora sé que es una patraña.

—Lo es. Continua.

—Emm... también... también se dice que en tus manos hay sangre de inocentes. Que te agrada matar y que no tienes piedad ni con los niños.

Los labios de Kyle se contrajeron por lo que acababa de decir Seelie. Sobre él se decían barbaridades, y aunque jamás le importó que todos pensasen que era un ser horrible,

escucharlo de sus labios era diferente, y no comprendía por qué, pero no quería que ella creyese aquellas cosas.

Sin embargo, no dijo ni una palabra. Se limitó a entrecerrar los ojos y fijar su mirada en el agua.

—También se dice que cuando el Dragón te mira, es como si te mirase la muerte.

—¿Y crees que es cierto? ¿Crees que voy matando a niños y que mi mirada es como la de la Parca? —Su gesto era serio, indiferente, con un brillo extraño en los ojos.

Seelie se quedó en silencio, observándolo con atención. Kyle era temible, el hombre más serio y duro que hubiese visto jamás. Habían discutido y peleado con ferocidad, y la había amenazado en más de una ocasión, pero, ¿creía todo lo que se decía sobre él?

Sonrió y negó con la cabeza.

—No creo que seas un asesino, Kyle. Al menos, no como te describen.

El alivio por la respuesta de su mujer se reflejó en sus facciones.

—He matado a muchos hombres —admitió—, pero todos fueron en combate y por afrentas al clan Murray.

Seelie prosiguió.

—Cuentan que llevas la capucha de un clérigo al que mataste, y que confundes con ella a tus enemigos, pues cuando te ven creen que eres un hombre de Dios.

Kyle la miró sorprendido, era la primera vez que escuchaba aquello sobre él. Alzó una mano y apartó un mechón de su rojo cabello colocándolo detrás de su oreja. Al sentir el suave tacto de la piel de Seelie, se erizó.

—La capa era de un clérigo, en eso tienen razón. Pero yo no lo maté. Él me ayudó estando malherido. Curó la herida de mi rostro y me permitió descansar en su convento hasta que me repuse y pude regresar.

—¿Y por qué tienes su capa?

—Me la dio para cubrir mi rostro con la capucha, para que nadie me reconociese y pudiese regresar al castillo para poder curar mis heridas antes de regresar a la batalla.

—¿Cuál es el motivo de que sigas llevándola? —preguntó muy interesada.

—La capa que llevo no es la suya —reconoció—. La del clérigo acabó destrozada cuando terminó la guerra contra los ingleses. Sin embargo, mandé a que me confeccionasen otra igual.

—¿Por qué?

—Por algo que nada tiene que ver con lo que se cuenta en las leyendas. —Kyle sonrió levemente—. Su capucha cubre mi cabeza y evita que el intenso frío me hiele el cráneo. Seelie soltó una carcajada.

—¿La llevas para resguardarte del frío?

—¿Desilusionada con la respuesta? —Enarcó las cejas.

—No, asombrada —reconoció sin dejar de sonreír.

Kyle curvó los labios y acarició la mejilla de su esposa. Era preciosa, y cuando sonreía su belleza era cautivadora.

—¿Y qué más se cuenta sobre mí?

—Pues... —Su estómago saltaba por las caricias de los dedos de Kyle sobre su mejilla. Su corazón se aceleró al mirarlo a los ojos—. También... también dicen que eres feo, un monstruo deforme con una cicatriz que cubre toda tu cara. Que el solo hecho de mirarte da repulsión.

—¿De veras? ¿Y qué piensas sobre esta leyenda?

Seelie se sonrojó antes de contestar. Bajó un poco la mirada.

—Yo... creo... que no se ajusta a la realidad.

—¿No soy un monstruo?

—No lo eres.

—¿Piensas que soy apuesto?

—Mucho —admitió avergonzada—. Jamás he conocido un hombre más gallardo.

Kyle sonrió, esta vez abiertamente, sin tapujos, cosa que no le pasó desapercibida a Seelie. Se perdió en sus ojos negros, en su sonrisa perfecta, en sus facciones fuertes, en sus labios. Suspiró al notar que iba acercando su boca y que la miraba como si fuese un ser mágico. Porque eso era lo que advertía Kyle en esos momentos. Veía a su esposa como a un ángel, perfecta y preciosa. No había nada en el mundo que deseara más que juntar sus labios, volver a degustar su dulce sabor y perderse en su cuerpo, tal y como lo hizo la noche pasada.

—Oh, Seelie. Dulce Seelie...

Se besaron con tantas ganas que la pasión explotó de inmediato entre ellos. Sus bocas saboreaban la del otro y se proporcionaban un placer sin igual.

Los brazos de Kyle la rodearon por la cintura. Era tan enloquecedor el roce de su piel... Seelie respondía al beso con ansias y con tantas ganas como lo hacía él. Notaba el pene de su esposo, duro y erguido, contra su estómago. Sabía qué pasaría si seguían con aquello, sabía que su miembro se introduciría en su interior y el deleite sería inigualable.

Y quería que sucediese.

Quería volver a sentirlo dentro de ella, que la llevase al cielo, que la hiciese gritar de gozo.

—¡Kyle, Kyle! —Unos gritos los hicieron salir de aquella burbuja—. ¡Primo!

Se separaron jadeantes y se miraron unos segundos a los ojos, apenas podían contener las ansias de continuar. Kyle tapó de nuevo sus piernas con el vestido y la ayudó a levantarse, antes de que la indeseada visita los descubriese tumbados en el suelo.

Ante ellos apareció Bruce, con la respiración agitada y la mirada asustada. Al ver al Dragón, corrió hacia él y frenó justo delante.

—¡Primo, debemos regresar al castillo!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás así, Bruce?

—¡Tu padre! —Bruce se pasó la mano por el pelo—. ¡Mi tío no se despierta! ¡Los curanderos han intentado que reaccione pero no pueden lograrlo! ¡Dicen que su

corazón ha dejado de latir!

—¡Santo Dios! —exclamó Seelie llevándose las manos a la boca, horrorizada.

—No sabemos qué hacer, primo. Corrí en tu busca en cuanto supe la noticia.

Kyle apretó los labios y asintió.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Corrieron hacia el castillo de Blair tan rápido como sus piernas les permitieron. Seelie intentó seguirlos, pero su vestido no le dejaba ser tan rauda. Antes de que se quedase atrás, Kyle alargó el brazo y la cogió de la mano, para tenerla su lado y ayudarla en su carrera.

CAPÍTULO 12

El nerviosismo era patente en el rostro de Effie. Caminaba como alma perseguida por el Diablo, y con las manos en el corazón, pues este amenazaba con escapársele del pecho.

Todo el mundo en el castillo estaba alterado, y su señora también.

Desde que la noticia llegó a oídos de los Murray, dejaron abandonados sus quehaceres y obligaciones. Se habían suspendido las cacerías, los rezos en la capilla del castillo y las reuniones en el gran salón.

Con la respiración pesarosa, cruzó la puerta del servicio y salió al exterior.

El día soleado con el que había amanecido, había dado paso a las oscuras nubes de tormenta, las cuales descargarían toda su rabia en cualquier momento, los truenos así lo anunciaban.

Cuando divisó el manantial, apretó el paso.

Necesitaba ver a Lean. Él era la única persona capaz de tranquilizarla.

Lo encontró sentado, como de costumbre, con la mirada puesta en el cielo, mientras contemplaba el temporal que se les venía.

—¡Lean! ¡Oh, Lean, no sabéis lo que me alegra veros!

—¿Effie? ¿Qué hacéis aquí a estas horas? —preguntó confuso—. ¿No deberíais estar atendiendo a vuestra señora?

Ella llegó a su lado y tomó asiento de inmediato, advirtiéndole que sus pies no podrían sostenerla demasiado tiempo.

—¡Ha ocurrido algo horrible! ¡Horrible!

—¿Qué? ¿Estáis bien? ¿Os han hecho algo?

—¡No, no, no os preocupéis por mí! Es algo mucho peor. —Cogió a Lean por las manos y tragó saliva—. El viejo Edwin Murray ha muerto.

—¿El laird? —dijo él conmovido.

—Los curanderos que lo acompañaban estos últimos días no pudieron hacer nada por su vida. No pudieron despertarlo.

—¡Por San Gilberto! ¡Qué noticia tan nefasta!

—Todo el mundo está triste, Lean. Han abandonado sus quehaceres.

—El viejo era un buen laird, todos le queríamos —comentó Lean con pesar.

—¿Y ahora qué pasará? ¿No me dirás que el monstruo de su hijo será el nuevo laird?

—lo interrogó Effie con horror.

—El Dragón lo sucederá, en efecto.

—No quiero ni imaginar cómo serán nuestras vidas con semejante desalmado al mando del castillo, y del clan.

—¿Por qué decís eso?

—¡Es el mismo demonio, Lean! Mi pobre señora Seelie vive entristecida por tener que aguantar a semejante escoria. —Apretó más fuerte sus manos—. Y si trata de esa forma a su propia esposa, ¿cómo nos tratará a los demás?

—Kyle será un buen líder —dijo él con seguridad.

—Pero... es que...

—Querida Effie. —Acarició su mejilla—. ¿Quién pensáis que ha estado dirigiendo el castillo y el clan los últimos tiempos?

—Lo sé, lo sé, ha sido él, sin embargo...

—El viejo Edwin lleva más de dos años sin estar al mando del clan, y todo ha ido bien gracias a su hijo.

—¡Pero... pero seguía siendo el laird! ¡Todos lo reconocían a él como la autoridad, y no al Dragón!

—Porque Kyle así quiso que fuese. Decidió que su padre moriría siendo el laird de los Murray.

Effie frunció el ceño, sin llegar a creer que Kyle hubiese sido tan considerado.

—Sobre él... hay tantas historias... que no soy capaz de verlo con buenos ojos.

—Deberíais, querida amiga. El Dragón jamás ha hecho nada que pudiese dañar a su clan, ni a sus gentes.

—No sé si creerlo.

—¿No confiáis en mi palabra?

Effie lo miró a los ojos y sonrió.

—Por supuesto que lo hago. Sois la única persona en la que confío plenamente.

Acercó los labios a los de Lean y lo besó con delicadeza.

Rodeó su cuello y notó cómo él se agarraba a su cintura con fuerza. Era como tocar el cielo. Ambos se dejaron llevar por la fuerza de la pasión que los consumía.

Ese hombre era muy especial.

Tenía sentimientos intensos hacia él, aun sabiendo que una historia de amor sería complicada, por el problema de su pierna.

Acudía cada mañana a verlo y el tiempo a su lado volaba. Se sonrojaba cada vez que sus ojos coincidían, sus manos rozaban las de Lean cada poco, le encantaba su contacto, el latir de su corazón se aceleraba cuando le sonreía y acababan besándose en cada despedida. Bueno, más bien era Effie quien lo besaba. Lean jamás intentó sobrepasarse. Siempre fue respetuoso.

Mientras sus labios continuaban degustando el sabor del otro, Effie rozó su cabello y bajó las manos por su espalda. Esta era fuerte y masculina. Tocarlo era todo un placer.

Lean separó los labios y bajó la mirada al suelo, apartándola de ella.

—Effie, no sigáis haciendo esto.

—¿No queréis que os bese? —preguntó confundida.

—No quiero que lo hagáis por lástima. Por compasión por este pobre tullido.

—¿De verdad creéis que os beso por lástima?

—¿Por qué lo hacéis si no? —preguntó con el rostro contraído por el dolor de separarse de ella—. Soy un lisiado. Vos misma me dijisteis que no os casábais conmigo por mi pierna. Entonces... ¿por qué me besáis? ¿Sentís lástima de que ninguna mujer quiera tenerme de marido?

—¡No! ¿Por qué pensáis esa monstruosidad de mí? ¡Cualquier mujer estaría encantada de ser vuestra esposa, querido Lean! ¡Sois gallardo, sois inteligente, sois amable y caballeroso!

Él sonrió con tristeza y la miró fijamente.

—Cualquier mujer desearía desposarse conmigo, menos vos.

—Yo... —Effie sintió que el estómago le daba un vuelco al escuchar de nuevo la proposición—. Estoy confusa —dijo sincerándose. Agarró su mano y volvió a sentir ese cosquilleo en la palma—. No os voy a negar que pienso en ello cada vez que os veo. Yo... creo que tengo sentimientos hacia vos, me parecéis un hombre muy especial. Pero es... complicado.

—Lo sé. Sé que mi situación no es la mejor para mantener a una esposa y protegerla. Pero os trataría con respeto y os cuidaría el resto de mi vida, Effie. Os amo.

Ella sonrió, emocionada.

Aquellas palabras se le clavaban en el corazón. Ese hombre tan fantástico la quería. Cerró los ojos y pidió a los santos que la ayudasen en aquella encrucijada. Si por ella hubiese sido, se habría casado con Lean el primer día que se lo pidió, sin embargo, su incapacidad era algo a tener en cuenta. Todo el mundo veía a los tullidos como a seres diferentes e inferiores.

—Necesito tiempo para aclarar mis ideas—le dijo mirándolo a los ojos—. Sé que lo entenderéis.

Seelie introdujo una mano en la humeante agua de la bañera que había en sus aposentos, después de que Effie y otras criadas la llenasen.

Habían sido unos días muy tristes. La repentina muerte de Edwin había logrado que todo el castillo de Blair enmudeciese. Ya no se escuchaban los gritos en el gran salón, las comidas habían sido suspendidas. No se oían los cascos de los caballos de los guerreros, las incursiones y cacerías se habían pospuesto. Ya no se apreciaban las charlas alegres de las criadas mientras limpiaban de aquí para allá.

Lo único que se percibía con claridad, era la pena y la tristeza que impregnaba todas y cada una de las piedras del castillo.

El viejo Murray había sido un gran laird, y su pueblo le lloraba como él merecía. Incluso Seelie, que apenas había convivido con su suegro unos meses, no aguantó el llanto en su funeral.

No pudieron hacer nada para salvarle. Cuando llegaron al castillo, su corazón ya no

latía, y ni el mejor brebaje de los curanderos logró devolverle la vida.

Soltó los botones de su camisa y la tiró al suelo, haciendo lo mismo con la falda. Quedó vestida solo con el brial blanco que colocaba bajo de sus prendas. Necesitaba un baño, desprenderse de esa tristeza y dormir durante horas, pues estaba agotada a causa de los preparativos del sepelio.

Trenzó su larga melena roja y se la recogió en la nuca. Cuando fue a meter un pie en el agua, la puerta que separaba ambas habitaciones se abrió. Al darse cuenta, contuvo la respiración. Frente a ella estaba Kyle.

La miraba fijamente, con su habitual semblante frío, no obstante, sus ojos se notaban cansados, enrojecidos.

Su esposo debía de haberlo pasado muy mal, aunque por fuera pareciese tan calmado como siempre. Después de todo, acababa de sufrir una gran pérdida.

—Kyle —susurró, reparando en que su corazón se aceleraba cuando sus ojos se encontraron.

Le dio igual estar prácticamente desnuda ante él. La tela que la cubría era tan fina como la escarcha. Fue a su encuentro y tomó su mano, tirando de ella para que no se quedase en la puerta. Cerró tras de sí y lo condujo hasta el sillón que había junto a la chimenea.

—No hace falta que me trates como a un pobre hombre. Estoy bien.

—Acaba de fallecer tu padre. No puedes estar bien —añadió ella con voz calmada, empujándolo para que se sentase. Cuando lo logró, echó leña al fuego y lo miró desde su posición. Parecía agotado—. ¿Has comido algo?

—No demasiado.

—¿Quieres que ordene a las criadas que te traigan algo?

Kyle resopló.

—¡No necesito que te preocupes por mí, mujer! —Se levantó del sillón y encaró a Seelie con enfado—. ¡Era viejo, tenía que morir tarde o temprano!

—Es cruel que pienses así, era tu padre.

—Es ley de vida. —Apretó los labios—. Toda la responsabilidad recae sobre mí. ¡Debería estar feliz! ¡Era lo que siempre quise, ser laird! ¡Y ahora que el viejo no está, su lugar es mío!

Tras sus últimos gritos, giró sobre su cuerpo y caminó hacia la ventana. Allí se apoyó en ella y miró hacia el exterior, donde la lluvia calaba todo aquello que tocaba. Su cuerpo estaba rígido, y su respiración era agitada.

Seelie se acercó a él con lentitud, acariciando su espalda al llegar a su lado. Hizo que se girase de nuevo y lo miró a los ojos. Su oscura mirada estaba húmeda, por las lágrimas que no permitía que saliesen.

—Oh, Kyle... —Lo abrazó con fuerza y él tuvo que apartar la cara, la presión de su pecho amenazaba con acabar con su férreo muro—. Lo siento tanto... Siento tanto que esto haya ocurrido...

El Dragón maldijo en voz baja cuando una lágrima se derramó por su mejilla. Resopló apretando los dientes y abrazó a Seelie con fuerza. Cerró los ojos y apoyó la rasposa mejilla sobre su cabeza.

Era extraño, pero su presencia le daba alivio.

Aquello le creó incomodidad. Era uno de los hombres más temidos de las Tierras Altas, al que todos evitaban por miedo a su ira. Estaba entrenado para cualquier tipo de situación límite. Entonces, ¿por qué había sentido la necesidad de ir junto a Seelie? ¿Qué tenía esa mujer que con solo un roce podía reconfortarlo?

Habían sido unos días tortuosos. No abandonó el cuerpo del viejo Murray hasta que acabó enterrado bajo la fría tierra.

Estaba tan cansado que se había retirado a sus aposentos para intentar que la paz regresase a su mente. Sin embargo, el dolor todavía era más intenso en soledad. Había estado obligándose a no abrir la puerta, a no traspasar la habitación. Odiaba que viesen su debilidad. Pero, saber que Seelie estaba solo a unos pasos de él, había sido demasiado.

Quería verla. Estar a solas con su mujer, tocarla, sentir sus dulces labios respondiendo a los suyos...

Al darse cuenta de sus pensamientos, rio con amargura.

Kyle Murray necesitando a alguien. Inaudito.

Seelie se apartó un poco de su cuerpo y le sonrió con delicadeza.

Era tan hermosa...

Se dejó llevar, tirado por su mano, hasta donde se encontraba la bañera de madera. Allí, acarició su mejilla rasposa y juntó sus labios en un beso tierno y suave. Nada más hacerlo, todo su alrededor se desdibujó. El mundo se limitó a sus cuerpos, a sus labios. Gimió cuando las pequeñas manos de su esposa le quitaron el chaleco, tirándolo al suelo. Soltó uno a uno los botones de su camisa y, cuando su fuerte pecho estuvo al descubierto, pasó una de sus manos por él. Gruñó por el placer de su caricia.

La rodeó por la cintura y profundizó el beso. Sus lenguas exploraban la boca del otro, degustaban aquel sabor tan nuevo y conocido a la vez.

La prenda acabó en el suelo junto al chaleco y las manos de Seelie se posaron sobre la correa de su kilt, haciéndole contener la respiración.

—Estaba a punto de darme un baño —dijo contra sus labios. Se apartó de él, consiguiendo que Kyle se quejase al haberlo privado de sus besos, y tocó el agua, sonriendo al comprobar que todavía seguía caliente—. Está en su punto.

Sin dejar de mirarlo, se desató el brial y quedó totalmente desnuda ante él.

El cuerpo de Seelie era tan bello... Sin demasiadas curvas, de senos pequeños y erguidos, cintura fina y muslos lujuriosos que se juntaban en su jugosa vagina cubierta de vello rojizo.

Le gustó el rubor de sus mejillas al saberse observada por él, y el nerviosismo que se leía en sus ojos.

Se metió en la bañera y le tendió un brazo para que la acompañase.

—Ven conmigo.

Kyle se humedeció los labios, la visión del cuerpo de su mujer le secó la boca. La miraba con ojos de lobo hambriento, deseoso de meterse entre sus piernas y zambullirse en sus pliegues. Su pene estaba tan endurecido como la piedra, y su corazón parecía cabalgar.

Se quitó el kilt, las botas de cuero y las calcetas, y quedando también desnudo, se introdujo en el agua, donde Seelie esperaba nerviosa.

Cuando llegó junto a ella, la agarró por los brazos y la apretó contra su torso, arrasando su boca en un beso desesperado y muy necesitado. Los labios de ella eran como el néctar.

Abrazados, y sintiendo que la pasión iba en aumento a una velocidad vertiginosa, Seelie pasó la mano por su espalda, memorizando su tacto, frunciendo el ceño cada vez que las yemas de sus dedos rozaban alguna cicatriz, sonriendo cuando notaba que Kyle contenía la respiración.

—Dulce Seelie, ¿qué tienen tus labios que me hacen parecer un indefenso cordero?

Ella sonrió de nuevo.

—Esposo, ¿qué tienen tus manos que tiemblo cada vez que me tocas?

—Dime que no tiembles de miedo.

—No te temo —le aseguró—. Lo que siento contigo es algo muy diferente.

—Desde que mi primera esposa se quitó la vida, por temor a estar casada con el Dragón, no puedo soportar a las mujeres temblorosas ante mi presencia.

—Al principio sí te temía —se sinceró Seelie.

—Lo sé. Lo supe desde el día en que nos desposamos, cuando te vi por primera vez tus piernas temblaban.

—Lo hacían, pero no solo por miedo. —Seelie rio—. Me pareciste muy agraciado. Estaba sorprendida por tu apariencia, las leyendas hablaban de un monstruo.

Kyle sonrió y la besó con tanto ardor que sus cuerpos se erizaron. Sus grandes manos la rodearon por la cintura y la apretaron contra su torso, logrando que notase lo henchido y duro que estaba su pene contra su estómago.

Los labios de él abandonaron su boca y fueron recorriendo su cuello, dejando una fugaz estela de besos por él, mientras su mano subía por uno de sus muslos y encontraba la suave piel de su vagina. Abrió los pliegues con delicadeza y rozó su clítoris, trazando círculos alrededor de él, consiguiendo que Seelie gimiese consumida por el deleite.

—Kyle... —Pronunció su nombre casi sin voz—. Kyle, no...

—¿No? —repitió sonriente, al verla a punto de alcanzar el clímax.

—Todavía no. Primero el baño.

—Mujer... si piensas que voy a parar ahora para que te des un maldito baño, te equivocas.

—Harás lo que te digo —comentó Seelie con una calma que no sentía, su bajo vientre pedía otra cosa.

—Creo que todavía no sabes quién soy yo. No voy a esperar para tenerte.

—Esperarás. —Se apartó de él y cogió un paño de lino, que humedeció con el agua.

—¡Malditos santos! —exclamó incrédulo.

—No blasfemes y date la vuelta.

—¿Qué? ¡No!

—Kyle, date la vuelta —le pidió intentando no sonreír al verlo tan desconcertado.

El Dragón la fulminó con la mirada y giró sobre su cuerpo, cruzándose de brazos al quedar de espaldas.

—Esto no se va a quedar así, mujer.

—No, no se va a quedar así —susurró Seelie en su oído, apoyando la mano en su espalda—. Voy a lavarte. Han sido unos días duros, y necesitas relajarte.

Pasó el paño de lino por sus hombros, llenándolos con agua y jabón. Fue bajando por los brazos, la espalda y el trasero, viendo cómo Kyle contraía la zona por la que lo rozaba. Cuando toda su espalda estuvo húmeda, Seelie lo abrazó por detrás, pegando la boca en la parte alta de la columna vertebral, dándole decenas de pequeños besos, haciéndole contener la respiración. Sus manos recorrieron sus músculos, maravillándose de lo fuerte que era. Besó sus omóplatos, besó todas y cada una de las cicatrices de su espalda, lamió su cuello.

Kyle cerró los ojos y se limitó a sentir.

Era una agonía para él tener a Seelie tan cerca, desnuda y tocándolo a su antojo, y no poder hacer nada para satisfacer sus deseos. Cuando notó sus pequeñas manos por su pecho, se mordió los labios para no maldecir. Y todavía más cuando fueron bajando poco a poco, por su estómago, por su bajo vientre.

—Ya puedes volver a darte la vuelta —le susurró en su oído.

Hizo lo que le pidió de inmediato y la miró fijamente, con la respiración muy alterada, pero sin decir ni una palabra.

Seelie mojó el paño por segunda vez y enjabonó su pecho, rozando sus pequeños pezones y bajando por su fuerte estómago. Los jadeos de Kyle cada vez eran más sonoros, el paño iba aproximándose a su miembro y este latía y se contraía por la necesidad.

—Seelie... si no acabas pronto...

—Solo un poco más —le prometió al oído—. Quiero probarte.

Con sus solas palabras, el Dragón creyó explotar, y todavía fue peor cuando fue bajando por su cuerpo, dejando besos por su pecho, su estómago y sus caderas. Llegó a su bajo vientre, y acarició el vello púbico, muy cerca de su pene.

Apretó los dientes y jadeó cuando la boca de Seelie rozó la fina piel de su masculinidad. Lamió el grande y se lo introdujo en los labios, asombrándose de lo grueso que era y lo duro que lo notaba en su boca.

Kyle gritó y agarró a su esposa por el cabello. El éxtasis no tardaría en llevárselo consigo. No recordaba un placer semejante, Seelie estaba consiguiendo en unos segundos lo que ninguna mujer había logrado antes.

Loco de satisfacción, gruñó y la hizo incorporarse. La aplastó contra su torso y arrasó su boca con un beso tórrido y necesitado, apreciando el sabor almizclado de su propio sexo.

—Oh, Seelie, no puedo aguantar más. Ahora será como yo quiero —le aseguró.

Sin perder más tiempo, la cogió en peso y la sacó de la bañera, recorriendo la habitación con ella en brazos, para acabar sobre el lecho, todavía calados por el agua.

Se puso encima y la abrió de piernas, para colocarse entre ellas. La besó de nuevo, mientras sus manos acariciaban sus suaves senos y escuchaba sus gemidos. La penetró de un empujón, sin delicadeza ni tacto, pero a ninguno de los dos pareció importarle. Estaban tan necesitados del otro que aquella unión tan frenética les pareció perfecta.

Los envites fueron rápidos y profundos. Seelie se agarró con fuerza al cuerpo de Kyle, parecía que era lo único que lograba retenerla al mundo. Flotaba. El goce era tan intenso que la miró maravillado, conteniéndose para no derramarse tan pronto dentro de ella. Pero aquella era una tarea tan complicada... El cuerpo de su mujer lo volvía completamente loco. Era débil con ella, cada vez que la miraba tenía la seguridad de que el mundo giraba porque Seelie vivía en él.

—Kyle... Dios Santo... Kyle —gemía contras sus labios.

Era un placer primitivo, ancestral. Ya lo sintió la primera vez que la poseyó, sin embargo, parecía que con ella siempre era mejor. Más intenso y especial.

Los gritos de Seelie cuando el orgasmo recorrió su cuerpo, hicieron que él mismo cayese en aquel dulce abismo. Las oleadas de placer fueron tan potentes que acabaron temblorosos e inmóviles todavía unidos de forma íntima.

La besó por última vez, no obstante, fue una caricia tan suave e íntima que logró conmovérla.

Ella lo miró con detenimiento y su corazón se aceleró todavía más. Sabía que apenas se conocían, y que el tiempo que llevaba en el castillo de Blair lo habían pasado peleando, sin embargo, los sentimientos tiernos que le estaba comenzando a profesar a su esposo la asustaban. Nunca imaginó que acabaría encariñándose con el Dragón, pero estaba ocurriendo, y por las reacciones de Kyle, creía que a él también le pasaba.

Podía ser un hombre duro y serio, el más feroz y temible de las Tierras Altas, podía haber leyendas horribles en cuanto a su persona, y ser temido incluso por las gentes de su clan. Pero, en la intimidad de la alcoba, era diferente.

Era solo un hombre. Un hombre prendado de su esposa.

Estuvieron tumbados en la cama casi una hora, dormitando y recuperándose del

intenso acto sexual. Seelie se removió en el lecho y abrazó a Kyle. Tras aquella experiencia le apetecía no moverse de su lado en toda la noche, ser besada y acariciada por él.

Sin embargo, unos minutos después, el Dragón se incorporó y cogió su ropa, que continuaba tirada en el suelo. Seelie lo miró extrañada, quedando sentada sobre las pieles de la cama.

—No tienes que coger tu ropa, mañana pediré a Effie que se la lleve.

Kyle la ojeó de soslayo y continuó cogiendo las prendas.

—Es tarde, es hora de que regrese a mis aposentos.

—¿Te vas? —preguntó contrariada.

—Tengo que descansar, mañana será un día muy largo.

—Pero... yo creía que... —Miró el lecho— ... dormirías aquí.

—Tengo una habitación en la que hacerlo.

Seelie se levantó de la cama, desnuda todavía, con su precioso pelo enmarcándole el rostro.

—¿Vas a irte y dejarme sola después de lo que ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —preguntó con frialdad, poniendo los ojos en blanco.

—¡Hemos hecho... hemos... yacido juntos!

—Nunca duermo con mis amantes.

Aquello logró que Seelie abriese la boca y lo fulminase con la mirada.

—¡Yo no soy ninguna de las mujerzuelas con las que fornicas! ¡Soy tu esposa!

—Una esposa que no parece saber cuál es su lugar —contestó entre dientes.

—¡No voy a permitir que me trates como a una vulgar ramera, porque no es así! ¡Soy Seelie MacLean!

—¡Eres Seelie Murray! ¡Y en este matrimonio se hará lo que yo crea conveniente!

—¿Matrimonio? ¿A esto lo llamas matrimonio? —chilló fuera de control—. ¿Para ti es un matrimonio aquel que ni siquiera comparte alcoba? ¿Aquel en el que el esposo abandona a su mujer en medio de la noche?

—Ya basta, Seelie —le advirtió con ojos sombríos.

—¡No, no basta! ¡Maldito seas, Kyle Murray! ¿Crees que voy a quedarme de brazos cruzados cada vez que te largues a hurtadillas de mi lecho, después de haber disfrutado de mi cuerpo?

—Eso es exactamente lo que vas a hacer, porque es mi decisión.

—¡Antes prefiero atrancar esa puerta y no volver a dejarte entrar! —gritó señalando la puerta que comunicaba ambas estancias—. ¡No vas a volver a faltarme al respeto de esa forma! ¡Si quieres una amante, vuelve con la fulana esa con la que te encontré el primer día que llegué al castillo! ¡Pero a mí no vas a dejarme después de satisfacer tus sucias necesidades!

Kyle gruñó y apretó la mandíbula. Las palabras de Seelie estaban comenzando a despertar al Dragón. ¿Quién era esa mujer para exigir algo? ¡Él era el que exigía, y los

demás los que cumplían con su deber!

—¡Quizás lo haga! —rugió acercándose a ella—. Quizás deje de usar tu cuerpo y regrese con la dulce Evanna. Ella sí que sabe cuál es su lugar.

—¡Pues corre con ella, bestia inmunda! ¡Fornica con esa ramera y olvídate de que existo!

—¡Eso haré, maldición!

—¡Y yo haré lo propio! —exclamó Seelie con una sonrisa fría.

—¿Qué estás queriendo decir con eso?

Ella rio y alzó la cabeza con orgullo, pero por dentro estaba herida, mucho.

—Lo que quiero decir es que mientras tú estés con tu amante, yo buscaré a un hombre que comparta mi lecho.

La reacción del Dragón no se hizo esperar. Con un bramido temible, agarró a Seelie por los brazos, haciéndola gritar de dolor, y la aplastó contra la pared de la alcoba. Acercó su cara a la de su esposa y clavando su negra mirada en ella, le advirtió:

—¡Si osas hacer algo así, os mataré a ambos!

—¡Si tocas un solo pelo de mi cabeza, mi hermano arrasará con este castillo y con todos los que viváis en él!

—¡Tú eres mía, Seelie Murray! ¡Eres mía ante los ojos de Dios! ¡No voy a tolerar que otro hombre que no sea yo te roce!

—¿Y yo sí que tengo que aguantar que yazcas con otra mujer?

—¡Tú harás lo que se te ordene! —Apretó su agarre y la aplastó todavía más contra la pared de piedra.

—¡Suéltame, Kyle, me haces daño! —dijo con voz autoritaria.

—¡Esto es lo que les pasa a los que me desobedecen!

—¡Te odio! ¡Te odio con todo mi ser, maldito bárbaro! ¡Ojalá nuestro enlace no hubiese ocurrido nunca!

Kyle sonrió de forma ladeada, y acercó la boca a la de Seelie.

—En eso estamos de acuerdo. —La besó con brutalidad y la soltó de repente, haciéndola perder el equilibrio y caer al suelo.

Desde la fría piedra del suelo, vio a Kyle dar media vuelta y regresar a su alcoba, cerrando la puerta con llave tras de sí.

Al quedarse a solas, rompió a llorar.

La tristeza y la desdicha pudieron con su fuerza. No podía creer que el hombre con el que había yacido minutos atrás pudiese ser el mismo que acababa de abandonar sus aposentos.

¿Eso era lo que Kyle quería de ella? ¿Su cuerpo?

¿Eso era lo que tenía que esperar de ese matrimonio? ¿Desprecio y órdenes?

Se levantó lentamente del suelo y se enjugó las lágrimas. En la habitación contigua se escuchaba mucho escándalo. Parecía que Kyle estuviese rompiendo todo el mobiliario, llevado por la ira.

Sin embargo, le daba igual. Acababa de demostrarle cómo era el Dragón en realidad, y no iba a aguantar semejante trato. ¡Ella no era ninguna ramera, ni una criada a la que dar órdenes y esperar su total sumisión!

Era la hija de Lachlan MacLean, un guerrero valeroso y valiente. Un hombre que no se arrodilló ante nadie.

Entonces, su madre, tenía un carácter fuerte y le enseñó a no rendirse a la primera de cambio.

Era hermana de Logan MacLean, el laird de uno de los clanes más poderosos de toda Escocia, y el hombre al que más admiraba en el mundo.

Así que, si Kyle esperaba que su esposa se comportase como una niña sin personalidad y que se dejase manejar como una marioneta, no podía estar más equivocado.

CAPÍTULO 13

El birling se mecía al ritmo de las olas, mientras los remeros conducían el barco a contracorriente.

La mañana era fría y el tiempo no invitaba a adentrarse en el mar, el viento dificultaba la tarea y las pequeñas gotas de lluvia caían sobre sus cabezas, calándolos hasta los huesos.

Cubiertas por dos gruesas capas y unas pieles sobre las piernas, Seelie y Effie se resguardaban del temporal sentadas en un rincón. Ninguna de las dos había roto el silencio en todo el tiempo que llevaban a bordo, los nervios porque una ola volcase la embarcación las tenía en constante tensión.

A unos metros, Kenneth ayudaba con los remos, colocándose en el lado del barco en el que menos hombres había. Toda ayuda era buena, y el joven no había dudado ni un segundo en prestar su fuerza para que aquella travesía no acabase en desgracia.

Junto a Seelie, Effie rezaba a los santos para que los ayudasen a llegar con vida. Estaba muy asustada, no le gustaba navegar, y si el tiempo era tan horrible como el de aquel día, todavía menos.

Cuando una ola chocó contra la proa del birling, dio un grito de terror y se agarró a su ama, que intentaba aguantar las ganas de llorar con elegancia y una serenidad que no sentía de ninguna manera.

—Mi señora, ¿no podríamos haber escogido otro día para viajar?

En su voz se reflejaba el miedo, cosa que entristeció a Seelie, la cual cogió su mano y la apretó con fuerza, para infundirle ánimos, aunque ella misma los necesitase.

—No había otra salida que partir hoy del puerto de Oban.

—Pero... el mar...

—Parece enfadado —dijo Seelie mirando por la borda.

La criada se llevó las manos a la cabeza y se la cubrió, muerta de miedo y gritando cada vez que el barco se inclinaba hacia uno de los lados.

—No debimos de haber venido. ¡Es muy peligroso!

—Lo sé.

—Si vuestro esposo se enterase de las condiciones en las que estamos viajando, nos partiría el pescuezo.

Seelie apretó los labios al escuchar que se refería a Kyle. No sabía nada de él desde hacía cuatro días, cuando partieron del castillo de Blair aprovechando su marcha a una cacería.

—Nos lo partirá de todos modos cuando se entere de que he abandonado el castillo sin su permiso.

—¡Ay, Santa maría! ¿Cómo he podido dejar que hicieseis semejante estupidez? —se

quejó la criada negando con la cabeza.

—Porque sabes que no soy feliz, Effie. —Apretó los labios y se obligó a no echarse a llorar. La última noche que pasó con el Dragón acabo tan mal que algo en su interior parecía resquebrajado. Estaba dolida por las palabras de Kyle, por su frialdad y por la forma en la que la trató.

Se enjugó una lágrima y apartó la mirada, para que no la viese llorar. No obstante, Effie la abrazó y la besó con cariño.

—Os conozco desde que erais una niña, mi señora. Comencé a servirlos cuando yo apenas contaba con trece años de edad. Sois como una hermana para mí, y no me gusta veros triste, porque sé que sois una persona buena y generosa. —Apretó a Seelie con su abrazo y le sonrió—. Habéis tenido mala suerte con vuestro esposo. Ese mal hombre no se merece a una joven como vos. Y aunque el Dragón me corte el cuello cuando nos encuentre, estaré feliz porque os he ayudado a alejaros de él.

—Ese bruto no se atreverá a tocarnos. Logan no lo permitirá —añadió convencida—. Mi hermano nos defenderá de su ira. Además, para tu total tranquilidad, te diré que Kyle no vendrá a por mí. No desea una esposa, y mi marcha será una bendición para él.

—Rezaré a nuestro Señor porque así sea. —Effie apartó la mirada y fijó la vista en el embravecido mar—. No quiero dejar este mundo sin volver a ver a mi querido Lean.

—¿Lean? ¿Te refieres a Lean Murray? —preguntó Seelie asombrada—. ¿El tullido?

—El mismo —asintió ruborizada.

—Effie... pensaba que no tenías interés por él, por el problema con su pierna.

—En un principio creí que así era. Pero... es que no lo conocéis, querida Seelie. —Sonrió soñadora—. Es un hombre caballeroso y de buen corazón. Es gallardo, inteligente y... me trata como si yo fuese especial.

—¿Entonces has decidido desposarte con él?

—Lean todavía no lo sabe, sin embargo, estos días que he pasado sin verlo... me han hecho ver que no quiero volver a tener que separarme de su lado.

—¡Oh, Effie...! —La abrazó feliz por ella—. ¡Me alegro tanto, querida...! Jamás pensé que cambiarías de idea con respecto a él. Parecías tan decidida a rechazar su propuesta...

—Lo estaba. Su pierna era algo que me preocupaba sobremanera.

—¿Y ya no lo hace? ¿No te preocupa que no pueda cuidar de ti, ni defenderte, por su incapacidad?

Effie sonrió y suspiró, sin dejar de sonreír.

—¿Sabéis, mi señora? Me he dado cuenta de que no necesito que nadie me cuide, ni me defienda, pues llevo haciéndolo yo misma desde que tengo uso de razón. —Agarró a Seelie de las manos y las apretó, sin dejar de sonreír—. Amo a Lean, y quiero ser su esposa. Si él no es capaz de cuidar de los dos, seré yo quien lo haga. Después de todo, la palabra matrimonio significa unión. Y sé que juntos seremos fuertes.

Permanecieron abrazadas hasta que escucharon unos pasos que se acercaban hasta ellas por la cubierta. Era Kenneth, con sus ropajes calados y tiritando de frío. Al verlo, Seelie se levantó, le colocó sobre sus hombros las pieles con las que se cubrían y frotó su espalda, intentando que entrase en calor.

—Señoras —dijo él con la voz temblorosa. Alzó un brazo y señaló hacia el horizonte—. Ya hemos llegado.

Al fijar los ojos hacia donde señalaba su primo, Seelie sintió ganas de volver a echarse a llorar. A lo lejos se divisaba tierra. Su tierra.

La isla de Mull les daba la bienvenida y las gaviotas volaban sobre ellos como señal de que el viaje había acabado.

Tras tres días de cacería, Kyle llegó al castillo de Blair agotado y con las piernas entumecidas por el intenso frío. Precisaba de un buen baño caliente, una comida abundante y de ver a Seelie.

Desde su discusión en los aposentos de su esposa, tras hacer el amor, no había dejado de pensar en ella. La larga travesía a caballo, y el haber estado alejado de su compañía, había hecho mella en Kyle, era incapaz de sacarse su imagen de la mente. Y eso le frustraba. Lo hacía porque jamás había necesitado a nadie. Siempre fue un hombre bastante solitario, que se rodeaba por sus guerreros y que disfrutaba de la compañía de sus amantes el tiempo justo para satisfacer sus necesidades. Nunca hubo cariño, nunca palabras tiernas.

Y ahora... no entendía qué estaba pasando con él. El deseo de acariciar su sedoso cabello, besar sus labios hasta que la pasión los desbordase, tocar su cuerpo cimbreado y hermoso, era tan apremiante como el respirar. La deseaba, sí. La había deseado desde el primer día que la vio en el castillo de Blair, con ese aire tan altivo y chulesco. La había deseado desde sus primeras discusiones, desde sus primeros desaires. No obstante, no era solo deseo lo que removía su estómago por dentro, y no comprendía qué más podía ser.

La noche que abandonó su alcoba tras la pelea, destrozó sus aposentos. La rabia por las palabras de su esposa era tal, que apenas dejó nada servible.

Al recordar aquello, volvió a apretar los puños. Seelie le había asegurado que buscaría un amante si él hacía lo propio con Evanna. ¡Y jamás lo consentiría!

Imaginar a otro hombre besando su cuerpo era agónico. ¡Era suya, le pertenecía por derecho, y solo él disfrutaría de su jugoso sexo, de su pasión! Mataría a aquel que osase ponerle un dedo encima.

Desmontó de su corcel y le dio las riendas al mozo de las caballerizas.

Caminó hacia el castillo y quitó la capucha de su cabeza.

Estaba muy cansado, pero todavía tenía que decidir qué hacer con el asunto de los

Drummond. Aquello no podía quedarse así. Nadie desafiaba al Dragón y vivía para contarle. Ahora era el laird, y debía hacerse respetar todavía más, por su clan. No se jugaba con los Murray.

Subió por las escaleras que llevaban a sus aposentos y cerró tras su llegada. Se quitó la capa de los hombros y la dejó sobre el sillón que había cerca de la gran chimenea.

Sus ojos cobraron vida propia y fueron hasta la puerta que separaba ambas habitaciones. Se acercó hasta ella y tocó la madera.

Su esposa debía de estar allí, tan enfadada con él como la noche en la que la dejó después de aquel impresionante acto sexual. Seelie era orgullosa, tanto o más que él, y volvería a pelear como una leona cuando lo viese. Sin embargo, ese carácter también agradaba a Kyle. No le gustaban las mujeres sumisas y miedosas.

Admiraba su temperamento. Tenía más agallas que muchos de los hombres que conocía, pero había tenido unos buenos maestros de los que aprender. Lachlan y Logan MacLean no eran conocidos precisamente por su buen carácter.

Apoyó la frente en la puerta y cerró los ojos, deseoso de verla de nuevo.

La otra noche no actuó bien con ella. No fue considerado, ni tuvo en cuenta sus palabras. Pero, ¿qué sabía él sobre el matrimonio? ¡Nunca le interesó! ¿Acaso algo en su interior había cambiado? ¿Acaso esa mujer había logrado tocar en una parte de su corazón que creía muerta?

Apretó los dientes y negó con la cabeza. ¡No conocía la respuesta y se volvería loco intentando saber qué demonios le pasaba con su mujer, para que su imagen lo acompañase a donde quiera que fuese!

Lo único que tenía claro era que deseaba verla. Necesitaba rozar su piel de porcelana y perderse una vez más en sus labios, mientras sus pequeñas manos acariciaban su cuerpo. Quería sentir su suavidad, que le sonriese cuando se hundía en su interior, que gimiese su nombre cuando el placer la poseyese.

Advirtiendo que su pene se endurecía solo por el mero pensamiento de su cuerpo, giró la llave que cerraba la puerta y la empujó para que se abriese.

Al cruzar a la habitación contigua, la encontró vacía. No había ni rastro de Seelie. Incluso faltaba la mayoría de sus pertenencias, pues el baúl que había a los pies de la cama estaba abierto y medio vacío.

—No te habrás atrevido —susurró para sí, aunque dirigiéndose a esa mujer que atormentaba su cabeza—. ¡No te habrás atrevido a abandonarme, maldición!

Gruñendo con ira, giró sobre sus piernas y salió de la habitación, caminando hasta la escalera que bajaba al gran salón. Allí, varios de sus parientes charlaban de forma animada, ajenos a la tormenta que se estaba desatando en el interior del Dragón.

Kyle cruzó la sala y entró a las cocinas, donde las criadas gritaron por la inesperada intrusión.

—¿Dónde está? —rugió mirándolas a todas.

—¿Quién, mi laird? ¿A quién os referís? —preguntó la vieja Merybeth, con voz

temblorosa.

—¡A mi esposa y su criada! ¿Dónde demonios están? —chilló fuera de sí.

Las criadas se encogieron en sus sitios y se cubrieron con los brazos, temerosas de que el Dragón descargase su ira con ellas y las mirase con esos ojos negros y hostiles.

La vieja cocinera se limpió las manos en el delantal y trago saliva antes de contestar. Sabía que tras su contestación, el laird estallaría.

—Se fueron, mi laird. Cogieron un carro y dos caballos y partieron hace más de cuatro días.

—¿Adónde?

—No... no lo sabemos, mi laird.

—¿No las detuvo nadie, por todos los malditos santos? —explotó dando un puñetazo a la pared de piedra.

—Pensamos que vos... pensamos que tenían vuestro permiso —mintió, pues de sobra sabía que la joven Seelie se marchaba huyendo de él.

Apretó los dientes y las miró por última vez antes de salir de nuevo de las cocinas. Cuando estaba a punto de alcanzar las escaleras que llevaban a sus aposentos, para volver a coger la capa, Bruce lo detuvo.

—Primo, ¿pasa algo? Desde el salón hemos visto que entrabas a las cocinas hecho una furia.

Kyle respiró de forma ruidosa, para intentar calmarse y no ponerse a gritar de nuevo.

—Mi esposa se ha escapado.

—¿Seelie? —preguntó asombrado.

—¡No tengo otra, Bruce! —gritó sin poder contenerse, a pesar de que sabía que su primo nada tenía que ver en aquello. Bruce acababa de llegar al castillo junto a la partida de caza—. Me ha abandonado.

—¡Por San Gilberto! ¡Esa chiquilla es una cabeza hueca!

—Cuando la encuentre, yo mismo amueblaré su bella cabeza para que jamás se le ocurra volver a dejarme.

—¿Por eso ibas como alma perseguida por el Diablo? ¿Vas a por ella?

—Parto de inmediato.

—¡Pero, Kyle, ni siquiera sabes dónde está! ¡Escocia es enorme!

Sonrió con una mueca temible. Solo había un lugar al que Seelie pensaba en ir desde que llegó al castillo. Mull.

—Créeme, primo. La encontraré.

Bruce se frotó el mentón y miró a Kyle con preocupación.

—Descansa al menos esta noche. Llevamos sin dormir casi tres jornadas.

—No, no pienso perder tiempo —añadió con decisión. Los ojos le pesaban por la falta de descanso—. Voy a marcharme y voy a traer a mi esposa. Y después, la encerraré bajo llave en sus aposentos, para que sepa que al Dragón no se le abandona sin sufrir las consecuencias.

Bruce asintió y palmeó el hombro de su primo.

—¿Vas a llevar a los guerreros contigo?

—Vendrán todos. Quizás tengamos que prenderle fuego a cierto castillo.

—¿Te refieres a Duart? ¿Al castillo de los MacLean?

—Si Logan se niega a devolverme a mi esposa, derribaré piedra por piedra su maldita fortaleza.

—¿Que has hecho qué?

La crispación en la cara de Logan hizo que Seelie bajase la vista al suelo, avergonzada por su regañina.

Acababan de llegar al castillo Duart, y nada más hacerlo su hermano había exigido que se reuniesen en su recámara. No había podido saludar a su madre, ni a su cuñada, ni siquiera había podido besar a sus sobrinas. La alegre bienvenida a su hogar, por parte de su familia, no había sido como imaginó, aparte de Ginebra, pocos parecían contentos de tenerla allí.

Aguantó las ganas de echarse a llorar y alzó la vista para sostenerle la mirada a su hermano, que aguardaba su respuesta con el cuerpo rígido y un rictus amargo en la boca.

—¡Contesta, Seelie! ¿Qué demonios has hecho?

—Me he escapado del castillo de Blair.

—¡Malditos santos! —exclamó perdiendo el control y golpeando una de las paredes de su alcoba. A su lado, Ginebra apoyó una mano sobre su hombro, para que se calmase

—. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así?

—No aguantaba más en aquel lugar, Logan.

—¡Eres una insensata! —la reprendió con dureza—. ¿Has pensado que por tu estupidez puedes provocar una guerra?

—¡No! ¡Kyle no haría...!

—¡Claro que lo haría! ¡Tengo a su mujer escondida en mi hogar! —Caminó por la habitación y dejó de hacerlo cuando solo los separaban unos centímetros—. ¿Acaso tu estúpida cabecita no ha pensado en que mi mujer y yo tenemos dos criaturas? ¿Has pensado en tus sobrinas cuando has decidido armar este alboroto? ¡Si hay una guerra por tu culpa, las niñas peligrarán!

Seelie miró a su cuñada con arrepentimiento y Ginebra le sonrió con gesto tranquilizador. Cogió la mano de su marido y la apretó para que le prestase atención.

—Logan, todavía no le has preguntado a tu hermana el porqué de su huida. Quizá tenga buenos motivos.

—Más vale que así sea —contestó él con gesto sombrío. Se llevó una mano a la frente y la masajeó, aquella situación podía complicarse por la culpa de la cabeza hueca de su

hermana.

Seelie, al borde del llanto, tragó saliva e intentó conseguir que Logan la mirase a los ojos y la escuchase, necesitaba su perdón y comprensión.

—El Dragón es un monstruo —dijo con voz entrecortada.

—¿Qué ha hecho para que su mujer diga eso de él?

—Él... no tiene corazón, Logan! ¡Me trata como a...!

—¿Te maltrata, Seelie? —la interrumpió.

—No, nunca me ha puesto una mano encima —admitió.

—¿Te hace pasar hambre y pone tu vida en peligro?

Ella bajó la vista al suelo y se cruzó de brazos.

—No.

—¿Te humilla, te pone en evidencia delante de su clan, te ordena hacer cosas temerarias y alejadas de las enseñanzas de nuestro Señor?

—No.

—¿Entonces qué, maldición? —gritó enfadado.

Ella rompió a llorar y se cubrió la cara con las manos. Era tan injusto que incluso su hermano estuviese a favor del Dragón...

—¡Me hace sentir como a una de sus rameras! ¡Me utiliza y luego me abandona como si mi compañía no fuese adecuada! ¡Me hace sentir sucia, me hiere con sus palabras!

—¿Qué quieres decir con eso de que te trata como a una ramera? —se interesó Logan entrecerrando los ojos.

—Él... —Se humedeció los labios y lo miró a los ojos—. El día que llegué, ni siquiera vino a recibirme. Lo encontré retozando con una fulana en medio del pasillo. No compartimos lecho, Logan. Kyle me utiliza y después me abandona en mi alcoba. ¡Es humillante! ¡El día antes de escapar, me aseguró que buscaría de nuevo a su amante y fornicaría con ella!

Logan enarcó las cejas y se quedó mirando a su hermana en silencio. Finalmente suspiró.

—Seelie, ¿de veras piensas que en la mayoría de los matrimonios no ocurre lo que me estás contando? ¡Todos los hombres utilizan los servicios de las rameras, o buscan una amante, y sus mujeres no montan semejante escándalo! ¡El dormir en habitaciones separadas es más común de lo que crees!

Ginebra contuvo la respiración y se colocó al lado de Seelie, apoyando a su cuñada, cruzándose de brazos.

—¿Qué significa eso de que todos los hombres tienen una amante, Logan?

—Bueno, todos no. Yo no la tengo —rectificó, porque los ojos de su mujer relucían como una hoguera—. Pero nosotros nos amamos, nuestra situación es diferente. Seelie se desposó con el hijo del viejo Murray para afianzar una alianza entre ambos clanes.

—¿Y por esa razón tu pobre hermana tiene que aguantar los desprecios de su esposo? ¡Ella también tiene orgullo, y si yo estuviese en su lugar, hubiera actuado del mismo

modo!

Seelie cogió la mano de su cuñada y la apretó, dándole las gracias por salir en su defensa. Al menos alguien la comprendía.

Tras el discurso de Ginebra, su hermano se calmó un poco y bajó al salón para informarle a Ellora de que Seelie se quedaría en el castillo por el momento.

Al quedarse a solas en los aposentos de su hermano, Seelie y Ginebra tomaron asiento en el lecho y estuvieron allí en silencio. Se notaba la tristeza en sus facciones. Estaba en su hogar, pero había algo que la atormentaba, y su cuñada reconoció el motivo.

—¿Amas a tu esposo, Seelie?

Al escuchar su pregunta, levanto la cabeza con rapidez y se quedó mirándola a los ojos, confusa.

—No lo sé —admitió—. Kyle es un hombre muy complicado.

—Pero no te desagrada ser su mujer.

—No, tristemente no. —Suspiró—. A veces, tengo la sensación de que él siente lo mismo, que le gusta mi compañía, pero pronto me doy cuenta de que lo que de verdad quiere es mi cuerpo.

—Estás enamorándote del Dragón y tu orgullo no admite que él siga actuando como si fueses una mujer más.

—No sé si es amor, Ginebra. No sé lo que es —reconoció—. Pero cuando estoy junto a él todo lo demás deja de existir. Su presencia es abrumadora, exuda autoridad, sensualidad, y la seriedad que siempre le acompaña. Le odio y le deseo. Es extraño. — Se mordió el labio y cerró los ojos con fuerza—. Es tan gallardo que podría pasarme horas y horas contemplándolo. Es fuerte, valiente, y se desvive por su clan. A veces es suave, otras una auténtica bestia. Cuando me toca, noto su pasión, me hace sentir especial, única, una rara joya a la que trata con reverencia. Me deshago entre sus brazos, y tengo la sensación de que a él le ocurre lo mismo, sin embargo, después... actúa como si nada hubiese ocurrido, como si yo fuese un simple trapo al que desechar.

—Quizá no sabe cómo actuar ante ti, quizá para él también sea nuevo todo esto.

—No. —Seelie sonrió con tristeza—. El Dragón no desea una esposa, me lo ha repetido cientos de veces. Para él soy un incordio, y estoy segura de que ahora que no tiene que soportar mi presencia, su vida será tal y como él desea. Y la mía también.

CAPÍTULO 14

Los dos siguientes días que Seelie pasó en el castillo Duart fueron tranquilos. Pasado el revuelo inicial, su clan le dio la bienvenida y la colmaron de cariño y muestras de apoyo.

El único que continuaba algo molesto era Logan, y aunque intentaba no pensar en ello, sabía que las acciones de su hermana menor traerían consecuencias con su esposo. Después de todo, su matrimonio había sido llevado a cabo para afianzar la alianza entre los MacLean y los Murray.

Como acostumbraba a hacer cuando todavía vivía allí, Seelie salía a montar a caballo, conversaba con Ginebra y su madre, y pasaba mucho tiempo con sus sobrinas.

Se esforzaba porque sus pensamientos no volviesen a Kyle. Si bien odiaba que aquello sucediese, la imagen de su esposo pasaba más tiempo en su cabeza de lo que a ella le hubiese gustado. Imaginaba su reacción al enterarse de su huida. Tras su marcha, también él viviría más tranquilo, sin tener que aguantar a una mujer que le importunase, como siempre le decía. Aquella separación era lo mejor para ambos, ¿no? Era con lo que Seelie fantaseaba desde que se enteró de su compromiso con el Dragón. Planeó mil y una formas de regresar. Y ahora, volvía a estar en casa. Allí viviría tranquila y en paz, sin la amenazante mirada de su marido, ni sus palabras hirientes.

Entonces, ¿por qué no dejaba de recordar sus besos?

Sentada en uno de los bancos del salón, junto a su madre y sus parientes, removió el contenido de su plato y suspiró.

Todos hablaban y reían mientras daban buena cuenta de su comida, sin embargo, Seelie recordaba esas noches en la que Kyle se colaba en su alcoba y acababan haciendo el amor. La sensualidad de sus caricias, los latidos acelerados de su corazón cuando lamía su piel.

Cogió su copa, repleta de agua, y se la llevó a los labios, tras un suspiro.

Era una necia al no dejar de recordarlo. El Dragón era un mal hombre, una bestia que solo buscaba su propia satisfacción, sin tener en cuenta los sentimientos de las demás personas.

Sí, sabía que la mayoría de las leyendas sobre él no eran ciertas, pero eso no lo convertía en mejor persona.

Un movimiento a su lado la hizo volver al mundo. Ellora le sonrió y posó una mano sobre el brazo de Seelie.

—Pareces distraída.

—Lo estoy, madre.

—¿Piensas en tu esposo?

—¿Tan evidente es? —preguntó haciendo una mueca de disgusto.

—Sabes que no está bien lo que has hecho, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Pero no tenía otra salida. Si me quedaba, el Dragón hubiese seguido pisando mi orgullo. ¡Y soy una MacLean! Padre jamás hubiese consentido semejante ofensa hacia su persona.

—Pero Lachlan era hombre, que es algo muy diferente. —Ellora suspiró y ladeó la cabeza, para seguir hablando—. Tu padre te hubiese exigido que volvieres con tu esposo. Es tu deber, Seelie.

—¡Pero...!

—No, no hay peros, cariño. Nos guste o no, nosotras tenemos nuestro papel en el mundo.

—¡Un papel odioso! —se quejó cruzándose de brazos.

—Odioso, sí. Sin embargo, es tan importante como el de cualquier guerrero, o el del más poderoso laird.

—¿Qué quieres decir?

Ellora sonrió y apretó la mano de Seelie.

—Somos las encargadas de llevar paz a través de nuestros matrimonios. Aconsejamos a nuestros esposos, parimos a sus hijos, y criamos a los futuros líderes de nuestros clanes. —Su madre alzó la mirada y observó a Logan, orgullosa, que besaba a su mujer con amor—. En nuestras manos está el formar a hombres justos y rectos, para que sean ellos los que acaben dándose cuenta del tesoro que somos las mujeres.

—Kyle jamás verá nada bueno en mí. Para él soy una molestia, un simple pasatiempo que sustituye con cualquier otra mujer.

—Eso es porque no le has demostrado quién eres en realidad. Debes hacerle ver lo que vales.

—Eso es justamente lo que he hecho, madre. Hacerle ver, con mi marcha, que no voy a aguantar su comportamiento libertino.

—Esta no es la forma correcta, cariño.

Seelie se encogió de hombros y miró a Ellora con tristeza.

—Es la única forma que conozco. Con el Dragón nada es tan sencillo como sugieres.

—Entonces, tendremos que rezar para que su ira no caiga sobre nosotros y nuestro castillo. Una guerra contra los Murray nos debilitaría demasiado, su ejército es más numeroso que el nuestro.

—No habrá tal guerra, madre. Su felicidad por verse libre de mi cargo será tal, que estará dándole gracias a los santos por mi marcha.

La comida siguió desarrollándose con normalidad. Sus parientes comían y reían mientras las sirvientas llenaban sus cuencos con abundante whisky tibio.

Cuando la reunión estaba a punto de acabar, Archie MacLean, uno de los guerreros de su hermano, alzó su copa mientras se disponía a decir unas palabras.

—¡Qué alegría volver a teneros entre nosotros, querida Seelie! —Ella miró a su madre,

sonriente, y prestó atención a las palabras de su pariente—. Vuestra belleza logra alegrar de nuevo esta isla. ¡Brindemos por vuestro regreso!

El salón entero prorrumpió en vítores y aplausos y se puso en pie con sus copas en las manos. Cuando fueron a corear la bienvenida, un gran alboroto hizo que guardasen silencio.

Como si del mismísimo Diablo se tratase, en la sala entró Kyle, con la cabeza cubierta por la capucha, y haciendo que niños y mujeres se encogiesen de miedo.

Tras él, decenas de guerreros Murray, armados con espadas y con gesto hostil.

Al verlo, Seelie contuvo la respiración y agarró la mano de su madre. Su corazón bamboleó en su pecho y notó que todo su mundo se tambaleaba. Había ido a por ella. El Dragón estaba allí, y por su expresión sabía que no llegaba de buen humor, su mirada era tan negra como jamás la vio, y en su boca, el rictus frío y despiadado daba auténtico terror.

Logan entrecerró los ojos al verlo y se levantó de su asiento, para encararlo. Su hermano parecía cauto, pero sin el menor signo de temor en su rostro.

Cuando Kyle llegó a su lado, se quitó la capucha y dirigió sus ojos hacia Seelie. Fue una mirada llena de tal rencor y odio, que sintió sus piernas temblar. No obstante, no tuvo que soportar el peso de sus ojos durante mucho tiempo, su atención regresó a Logan.

—Kyle Murray, me alegra volver a veros —lo saludó su hermano con cortesía.

El Dragón gruñó mientras fulminaba a Logan con la mirada.

—No sé por qué, pero lo dudo, MacLean.

—Seguidme a un lugar más íntimo —lo invitó Logan, pasando por alto su provocación. Había mujeres y niños en el salón, no iba a exponerlos a una reyerta—. Presumo que habréis venido para conversar. —Alzó la mirada hacia donde se encontraban los guerreros Murray y continuó, señalándolos con la mano—: Ellos se quedarán aquí. Hablaremos a solas.

—Me parece bien.

Abandonaron el salón, dejando a todos los presentes helados. Seelie agarró la mano de su madre y su cuñada y miró la puerta por la que acababan de desaparecer su esposo y su hermano.

Logan condujo a Kyle a una pequeña sala alejada del salón. Cerró tras de sí y encaró de nuevo al esposo de su hermana, el cual parecía a punto de saltar sobre él.

—¿Y bien, Murray, qué hacéis en mis tierras y por qué habéis irrumpido en mi hogar sin ser invitado?

—¡Sabéis muy bien qué hago aquí! ¡Tenéis a mi esposa!

—Mi hermana fue la que vino a mí, salió huyendo de vuestro lado.

—¡Vais a ordenarle que me acompañe! —le advirtió Kyle perdiendo la paciencia.

—¿Por qué pensáis que voy a hacer algo así? —dijo Logan plantándole cara—. Mi hermana llegó muy alterada al castillo Duart, os acusa de ser un mal esposo.

—¡Lo que yo sea, no os incumbe, MacLean! —Lo señaló con el dedo índice, en sus ojos

podían verse las llamas de su ira—. ¡Tengo derechos sobre Seelie! ¡Los tengo desde que nos desposamos, y vos... cuñado, estáis privándome de su compañía cuando deberíais ayudarme!

—¿Ayudaros? —Logan tomó asiento en un sillón orejero y lo miró con chulería—. ¿Ayudaros a que la pongáis en ridículo delante de vuestro clan? ¿Ayudaros a que la despreciéis y la tratéis peor que a una ramera? ¿A que no la tratéis con el respeto que debe otorgársele a una esposa?

—¡Me daréis a mi mujer! —gritó perdiendo los nervios—. ¡Me pertenece!

—Seelie solo se irá de aquí cuando ella lo desee.

Kyle resopló entre dientes y dio un paso hacia Logan, amenazante.

—¿Me estáis retando, MacLean?

—No, solo os expongo mis condiciones. —Sonrió—. Amo a mi hermana, y no estoy dispuesto a aguantar que la maltratéis.

—¡Lo que yo haga con ella, no es de vuestra incumbencia! ¿Os queda claro? —Señaló hacia la puerta—. ¡Ordenadle que recoja su equipaje, porque partimos en una hora hacia Blair Atholl!

—Ya me habéis oído. Seelie no se va a ir de aquí, Dragón.

—¡Entonces estáis condenando a vuestro pueblo a una guerra! —lo amenazó Kyle a punto de desenfundar su claymore.

Logan se levantó del sillón y caminó hasta donde estaba Kyle, colocándose muy cerca de él.

—Que así sea.

Kyle se llevó la mano a su espada, sin embargo, antes de que pudiese sacarla, la puerta de la sala se abrió y por ella apareció Seelie.

Caminó con la cabeza alta y el rostro sereno, aunque por dentro su corazón saltase ante la presencia de su esposo. Parecía una reina, orgullosa y hermosa, cosa que no le pasó desapercibida al Dragón, que se reprendió mentalmente al disfrutar de su belleza, cuando esa mujer le había causado tantos problemas.

Seelie se puso al lado de Logan y tocó su brazo, sonriéndole con cariño. Kyle sintió celos de que a él jamás le hubiese sonreído de esa manera.

—Hermano, no será necesaria una guerra entre los dos clanes. —Fijó sus ojos en los del Dragón y le sostuvo la mirada con valentía—. Regresaré con mi esposo, tal y como exige.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Nadie va a obligarte a irte.

—Lo sé. Pero no puedo consentir que se pierdan vidas inocentes por mi causa. Ordenaré a Effie que recoja mis cosas y partiremos con los Murray.

Logan asintió, conforme con la decisión de su hermana. La abrazó y besó en la frente. Sin embargo, nada más hacerlo, sus ojos regresaron a Kyle. Apretó la mandíbula y lo fulminó con la mirada.

—Más os vale tratarla como se merece, Murray, porque si no lo hacéis y mi hermana

sufre, seré yo el que vaya a buscaros y el que acabe con vuestra miserable existencia.

Seelie lloró cuando tuvo que despedirse de sus sobrinas y de su madre. Sabía que pasaría mucho tiempo hasta que volviesen a verse, y la congoja era tal que pasó la siguiente hora sin dejar de llorar.

Ayudó a Effie a coger las pertenencias que había traído, y las echaron a una carreta empujada por caballos, donde montó la criada.

Kenneth también les acompañaba, por petición expresa de Logan. Su hermano se quedaba más tranquilo si su primo seguía velando por su seguridad. Así que, montado a caballo, acompañó a la comitiva mientras esta se dirigía al puerto de Mull, lugar donde los birlings los esperaban.

Seelie montaba con su esposo. Kyle se negó a que fuese ella sola en un caballo, y la acomodó en el suyo propio, rodeando su cintura con los brazos. Se notaba su enfado en lo rígido que cabalgaba tras de ella. El Dragón no dijo ni una palabra desde que emprendieron en viaje, pero sabía que tarde o temprano acabaría cayendo su ira sobre ella.

El viaje en barco fue mucho más apacible que la vez anterior. El mar parecía darles su aprobación y las olas apenas hacían que la embarcación se moviese hacia los lados. Sentada junto a Effie, observaba los movimientos de su esposo por el birling. Kyle no la miró en ningún momento, estaba tan enfadado que el solo hecho de ver su preciosa cara lo hacía arder de cólera. Así que pasó el trayecto remando junto a sus hombres.

Llegaron al puerto de Oban ya entrada la noche, y decidieron descansar en una posada que había cerca del muelle. Kyle estaba agotado. Desde que salió de Blair Atholl no había descansado en condiciones.

Acomodaron a Seelie en una habitación de la planta superior. Era pequeña, con muebles viejos y descuidados, pero estaba limpia. Con la ayuda de Effie cambió sus ropajes y se colocó el camisón para dormir.

Cuando se quedó a solas, se acercó a la ventana y observó el mar desde ella. O al menos lo intentó, la noche era tan oscura que ni siquiera podía verse a un palmo de distancia.

Cansada tras aquel intenso día, se sentó sobre el lecho. No era una cama cómoda, estaba dura como una piedra y apenas había pieles suficientes para cubrirse. Alargó la mano hacia la pequeña mesilla de madera que había cerca de la cama y se dispuso a apagar el candelero, no obstante, antes de que pudiese hacerlo, la puerta de la habitación se abrió y por ella entró Kyle.

Si bien su semblante siempre era serio y sombrío, ese día todavía era peor. No había hablado más que con sus hombres, y solo cuando fue necesario. Sus ojos negros parecían quemarla cada vez que posaba su mirada en ella. Parecía a punto de saltar

sobre Seelie.

Ella, al verse sola y acorralada en aquella habitación, se levantó de la cama dando un salto. Lo encaró de pie, y lo vio cerrar la puerta tras de sí y soltarse la capa, dejándola sobre una desvencijada silla cerca de una pequeña chimenea.

—¿Qué estás haciendo aquí? Esta es mi alcoba.

—¿Tú qué crees?

Seelie lo miró a los ojos y negó con la cabeza, contrariada.

—No vas a tocarme. —Por dentro su estómago saltaba solo de pensar en sus manos sobre su cuerpo, en su cara jadeando de placer, en sus labios excitando los suyos.

—¿Ah, no? ¿Y por qué estás tan segura de ello?

Kyle sonrió con frialdad y se acercó a su esposa a paso lento, pero seguro. Parecía una pantera acechando a su presa. Un animal salvaje a punto de atacar. Se notaba la ira en su rostro. Se notaban las ganas de hacerle pagar por su huida.

—No... no voy a yacer contigo.

—Yacerás conmigo si yo lo deseo, mujer. —Dejó de caminar a escasos centímetros de su cuerpo y cogió un mechón de pelo entre sus dedos.

Nerviosa por su proximidad, jadeó e intentó que soltase su melena, pero el Dragón apretó la mano alrededor de ella.

—¿Si intentas quitarme la ropa, gritaré!

—¿Todavía queda algo de ese carácter rebelde? —Rio con desprecio—. No deberías hablarme así, esposa. Y mucho menos después de que me pusieses en ridículo delante de todo mi clan.

—¿Si me fui fue por tu culpa!

—¡No oses echarme la culpa de esto! —gritó agarrando a Seelie por los hombros y zarandeándola—. ¡Tu deber era permanecer con tu esposo!

—¿Con mi esposo? ¿Con un esposo que no me trata como tal? ¡Jamás! ¡Jamás volverás a humillarme, Dragón, no lo permitiré!

Kyle apretó sus dedos y los clavó en la delicada carne de sus brazos.

—¡No me provoques, Seelie!

—¡Me haces daño!

—¡Si no dejas de retarme, te hare daño de veras! ¡Levantaré tus faldas y golpearé con mi mano tus bonitas posaderas hasta que queden rojas!

—¡No te atreverás! —chilló Seelie intentando soltarse de su agarre—. ¡No serías capaz de pegarme, Kyle!

—¡Si piensas eso, es que no me conoces en absoluto! ¡No sabes de lo que es capaz el Dragón!

Tras esas últimas palabras, la empujó contra la pared y aplastó su espalda contra ella, logrando que Seelie gritase de dolor. Levantó su falda y agarró uno de sus muslos, para que levantase la pierna.

—¡No, déjame libre! —le ordenó gritando y peleando contra él—. ¡No quiero que me

toques, no quiero que tus sucias manos rocen mi piel!

—¡Tus deseos no valen nada! ¡Harás lo que te ordene, y si quiero enterrarme entre las piernas de mi esposa, las abrirás para mí!

—¡No, no, te odio Kyle Murray! ¡Todavía no logro comprender cómo pude entregarme a ti! ¡Eres el ser más diabólico y malvado del mundo!

—¿No sabes cómo, arpía? ¿No recuerdas los gemidos de placer que salen de tu boca cada vez que te acaricio? ¡Pues te refrescaré la memoria!

Juntó sus bocas en un beso brutal, en el que el dolor primaba al placer. Seelie peleó contra él e intentó separarse, no obstante, Kyle era tan fuerte que no pudo hacerlo ni tan solo un poco. Las manos de él rompieron su camión, lo dejaron hecho girones y sus manos acariciaron su suave cuerpo. Desnuda contra él, intentó morderle la boca, pero no lo logró. Él separó sus labios antes de que lo lograra.

—Eres una bruja, una maldita hechicera que me tienta con su perverso cuerpo. —La soltó de repente y Seelie perdió el equilibrio, golpeándose de nuevo contra la pared. Kyle se alejó de ella y se quitó el chaleco, dejándolo junto a la capa—. Acuéstate en la cama y duerme. Mañana nos espera una larga jornada de viaje.

Seelie lo miró confusa.

—¿Dor... dormir? —La había besado, le había roto su camión.

Los labios de Kyle se curvaron en una sonrisa glacial. Soltó los botones de su camisa mientras miraba su cuerpo desnudo con detenimiento.

—¿Pensabas que iba a poseerte, esposa? ¿Pensabas que iba a hacerlo después de que me abandonases? —Gruñó y sus ojos se convirtieron en finas líneas en su cara—. ¡Antes de tocarte a ti, prefiero fornicar con las ratas que viajan en los birlings del puerto! —Se quitó la camisa y la dejó sobre el chaleco—. ¡Y ahora duerme, maldición!

—Si quieres que duerma... ¿por qué te desvestes? —Estaba tan confundida que apenas podía pensar con claridad.

—¿Pretendes que me vaya y te deje sola? ¿Crees que soy tan necio como para hacerlo y que vuelvas a escaparte? —Se quitó las botas y las dejó a un lado de la cama—. Esta noche dormiré aquí.

—¿En... en la misma cama?

—¿Prefieres dormir en el suelo, mujer? ¡Porque si es así, te dejaré hacerlo con mucho gusto! —Seelie lo miraba incrédula. Era la primera vez que compartiría habitación con Kyle, y no estaba segura de que estuviese diciéndole la verdad. Cansado de verla titubear, el Dragón apretó los puños—. ¡Condenación, acuéstate de una maldita vez!

Ella tragó saliva y caminó hacia la cama. Se acostó sobre ella y tapó su desnudez con las pieles. Kyle se tumbó a su lado en el lecho, guardando la distancia, sin tocarla. Su orgullo estaba herido, y cuanto más lejos estuviese de su cuerpo mejor.

Con Seelie era débil. No dejaba de recordar las veces que se fundieron en uno, las veces que había sentido que todo estallaba a su alrededor cuando su pene penetraba su profundidad, el intenso placer que le producía el mero hecho de besar sus labios.

Lo había abandonado, y estaba tan herido por ello que no osaría tocarla, aunque eso supusiese no descansar en toda la noche y arder por la certeza de tenerla tan cerca.

CAPÍTULO 15

Cuando despertó a la siguiente mañana, el cuerpo de Kyle estaba enredado con el suyo. Sus fuertes brazos rodeando su cintura, mientras ella descansaba con la cabeza apoyada en su pecho y un brazo sobre su torso desnudo.

Las pieles que les cubrieron durante buena parte de la noche estaban en el suelo, y no había nada que protegiese sus cuerpos del frío, aparte del calor del otro.

En la calle, la lluvia descargaba con energía sobre los escasos caminantes que se aventuraban a salir con ese temporal, y los truenos alertaban de que el aguacero no había hecho más que comenzar.

A pesar de que estaba desnuda, después de que Kyle rompiese su camisón, no tenía frío. Su marido era como un fuego llameante que la mantenía caliente.

Tragó saliva e intentó que los latidos apresurados de su corazón no sonasen tan fuerte como ella los percibía en su sien. Levantó un poco la mirada y observó a Kyle, que dormía tranquilamente.

Sin el peligro de ser vista, se recreó contemplando su cara, tan agradable y varonil como la de ningún otro. Era un hombre tan guapo que ni siquiera su cicatriz en la mejilla le quitaba ni un poco de gallardía. Sus ojos negros, su nariz recta, sus labios finos, su mentón orgulloso, su cabello largo y negro como la noche...

Era todo lo que una mujer podía desear en un hombre. No obstante, su carácter eclipsaba su belleza.

Movida por un impulso, movió la mano y acarició sus músculos del estómago, humedeciéndose los labios por la visión de su torso desnudo, y de sus brazos rodeando su cuerpo.

No quiso moverse, corría el riesgo de despertarle, y había algo en ella que le pedía seguir junto a él.

Se odiaban. El carácter de su esposo era horrible y cruel, sin embargo, el Dragón siempre había despertado un raro sentimiento en ella, la extraña sensación de no poder apartarse de él, de buscarlo con la mirada donde quiera que estuviese. Seguía ardiendo cuando la acariciaba, deseando sus besos. ¿Acaso había perdido la cabeza? ¿Estaba volviéndose loca? ¡Lo más racional hubiese sido aborrecerlo, sentir asco cada vez que sus manos la tocasen! Pero no, su cuerpo traicionero reaccionaba fervientemente a su contacto, al roce de sus labios, al calor de su piel.

Kyle se removió en sueños y giró su cuerpo de costado, apretándola más contra él, apoyando su mano sobre su fina cintura, provocando que una ola de calor subiese por su estómago y sus mejillas se sonrojasen.

Fue ascendiendo por sus costillas y sus dedos rozaron la piel de sus senos. Seelie contuvo la respiración cuando acariciaron su pezón. Sin embargo, no se quedaron ahí,

lo excitaron y pellizcaron mientras suaves jadeos salían de sus labios. Aquel simple roce estaba consiguiendo que su bajo vientre se contrajese y notase miles de descargas eléctricas.

Cerró los ojos con fuerza y se mordió el labio inferior cuando sintió la lengua de Kyle lamer su cuello. Todas sus terminaciones nerviosas se sensibilizaron bajo su contacto y Seelie no pudo hacer otra cosa que sentir, disfrutar de aquellas oleadas de puro gozo que su esposo le estaba proporcionando aun sin darse cuenta. El Dragón seguía profundamente dormido.

Soñaba con una hermosa mujer de cabello rojo y ojos verdes. Con una ninfa traviesa y retadora que lo hacía arder con sus sonrisas. Estaba tan excitado que su pene se erguía duro contra el costado de ella. Trazaba círculos con sus caderas, rozaba su masculinidad contra su muslo, acariciaba sus senos y la escuchaba gemir suavemente. Su mano fue bajando por su estómago y se adentró en aquella selva de suaves rizos pelirrojos de su entrepierna. Abrió sus delicados pliegues y acarició su clítoris, excitándolo hábilmente con dos de sus dedos.

Los sonidos de placer que salían de sus labios lo estimulaban más si fuese posible. Le apremiaba la necesidad de penetrar aquella húmeda y confortable abertura. Necesitaba sentir cómo lo envolvía con su calor y lo apretaba por su estrechez.

Sin poder contenerse más, abrió sus ojos y lo primero que vio fue a Seelie retorcerse bajo las atenciones de su mano en su vagina. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Sus bonitos senos se movían al ritmo de su agitada respiración, invitándolo a probarlos con su lengua.

Creyó estallar por el éxtasis. Jamás ninguna otra mujer había logrado hacerle llegar al orgasmo solo con la visión de su cuerpo desnudo, sin embargo, con Seelie todo era posible.

Seelie.

Los recuerdos fueron abriéndose paso a través de la bruma del deseo.

La pelea. La huida. El enfrentamiento con Logan MacLean. El forcejeo en esa misma alcoba.

Como si su cuerpo lo quemase, Kyle se apartó de ella y la fulminó con la mirada. Al verse privada del placer, se sintió confusa, no obstante, su cerebro fue reaccionando y los ojos furiosos de su marido la hicieron apartarse de él y levantarse del lecho.

—¿Qué has hecho? —le preguntó él con una mueca temible en los labios.

—¡Nada!

—¿Qué me has hecho? ¿Qué brujería has lanzado sobre mí para que no pueda ni de descansar, para que vea tu cuerpo en sueños?

—¡No es culpa mía que tu cabeza sea tan lujuriosa como la de una liebre! —se defendió apretando los labios.

—¡Mi cabeza estaba en su sitio hasta que llegaste a mi vida, mujer! —Se acercó a ella y vio cómo Seelie daba un paso hacia atrás—. Pero ya no va a volver a ocurrir nada

semejante. ¡No volveré a tocar tu cuerpo! ¡Nadie lo tocará, vivirás sin volver a disfrutar del calor de un hombre!

—¡Esa es mi decisión, no la tuya!

—¡Es la mía, malditos santos! ¡Me perteneces, Seelie Murray! ¡Y cometiste una afrenta hacia mi persona cuando te marchaste de mi lado! ¡De ahora en adelante, no volveré a tratarte como a una esposa!

—¿Y cuándo me has tratado como tal? —Lo encaró con orgullo, sin miedo.

—¡Cuando llegemos al castillo de Blair, recibirás tu castigo!

—¿Castigo? —La voz de Seelie tembló.

El Dragón soltó una carcajada y se cruzó de brazos.

—¿Pensabas que iba a olvidar tu desvergonzada huida? ¡Nunca! ¡De ahora en adelante, vivirás encerrada en tus aposentos, y no permitiré que vuelvas a salir de ellos jamás!

—¡No tienes derecho a hacer eso, Kyle Murray!

—¡Lo tengo porque soy tu esposo! ¡Así que despídete de la vida ociosa, porque vivirás como un monje, sola y sin el calor de un hombre que haga temblar tu cuerpo lujurioso!

Nada más traspasar las murallas del castillo de Blair, Effie corrió hacia el sendero que llevaba al manantial.

Habían sido más de cinco jornadas de viaje, en el que la lluvia no les había dado ni un respiro, y en el que apenas había podido hablar con su señora, pues el Dragón la custodiaba día y noche. Sentía tanta pena por Seelie... Hubiese dado cualquier cosa por poder ayudarla. Había escuchado, por los guerreros, que su destino sería la reclusión en su propia alcoba.

Rezaba porque Kyle Murray muriese pronto, para que su señora pudiese ser libre y feliz sin aquel monstruo.

La silueta de Lean la hizo olvidar aquellos oscuros pensamientos. Como de costumbre, se encontraba sentado en el mismo lugar de siempre. Corrió hacia él sin aguantar las ganas, y perdiendo el decoro.

—¡Lean, Lean!

Él, al reconocerla, rio de alegría e intentó ponerse de pie, aunque con dificultad. Effie lo abrazó nada más llegar a su lado, cerrando los ojos con fuerza al percibir su conocido y agradable olor. Los brazos de Lean la apretaban contra su cuerpo, la había añorado tanto que se resistía a dejarla alejarse.

—¡Mi querida Effie, cuánto os he extrañado!

—¡Y yo a vos! ¡Os he pensado cada día que estuvimos alejados!

Lean se separó un poco de ella y la miró a los ojos, con una calidez que la emocionó.

—A veces, pensaba que no volvería a veros, que os quedaríais en Mull, con el clan de vuestra señora.

—En un principio, yo también lo creí así, mi adorado Lean. Sentí miedo de no poder regresar.

—Pero habéis vuelto, y mi corazón salta de felicidad.

La besó con ternura, derritiendo el alma de Effie, que se agarró a él como si fuese la persona que la anclaba al mundo. Sus labios eran suaves, agradables y calurosos. Había echado tanto de menos sus besos...

—El Dragón fue a buscarla y la trajo hasta aquí por obligación, porque si no lo acompañaba, amenazó a su hermano con una guerra entre clanes.

Lean acarició la mejilla de Effie.

—No es tan extraño que haya hecho algo así. Es su esposa.

—Si supierais cómo la trata, no pensaríais lo mismo.

—Kyle es un hombre rudo. Es un guerrero que jamás ha necesitado el trato con las mujeres más que para satisfacer sus necesidades masculinas. Está acostumbrado a que todos le teman y obedezcan. Así que, a mi parecer, vuestra señora, con sus desplantes y su carácter, lo tienen confuso. El Dragón está jugando a un juego desconocido para él.

—Yo solo espero que mi querida señora Seelie no sea la lastimada en ese juego del que habláis.

Al ver la tristeza en su cara, Lean la abrazó con más fuerza, para intentar consolarla. Hizo que apoyase su cabeza sobre su hombro y besó su sien.

—No hablemos más sobre cosas tristes. Cuéntame cómo fue el viaje.

—Pasé mucho miedo. Las aguas estaban bravas a nuestra marcha, y en el regreso, la lluvia enfangó todos los caminos y la carreta donde viajaba casi volcó en más de una ocasión.

—Qué desgracia el no haber podido estar con vos en esos momentos difíciles. Habría calmado vuestros miedos.

Effie lo miró a los ojos y sonrió.

—Pero... sí que estuvisteis, mi querido Lean. Me acompañasteis todo el viaje, no salisteis de mi cabeza.

—¡Qué alegría me supone escuchar esas palabras!

Volvieron a besarse y se separaron jadeantes y sonrientes. Ella cogió a Lean por las mejillas e hizo que la mirase a los ojos. Suspiró antes de hablar, los nervios se cogieron a su estómago.

—Mi amado Lean. Este tiempo sin vuestra compañía, me ha hecho entender lo que os necesito. —Sintió que él temblaba mientras escuchaba sus palabras—. Y me haríais muy feliz si... todavía quisieseis desposaros conmigo.

Los ojos de Lean se llenaron de lágrimas. Se contuvo para no dejar que ninguna mojase sus mejillas. Besó con pasión a Effie y juntó sus frentes mientras su sonrisa iluminaba su rostro.

—Mi amor, no pienso en otra cosa desde que os vi por primera vez. Os amo.

Tres días pasaron desde su regreso al castillo de Blair. Tres días en los que Kyle había estado intentando ocupar su tiempo para no pensar en la mujer que tenía encerrada en sus aposentos.

Cumplió sus amenazas. Nada más cruzar las murallas, arrastró a Seelie y la enclaustró en su habitación, ocupándose de que fuera atendida por una sirvienta cada vez que lo precisase. Le llevaban comida, agua, aseaban el dormitorio, llenaban su bañera... pero nada más. Desde que llegó, no había vuelto a salir al exterior. De hecho, las únicas veces que le permitían salir era para ir a las letrinas, situadas en la parte oeste del castillo, e inmediatamente regresaba escoltada por una criada.

No le dejaba recibir visitas. Ni siquiera él traspasaba la puerta que separaba ambas alcobas, no quería verla.

Seelie era letal para él. Su esposa tenía algo que lo llamaba, que lo hacía actuar de forma diferente. Anhelaba estar a su lado, perderse en ella, disfrutar de su cuerpo. Y no podía consentir que eso ocurriese. Era un guerrero, todos le respetaban, y lograría que esa arpía de lengua viperina también lo hiciese, aunque tuviese que vivir sola el resto de su vida, aunque él mismo tuviese que vencer la tentación cada vez que entraba en su alcoba, aunque tuviese que arrojar la llave de la puerta que los separaba al río.

Por las noches era todavía peor. Acostado en su lecho recordaba las veces que habían yacido juntos, el inmenso placer que experimentaba con ella. Sus labios complacientes y su cuerpo lozano y deseable. Veía su cara, su pelo rojo, su sonrisa.

Despertaba a mitad de la noche empapado en sudor y el pene erguido y duro por ella. Ni siquiera Evanna pudo aliviarle. Se vio incapaz de fornicar con ella y la frustración por su incapacidad todavía lo enfadaba más.

Lo había hechizado, su esposa había lanzado un conjuro sobre él para atormentarlo.

Pasaba los días enfadado e irascible, más que de costumbre. Ni siquiera sus guerreros, acostumbrados a su conducta, se libraban de los desaires y los gritos.

Odiaba reconocerlo, sin embargo, echaba de menos el estar con ella. Echaba de menos incluso sus discusiones. Las peleas nunca fueron tan excitantes hasta que Seelie apareció en su vida, con su porte orgulloso y sus contestaciones inapropiadas.

Se llevó una mano a los ojos y los frotó, hastiado de aquella situación.

Sentado en el gran salón, acompañado por Bruce, bebían whisky tibio. Su primo intentaba tener una conversación con él, no obstante, el Dragón no estaba por la labor.

—Kyle, te noto distraído últimamente.

—Tonterías. —Alzó su copa y dio un gran trago. Necesitaba entumecer su cerebro para poder dormir esa noche y no pensar demasiado en ella.

—Estás raro, primo. Es muy tarde, nunca has bebido a estas horas, y mucho menos a solas.

—No estoy a solas, tú me acompañas —gruñó.

—No siempre lo hago.

—Si tengo whisky, me es suficiente.

—Debes tener cuidado. Ya sabes lo que les ocurre a esas personas que beben demasiado.

—¿Ahora eres mi padre? —Clavó sus ojos negros en él—. ¿Tan difícil es dejarme en paz y meterte en tus asuntos?

—Es que... estás diferente, Kyle.

—¡Se acabó la conversación! —Llenó de nuevo su copa de licor y le dio otro gran sorbo, notando cómo sus efectos adormecían sus sentidos—. Lárgate de aquí.

—Pero, primo...

—¡Malditos santos, que te largues! —chilló perdiendo el control—. ¡Mañana convocaré a los guerreros para hablar sobre los Drummond, mientras tanto, fuera de mi vista!

—Es por ella, ¿verdad? Por tu esposa.

Kyle rugió al escuchar que Bruce hablaba de Seelie. Se levantó de su asiento y, de un manotazo, tiró todo lo que había sobre la mesa al suelo, armando un buen escándalo.

—¡No la nombres! ¡Ni se te ocurra nombrarla! ¡Ella nada tiene que ver con esto! —mintió con los ojos en llamas.

Bruce se encogió un poco a causa de su ira, sin embargo, pronto recuperó su postura. Alzó la cabeza y dio media vuelta, para marcharse.

Dejó a Kyle a solas, mientras que este seguía llevándose su copa a los labios, apurando su contenido.

Después de casi una hora en el salón, se dirigió a sus aposentos, agarrándose a todo lo que encontraba a su paso para no perder el equilibrio, iba tan perjudicado por el alcohol que apenas se mantenía erguido.

Tras cerrar la puerta y quedar en la intimidad de su habitación, se quitó la capa con torpeza y se sentó sobre el lecho, con la vista clavada en la puerta que separaba su dormitorio y el de Seelie.

Se quedó en silencio, intentando percibir ruidos en la otra estancia, sin embargo, a sus oídos no llegó ni el crujir de las brasas de su chimenea.

¿Qué estaría haciendo su esposa en aquel momento? ¿Estaría dormida? ¿Descansaría junto al fuego?

Imaginó su cuerpo desnudo mientras se retorció contra el suyo, sus labios hinchados por sus besos, su pasión...

—¡Maldita arpía! —exclamó desesperado—. ¡Sal de mi mente!

Apretó los dientes y cubrió sus ojos con las manos, furioso. Había intentado ahogar sus sentidos con el alcohol, había probado a fornicar con Evanna, se había mantenido ocupado de sol a sol, con los asuntos de su clan. No obstante, hiciera lo que hiciese, Seelie seguía atormentándolo. Las ganas de estar con su esposa eran más fuertes que él.

Ya no podía más.

CAPÍTULO 16

El fuego crepitaba en la chimenea produciendo un agradable sonido, sin embargo, Seelie apenas escuchaba nada. Sentada en el suelo, sobre unas pieles, miraba los leños arder, como una misteriosa danza de fuego ancestral.

Sus ojos estaban repletos de lágrimas, el encierro estaba siendo tan solitario como cruel. No le permitían hablar con nadie, habían relegado a Effie de sus obligaciones y la habían mandado a las cocinas. La criada que venía a atenderla, apenas hablaba con ella más de un par de palabras antes de marcharse, pues tenía orden de no hacerlo, y Seelie sabía que si continuaba así durante mucho tiempo, enloquecería.

No podía ver a Isla, ni a Kenneth. Solo tenía contacto con el exterior a través de la ventana de su alcoba, y la visión que esta le ofrecía era tan limitada, como lejana.

Escondió su cara entre las piernas dobladas y lloró amargamente. Ya no recordaba las veces que se había deshecho en llanto, sus ojos no llegaban a secarse del todo.

Rendida, se dejó caer al suelo y se recostó en las pieles, con la mirada fija en algún punto de la pared de piedra. Pese a que la chimenea calentaba la habitación, tenía frío, pero no se levantó para cubrirse, ni se movió para acercarse más al fuego. ¿Qué más daba? ¿Qué podía importarle enfermar y morir? De todos modos, encerrada en aquel lugar era como si ya lo estuviese.

El sonido de la puerta la hizo ponerse en guardia.

Por el rabillo del ojo vio entrar a Kyle. Parecía torpe, como si le costase caminar.

No se movió de su sitio. Continuó acostada, con la mirada perdida. Estaba tan triste que poco le importaba lo que había ido a hacer el Dragón allí. Le quedaba claro que contra él no tenía ninguna posibilidad, ganaría de todos modos. Nadie podría ayudarla.

Kyle llegó hasta donde Seelie estaba tumbada. Le sorprendió no verla gritar al descubrirlo.

Parecía frágil, desvalida.

Mareado por el alcohol, se dejó caer a su lado, apoyando la cabeza junto a la de ella en el frío suelo de piedra.

Acostados, ninguno de los dos rompió el silencio. Solo se escuchaban sus respiraciones y el chisporroteo de las llamas. Kyle giró la cabeza y la miró. Su perfil dibujado por el fuego era tan triste y hermoso que algo en su pecho se partió. Cerró los ojos con fuerza y suspiró, cansado de todo aquello.

—Eres libre de marcharte. Si decides irte, nadie te detendrá.

—¿Por qué? — Seelie giró a su vez la cabeza y lo miró a los ojos. Kyle tenía la mirada abatida, como si hubiese perdido una gran guerra.

—Porque es lo que deseas.

—¿Has bebido?

—Sí. —Tragó saliva—. Mañana mandaré que preparen un carro para tu marcha.

—Nunca sueles beber.

El Dragón giró su cuerpo y se colocó de costado, mirando a su esposa de frente.

—Parece que en estos últimos tres días, le he cogido el gusto a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque es la única forma que tengo de olvidar.

—¿Qué es lo que quieres olvidar?

—A ti. —Cerró los ojos con gesto dolorido y resopló—. Quiero olvidar que estás aquí, a tan poca distancia de mí, olvidar lo que se siente al poseer tu cuerpo.

Seelie jadeó y una lágrima resbaló por su mejilla.

—Me odias. Nunca has querido una esposa y yo soy un estorbo. Por eso me has encerrado en mis aposentos.

—No te odio, Seelie. Si te encerré fue porque dañaste mi orgullo al abandonarme.

—Tú me aseguraste que volverías con tu amante. ¿Qué esposa aguanta semejante insulto?

—Todas lo hacen. —Al ver la cara de sorpresa de ella, Kyle sonrió—. Pero tú no eres como las demás. Y yo no he podido hacerlo.

—¿No has podido, qué?

—Fornicar con ninguna otra mujer.

—¿Acaso lo intentaste? —preguntó ella con voz molesta.

—Hace dos días llamé a Evanna a mi alcoba, pero la eché poco después, frustrado.

—¿Te pudo la culpabilidad?

—No, fue tu imagen la que no me permitió hacerlo.

—¿Mi imagen?

—Aparecías por mi mente y yo... no pude. —Kyle apretó los labios y la miró fijamente

—. No pude hacerlo porque con la única mujer que quiero yacer es contigo.

—¿Conmigo? —Tras hacer la pregunta, Seelie apartó la mirada y rompió a llorar.

Al verla, Kyle se llevó una mano a la frente y se la frotó, agobiado.

—No sé qué me ocurre contigo. Solo sé que necesito verte, que muero entre tus labios y renazco cuando mi cuerpo se funde con el tuyo. Me enfado. Sí, me enfado al darme cuenta de que solo soy un títere en tus manos, monto en cólera al no poder dominar eso que presiona mi pecho. Lucho contra mí mismo, me repito que no eres importante, que eres una simple mujer. —Cogió su barbilla y la hizo mirarlo a los ojos. En los de ella las lágrimas no dejaban de brotar—. Pero por las noches, todas mis convicciones se estrellan contra la realidad, se estrellan contra la puerta que separa nuestros aposentos. Se estrellan contra ti y tu precioso rostro.

—Kyle... yo... —Su voz se cortó por el llanto.

El Dragón asintió y cerró los ojos tan fuerte que vio miles de estrellas.

—Lo entiendo. —Se incorporó, quedando sentado y la miró por última vez. Se habían

hecho mucho daño—. Mañana tendrás todo preparado para tu marcha.

Se levantó del suelo, y haciendo acopio de su fuerza de voluntad, caminó hacia la salida de la alcoba. Cerró la puerta que separaba ambas habitaciones. Al hacerlo, apoyó la cabeza en la tibia madera, tenía una gran presión en el pecho. Se alejó de ella y caminó hacia el lecho, sin embargo, el sonido de la puerta al ser golpeada lo hizo darse la vuelta y correr hacia ella.

Al abrir, Seelie estaba frente él.

Se miraron unos segundos sin decir ni una palabra, con las respiraciones alteradas y los corazones latiendo a un ritmo desorbitado.

Se fundieron en un beso desesperado y pasional, abrazándose tan fuerte que ni el aire pasaba entre ellos. Sus lenguas paladearon a placer la boca del otro, degustando aquel sabor tan conocido y anhelado.

—¡Oh, Kyle! —exclamó ella emocionada, sin separar sus bocas ni un milímetro.

El Dragón la cogió en peso y, llevándola en volandas, la adentró en su propia habitación, cerrando la puerta de una patada. La acostó en su cama, mucho más grande y mullida que la de Seelie, y allí se tumbó sobre ella, acariciando su cuerpo como si fuese el oxígeno que necesitaba para vivir.

Sus gemidos retumbaban por aquella gran estancia, y sus pieles erizadas por el roce del otro ardían por el éxtasis del momento. Kyle besó sus hombros, mientras sus manos desabotonaban su vestido, con delicadeza y ternura.

La prenda quedó tirada en el suelo y Seelie desnuda entre sus brazos.

—Eres tan bella...

La boca de su esposo fue bajando desde los hombros hasta sus senos. Los lamió y estimuló con glotonería, logrando hacerla gemir y alzar las caderas por la necesidad de la que era presa. Tras descender por su estómago, sus labios encontraron los suaves rizos de su pubis. Masajeó su monte de venus con una mano y entreabrió sus pliegues para que su lengua rozase aquel duro botón entre sus piernas. Seelie gritó de puro gozo. Agarró el cabello de Kyle y alzó las caderas todavía más para que su boca alcanzase de pleno su sexo.

—Mi dulce esposa... —susurró él mientras lamía su clítoris—. No hay nada en ti que no lo sea.

Su lengua continuaba dándole placer, mientras sus manos pellizcaban sus pechos. Los gemidos de ella fueron subiendo de intensidad hasta que el éxtasis estalló en su cuerpo. Su vagina se contrajo por la fuerza del orgasmo, lubricando todavía más su ya mojado sexo.

Kyle se incorporó un poco hasta quedar a la altura de su boca y volvió a besarla con tantas ganas que el deseo regresó al cuerpo de la joven. Se vio respondiendo a sus caricias, lamiendo su cuello, tocando su fuerte cuerpo y disfrutando de esa dureza que se apretaba contra sus muslos.

La penetró de una embestida, haciéndolos gritar por la satisfacción.

Fue tan intenso aquel primer contacto íntimo entre ellos, que Kyle estuvo a punto de no contenerse. Cuando se serenó, bombeó en su interior a un ritmo fuerte y constante, increíblemente delirante.

Sus ojos estaban puestos en el otro. No dejaron de mirarse, de acariciarse, ni de besarse.

Kyle estaba maravillado, aquello que Seelie le hacía sentir era tan nuevo para él, que parecía un impúber en su primera vez con una mujer. Temblaba.

Besó sus jugosos labios y juntó sus frentes, mientras las embestidas los hacían llegar cada vez más lejos.

El orgasmo fue tan fuerte que se quedaron sin habla durante bastante tiempo. Perlados por el sudor y con una reconfortante sensación de tranquilidad por estar juntos, les sorprendió un agradable letargo. Quedaron enredados, abrazados y satisfechos.

—Seelie... —susurró contra su boca—. No te vayas.

Ella sonrió, sintiendo que su corazón se aceleraba por aquella preciosa petición. Lo besó a modo de respuesta y notó como todo su cuerpo vibraba por Kyle.

Despertó al sentir que los brazos de su marido la apretaban más contra su pecho.

Al abrir los ojos, una tímida sonrisa apareció en sus labios.

El sol asomaba por el horizonte y las nubes de tormenta parecían alejarse de Blair Atholl.

Había sido una noche increíble.

No recordaba la veces que habían hecho el amor, y todas ellas más intensa que la anterior. Kyle la sorprendió con su dulzura. Jamás pensó que pudiese ser tan suave y atento. La había hecho sentir deseada y cuidada. La cubrió de besos y le pidió decenas de veces que se quedase con él, que no se marchase de nuevo a Mull.

Giró la cabeza y miró a Kyle, que descansaba a su lado, desnudo.

Cuando dormía, su rostro parecía sereno, sin rastro alguno de la contención y la seriedad que lo caracterizaban. Era bello, pasional y ardiente, como el dragón que escondía en su interior. Sin embargo, también estaba descubriendo a un nuevo Kyle, a uno con sentimientos, con corazón.

A un hombre que lograba hacer que su vello se erizase con una de sus miradas, que agitaba su estómago con cada roce, que tocaba su alma con sus caricias.

Esa noche habían compartido el lecho, habían dejado atrás la ira y la fuerza del deseo los había envuelto. No obstante, para Seelie había sido algo más que pasión. Cada vez estaba más segura de que lo que sentía por su marido era algo parecido al amor. Había intentado negárselo en repetidas ocasiones. La relación que mantenía con él no era idílica, ni bonita. De hecho, debería odiarlo por las barbaridades que había tenido que

soportar a causa de su comportamiento. Lo más lógico hubiese sido que aborreciese al Dragón, y a todo lo que tenía que ver con él. Pero no era así. Kyle tenía algo que la ataba a su lado, que la atraía y que le hacía anhelar seguir intentando comprenderle. Era un bárbaro, insensible y casi todos temían su furia. Aun así, creía que su alma de dragón no era tan malvada como él quería que todos creyesen. Había una cierta sensibilidad en Kyle, una cierta ternura que solo mostraba cuando sus muros caían y su contención era derribada.

Había algo que la empujaba a él.

Alzó la mano y acarició su mejilla. Su cicatriz rompía la perfección de su pómulo, pero no lo afeaba. Le confería un halo de misterio que le hacía parecer más interesante. Lo observó unos segundos. Su pecho se agitaba ante su visión. Dormía plácidamente mientras la abrazaba. Seelie sonrió y lo besó con suavidad.

Al hacerlo, Kyle abrió un ojo y la apretó todavía más contra su cuerpo. Enterró la nariz en el cuello de ella y gruñó al notar que su pene se endurecía al ver su delicado cuerpo desnudo.

—Hace un rato que amaneció, ¿por qué estás despierta tan pronto, mujer?

—No podía dormir.

—¿Te he despertado con mis movimientos?

—No, no... —Seelie lo miró y sonrió con timidez—, es solo que no estoy acostumbrada a este lecho, ni a la habitación.

—¿Te desagradan?

—No lo hacen.

Kyle curvó la boca en una sonrisa chulesca y la besó, aplastando sus labios contra los de su mujer. Al separarse acarició una de sus tiernas mejillas.

—Me alegro de que así sea, porque a partir de este día, tu alcoba será esta —anunció con voz de mando—. Haz que las criadas trasladen tus ropajes y todas tus pertenencias a mis aposentos.

Seelie entrecerró los ojos y lo miró con extrañeza.

—¿Aquí? ¿Quieres que las traigan? ¿Por qué?

—Porque eres mi esposa y tu lugar es este.

—Me refiero, a... ¿por qué este cambio? —Bajó la mirada—. Antes... no te placía que compartiésemos alcoba.

—He cambiado de parecer —respondió sin querer entrar en demasiados detalles, pues hacerlo, significaba aceptar cosas para las que todavía no estaba preparado—. No permitiré que durmamos separados nunca más. Ya no. —Volvió a besarla y rodeó su cintura con los brazos, atrayendo a Seelie tanto a su cuerpo que podían notar incluso los latidos del corazón del otro. La pasión pronto se despertó entre ellos. Sus lenguas se exploraban, proporcionándose tanto placer que Kyle jadeaba por la necesidad—. Te quedarás aquí, conmigo, para que pueda disfrutar de la dulzura de tu cuerpo cada noche, de la delicadeza de tu sexo, de tus mejillas sonrojadas cuando te poseo y te

hago mía.

Seelie miró a Kyle a los ojos, poniéndose algo más seria.

—¿Pero seré libre?

—Anoche te aseguré que nadie te detendría si deseas marcharte —respondió observando cómo su boca se secaba ante la posibilidad de que Seelie se fuese finalmente. Un raro dolor en el pecho le hizo fruncir el ceño.

—No voy a irme —le repitió con una débil sonrisa—. Solo quiero estar segura de que no me impedirás pasear libremente por el castillo.

—No lo haré. Nunca fue mi intención hacerlo —añadió fijando su negra mirada en los ojos verdes de ella—. Sin embargo, te fuiste y me dejaste, y yo...

—Ya sabes cuáles fueron mis motivos, Kyle. No quise humillarte delante de tu clan, pero mi orgullo estaba herido. Mi esposo tiene una amante y no puedo soportar algo semejante.

Kyle la besó con intensidad y cogió sus mejillas entre las manos, para que no bajase la mirada.

—Mi dulce Seelie, mis manos no son capaces de tocar a otra que no seas tú.

—Pero dijiste...

—Ya sé lo que dije. —Juntó sus frentes y besó su nariz—. Ambos actuamos de forma errónea, pero podemos enmendarlo.

—¿Tú crees? —preguntó mientras una débil sonrisa curvaba sus labios.

—El matrimonio nunca ha sido santo de mi devoción, me resistía a pensar en el deber que suponía tener una mujer a la que cuidar y proteger. Nuestros clanes nos juntaron, Seelie. Al principio no quería tener nada que ver con esos sagrados votos, pero ahora no pienso igual.

—Porque me deseas.

—Porque el deseo que siento al tocarte es tan grande que todo mi ser se agita. Porque no quiero tener que pasar más noches alejado de ti. Es algo que no puedo controlar. Mi cuerpo parece necesitar el placer que solo tú me das.

Ella suspiró y se humedeció los labios, sin dejar de mirarlo.

—¿Y el amor, Kyle?

—Es un sentimiento que mi corazón no conoce. Soy un guerrero, y los guerreros no necesitamos amar.

—Todas las personas lo necesitamos.

Él sonrió y la besó con tal ardor que Seelie cerró los ojos y se agarró con fuerza a sus hombros. Acarició su delicada cintura y bajó la mano por su estómago hasta rozar su monte de venus. Al sentir el estremecimiento de su mujer, Kyle continuó:

—Lo único que necesito es esto —susurró contra su boca—. A ti, desnuda bajo mi cuerpo. El amor es para las mujeres y los niños, mi dulce Seelie. A mí me basta con el deseo. —Sonrió antes de besarla de nuevo—. Después de todo, puede que sí tenga alma de dragón.

Effie despidió a la costurera y regresó a la alcoba, para guardar los vestidos nuevos que había confeccionado para su señora.

Había decenas de prendas de ricos colores y preciosos diseños, colocados sobre el lecho. Junto a ellos, Seelie acariciaba su suave lana y admiraba lo bonitos que eran, con una sonrisa serena en el rostro.

Cuando la criada llegó a su lado, cogió uno de los vestidos y lo contempló maravillada. Era sencillo, en color rosa y con un delicado bordado en plata en el pecho y en las mangas.

—Este es precioso, mi señora.

—Lo es. —Tocó la prenda y sonrió abiertamente—. Kyle ha sido muy generoso conmigo. Ha tenido que costarle una fortuna, hay tantos vestidos...

—Así es. —Effie dobló la prenda y la dejó sobre el lecho, pensativa—. Pero es su deber como esposo. Bastante sufrís con su carácter hosco y malvado. Merecéis que os mime un poco.

Seelie sonrió y tomó asiento sobre la cama, mirando a Effie con cariño.

—Mi querida Effie, Kyle no es el villano que parece.

—¿No lo es?

—Estoy descubriendo a un hombre bueno.

—¿A un hombre bueno, en el Dragón? —preguntó sin poder creérselo—. Pero, mi señora, el laird de los Murray era déspota y cruel con vos.

—Antes era de ese modo, Effie. Y lo odiaba por ello. No obstante, me está demostrando que su corazón no es tan negro como aparenta.

—Por todos los santos, ¿eso es posible?

Seelie rio ante su cara de asombro.

—Lo es. Creo que quiere enmendar los errores que cometió conmigo, que nuestra unión no le desagrade tanto como parecía. —Suspiró y miró a Effie a los ojos—. Kyle no es un hombre tierno, ni un esposo devoto como cualquier otro, sin embargo, sus sentimientos por mi persona están cambiando. Lo sé. Puedo verlo en sus ojos cada noche.

—¿Cada noche, mi señora? Creí que dormíais separados.

—Ya no es así, querida amiga. Desde hace cinco noches, solo utilizo esta alcoba para mi acicalamiento. Kyle así lo ha querido, y yo... —Sonrió—... yo también deseo que así sea.

—¿Amáis al Dragón? —preguntó Effie asombrada.

—Siento tantas emociones cuando Kyle está a mi lado, tantas sensaciones que logran que mi corazón se acelere... que creo que sí es amor.

—¡Santa María! ¿Cómo es posible?

—No lo sé, lo único que tengo claro es que quiero seguir a su lado. Ambos hemos cometido muchos errores, pero los sentimientos que nos profesamos han podido superar al odio.

Effie tomó asiento a su lado y la cogió de la mano.

—Prometeme que seréis cuidadosa, mi señora. Vuestro esposo es un hombre peligroso, no me agradaría que nada malo os sucediese, ni que jugase con vuestros sentimientos para luego desecharos.

—Puedes estar tranquila, querida Effie, algo me dice en el corazón que Kyle no osaría nunca hacerme algo parecido. Hay demasiadas leyendas alrededor del Dragón, pero muy pocas personas conocen realmente al hombre que hay detrás. Y yo creo que estoy comenzando a hacerlo.

—Rezaré a los santos por vos y por vuestra felicidad. Y por la mía. —Effie acarició la mano de Seelie y se levantó de la cama. Cogió el vestido rosa y lo contempló anonadada—. Las mujeres somos débiles ante los hombres, cuando nos enamoramos. Somos capaces de ver bueno al dragón más fiero, amoroso al escorpión traicionero y... ágil a la torpe vaca.

Seelie frunció el ceño y se fijó más en ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo también siento amor por otro hombre inadecuado.

—Te refieres a Lean, por supuesto.

—Sí, mi señora. —Sus ojos se tornaron soñadores—. He aceptado desposarme con él. Y sé que, quizás, también cometo un error.

Seelie se llevó una mano al pecho y se levantó del lecho de inmediato, asombrada por la noticia. Abrazó a Effie y la besó en la mejilla, con cariño.

—¡Mi buena amiga Effie, cuánto me alegro! ¡Deseo tanto que seas feliz!

—Con Lean lo soy —añadió sin dejar de sonreír.

—¿Cuándo? ¿Cuándo será el día de vuestro desposorio?

—En una semana. El párroco no puede celebrarla antes.

—Una semana es perfecto para organizar la celebración.

Effie se encogió de hombros.

—No habrá celebración. Tanto Lean como yo, no podemos costear semejante gasto. Además, preferimos una ceremonia íntima.

—Tengo dinero, Effie, yo pagaré lo que sea necesario —sugirió con cariño.

—No, no, os ruego que no lo hagáis. Nos sentiremos felices con el hecho de que nos acompañéis en nuestro día, pero no habrá nada más que una misa.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. —La criada se retorció las manos antes de continuar—. Y... me gustaría pedir algo, mi señora.

Seelie la miró a los ojos y la pena se reflejó en su rostro, adivinando lo que iba a pedirle.

—¿Quieres marcharte, Effie? ¿Es eso? ¿Me abandonas?

—¡No, por san Gilberto, eso jamás! —la tranquilizó—. Sin embargo, me agradecería pernoctar con mi esposo, en su vivienda del poblado. Dejar de hacerlo en el castillo con las demás sirvientas.

—Por supuesto, vivirás con él.

—Vendré temprano, como siempre. Mis obligaciones no se verán afectadas por nuestro enlace.

—Effie, puedes estar tranquila. Todo matrimonio debe dormir en el mismo lecho. —Le sonrió y dio media vuelta. Se dirigió hacia donde estaban los vestidos y cogió el rosa—. Quédatelo, querida amiga. Este será tu vestido de novia.

Effie agitó las manos, horrorizada.

—¡No, no mi señora! ¡Es un vestido que vuestro esposo mandó coser para vos! ¡Es precioso, no merezco semejante alhaja!

—Lo mereces —insistió—. Y a Kyle no le importará en absoluto. Puede mandar coser mil vestidos idénticos. —Se lo colocó entre las manos—. Es mi regalo de boda y me haría muy feliz que lo aceptases.

CAPÍTULO 17

Kyle se quitó la capucha tras desmontar del caballo.

Llevaba toda la mañana en el poblado, resolviendo un conflicto entre dos familias de su clan y deseando regresar al castillo para ver a su mujer.

El rostro de Seelie le había acompañado desde que dejó la comodidad de su lecho. Sus dulces labios le llamaban, su cuerpo elegante y lozano lo atormentaba, su pelo rojo como el fuego le hacía desear enredar sus dedos en él.

Su corazón se aceleraba cada vez que pensaba en ella. Llevaba más de una semana compartiendo su lecho y estaba comenzando a pensar que esa mujer estaba metiéndose en su alma. Por más que lo intentaba, su recuerdo lo acompañaba, además de esa sensación de que era perfecta para él. Aquellos pensamientos conseguían que su confusión creciese todavía más, aparte de deseo carnal por las mujeres, no había sentido nada parecido nunca. Y no sabía si le gustaba aquella debilidad. Las debilidades mataban a los hombres.

Aun así, tenía que reconocer que jamás había conocido a ninguna igual. Nadie con sus miradas retadoras, con su lengua viperina, con su capacidad para hacer que le hirviese la sangre. No había otra que aceptase su derrota como Seelie, que se abandonase al deseo, que le diese tanto placer el simple hecho de estar en su compañía.

Había sido una semana increíble. Hicieron el amor todos los días, y cada vez fue tan intensa y grandiosa como la anterior. ¿Qué tenía? ¿Qué tenía su cuerpo para hacerlo explotar de aquella forma?

Era tan hermosa... tan dulce... tan apasionada...

Su estómago saltaba cada vez que sus labios se unían.

Era especial. Con ella todo lo era.

Salió de las caballerizas nada más darle las riendas al mozo, y se dirigió hacia el castillo. Sin embargo, frenó su paso al descubrirla en la lejanía.

Se encontraba en el jardín, acompañada por uno de sus parientes, el encargado de enseñarle a tirar con el arco.

Desde su posición la vio apuntar a la diana con mucha concentración. Su cuerpo estaba tenso y su pariente corregía su postura.

Se vio caminando en su dirección, a pesar de que tenía algunos asuntos que tratar con sus guerreros, pero la presencia de su esposa era como un imán, como un encantamiento hacia su persona.

Las ganas de cogerla en brazos y llevársela a sus aposentos se hicieron insoportables. Estaba tan bella con ese vestido amarillo y su esplendoroso cabello enmarcándole el rostro. El suave viento lo agitaba y daba la sensación de que era un ser celestial, un ángel.

—Mi laird —lo saludó su pariente al verlo llegar. Seelie erró el tiro, el nerviosismo se apoderó de su estómago.

Giró para mirar a su marido y se humedeció los labios al darse cuenta de cómo la observaba él. En los ojos de Kyle había deseo.

—¿Mi esposa es una buena pupila, Eanraig?

—Sí, mi laird, es excelente y aprende con rapidez.

Kyle asintió y palmeó el hombro de su pariente.

—Puedes volver con tus quehaceres. Por hoy ya es suficiente.

Eanraig asintió y se marchó, dejándoles a solas.

El silencio se hizo entre ambos, sin embargo no dejaron de mirarse a los ojos ni por un instante. Lo que había entre los dos era tan intenso que Seelie se sintió algo abrumada.

—Hoy no ha sido mi mejor día, apenas he acertado en el blanco.

—¿Por qué motivo? —se interesó Kyle dando un paso en su dirección, quedando muy cerca de su cuerpo.

—Creo que mi cabeza estaba en otra parte.

—¿Dónde?

—En el enlace de Effie.

—¿Effie es tu sirvienta?

—En efecto. —Sonrió y lo miró a los ojos de nuevo—. En tres días se celebrarán sus nupcias con Lean, el vigilante del manantial.

—El tullido, sí. Llegaron a mis oídos rumores sobre el tema.

—Effie quiere que asista a la ceremonia.

Kyle acarició su mejilla y le hizo alzar la cabeza.

—Ya te dije que eres libre de hacer lo que te plazca en el castillo.

—Lo sé, pero... —Se mordió el labio inferior—. Me preguntaba si... me acompañarías a la misa.

Kyle alzó una ceja.

—¿Quieres que vaya a la boda de tu criada?

—Quiero que mi esposo esté a mi lado, viendo cómo una buena amiga une su vida a la del hombre que ama, ante los ojos de nuestro Señor.

Kyle la besó con pasión y rodeó su cintura. Al separar sus labios, apoyó la frente sobre la de Seelie.

—Iré si así lo deseas. —Ronroneó cual gatito, cosa que le sorprendió incluso a él. Parecía un juguete en las manos de su mujer. ¿Quién hubiese imaginado que el Dragón aceptaría semejante petición? Él, que nunca le importaron lo más mínimo aquellas cosas, que le parecían una pérdida de tiempo. No obstante, ¿cómo negarse cuando Seelie lo miraba con esos preciosos ojos verdes?

Al escuchar su respuesta, ella juntó sus labios por segunda vez, entrelazando sus brazos alrededor de su cuello, profundizando el beso.

Se separaron jadeantes y deseosos de continuar con aquello, sin embargo, estaban en

plena llanura y las gentes del poblado y el castillo podrían verlos.

Kyle agarró a su mujer por la mano y la hizo caminar en dirección al bosque.

—¿Adónde me llevas?

—Vamos a pasear.

—Creía que tus días eran muy ajetreados por los asuntos del clan, que no tenías tiempo para estas cosas.

—No lo tengo —asintió sin mirarla—. Pero quiero estar un rato a solas con mi mujer.

Caminaron en silencio a través de la espesura del bosque.

El piar de los pájaros rompía aquel silencio, junto con el de las hojas de los árboles al moverse con el viento. Seelie miraba a su esposo de reajo, contemplaba su cara, tan agraciada y varonil. Intentaba que la sonrisa no apareciese en sus labios, aún se sorprendía por el hecho de ser la esposa de semejante hombre. Y todavía se sorprendía más cuando recordaba lo mucho que Kyle la deseaba. Tanto como ella a él.

Continuaron caminando hasta que el sonido del agua les indicó que se aproximaban al río. Kyle la condujo hasta un claro en el que se veía la corriente.

Era un lugar increíblemente bello. La espesura del bosque y las verdes colinas la dejaban sin palabra.

Sonrió maravillada y dio una vuelta sobre sí misma, soñadora.

—¡Oh, Kyle, es un lugar tan hermoso...!

Él tomó asiento sobre el césped que había cerca de la orilla del río. Luchaba consigo mismo por no abalanzarse sobre Seelie y hacerle el amor allí mismo. Esa sonrisa, el brillo en sus ojos al contemplar aquel lugar... ¡Por todos los santos, esa mujer lograría enloquecerlo!

Seelie se sentó a su lado, con las piernas encogidas, rodeándolas con los brazos. Su mirada fija en el horizonte, en aquellas majestuosas montañas, y él era incapaz de apartar los ojos de ella.

Estaba fascinado por aquella mujer. Todo en ella era relativamente nuevo para Kyle. Despertaba emociones desconocidas hasta la fecha.

—Si tanto te agrada, volveremos algún día de estos.

—Me encantaría —Asintió ilusionada—. Me recuerda tanto al lago que hay cerca del castillo Duart... Me hace sentir como en casa.

—¿En Mull te permitían salir sola al bosque?

—El lago estaba tan cerca del castillo que no había peligro alguno.

—Me temo que en Blair Atholl no es así. No debes internarte tanto por el bosque tú sola.

Seelie alzó una ceja y lo miró a los ojos.

—¿No podré volver cuando me plazca? Me aseguraste que podría ir a donde quisiese, que nadie me detendría.

—Siempre y cuando no te alejes del castillo y no te adentres en la arboleda.

Ella apartó la mirada y se centró en el agua, mientras una leve sonrisa aparecía en sus

labios.

—Entonces, me temo que mi esposo va a tener que acompañarme muy a menudo.

—Vendremos cada vez que pueda —le aseguró.

—¿De verdad? ¿No te resultará aburrida mi constante compañía?

Pegó sus labios al oído de ella y susurró con voz sensual:

—Jamás me aburriré de ti.

Seelie apoyó la cabeza sobre el hombro de Kyle y se dejó abrazar, feliz de estar en su compañía. Una espléndida sonrisa curvó sus labios.

—¿No lo harás cuando deje de ser una novedad en tu vida?

—No.

—¿Ni cuando te canses de mi cuerpo?

—No creo que eso pase nunca.

—¿Ni cuando sea vieja y mi cabello se torne blanco como la leche?

—Bueno, entonces, es posible.

—¡Kyle Murray, serás rufián! —gritó contrariada, y le comenzó a dar golpes en el hombro.

Las carcajadas de él no se hicieron esperar. Se dejó caer de espaldas sobre el césped, arrastrándola con él. Era tan inusual verlo reír, que el enfado de Seelie pasó enseguida. Se quedó mirándolo, hipnotizada por el agradable sonido de su risa, y por lo guapo que estaba cuando lo hacía.

Por su parte, Kyle apretó a Seelie contra su cuerpo y enredó sus dedos en su sedosa melena. La hizo mirarlo a los ojos y la besó con ardor.

—Mi dulce Seelie... —Frotó su nariz contra la de ella—. No creo que me canse de ti, ni siquiera cuando tu cuerpo esté tan hinchado que no pueda complacerme en el lecho.

—¿Y por qué iba a estar mi cuerpo hinchado? —preguntó sonriente, acariciando su rasposa mejilla.

—Lo estará cuando lleves a mi hijo en tu vientre.

—Oh... —Al pensar en un bebé de Kyle, su corazón se aceleró de tal manera que creyó que se le saldría del pecho. Un niño. Un niño de ambos—. ¿Tú... tú quieres que te de un hijo?

—Lo deseo. Deseo a un pequeño de rojos cabellos y ojos verdes, como su madre.

Ella lo besó, emocionada.

—Y tan fuerte y valiente como su padre. Que inspire respeto allá a donde vaya.

—Que tenga tu sonrisa y ese genio volátil que logró volverme loco desde el primer día que hablamos.

—Que sepa dirigir al clan con inteligencia y que esconda la misma alma de dragón que la tuya: noble, temible y buena.

Kyle capturó sus labios y le dio un beso tan necesitado y sensual que ella jadeó por el deseo. Sus manos acariciaban el cuerpo del otro, daban placer con su contacto mientras sus lenguas exploraban sus bocas con glotonería.

—Seelie, Seelie —susurró extasiado—. ¿Qué haces conmigo? ¿Por qué no dejas de soñar que te poseo? ¿Por qué lo hago incluso cuando tendría que concentrarme en los asuntos del clan? —Metió una mano por debajo de su falda y apretó uno de sus muslos, logrando que ella contuviese la respiración—. ¿Por qué te siento tan mía?

—Porque lo soy, del mismo modo que tú eres mío.

—¿Tuyo? —dijo sin poder evitar sonreír.

Seelie asintió con vehemencia y se soltó de su agarre, colocándose a horcajadas sobre su cintura, quedando sobre él.

—En efecto, lo eres. Y no voy a volver a consentir que yazcas con ninguna otra que no sea yo —le advirtió sin dejar de mirarlo—. No volverás a fornicar con ninguna de tus amantes.

—¿Ah, no?

—¡No, o te castraré, Kyle Murray!

Lo besó con necesidad y sintió cómo sus fuertes manos se posaban sobre su trasero y lo amasaban. Su sexo descansaba en la abultada protuberancia de su pene, y los movimientos de sus cuerpos hacían que el roce fuese todavía más exquisito.

Abrió los ojos al notar cómo los dientes de Seelie tiraban de su labio inferior. Sonrió y la agarró por la mejilla, para que no dejase de mirarlo.

—Mi esposa. Mi dragona —susurró—. Fiera, temeraria, orgullosa. ¿Cómo voy a mirar a nadie más?

—No lo hagas.

—Eres una hechicera, un hada de los bosques que me ha embrujado con su belleza.

—No soy nada de eso. —Besó su nariz y le sonrió—. Solo soy la mujer que te ama.

Aquellas palabras lo dejaron sin habla. Abrió la boca unas cuantas veces pero por ella no salió sonido alguno. Lo único que podía hacer era mirarla. Mirar su bonita cara, sus ojos dulces, su cuerpo liviano y hermoso.

¿Habría escuchado bien? ¿Esa preciosa joven profesaba tales sentimientos hacia su persona?

Todo su pecho bullía por el nerviosismo. ¿Quién le iba a decir al guerrero de su interior que acabaría tembloroso por las palabras de una mujer? ¿Quién podría haber predicho que su cuerpo iba a latir por ella, por el simple hecho de mirarla? La sentía hasta en el aire que respiraba.

La besó con tantas ansias que sintieron dolor, pero apenas se quejaron, aquel momento suplía cualquier dolencia.

—Seelie, ¿es eso cierto? ¿Me amas?

—Lo hago.

—Pero...

—No sé por qué ha ocurrido, ni cuándo empezó —lo interrumpió.

—Nosotros, yo...

—Nuestra historia no es bonita, ni delicada, ni digna de ser relatada. Sé que debería

odiarte, del mismo modo que tú deberías odiarme a mí. Hemos peleado, hemos discutido, nos hemos hecho daño, pero hay algo dentro de mí que no puede evitar sentir esto.

Kyle jadeó, con un gran nudo en la garganta.

—Seelie... no merezco tu amor.

—No lo mereces, pero lo tienes. —Tragó saliva y juntó sus frentes—. Cuando supe que mi padre quería que nos desposásemos, me prometí hacerte la vida imposible para que me devolvieses a mi hogar. Estaba segura de que lo lograría, de que sería muy sencillo. —Sonrió—. Pero no fue así. Ya en nuestra boda mi cuerpo reaccionó con tu presencia, aunque me repetía que era por el miedo, por las leyendas que corren sobre tu persona. —Suspiró antes de continuar—. Mi padre fue asesinado y aquella desgracia fue mi oportunidad para intentar quedarme en el castillo Duart. Creí que después de un año, ya no requerirías mi presencia, y cuando lo hiciste, me obligué a retomar mi plan para que me dejases marchar. Pero nunca pensé que las cosas sucederían tal y como han pasado. —Lo besó con cariño, tan suave que a Kyle le supo a demasiado poco—. No quiero irme. No quiero separarme de ti. Deseo que mi esposo me respete y me ame del mismo modo que yo lo hago con él.

—Oh, Seelie... —La abrazó con fuerza—. Dulce Seelie... no creo ser capaz de amar a ninguna mujer.

—Lograré que lo hagas. Lograré que me ames. Quizás haya fallado en mi lucha por regresar a Mull, pero en esto no lo haré. —Juntó sus labios con ganas, demostrando que sus palabras eran ciertas—. Conseguiré tu amor, Kyle Murray, siempre y cuando me prometas fidelidad.

Los guerreros lo esperaban en el gran salón desde hacía más de una hora. No era usual que Kyle se retrasase. Él más que nadie exigía puntualidad, así que algunos de sus parientes comenzaron a pensar que quizás a su laird le hubiese ocurrido algo que le hubiera impedido acudir. Nada más lejos de la realidad, pues había pasado ese tiempo retozando con su esposa en el bosque, disfrutando de la intimidad que se creaba entre ellos, y haciéndole el amor tras su confesión.

Seelie era tan especial... Percibía algo muy dentro cada vez que pensaba en ella.

Caminó por el castillo y saludó a varias sirvientas con un movimiento de cabeza, cosa que las impresionó. El Dragón nunca las miraba. Sin embargo, su humor era tan bueno que incluso la sonrisa se atrevía a asomar entre sus labios. Ya estaba deseando que fuese de noche para ver a su mujer de nuevo. Para tenerla en su alcoba, a solas, y volver a hacerle el amor.

Cuando llegó al gran salón, todos se giraron y lo miraron curiosos. Kyle endureció las facciones y su habitual cara avinagrada salió a la luz. Tomó asiento en un banco, junto

a su primo Bruce y a varios parientes, y los miró a todos antes de comenzar.

—¿Quién ha sido el encargado de vigilar las tierras tomadas por los Drummond?

—Fui yo, mi laird.

—¿Y bien? —Kyle lo miró interesado.

—Todo sigue igual. No hay movimiento.

El Dragón apretó los labios y gruñó.

—¿Siguen en nuestras tierras?

—En efecto.

—¿No han huido tras nuestros ataques a sus viveres?

—No, mi laird, parecen dispuestos a quedarse a cualquier precio.

—¡Malditos santos! —rugió levantándose del banco y haciendo que la mayoría de sus parientes diesen un respingo—. ¿Cómo osan desafiarme de ese modo? ¿Acaso no saben que sus cabezas penden de un hilo?

Bruce tocó su brazo e intentó calmarlo.

—Primo, no creo que los aldeanos sean los culpables. Presumo que Alistair está detrás.

—¡Alistair, ese bastardo! ¡Le advertí que no jugase con el Dragón!

—¿Qué debemos hacer?

—¡Atacaremos! ¡Acabaremos con todos los cultivos, con el último de sus animales, con sus cabañas! No tendrán nada que comer, ni agua para beber. No les quedará más opción que regresar a sus tierras.

—¿Y si no se van?

—Entonces, mi querido Bruce, mi deseo de cortar la sucia cabeza de Alistair Drummond, se verá cumplido. Ya no habrá nada que me lo impida. Hemos intentado hacerlo por las buenas, pero creo que desean la guerra. Y si la desean, ¡la tendrán!

—¡La tendrán! —corearon los demás guerreros, levantándose de las sillas al tiempo que alzaban sus copas de whisky.

CAPÍTULO 18

El día amaneció soleado tras varias jornadas de intensa lluvia. Las plantas todavía conservaban las pequeñas gotas de agua en sus hojas, las cuales daban la sensación de ser pequeñas perlitas pendientes de ellas. Blair Atholl resplandecía con su verdor y su agradable olor a tierra mojada, y sus habitantes paseaban por los alrededores sin importarles que el frío pudiese cortarles la piel.

Desde la ventana de su pequeña habitación, Effie contemplaba el paisaje, mientras notaba cómo tiraban de su cintura y ajustaban el atuendo que llevaría ese día tan especial. Sin embargo, no creía ser digna de semejante trato. Ella era una criada, y por muy agradable que fuese aquello, no era lo correcto.

—Mi señora, no deberíais hacerlo. La sirvienta soy yo, no vos.

La voz de Effie sonaba apurada.

La puerta estaba atrancada por dentro, confiriéndoles toda la intimidad posible, mientras Seelie la ayudaba a vestirse para su boda. Abotonó el precioso vestido rosa por la espalda, le ató las botas de cuero y se dispuso a peinar su bonito pelo castaño.

—Hoy es un día especial para ti, querida amiga. Mereces que alguien te vista y te deje hermosa para tu esposo.

Effie se llevó una mano al pecho y suspiró, nerviosa.

—Estoy tan preocupada...

—¿Por qué motivo? ¿Te arrepientes de este enlace?

—¡No, no, por san Gervasio! ¡Amo a Lean y me casaría con él mil veces más! —aclaró

—. Sin embargo, lo que me preocupa es lo que ocurre después de la boda.

—¿Te refieres al lecho conyugal?

—En efecto.

—¿Nunca has yacido con un hombre?

—No, mi señora, soy pura.

Seelie sonrió y la abrazó, para darle ánimos.

—Si amas a Lean, todo saldrá bien.

La sirvienta tragó saliva, asustada.

—¿Causa mucho dolor que un hombre te... introduzca su masculinidad?

—Yo no lo llamaría dolor, más bien incomodidad. Pero pasa pronto, querida.

—¿Me... gustará?

Seelie sonrió y pensó en todas las veces con Kyle, en la pasión que la poseía, en el mar de gozo que la ahogaba.

—Te gustará.

Terminó de peinarle el cabello en un bonito recogido, dejando la mitad suelto, y le

pellizcó las mejillas, para darles color. Al acabar, la observó con ojos críticos.

—Estás preciosa, Effie. Cuando Lean te vea caminar hacia el altar, no va a poder apartar los ojos de ti.

—Espero que así sea —deseó ella, mordiéndose el labio inferior. Dio una vuelta sobre sí misma y el vestido se balanceó alrededor de sus piernas. Era tan bonito... Effie jamás había tenido una prenda así, toda su ropa era blanca, de lana y sencilla. Llevar puesta aquella joya, la hacía sentir especial. Agarró por las manos a Seelie y la miró a los ojos, sonriente—. No sé cómo agradeceros esto, mi señora. Este vestido es... ¡oh, Dios mío, es un sueño!

—No hay nada que agradecer. Tú cuidas de mí a diario, querida Effie.

La criada se asomó por la ventana y chasqueó la lengua con los dientes al darse cuenta de que el sol ya estaba en lo más alto del cielo.

—Debemos darnos prisa. Todavía debo vestiros para la celebración.

Seelie apoyó una mano sobre su hombro.

—No te preocupes por mí. Lo haré sola. No voy a permitir que estropees tu aspecto por mi culpa. Descansa y piensa en lo feliz que vas a ser junto al hombre que amas. Podré arreglármelas sin tu ayuda.

Eligió un precioso vestido verde, sencillo. Era cómodo y sin florituras, no quería brillar más que la novia el día de su desposorio.

Se acercó a la palangana que había cerca del lecho y se aseó. No tenía tanto tiempo como para pedirles a las criadas que llenasen la bañera.

Se colocó los ropajes, con algo de dificultad y, con el vestido sin abotonar, acarició la suave lana del mismo.

Cuando la puerta se abrió, y Kyle entró a sus aposentos, la imagen del trasero de su esposa lo sorprendió. Estaba medio vestida y su espalda fina y nívea quedó a la vista.

Sonrió mientras se acercaba a ella, dispuesto a acariciar aquella delicada parte de su anatomía.

—¿Quiere mi esposa provocarme a plena luz del día? —Los labios de Kyle se curvaron mientras la abrazaba, colocándose tras ella y pegando su boca a su oído.

—Creo que no necesitas que nadie te provoque —bromeó encantada de sentirse apretada contra él—. Tu lujuriosa cabeza hace todo el trabajo.

El Dragón soltó una carcajada y lamió su cuello, haciéndola gemir por aquellas sensaciones tan excitantes. Fue ascendiendo sus manos desde la cintura y se posaron sobre los delicados pechos de ella, amasándolos y acariciándolos con delicadeza. Seelie cerró los ojos y disfrutó, apoyando la cabeza sobre su torso.

—¿Necesitas ayuda para vestirse? —susurró.

—Me vendría bien. Hoy Effie no va a venir.

—Me ofrezco como sirviente. —Mordió el lóbulo de su oreja—. Aunque, quizás primero te desvista.

—Eres un mal sirviente —dijo ronroneando, encantada.

—Lo soy, pero la culpa es tuya, por ser tan deseable. Cualquier hombre haría lo mismo que yo. Sin embargo, la suerte de tocarte es solo mía, Seelie Murray. Y de nadie más. Solo yo puedo disfrutar de tu dulce cuerpo, solo yo puedo poseerte.

—¿Y te agrada esa exclusividad?

—No te imaginas cuánto, mujer —asintió pegando su masculinidad al trasero de ella, demostrándole que no mentía.

Se besaron con ansias, tocándose como si esa fuese su primera vez. Las manos de Kyle excitaban sus pechos y su cintura trazaba círculos alrededor de su trasero, mientras sus jadeos rompían el silencio de la alcoba.

La hizo girar, para que lo mirase a los ojos, y continuaron besándose como animales en celo, quitándose la ropa, dejándola tirada en el suelo como si de trapos sucios se tratasen.

Kyle la aplastó contra la puerta que separaba su alcoba de la antigua habitación de Seelie. Mordió su labio inferior y la besó desesperadamente, introduciendo la lengua en la boca de ella.

—Seelie... ¿recuerdas esta puerta? ¿Recuerdas que siempre nos separó?

—Lo recuerdo —asintió poseída por el gozo.

—Voy a poseerte contra ella, voy a lograr que olvidemos que alguna vez hubo una puerta entre ambos. Ya no está cerrada con llave, nunca más lo estará.

—Nunca, mi amor.

—Oh, santos... cómo te deseo... estás en mi mente, en todos lados a donde voy.

—A mí me ocurre lo mismo.

Se besaron con tanto ardor que creyeron que sus cuerpos se fusionarían. Se tocaban, se acariciaban, anhelaban el contacto del otro.

—Seelie, ¿me amas?

—Sí.

—Dímelo —le exigió, tenía la necesidad de escucharlo de sus labios. Una extraña necesidad que no comprendía.

—Te amo, Kyle, te amo.

—Mi dulce esposa —susurró alzándole una pierna y colocándose entre ellas.

Hicieron el amor tal y como Kyle le prometió, contra la puerta que separaba la habitación contigua. El placer fue tan abrumador que acabaron deshechos en los brazos del otro, jadeantes y tan saciados que en sus labios las sonrisas no desaparecieron.

Kyle la ayudó a vestirse entre besos y caricias, la dejó unos minutos para que cepillase su esplendorosa melena, mientras él tomaba asiento en el sillón que había junto a la chimenea y pensaba en los asuntos tratados con los guerreros.

Cuando acabó de peinarse, observó a su marido, ahora taciturno y en silencio. Caminó hasta su lado y rozó uno de sus hombros.

—Hay algo que te inquieta.

—Nada que deba preocuparte a ti. Son solo asuntos del clan.

—Pero te preocupan.

—Lo hacen, Seelie —admitió con un suspiro.

Ella tomó asiento sobre sus piernas y lo miró a los ojos.

—Si necesitas a alguien con quien hablar, aquí estoy yo.

—¿A ti qué iban a importarte? Las mujeres solo os preocupáis por vuestros vestidos.

Seelie frunció el ceño al escucharlo.

—Es injusto que pienses eso sobre mí, no es cierto y revela lo poco que conoces acerca de las mujeres.

Kyle cerró los ojos y al abrirlos, ella seguía mirándolo, con seriedad.

—El clan Drummond ha ocupado unos terrenos que nos pertenecen.

—¿Habéis hablado con su laird?

—Hace bastante tiempo que lo hice. Le dejé bien claro que si no quería una guerra, debía ordenar que sus campesinos se marchasen.

—Pero no ha sido así —dedujo ella por su expresión.

—No. —Kyle endureció las facciones, convirtiéndose en el dragón que todos conocían

—. ¡Ese bastardo de Alistair acabará sin cabeza como mi paciencia se acabe! ¡Hemos hecho incursiones avisando de que debían irse! ¡Hemos quemado tierras y matado a una buena parte de su ganado!

—¿Y no se marchan? —preguntó ella contrariada.

—¡No, malditos santos, siguen en mis dominios! —Entrecerró los ojos y enseñó los dientes en una mueca feroz—. Mi padre me instó a darles tiempo, a actuar con cabeza y con inteligencia. No obstante, con los Drummond, eso no sirve. Están riéndose de nuestro clan, y no lo voy a permitir.

—¿Qué piensas hacer?

—Esta noche saldrá una última incursión que acabará con todos sus animales y sus cultivos. Se quedarán sin comida, sin agua. Cercaremos los caminos hacia el río. No les quedarán más alternativas que marcharse.

—¿Crees que lo harán?

—Quiero pensar que sí. Porque si no lo hacen, les declararé la guerra.

—¿Entonces qué te preocupa, Kyle? —lo interrogó acariciando su mejilla rasposa.

—Me preocupan mis parientes. Somos más numerosos que los Drummond y sé que podríamos vencerlos sin pestañear, pero habría muertos. Hombres Murray inocentes, con familias a las que mantener.

Seelie sonrió al ver la preocupación en el rostro de su marido. Después de todo, el Dragón no era tan sanguinario como todo el mundo decía. Tenía corazón, tenía preocupaciones, y se inquietaba al pensar en la muerte de sus parientes.

Lo besó emocionada, notando cómo él la abrazaba y le devolvía el beso con las mismas ganas.

—Te amo, Kyle. —Lo agarró por las mejillas para que la mirara a los ojos—. Eres un buen líder, justo e íntegro. Eres fiero defendiendo lo que es tuyo, pero, ¿qué buen laird no lo es? No eres el monstruo del que todo el mundo habla, y tu pueblo lo sabe y te apoya. Te apoyará siempre, y si tienen que dar la vida por su clan, lo harán sin pensarlo, por el bien de sus familias y de sus hijos.

—Seelie —susurró maravillado.

—No debes atormentarte por algo que no puedes controlar. Lo primero es tu clan, y su seguridad. Si Alistair Drummond ha usurpado unas tierras que nos pertenecen, debe pagar por ello.

Un enorme sentimiento de orgullo y respeto llenó el pecho de Kyle. Estaba casado con una mujer excepcional. Seelie era especial en todos los aspectos y él un hombre muy afortunado por tenerla a su lado.

Tras otro ardiente beso, ella se levantó de su regazo y lo cogió de la mano para que la imitase.

—Vamos, no quiero llegar tarde a la ceremonia de Effie. Tengo que organizar el refrigerio de después del enlace.

—Pensaba que solo iba a ser una misa.

—Eso cree Effie, pero no voy a permitir que mi amiga no tenga una bonita celebración el día de su desposorio. —Le guiñó un ojo, haciéndolo sonreír por su pillería y abrió el arcón para sacar el manto que llevaría sobre el vestido.

Cuando Kyle lo vio, todo su cuerpo tembló por la emoción, y unas ganas locas de volver a quitarle la ropa y hacerle el amor por segunda vez, lo poseyeron. No obstante, lo único que pudo hacer fue jadear y abrazarla, mientras la levantaba del suelo y giraba con ella en volandas.

—Llevas el tartán Murray.

Ella rio, divertida, y lo besó, asintiendo.

—Sí, mi amor. Ya era hora de lucir los colores de mi clan. Después de todo, mi esposo no deja de repetirme que mi nombre es Seelie Murray, ¿no es cierto?

La ceremonia se celebró en una pequeña capilla de Blair Atholl. En ella, apenas diez personas descansaban en los bancos de madera mientras esperaban que los novios hiciesen acto de presencia. Entre ellos Seelie y Kyle.

La asistencia del Dragón en aquella boda asombró a todos los presentes, incluso al párroco, que no dudó en acercarse hasta ellos y saludarlos con efusividad.

Kyle se mostró más cercano que nunca. Conversó con los invitados y demostró públicamente el cariño que le profesaba a su joven esposa, ya que no dejaron de

acariciarse en todo el tiempo que estuvieron allí.

Los novios llegaron poco después, cogidos de la mano y muy sonrientes. Se notaba la felicidad en sus caras. Effie relucía, parecía una princesa con el vestido que Seelie le había regalado. Todos la alabaron y elogiaron la prenda, incluido Lean, que casi murió de gozo al ver a su mujer enfundada en aquel elegante atuendo. Si para él Effie ya era preciosa, ese día estaba impresionante.

Cruzaron la capilla a paso lento, la cojera del novio no les permitía caminar con ligereza.

La ceremonia fue breve, pero muy emotiva. Los novios se juraron amor eterno ante Dios y sellaron su unión con un casto beso en la mejilla.

Al acabar, Effie y Lean se acercaron a ellos. Ambos saludaron al Dragón con respeto y algo de miedo.

—Nos alegra que hayáis podido venir a nuestro enlace, mi señor —dijo la sirvienta con cortesía.

—Ha sido una boda bonita y mi mujer no me hubiese perdonado el no venir.

Todos rieron por las palabras de Kyle y Seelie lo agarró del brazo, orgullosa de que su esposo se comportase tan amablemente con su amiga y su esposo.

—Ha sido precioso —añadió ella—. Lean, cuídala, es una gran mujer.

—Sí, mi señora. Effie es la mujer de mi vida, y soy muy afortunado de poder tenerla a mi lado.

—Rezaré para que los santos bendigan vuestra unión, al igual que Nuestro Señor ha hecho.

Effie miró a su alrededor y contempló a las personas que habían ido al enlace.

—Qué extraño, no parecen querer irse. La ceremonia ya acabó y todos siguen aquí.

Seelie agarró la mano de su sirvienta y la condujo a la parte trasera de la capilla, donde un pequeño jardín escondía varias mesas con whisky tibio y comida.

—Todavía no ha terminado, querida.

—¡Por San Gilberto! ¿Es esto posible? —Una lágrima resbaló por su mejilla—. Os dije que no quería tal cosa.

—Todas las novias lo queremos, y vuestros invitados lo agradecerán. Además, es parte de mi regalo.

—¿Todavía más? ¿No os parece suficiente con este maravilloso vestido?

—Te lo mereces, amiga.

Se abrazaron emocionadas y los invitados fueron pasando al jardín, donde dieron buena cuenta del refrigerio. A los pocos asistentes, fueron sumándoseles más criados que pudieron relegar sus quehaceres en el castillo, animando todavía más el ambiente festivo de las nupcias.

Seelie contemplaba a la novia desde su posición. Parecía tan feliz... y Lean estaba siempre tan pendiente de ella, que sintió mucha ternura por aquel hombre. Estaba segura de que tendrían una vida próspera y maravillosa juntos. El amor que se

profesaban era palpable por todos.

Los brazos de Kyle la rodearon mientras miraba a su amiga. Al notar que su marido buscaba su atención, sonrió. Apoyó la espalda sobre su torso y lo miró, con un sonrisa serena en los labios.

—¿Te alegras de haber venido?

Él besó la nariz de su mujer.

—Son buenas gentes y me agrada haber podido conocerlos mejor. Sirven en el castillo y nunca había cruzado ni una palabra con ellos.

—Y ellos también se sentirán felices de que su laird no sea el villano que pensaban. Ahora están más cómodos en tu presencia.

—Nunca creí que fuese necesario conocer a mis sirvientes. Con que hiciesen bien su trabajo me bastaba.

—Salió a la luz tu alma de dragón, mi amor —bromeó dándole un suave golpe en el pecho.

Kyle acarició su oreja con la nariz y la apretó contra su cuerpo.

—¿Así lo crees? Pues, quizás, este dragón secuestre a su esposa y la encierre en sus aposentos para hacerle el amor toda la noche.

—¿Y se supone que eso será un castigo para ella? —Rio—. Puede que el Dragón se sorprenda cuando la dragona que hay en el interior de su mujer salga esta noche.

—Mm... cada vez me apetece más que nos marchemos.

Seelie rompió a reír y besó a Kyle con pasión. Su estómago se agitó por las sensaciones que siempre le producían sus besos.

—Todavía sigo asombrándome de que nuestra unión haya resultado tan bien.

—A mí también me ocurre, mi dulce Seelie. —La cogió de la mejilla y la besó—. Me despiertas un cariño que jamás he sentido con nadie.

—Te quiero —respondió encantada. Miró de reojo a los novios y volvió a sonreír—. ¿Recuerdas cómo fue nuestra boda?

—No se pareció en nada a esta. Todo fue más frío y... menos familiar.

—Ninguno de los dos la deseaba. Si hubiese podido salir corriendo, lo hubiera hecho. Sin embargo, tenía un deber que cumplir por mi clan.

—Y yo por el mío —añadió Kyle—. Después de la muerte de mi primera esposa, las ganas de acercarme a una jovencita asustada eran nulas. Y tú me lo pareciste.

Seelie se abrazó a él y apoyó la cabeza sobre en su torso.

—Cuánto me alegro de que hayamos logrado vencer esos prejuicios. —Lo besó—. Te amo, Kyle. Puede que nuestra boda no fuese tan bonita como esta, ni tan sencilla, ni tan emotiva, pero sé que nuestra vida será feliz. Porque te quiero. Y sé que tú me querrás también.

Él la miró anonadado.

—Mi dragona. Cada vez estoy más seguro de que tus palabras llegarán a cumplirse, porque siento que si hay alguna mujer en Escocia capaz de hacerme aprender a amar,

eres tú.

CAPÍTULO 19

La celebración se alargó unas cuantas horas. El whisky comenzaba a hacer efecto y las risotadas rompían el silencio, incluso en el interior de la capilla. Sin embargo, nadie se molestó por ello, de hecho, el párroco era uno de los que más brindaba por los novios. Todos estaban alegres. Todos, incluso Kyle, que dejó de lado su gesto serio y charló con casi todos los presentes, eso sí, sin soltarle la mano a su esposa ni un momento.

Se notaba que ambos querían estar juntos. Se besaban y acariciaban cada poco, se sonreían como si el otro fuese el ser más especial del mundo. El laird nunca había sido visto comportándose de aquella manera tan humana.

Tras un último beso, Seelie se disculpó con su esposo y se marchó a las letrinas, prometiéndole regresar en breve.

Al quedarse a solas, Kyle observó a todos los presentes con actitud relajada, y una media sonrisa en los labios. Saludó a varias de las sirvientas con un movimiento de cabeza, y a los mozos de las caballerizas.

Apuró el último trago a su copa y caminó a la mesa para rellenarla. Cuando lo hizo, giró para regresar, sin embargo, chocó contra alguien.

Al fijarse mejor, reconoció a Evanna.

Su antigua amante le sonrió con coquetería y le hizo una pequeña reverencia, dejando entrever sus exuberantes pechos mientras su sonrisa curvaba sus labios.

—Mi señor, cuánto tiempo sin veros.

—Muchacha, me ves a diario.

—Sí, claro que lo hago, pero... me refiero a... hacerlo en privado.

—Tengo asuntos importantes que ocupan mi tiempo —dijo como si nada.

—Vuestra esposa, ¿no es así? —Pasó una mano por su lacio cabello castaño y parpadeó con sensualidad.

—Mi esposa y mi clan.

Evanna colocó una mano sobre el brazo del Dragón y sonrió con malicia.

—Es una mujer muy bella. No os culpo, es incluso más bella que yo, mi señor.

—Lo es —admitió cortante.

—Es lógico que deseéis pasar más tiempo en su compañía. Cuando un hombre se enamora, ocurren esas cosas, y vos estáis enamorado de nuestra señora Seelie.

Kyle alzó una ceja y fulminó a Evanna con la mirada.

—¿Quién ha hablado de amor?

—Solo hay que veros, mi laird. —Rio y se cruzó de brazos, sin dejar de sonreír—. Adoráis el suelo por el que camina.

—¡Deja de decir estupideces! —le advirtió señalándola con el dedo índice.

—No, no... no soy yo la que dice esas cosas, sino vuestros guerreros y hombres del

clan. Todos saben que el amor que sentís por vuestra esposa os está cambiando, os está volviendo más débil.

Kyle apretó los labios y entrecerró los ojos, convirtiéndolos en dos finas líneas en su cara. Dio un paso hacia ella y gruñó, enfadado.

—¿Quién? ¿Quién me considera débil?

—No podría deciros nombres. Lo he escuchado en varias ocasiones. —Sonrió con malicia tras su mentira—. Pero, claro, estáis tan ocupado con vuestra esposa, que no escucháis lo que vuestro clan piensa de vos.

—¡No estoy enamorado de mi esposa! —gritó fuera de control, negándose a sí mismo todo lo que Seelie le hacía sentir.

La criada miró de reojo, la mujer de Kyle se acercaba a ellos, y los observaba con seriedad.

Evanna estaba frustrada. Había pasado de ser la amante del Dragón a una simple ayudante de cocina, y quería que su situación volviese a ser la de antes. Viendo que Seelie estaba muy cerca, volvió a centrarse en Kyle, que la miraba con ira.

—¿Me aseguráis que es cierto lo que me decís? ¿Que no amáis a Seelie Murray? —preguntó alzando la voz, para que la oyese.

El orgullo y el enfado de Kyle eran tan potentes que apenas pensaba en lo que hablaba. Si lo que Evanna decía era cierto, los hombres de su clan lo veían un líder débil por su forma de tratar a Seelie. Apretó los puños y maldijo en silencio. Aquello no podía ser cierto. Todos le temían, le respetaban. ¿Sería posible que por una mujer su reputación acabase? ¿Que sus rivales comenzasen a verlo como a un líder frágil? ¿Que su propio clan se riese de sus sentimientos?

Gruñó. Él era un guerrero. Había luchado en decenas de batallas, se había ganado a pulso el respeto de todos sus enemigos, el de sus parientes.

Los guerreros no amaban. Y él tampoco lo hacía.

Nadie cuestionaría la fuerza del Dragón.

Fuera de sí, agarró a Evanna por los hombros y apretó, mientras acercaba su cara:

—¡Yo no amo a mi esposa! ¡Aguanto su presencia porque es mi obligación!

—No sé si lo que decís es cierto, mi laird —habló la criada con indiferencia.

—¡No la amo, por todos los malditos santos! ¡Puedo tener mil amantes y nada me importarán los sentimientos de esa mujer con la que me obligaron a desposarme! — Nada más acabar de hablar, tiró de su mano y se la llevó hacia una arboleda cercana, la aplastó contra un árbol y la besó con brutalidad, levantándole el vestido y acariciando sus muslos. La boca de Evanna era complaciente, a pesar de que él apenas percibía nada cuando la besaba. Notaba sus pequeñas manos acariciando su pene, excitándolo y acercándolo a su vagina. Tras un rugido furioso, la alzó en peso y la penetró con fuerza, sin el menor signo de ternura.

Era Kyle Murray, el Dragón.

Nadie volvería a cuestionarle. Y menos por una simple mujer.

El suelo parecía haber desaparecido bajo sus pies, la sensación de mareo la dejó tan débil que tuvo que apoyarse en un sirviente que había a su lado.

—Mi señora, ¿estáis bien?

Seelie asintió convulsivamente, con el rostro blanco como la leche y la boca seca.

—S...sí, no te preocupes.

—Parecéis a punto de desfallecer, ¿necesitáis que avise a vuestro esposo?

—¡No, no! —Su voz sonó demasiado aguda. Tragó saliva e intentó serenarse—. No es nada grave, solo me encuentro un poco indispuesta.

Cuando el criado la dejó a solas, su mirada se dirigió hacia la arboleda por la que había desaparecido Kyle junto con Evanna.

En su mente no dejaban de repetirse sus palabras. Los había escuchado hablar. Había oído cómo su marido le aseguraba que no la amaba y que no lo haría nunca, que aguantaba su presencia solo por el hecho de que estaban casados.

Su mundo se desmoronó al ver cómo la besaba contra el árbol, y cómo desaparecían tras este. Se sintió floja, con unas ganas de llorar que le quemaban la garganta. Engañada, ultrajada, insultada por el hombre al que amaba. Por el hombre en el que confiaba y al que había abierto su corazón.

Dio media vuelta y salió corriendo del jardín de la pequeña capilla, chocando contra Effie en su huida.

La sirvienta, al verla, frunció el ceño, Seelie tenía muy mala cara.

—Seelie, ¿os encontráis bien?

—Sí, sí...

—¿Qué os ocurre?

—Tengo que marcharme, Effie, tengo que irme de aquí. —Una lágrima resbaló por su mejilla y un dolor inmenso en el pecho la ahogaba.

Effie la rodeó con los brazos y la abrazó, intentando consolarla.

—Mi señora, me preocupáis.

—Solo necesito descansar —aseguró, pero sin mirarla a la cara.

—¿Pero... vuestro esposo...?

—Se queda un rato más a disfrutar de tu enlace. —Cerró los ojos al imaginarlo junto a Evanna, besándose de la misma forma en la que la besaba a ella. Sus piernas temblaron—. Yo... tengo que regresar al castillo.

—Os acompaño. Os colocaré el camisón y os meteré en la cama.

—Quédate, es tu celebración, no pienso tolerar que te la pierdas por mí, yo voy a estar bien.

—¿Estáis segura?

—¡Effie, te ordeno que vuelvas con los demás! —gritó desesperada por marcharse.

La sirvienta se quedó sin habla y Seelie dio media vuelta y comenzó a correr hacia el castillo. Ni siquiera el viento helado la sacaba de aquella neblina en la que estaba sumida. Las lágrimas mojaban su cara, y caían por su cuello hasta su vestido. La sensación de ahogo era cada vez más intensa. Kyle la había engañado. Le había dicho cientos de palabras amables cuando en realidad no las sentía. La consideraba un estorbo, una obligación que le impedía fornicar con sus amantes. No obstante, había quedado demostrado que lo hacía de todos modos. En esos momentos él y Evanna estarían haciendo el amor escondidos en la espesura de aquella arboleda, mientras ella moría de tristeza por dentro.

La visión del castillo a lo lejos la alteró todavía más.

¿A dónde iba a ir? ¿A sus aposentos, donde todo le recordaba a él? ¿Iba a tumbarse en ese lecho donde tantas veces habían hecho el amor?

Se apoyó en un árbol, mareada y casi sin respiración.

—No puedo, así no...

No se veía capaz de regresar al castillo, de que todos la viesen llegar llorando, de que le preguntasen sin cesar qué era lo que le afligía. Su orgullo no se lo permitiría. Kyle la había pisoteado y machacado, había jugado con su corazón y la había dejado malherida. No permitiría que todos la mirasen con pena.

Decidida, se adentró en el bosque y corrió a través de él.

El silencio era ensordecedor, y agradecía el crujir de las ramas bajo sus pies, y el sonido ahogado de su respiración.

Continuó con su carrera hasta que el ruido del agua la condujo hasta el río.

Aquella majestuosa belleza volvió a sobrecogerla, sin embargo, apenas sintió esa emoción de la primera vez.

Caminó por la orilla con la mirada puesta en sus aguas transparentes y gélidas. Deseó desaparecer con ellas, perderse por los recovecos de los bosques de Escocia y llegar al mar, para regresar a Mull.

Su isla, su hogar, la tierra que la vio crecer.

Allí nadie la dañaría, allí nadie se quedaría a su lado por obligación, allí nadie le volvería a romper el corazón.

No pudo hacerlo. Kyle salió de la arboleda tan enfadado como entró. A pesar de la buena predisposición de Evanna, y las ganas de demostrarle que todos los que hablaban sobre él se equivocaban, no fue capaz de poseerla. Su pene ni siquiera se hinchó, y tras varios segundos obligándose a seguir, se rindió. La abandonó allí, medio desnuda, sin importarle lo que pudiese pensar.

Su frustración era enorme. El rostro de Seelie no dejó de acompañarlo mientras tocaba a la otra mujer. Sus preciosos ojos verdes lo observaban, su sonrisa lo atormentaba, sus

dulces palabras le golpeaban como un látigo.

Quizás Evanna tuviese razón. Quizás había dejado que sus sentimientos llegasen demasiado lejos. La pasión por su esposa lo condicionaba, le impedía hacer lo que antes disfrutaba. Seelie lo debilitaba.

Dio un golpe al tronco de un árbol, de camino a la celebración, y gruñó enfadado.

¿Cómo había consentido que aquello sucediese? ¿Cómo había consentido que su mujer controlase su pasión?

Se reunió con los invitados del enlace de Effie al salir de la arboleda y buscó con la mirada a Seelie. Su esposa no debía de andar demasiado lejos.

Escudriñó entre los sirvientes, buscándola, sin embargo, no la halló. No había ni rastro de la dulce mujer que lo enloquecía, ni de su cabello flameante. Entrecerró los ojos y aguardó, seguramente no hubiese regresado de las letrinas.

Su paciencia se agotó diez minutos después. Con un extraño nerviosismo en el pecho, se acercó a Effie. La criada conversaba con Lean y un mozo de las caballerizas. Al verlo llegar, los tres se giraron y lo saludaron con respeto.

—Effie, ¿dónde está mi esposa? Se fue a las letrinas hace un rato y no ha regresado.

La criada lo miró extrañada.

—Mi señor, ¿Seelie no os ha dicho que regresaba al castillo?

—¿Ha regresado, sola? ¿Sin mi permiso? —La voz de Kyle se volvió sombría—. ¿Por qué le has permitido marcharse sola, sirvienta?

—Yo... yo... ella... me prohibió que me moviese de aquí. Mi señora Seelie... ella parecía nerviosa. Dijo que estaba cansada.

—¿Y no te extrañó que se marchase sin mí? —gritó perdiendo los nervios. Todos los presentes lo miraron.

Effie agarró la mano de Lean, y bajó la cabeza al suelo, con unas enormes ganas de llorar.

—Ni siquiera lo pensé... ella me dijo que vos... ibais a quedaros aquí un rato más.

—¡Malditos santos! ¡Maldita mujer!

Abandonó la capilla sin despedirse y comenzó a caminar hacia el castillo de Blair, con el rostro tan sombrío como la noche.

Cuando llegase, pensaba poner a su esposa sobre su regazo y darle una buena tunda en sus suaves posaderas, para que jamás volviese a hacer aquello.

Atravesó las puertas del castillo sin saludar a sus parientes, que hablaban en el gran salón, junto a Bruce. Subió las escaleras de piedra que llevaban hasta sus aposentos y abrió, entrando como un tornado.

La habitación estaba vacía. Caminó por ella hasta llegar a la puerta que separaba la alcoba contigua y de un empujón la hizo chocar contra la pared, produciendo un gran estruendo.

—¡Seelie! —gritó nada más entrar.

No obstante, aquella sala también estaba vacía. Los ojos del Dragón se oscurecieron por

la rabia. Dio una vuelta sobre sí mismo y pensó qué hacer a continuación.

Su mujer no debía de estar muy lejos.

Abandonó la alcoba y recorrió el ala donde estaban las habitaciones, entrando a cada una de ellas. Al no encontrarla, bajó a las cocinas, a las letrinas, a las caballerizas y buscó por los jardines.

—¿Dónde demonios estás, mujer? —susurró para sí mismo, sintiendo que el nerviosismo alteraba su corazón.

Pensó en miles de torturas posibles para cuando la encontrase, imaginó gritos, y gritos, y un gran alboroto para que comprendiese que dejarlo solo y marcharse sin avisar no era lo correcto.

La preocupación comenzó a hacerse notar. ¿Y si le había ocurrido algo mientras regresaba?

Tras pasó la puerta del gran salón y todos sus parientes, que bebían y conversaban en él, lo miraron curiosos.

—¿Dónde está mi esposa? —rugió—. ¿Dónde diablos está mi esposa?

Bruce, viendo a su primo tan excitado, se levantó de su asiento y fue a su lado.

—Aquí no, primo. ¿No estará en la boda de su sirvienta?

—¡Se fue, condenación! ¡Esa maldita mujer se fue sin mi permiso, dijo que regresaba al castillo! —Se obligó a respirar con normalidad, en su pecho se estaba formando un nudo tan grande que le impedía incluso tragar.

—¿Has buscado en sus aposentos? —preguntó Bruce, intentado mantener la calma.

—¡No está allí! ¡Seelie no está en el castillo! —Al ver la cara confusa de Bruce, Kyle señaló a todos los hombres que estaban sentados alrededor de la mesa—. ¡Buscad a mi mujer! ¡Buscadla por los alrededores, por el bosque, por el poblado! ¡Fuera de aquí, vamos!

Todos corrieron a obedecer sus órdenes, mientras él continuaba revisando las partes del castillo de Blair por las que no había pasado.

Recién entrada la tarde, Kyle todavía no tenía noticias de Seelie. Su nerviosismo era tal que caminaba de aquí para allá. Recorría sin cesar las diferentes estancias y los alrededores de las murallas. Notaba tal presión en el pecho, y una incomodidad tan grande en el estómago, que su rostro estaba más frío y serio que nunca.

—¡Mi señor! —Una de las criadas llamó su atención cuando la luna se encontraba en lo más alto del cielo—. ¡Nuestra señora Seelie está sana y salva!

Kyle se levantó de su sillón de un salto y jadeó por el alivio.

Tras la criada, apareció Seelie.

Estaba calada hasta los huesos y su cuerpo tiritaba por el frío. Su pelo rojo se pegaba a su rostro y goteaba en el suelo. Su piel nívea, tenía una tonalidad azulada y su falda estaba desgarrada por el dobladillo.

Kyle se obligó a no ir hasta ella y abrazarla por la preocupación que había padecido aquellas siete horas sin saber su paradero.

Los guerreros y demás hombres, aparecieron tras ella, incluido Bruce, que se colocó junto a Seelie.

—La encontramos en el río, bajo la lluvia, primo. —La miró levemente—. Si llegamos a tardar unas horas más, algo horrible podría haberle pasado.

El rostro de ella se alzó, orgulloso, obviando su mal aspecto. Kyle se quedó mirándola, sin acercarse, ni demostrar sus sentimientos, no quería que los guerreros viesen a su laird mostrando ternura hacia una mujer. No después de que Evanna le dijese aquello. Apretó los labios y se cruzó de brazos, fulminándola con los ojos. Parecía un animal a punto de atacar.

—¿Y bien, esposa? ¿Tienes algo que decir que explique tu desaparición?

Seelie sonrió con tirantez y enarcó las cejas, rota por dentro, pero sin querer demostrarlo. ¡Jamás lo haría, jamás la vería caer!

—Tengo algo que decir. —Miró a Kyle a los ojos y dio un paso hacia delante—: Buenas noches, me retiro a mis aposentos.

—¡Maldición, mujer! —rugió él, logrando que todos sus parientes, que contemplaban la escena alucinados, se encogiesen. Se acercó a ella y la agarró por los hombros, zarandeándola—. ¿Desapareces sin avisar y solo tienes eso que decir?

Seelie dio un tirón para soltarse de su agarré, alzó todavía más la cabeza y sonrió, como si nada.

—Hay algo más, por supuesto.

—¿Y qué es, condenación? —chilló fuera de sí.

—Ordena que preparen dos carros con caballos para mañana. Regreso a la isla de Mull.

CAPÍTULO 20

Seelie pasó la noche sin poder descansar.

Acurrucada bajo las pieles de la cama de su antigua alcoba, lloraba por la traición de su esposo. Sus palabras habían sido tan crueles... Fue tan doloroso ver al hombre que amaba besar a otra mujer...

Evanna había continuado metiéndose en el lecho de su marido.

Había estado jugando con sus sentimientos. Le aseguró que no podía tocar a otra mujer, cuando en realidad nunca había dejado de hacerlo.

Su corazón estaba roto.

La pasada tarde, en el río, el letargo en el que se sumió la tuvo adormecida hasta que la lluvia la sorprendió.

Había llorado mucho, y había dejado que el dolor por la traición de Kyle saliese desde su pecho.

Tras toda una noche sin poder dormir y sin poder dejar de llorar, se notaba vacía. No había querido que Effie la vitiese, ni había querido probar bocado.

Recordaba la frialdad del Dragón cuando regresó del bosque. Apenas reaccionó cuando le pidió los carros y los caballos para marcharse. Ahí estaba la señal que necesitaba para comprender de una vez por todas que Kyle no la amaba, ni la amaría nunca. El dolor por el descubrimiento era igual o más intenso que el del engaño.

Se encerró en su alcoba y cerró con la llave que su marido había dejado de usar. Escuchó los gritos de Kyle al descubrir que se había encerrado por dentro, escuchó sus golpes en la puerta, su voz, que le ordenaba abrir de inmediato, exigiendo una explicación. No obstante, no lo hizo, y Kyle acabó por rendirse y dejarla en paz el resto de la noche.

Cuando ya era más de medio día, se vistió sola y peinó su largo cabello, sin demasiado cuidado, sin importarle el dolor por los tirones. ¿Qué más daba un poco más de dolor, si el que ya notaba era terrible?

Salió de sus aposentos y bajó a las caballerizas. Los carros que exigió para que la llevasen a Mull debían de estar preparados. Solo tendría que ordenar que recogiesen sus pertenencias y abandonar Blair Atholl.

A su paso, todos los sirvientes la observaban con curiosidad, como si esperasen verla magullada por una tunda del Dragón, tras su huida.

Salió al exterior y el olor a tierra y humedad la reconfortaron.

Se adentró en las caballerizas y buscó los carros con los que partiría, sin embargo, allí no había nada, solo un par de corceles comiendo heno.

Contrariada, dio media vuelta para regresar al castillo, pero tuvo que detener su marcha al encontrarse de frente con Kyle.

Como de costumbre, la presencia de su esposo parecía empequeñecer el lugar en el que se encontraban. Su cuerpo fuerte y atlético parecía tenso, tanto como su cara, que daba la sensación de estar hecha de granito.

Sus ojos negros la traspasaban con tanto odio que Seelie sintió temor. Si bien pronto su valentía salió a la luz y le plantó cara mirándolo con igual o más enfado.

—¿Dónde están los carros que me llevarán a Mull?

—Tú no vas a ninguna parte —rugió dando un paso hacia ella—. Vas a explicarle a tu marido por qué te fuiste sin avisar, y por qué te internaste sola en el bosque aun sabiendo que te lo prohibí.

—¿Dónde están los carros, Kyle? —repitió sin acobardarse.

—¡Demonios y condenación, mujer! —chilló agarrándola del brazo—. ¿En qué pensabas para marcharte sola?

—¡Suéltame, no me toques!

—¡Te tocaré cuanto me plazca! ¿Me oyes, Seelie Murray? ¡Me debes una explicación! ¡No voy a permitir que esto vuelva a ocurrir, ni que mi propia esposa cierre la puerta con llave para que no pueda entrar!

—¿Ahora soy tu esposa, Kyle? ¿Ahora te interesa que lo sea?

—¿De qué estás hablando, maldición? ¡Claro que eres mi esposa, y no sé qué ha pasado para que tu humor haya cambiado tan drásticamente!

—¿No lo sabes? —Seelie lo miró con odio y rio—. ¿Quieres que te lo diga?

—¡Malditos santos, sí!

—¡Te vi! ¡A ti y a tu amante! —gritó golpeándole en el hombro—. ¡Os vi besaros, os vi internaros en la arboleda, maldito bastardo infiel!

—¡Más te vale hablarme con respeto, mujer!

—¡Te hablaré con el mismo respeto que tienes hacia mi persona! —lo contradijo con frescura—. ¡Me has engañado, me has usado para... descargar tus necesidades de hombre, y... mientras tanto, fornicabas con Evanna! ¡Eres despreciable, un rufián lujurioso!

Kyle rugió al escuchar sus insultos y la zarandeó, agarrándola por los hombros. Estaba enfadado. Lo estaba, y todavía lo estaba más consigo mismo, porque su corazón latía acelerado por esa mujer que no confiaba en él. No quiso escuchar a su cerebro cuando le decía que comprendiese los motivos de Seelie, que entendiese cómo tuvo que sentirse cuando lo vio besar a Evanna contra el árbol. No le dio una explicación, las palabras de la criada resonaban dentro de él y le repetían que no debía ser débil, que los guerreros no amaban.

—La próxima vez que me insultes, mujer, te daré una buena paliza.

—¿Y a qué esperas para hacerlo?

—¡No lo sé, diablos!

—¡Después de todo, no me amas, no sientes nada por mí! —exclamó soltándose de su agarre—. ¡Pobre Kyle! ¡Debe aguantar a su esposa por obligación! ¡Es una suerte que

pueda tener a todas las amantes que le plazca y que no le importe lo más mínimo los sentimientos de la mujer a la que juró respetar y cuidar! ¡Pero, claro, lo obligaron a desposarse con ella!

Kyle reconoció en lo que gritaba Seelie las palabra que él mismo le dijo a Evanna en la celebración de la boda de Effie y Lean.

El nudo de su estómago era insoportable, al igual que el dolor de su pecho. Sin embargo, no se permitió reflejarlo en su cara. Una simple mujer no debía hacerlo sentir de ese modo.

—¿Has acabado ya?

—¡No, no he terminado, maldición!

—¡Cuida esa boca, Seelie!

—¿Oh, qué? —preguntó con chulería—. ¿Qué más puedes hacerme que no hayas hecho ya? ¿Qué otro daño vas a infligirme? ¡Confíe en ti, te di mi amor y tú lo has pisoteado!

—¡Yo no pedí ese amor!

La boca de Seelie se abrió al escuchar su contestación. Dio un paso hacia atrás y negó con la cabeza, destrozada. Al verla temblar, Kyle estuvo a punto de abrazarla y calmar el dolor que ambos sentían por aquella situación, pero su determinación y su orgullo pudieron con todo lo demás.

—Claro, no lo pediste. —Alzó la cabeza, orgullosa—. Y no lo tendrás nunca más. — Señaló a los caballos—. Anoche te pedí que preparases dos carros para mi marcha.

—No te vas a marchar —repitió.

—¡Me prometiste que nadie me retendría aquí, que podría irme cuando así lo desease!

—He cambiado de parecer.

—¡No juegues más conmigo, Kyle Murray, vas a ordenar que preparen los carros para que pueda irme!

—¡He dicho que no!

—¡Eres despreciable, eres el mayor villano con el que me he cruzado nunca! ¡Te odio con todo mi ser, ojalá no te hubiese conocido nunca, ojalá mi vida no hubiese quedado atada a la tuya jamás! —gritó mirándolo a los ojos—. ¡Llegué a creer que eras un buen hombre, que no tenías esa malvada alma de dragón!

—Pues, pensaste mal.

Los labios de Kyle se curvaron en una fría sonrisa, cuando por dentro el dolor era tan fuerte que apenas era soportable. Pero, tenía que ser fuerte, demostrarse a él mismo, y a los demás, que no se iba a ablandar por ninguna mujer, por muy especial y maravillosa que fuese, aunque por dentro se sintiese como un insensible déspota.

Effie la abrazó mientras lloraba desconsolada.

Llevaba en sus aposentos casi todo el día, y las lágrimas y la desesperación de Seelie eran demoledoras.

Cuando llegó a la alcoba de su señora, después de que esa misma mañana no utilizase sus servicios, lo último que esperó fue encontrarla de ese modo.

Sabía que su esposo estaba enfadado con ella por su repentina marcha, en la celebración de su desposorio, sin embargo, tampoco era un motivo para actuar como si el mundo se acabase.

No habían hablado, el llanto de ella era tan intenso, que los sollozos apenas le permitían pronunciar palabra.

Aguardó a su lado, paciente y en silencio, dándole ánimos y esperando a que se calmase, para que pudiese contarle lo sucedido.

No fue sino media hora después, que la joven pudo dejar de llorar. Se limpió las lágrimas y miró a su amiga, sin consuelo.

—No puedo más, querida Effie.

—¿Qué os ocurre, mi señora? Estáis tan afligida que apenas os reconozco.

—Tengo que irme de aquí, no aguanto más el estar junto a Kyle.

—¿Por qué decís eso? Hace unos días me asegurabais que estabais enamorada de vuestro esposo.

—Y lo amo, Effie, lo amo con todo mi ser.

—¿Entonces? ¿Por qué deseáis marcharos?

—El Dragón no me ama. Para él soy un estorbo, una obligación.

—¿Cómo es eso posible? Ayer, en mis nupcias... parecíais tan felices juntos... Se notaba el cariño que os profesabais. Tiene que haber alguna equivocación en todo esto.

—No la hay. Yo misma lo escuché de su propia boca cuando regresé de las letrinas —habló con voz rota—. Kyle y Evanna conversaban sobre mi persona, y mi esposo dijo todas esas cosas tan horribles.

—Quizás estaba ebrio —respondió Effie quitándole importancia—. Ya sabéis que los hombres y el alcohol son malos compañeros.

—No lo estaba. —Se enjugó una lágrima—. Y... la besó. La besó delante de mis propios ojos.

—¡No puede ser cierto!

—Lo es. La cogió de la mano y se la llevó a la arboleda de la capilla.

—Dios mediante, mi pobre niña. —La abrazó y besó en la frente—. Debe de haber algún error. No es posible que el laird actúe de esa manera sabiendo que podía ser descubierto por cualquiera.

—Actuó así porque no le importan mis sentimientos, Effie.

—¿Habéis hablado con él?

—Hace una hora, en las caballerizas.

—¿Y qué os ha dicho?

—Nada. Kyle no ha desmentido nada de lo que se le acusa. No se ha molestado ni en

darme una explicación. —Golpeó el lecho con el puño—. ¡Es una sucia bestia lujuriosa y malvada! ¡Un ser insensible que no me permite marchar, aunque aquí no soy querida!

—Todos los Murray os quieren. No digáis eso.

Seelie suspiró y bajó la vista al suelo.

—Los Murray me quieren, pero... el Murray que debería hacerlo, el que logra que mi corazón lata lleno de vida, no lo hace. Y es su amor el que me hace falta.

—Oh, mi señora... no os aflijáis, seguro que con el tiempo todo se arregla.

—No habrá tiempo, Effie. Kyle ha logrado pisotear mi orgullo, y no voy a quedarme esperando a que decida tratarme como merezco. Me ha usado. Ha usado mi cuerpo y me ha hecho creer que era importante para él, cuando no es cierto. Me ha dejado en ridículo delante de todos, al irse con esa ramera a fornicar tras un árbol.

—Nadie lo sabe, aparte de vos. No habéis hecho el ridículo.

—Lo sé yo, y con eso es suficiente. —Tragó saliva y miró hacia la ventana—. No quiero ni imaginarme las veces que habrá yacido con ella y... después me habrá tocado a mí. Es bochornoso, es asqueroso y... no lo merezco. Siempre he hecho lo que se me ha ordenado, he respetado las decisiones que han tomado por mí.

—Porque sois una buena mujer.

—Pero no quiero seguir siéndolo, Effie. Quiero que Kyle me aborrezca de una vez por todas, que no quiera ver mi rostro por su castillo y que, finalmente, deje que me vaya a la isla de Mull, con mi familia y la gente de que verdad me ama.

Los días que siguieron a su discusión en las caballerizas, Kyle los pasó sombrío y huraño. Apenas hablaba con nadie, ni siquiera con sus guerreros. Cuando el Dragón se encontraba con ese humor, ninguno se atrevía a cruzarse en su camino si no era estrictamente necesario.

Cualquiera podía ser el blanco de su ira, cosa que aprendió tarde su prima Isla, que se llevó una buena reprimenda por algo sin importancia, pero que a Kyle le pareció suficiente para descargar su frustración con ella.

Apenas veía a Seelie. Su mujer había decidido refugiarse en su alcoba y se encerraba en ella con llave. Pocas eran las veces que salía a pasear por los alrededores.

Las únicas personas que la veían con más asiduidad eran su sirvienta, su primo Kenneth y la joven Isla, que todos los días se reunían con ella en sus aposentos para hacerle compañía.

Por su parte, Kyle intentaba no pensar demasiado, pero era imposible. El rostro de Seelie aparecía frente a él y le hacía recordar lo maravilloso que era estar en su compañía. Cuando eso sucedía, se obligaba a refugiarse en sus quehaceres con el clan, se recordaba que nunca había necesitado a una mujer en su vida para ser feliz, y que

seguía sin necesitarla.

Cuando cayó la noche, el Dragón se metió en sus aposentos. Se descalzó y abrió la camisa, dejando su vigoroso torso al aire. Se tumbó sobre el lecho, con la mirada puesta en la puerta que separaba ambas habitaciones, pensando en lo que estaría haciendo su esposa en ese momento. La imaginó en la bañera, desnuda, frotando su jugoso cuerpo mientras el agua acariciaba sus pechos.

—Por san Gilberto —se quejó fastidiado de sus propios pensamientos.

Seelie le dejó bien claro que no quería su compañía, y él había guardado las distancias. ¡No la necesitaba! ¡No necesitaba a su mujer ni a ninguna otra! ¡Eran un estorbo, solo servían para incomodar!

Se levantó de la cama, agobiado, y paseó en círculos por la habitación.

Desde la última vez que hizo el amor con Seelie, cinco días antes, no había vuelto a saciar sus necesidades. Pensó en Evanna, pero el simple hecho de imaginar a la criada bajo su cuerpo, desinflaba su deseo.

Solo había una persona a la que deseaba, y era la misma que estaba en la habitación contigua, con la puerta cerrada con llave.

Se pasó una mano por el largo cabello negro y resopló. Su miembro se hinchaba por el simple pensamiento de tocarla.

Apoyó la cabeza en una de las frías paredes y cerró los ojos, recordando cómo era el placer de llenarla con su masculinidad, el sentirse completo cuando fundían sus cuerpos.

—¡Condenación! —rugió dando un golpe a la pared.

Nunca había sentido esa ansia de posesión, esas ganas locas de tener a nadie a su lado. ¡Por todos los demonios, era el Dragón! ¡El hombre que siempre conseguía lo que quería, el laird de los Murray, uno de los guerreros más temidos de Escocia! ¿Iba a permitir que una simple mujer jugase con él? ¿Que lo privase de su cuerpo, cuando le pertenecía por derecho?

Decidido, caminó hacia la puerta que lo separaba de Seelie, golpeó varias veces en ella y esperó a escuchar su voz. Sin embargo, la contestación no llegó.

Enfadado, volvió a aporrearla, esta vez con más brío.

—¡Abre la puerta, Seelie! —Golpeó de nuevo la tibia madera—. ¡Esto ya ha durado bastante!

El silencio fue lo único que consiguió tras sus exigencias. Furioso, golpeó con toda su furia.

—¡He dicho que abras la puerta, mujer! ¿Acaso estás sorda?

—Estoy enferma. —Su voz sonaba seria, fría y lejana.

—Abre —exigió apretando la mandíbula.

—No estoy adecuadamente vestida.

—¡Seelie Murray, he dicho que me abras, condenación! —gritó fuera de sí.

—No. Quiero descansar.

El gruñido de Kyle resonó por toda la habitación, llevado por la rabia, golpeó sin cesar la madera, logando que esta temblase.

—Te lo repetiré una sola vez más, mujer, ¡ábreme de una maldita vez!

—No.

Los ojos del Dragón se convirtieron en dos finas líneas en su cara. Asintió, con una gélida sonrisa en los labios.

—Muy bien, tú lo has querido así.

Sin perder ni un segundo, cargó contra la puerta haciéndola crujir. Se apartó de ella, tomó carrerilla y repitió el golpe. Después de unas cuántas, la madera se quebró y la luz de la habitación de Seelie se vislumbró por el agujero. Kyle se frotó el hombro, dolorido por los golpes, no obstante, repitió el proceso hasta que de un último golpe, la puerta cayó al suelo, armando un gran estruendo.

Entró en la alcoba de Seelie como una pantera a la caza de su presa, y para su asombro, no la encontró escondida en algún lugar de la habitación, sino que Seelie lo esperaba de pie, en el centro de ella, con el semblante sereno y la cabeza muy alta.

Se dirigió a ella y la agarró por un brazo, pegándola a su cuerpo. Su furia era tal, que su visión se volvió roja y negra, y su respiración, jadeos.

—Espero que tengas una buena explicación para haber hecho esto, mujer, porque si no la tienes, vas a pagar las consecuencias.

—Tengo una buena explicación —contestó con una falsa tranquilidad en la voz, sin embargo, por dentro Seelie temblaba de nerviosismo.

—¿Qué explicación? ¡Habla!

—Te odio.

—¡No juegues más conmigo, Seelie, o al final tendré que castigarte! —le advirtió.

—No te tengo miedo.

—¡Pues deberías! —rugió acercando su boca a la de ella.

—Quiero irme a casa.

—¡Esta es tu casa!

—¡No lo es! ¡El castillo de Blair nunca será mi hogar! ¡Te aborrezco, aborrezco todo lo que tenga que ver contigo y no soporto pensar que mi vida será a tu lado!

—¡Cállate! ¡Eres una arpía venenosa y provocadora!

—¡Y tú un perro infiel! —chilló a su vez—. ¡Eres un monstruo incapaz de amar, no tienes corazón! ¡Eres un demonio, Kyle Murray!

—¡Deja de decir eso!

—¡No! ¡No voy a hacerlo, porque es la verdad! ¡Todavía no sé qué fue lo que me hizo amarte, pero puedes estar seguro de que ya no lo hago! ¡Quizás siga siendo tu esposa, pero debes saber que nunca voy a permitir que vuelvas a ponerme una de tus asquerosas manos sobre mí!

Kyle la zarandeó y la aplastó contra una de las paredes, haciendo que Seelie gimiera por el dolor. Le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¡Tú lo has dicho, todavía eres mi mujer, y seguirás siéndolo hasta la muerte!
—¡Entonces espero morir pronto y terminar de una vez por todas con este sufrimiento!
—declaró Seelie sin poder evitar que una lágrima escapase de sus ojos.
—¡No repitas eso jamás!
—¡Lo repetiré si me place, Dragón! ¡Deseo que mi desgraciada vida termine ya, no soportaría pasar ni un día más a tu lado!

A la mente de Kyle llegó el recuerdo de su primera esposa. Su cuerpo sin vida. Ella, al igual que Seelie, no soportó el martirio de vivir a su lado.

Cuando pensó en que cualquiera de esos días podría encontrarla muerta, tirada en el suelo y cubierta de sangre, su cuerpo se heló. El dolor por el solo pensamiento de un mundo sin Seelie arrasó su corazón.

¿Sería verdad? ¿Estaría pensando en quitarse también la vida por su culpa? ¿Ese era el efecto que conseguía en las mujeres que estaban a su lado, el desear la muerte?

Los ojos de Kyle se cubrieron de lágrimas, sin embargo, soltó a su mujer y dio la vuelta antes de que ella pudiese verlo. Jadeó y se quedó en silencio unos segundos, intentando controlar la desolación que su cuerpo abrigaba.

Se humedeció los labios, reseca por la situación y apoyó una mano en la pared.

—¿De verdad no soportas mi presencia?

—No. —¡Sí, sí que la soportaba! ¡Lo único que necesitaba era su amor, su fidelidad, su cariño! Estaba segura de que una vida sin él era incluso peor que la muerte. No quería que aquello sucediese, pero, el Dragón no podría amar nunca. Le había quedado demostrado.

—¿No deseas vivir en el castillo de Blair?

—No. —Lo deseaba con todo su corazón.

—Entonces te irás. —Kyle giró de nuevo, mirándola a los ojos y utilizando toda la contención de guerrero para no pedirle que no lo abandonase—. Pero no permitiré que regreses a Mull.

—¿Cómo? —No podía creer lo que oía.

—Ya no eres una MacLean, sino una Murray. Tu lugar está entre nuestras gentes. —Apretó los labios, destrozado—. Serás enviada al poblado. Vivirás en una de las cabañas, con los nuestros, y la entrada al castillo te será prohibida, de esa forma, no tendrás que soportar nunca más mi presencia.

CAPÍTULO 21

Effie abrió la puerta con cuidado y se asomó dentro de la pequeña habitación, para asegurarse de que su señora no estuviese dormida.

Hacía más de una semana que vivía en el poblado, junto a ella y a Lean, en su modesta casita de adobe. El mismo Kyle Murray les prometió una asignación semanal si aceptaban hacerse cargo de su esposa. No obstante, le tenía tanto cariño a su joven ama, que hubiese aceptado cuidarla sin recibir nada a cambio.

Estaba tan triste, y lloraba tanto por su amor no correspondido... que a veces no podía evitar maldecir al hombre por el que sufría, cuando solo Lean estaba presente.

El Dragón había logrado con Seelie lo que ningún otro: destrozó su orgullo y confianza. No reconocía a la joven que tenía delante. Apenas quedaba en ella el espíritu luchador de Lachlan y Logan MacLean.

Al verla entrar en la habitación, Seelie se incorporó de aquel minúsculo lecho y dejó un hueco para que Effie tomase asiento a su lado.

Se notaba la delgadez en sus facciones. Apenas comía y lo que comía lo vomitaba por los nervios. Su bonita piel, carecía de color. Daba la sensación de que iba apagándose poco a poco.

—Mi señora —Le cogió una mano y la apretó, para darle fuerzas—. No podéis seguir así, vais a enfermar.

—A veces lo deseo —reconoció con un brillo triste en los ojos.

—Tenéis que ser fuerte y sobreponeros a este revés, como siempre habéis hecho.

—No me quedan fuerzas, Effie. Por más que lo intento, no puedo lograrlo. —Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Podéis. Lean y yo siempre estaremos a vuestro lado, jamás os abandonaremos.

—Sois muy amables conmigo, cuando lo que hago es molestaros y no dejar que disfrutéis de vuestro reciente matrimonio.

—¡No sois una molestia, ni se os ocurra sugerir algo así! —La sirvienta la abrazó—. Sois mi amiga, querida Seelie, la única que he tenido nunca.

—Tú también lo eres.

—Como amiga, no puedo consentir que continuéis acostada en la cama todo el día.

—Mañana me levantaré con el alba y te ayudaré con los quehaceres de tu hogar.

—¡No, no, no! ¡De eso nada, no es digno de vuestra posición! —exclamó consternada.

—¿Qué posición? Ya no me queda nada. Somos iguales, amiga. No debes hablarme con cortesía. Soy simplemente Seelie.

—¡Me niego a hacerlo! ¡Sois hija, hermana y esposa de laird, y os trataré como corresponde! ¡Así que nada de quehaceres domésticos, ni de perder la cortesía!

Seelie ladeó la cabeza y otra lágrima cayó por su cara.

—Effie, te lo suplico, no me apartes de eso también. Si quiero sanar, necesito tener la mente ocupada, no pensar en Kyle, ni en mi amor por él.

—Pero... —titubeó—. Es que no veo correcto que os manchéis las manos con la limpieza.

—Si sigo de brazos cruzados, se me caerá la casa encima. Tengo prohibido pasear por el bosque y salir del poblado. Estoy condenada a permanecer aquí confinada. —Los sollozos llenaron la habitación con sus sonidos apagados, y Effie solo pudo abrazarla.

—Está bien, mi querida niña. Pero nada de cansaros demasiado, estáis demasiado débil.

—La debilidad pasará, es cuestión de tiempo. Sin embargo, creo que os causaré más molestias cuando eso ocurra.

—¿Por qué decís eso, mi señora?

—Porque estoy encinta. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y brillaron como los diamantes—. Por eso no soy capaz de comer, por eso vomito todo alimento que me llevo a los labios.

Effie se llevó las manos a la boca y la miró asombrada, dando un brinco en la cama.

—¡Dios mediante! ¿Es eso cierto? ¿Tendréis un niño?

—Eso creo. Hace algún tiempo que dejé de sangrar cada mes.

—¡Es una gran noticia! ¡Es... una noticia fantástica! ¡Vais a parir al heredero de los Murray! ¡El Dragón debe saberlo! ¡Cuando lo sepa, os sacaré del poblado, podréis regresar al castillo, y a sus comodidades!

Seelie bajó la cabeza hacia el suelo, con tanta tristeza que rompía el corazón de quien la veía. Se enjugó otra lágrima.

—No quiero que Kyle sepa nada de este niño.

—¿Pero qué decís? ¿Es su heredero?

—No quiero que me lleve de vuelta solo porque soy la madre de su hijo. ¡Me odia, Effie, mi esposo me odia! ¡Me quitará al niño cuando nazca y me volverá a enviar al poblado!

—¿De verdad creéis que vuestro esposo haría algo así?

—No sé lo que creer, si te soy sincera —admitió—. Mi corazón está resquebrajado por un amor no correspondido. Por más tiempo que pase, no consigo olvidar al hombre que juré odiar. —Cogió la mano de su sirvienta y le sonrió con cariño—. Al menos, tendré a mi bebé, tendré una razón para vivir. Podré darle a él todo el amor que su padre no quiso aceptar.

Effie le limpió una lágrima y asintió, comprendiendo la decisión de Seelie. Si su señora no quería hablarle al Dragón sobre su hijo, nadie se lo diría. Ese hombre ya la había hecho infeliz demasiado tiempo, no iba a consentir que también le quitase a la criatura.

Nadie en todo el castillo era suficientemente valiente como para cruzarse en el camino de Kyle en esos momentos.

Si su temperamento siempre fue hosco y sombrío, tras la marcha de su esposa, el Dragón explotaba a la mínima oportunidad. Nadie quería ser el blanco de su ira y se apartaban de su camino cuando lo veían acercarse. Ni siquiera sus guerreros, acostumbrados a su genio, lo habían visto jamás de ese modo. Entrenaba hasta la extenuación, participaba en todas las cacerías y apenas descansaba. Su rostro pronto comenzó a dejar ver los signos del cansancio. Estaba ojeroso y más delgado.

Sabía que Seelie se encontraba bien, se había encargado de ello personalmente. La acomodó junto a su sirvienta, en la casa que compartía con su esposo. La relación que compartían ambas mujeres era de cariño y respeto, y con nadie más estaría mejor que con Effie.

A diario iba al manantial, a visitar a Lean, y le pedía que le informase sobre su salud.

—Se encuentra bien, mi señor. Se ha adaptado con mucha facilidad a la vida en el poblado —le repetía.

Y a pesar de ello, la quemazón de su pecho no desaparecía. Esa desesperación que lo consumía cada vez que el rostro de Seelie regresaba a su mente.

Pasaba las horas muertas a solas, recordando los días y las noches maravillosas a su lado. Con ella le era más fácil reír y relajarse, podía quitarse esa coraza que mostraba a todos los demás. Rememoraba aquella felicidad de verla mirarlo a los ojos con confianza, y saber que sonreía por él, solo por él.

Las noches de pasión, en las que experimentó aquel éxtasis brutal que había descubierto entre sus sedosas piernas, verla deshacerse entre sus brazos y... escuchar sus te amo.

Nunca imaginó que esas simples dos palabras pudiesen remover su interior de esa manera. Su pecho se alzaba y su corazón se aceleraba cuando se las repetía con los labios pegados a los suyos.

—¡Fuera de mi mente, fuera! —gritó mientras se levantaba de su lecho, en medio de la noche oscura.

Llevaba en él casi dos horas, intentando que el sueño le permitiese alejarse un poco de los pensamientos. De ella. Sin embargo, no podía. Últimamente, tenía que recurrir a la bebida para conciliar el sueño. Solo estando ebrio, el rostro de su esposa le daba una tregua.

Se echó el manto sobre el hombro y dejó sus aposentos. Bajó por las escaleras y llegó al gran salón, vacío, pues la mayoría de sus parientes debían estar durmiendo en sus casas.

Tomó asiento en el banco en el que acostumbraba a comer y alargó la mano para tomar el jarro con el whisky. Llenó una copa hasta arriba y dio un gran trago, notando cómo el ardiente brebaje quemaba su garganta.

Jadeó y cerró los ojos, rezándole a los santos para que lo ayudasen, para que el dolor desapareciese, para olvidar aquellos ojos verdes que lo atormentaban a todas horas.

Estuvo allí mucho tiempo, en silencio, bebiendo sin cesar y comprobando cómo los efectos de la bebida adormecían sus sentidos.

No fue sino poco después, que escuchó el sonido de unas pequeñas pisadas. Al alzar la cabeza, encontró a Evanna, que se acercaba a él y le sonreía con coquetería.

—Mi señor, ¿queréis compañía?

—No —gruñó sin más, sin ni siquiera mirarla.

—¿Preferís estar a solas? —Dio unos pasos más hacia él y tomó asiento a su lado—. Ya sabéis que puedo satisfacer vuestras necesidades.

—Lárgate. —Y tras su respuesta, volvió a beber de su copa.

La criada, sin darse por vencida, acarició su fuerte pecho y acercó los labios al cuello de Kyle, intentando excitarlo.

—Os echo de menos, mi laird. Mi sexo añora ser poseída por vos.

Kyle agarró su fina mano y se la apartó. Enseñó los dientes, en una mueca temible, y clavó sus negros ojos en los de ella.

—No te lo repetiré otra vez, sirvienta, lárgate de aquí.

—Pero, yo...

—Mañana mismo, cuando amanezca, partirás de este castillo, ya no preciso de tu trabajo. En las cocinas hay demasiadas mujeres y en mi lecho ya no hay sitio para ti.

Evanna abrió la boca, sin poder creer lo que escuchaba. ¿La echaba?

—Mí... mi laird... ¿y a dónde iré?

—Eso no es de mi incumbencia. Puedes regresar con los Stewart, con tu familia, o con quien te plazca. Pero te irás. —Señaló hacia la puerta—. Fuera de mi vista. Recoge tus pertenencias y descansa, mañana te espera un largo viaje.

Kyle la observó marcharse entre sollozos. Dio un nuevo trago a su bebida y dejó la copa sobre la mesa, dando un sonoro golpe.

Antes de que Evanna pudiese salir del salón, chocó contra alguien, que se disculpó de inmediato. Kyle volvió a alzar la mirada y descubrió a su primo Bruce, que hablaba brevemente con la criada y comenzaba a caminar hacia él.

Al llegar a su lado, se sirvió whisky y tomó asiento, en su mismo banco, en el lugar donde Evanna había estado segundos antes.

—Esta situación no puede seguir.

—¿Qué situación? —preguntó Kyle aburrido.

—La tuya. Mírate, no pareces el mismo.

—¿Y quién parezco, primo? —Puso los ojos en blanco yapuró de nuevo su copa.

—Estás mal, peor de lo que te he visto nunca. Apenas te relacionas con tus guerreros, no quieren ni cruzarse por tu camino por miedo a que tu ira caiga sobre ellos.

—Ese es su problema, no el mío.

—No, Kyle, tú tienes el problema, y lo pagas con tus parientes.

—¡Deja de decir estupideces, Bruce! ¡No estoy de humor para eso!

—¿Y cuándo lo estás?

Kyle dio un fuerte golpe en la mesa. Todo lo que había sobre ella se volcó, incluso sus copas.

—¿Soy un mal laird? ¿Acaso dejo que nuestros enemigos se rían de nuestro clan? ¿Permito las injusticias? ¿No gobierno con rectitud y mano dura?

—No me refiero a eso, y lo sabes.

—¡Podrás creer que soy un necio, pero no, no sé a qué demonios te refieres!

—A ella.

—¿Quién es ella? —preguntó sin querer reconocer que ya sabía la respuesta.

—Seelie, primo, tu esposa.

—¿Y qué tiene que ver mi mujer en todo esto?

Bruce suspiró y se encogió de hombros.

—Parece ser que mucho. Estás triste desde que ya no está aquí.

—El Dragón no se entristece por una simple mujer —comentó en tono burlón.

—Es normal que la eches de menos, Kyle.

—¡Yo no echo de menos a esa arpía! ¿Me oyes? —Se puso de pie y enfrentó a Bruce con una ira desproporcionada—. ¡Quiso irse y yo le facilité su marcha! ¡Sin ella estoy mejor! ¡Sin aguantar sus quejas tontas, sus preocupaciones superficiales!

—Con ella parecías feliz, primo, un Kyle diferente. Más cercano y relajado.

—Las mujeres nos hechizan con sus cuerpos, es mejor tenerlas lejos, usarlas y luego apartarlas.

—Eso es cruel. Ellas nos dan su amor, y a nuestros hijos.

—¿Amor? Un guerrero no necesita amor. Nos debilita y nos apoca.

Bruce se echó a reír y bebió de su copa, tras llenarla de nuevo.

—Eso no es cierto, primo. Yo estoy enamorado de Megan y eso no me ha hecho peor guerrero. —Se quedó pensativo—. Andrew, el que rebana cabezas como si de pan se tratase, está loco por su Debby. Por no hablar de Johnson; temo cabalgar a su lado porque siempre está hablando de su esposa y de sus sabrosos haggis.

Kyle enarcó las cejas al escuchar aquello de sus dos mejores hombres. Apoyó la espalda en la madera de su asiento y miró a su primo, con atención.

—Yo no soy como ellos, ni como tú, primo.

—Todos necesitamos a alguien que nos ame. Incluso el Dragón.

—¡No! ¡Y no quiero volver a escuchar nada semejante! —exclamó perdiendo de nuevo los nervios—. ¡Me casé por obligación, intenté soportar a una esposa y no lo conseguí! ¡Estamos mejor así, ambos! ¡Ella me aborrece, fue la que quiso marcharse! ¡Y no puedo estar más feliz por su decisión! —Apretó los labios y entrecerró los ojos—. No la necesito, ni a ella, ni a ninguna otra.

Bruce se fue poco después y Kyle volvió a quedarse a solas.

Recordó las palabras de su primo, y aunque tuviese razón en cuanto a eso del amor, él

no estaba enamorado. ¡No, no lo estaba!

Su maldita esposa quiso abandonarlo en dos ocasiones. Y esa vez no iba a hacer nada para remediarlo. Aunque tuviese que acudir al manantial cada día para hablar con Lean, aunque su recuerdo no lo dejase vivir en paz, ni aunque sintiese que su corazón había dejado de latir por su ausencia.

La noche era estrellada y la luna iluminaba el firmamento y los alrededores del poblado, normalmente sumido en la oscuridad. Desde su lecho, Seelie observaba el cielo, con las piernas encogidas y los brazos rodeándolas.

Era de madrugada y no podía conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos lo veía a él.

Se enjugó una lágrima y apoyó la cabeza sobre las pieles del lecho.

Kyle.

Su presencia, en vez de desaparecer seguía con ella. Le hacía recordar la calidez de su cuerpo en las frías noches de invierno, la ternura de sus labios cuando finalmente se rendía al deseo. Sus sonrisas. Eran pocas las veces que sonreía, pero cuando lo hacía parecía que su rostro se iluminaba, y ella no podía hacer nada más que admirarlo.

No la amaba. No hacía más que repetirse que su marido no la quería, ni lo haría nunca. Él mismo se lo había dicho, y sus actos lo confirmaban.

Llevaba en el poblado más de una semana y no había ido a por ella. La había dejado allí, con Effie y se había despreocupado de su bienestar.

Muchas mañanas, antes de comenzar sus tareas en la casa, se quedaba en la puerta de la vivienda, observando el castillo de Blair, pensando en qué estaría haciendo Kyle en esos momentos y sufriendo por la certeza de que su cama estaría ocupada por otra mujer.

—¿Por qué? —susurró con los ojos cerrados con fuerza—. ¿Por qué tengo que amarlo?

Rezaba a diario a los santos para que se llevasen ese sentimiento, para que la liberasen de aquella pesada carga que era el amor por su esposo, y le permitiesen un instante de tranquilidad. Calma y paz, para poder ser feliz viendo a su hijo crecer dentro de su vientre.

Se enjugó otra lágrima y notó humedad en las pieles del lecho, por su llanto. Se obligó a no pensar más. Cerró los ojos y esperó a que el sueño la llevase consigo a ese mundo donde el dolor no existía.

Dormitó durante unos minutos, no pudo saber exactamente cuántos, no obstante, el olor a quemado la desveló. Miró a su alrededor, buscando la fuente de aquel intenso olor, pero no lo halló. No fue sino cuando un poco de paja del techo cayó sobre ella, que se dio cuenta de lo que ocurría.

Fuego. ¡El techo de la casa estaba ardiendo!

Se levantó de la cama de un salto y miró por la ventana, algo en el exterior había llamado su atención.

Todas las casas del poblado ardían bajo un fuego asesino, mientras unos hombres lanzaban contra ellas flechas con aceite prendido. ¡Los atacaban! ¡Estaban atacando el poblado!

—¡Santa María!

Tuvo que taparse la nariz y la boca con las manos, porque el aire se estaba volviendo irrespirable. Salió de su alcoba, vestida tan solo con el fino camisón, y gritó cuando un trozo de madera le cortó el paso.

Effie salió de su habitación, confusa y sin saber qué ocurría, su grito la alertó.

—Mi señora, ¿qué... —Al darse cuenta, se quedó sin habla—. ¡Fuego, Señor Misericordioso, fuego!

—¡Todo el pueblo arde, Effie! ¡Nos están atacando!

—¿Quién? ¿Quién son los miserables que atacan de esta forma?

—No lo sé, no puedo reconocer el tartán.

Seelie cogió de la mano a su amiga.

—¡Vamos, debemos salir de aquí! ¡Debes avisar a tu esposo!

—¡Lean, Lean! —gritó de inmediato—. ¡Nos atacan! ¡La casa se quema!

Su marido apareció por la puerta, alarmado. Se asomó por la ventana, para ver lo que ocurría en el poblado, pues los gritos y el llanto de sus gentes era ensordecedor.

—¡Son los Drummond! ¡Están reduciéndolo todo a cenizas! ¡Esos malditos hijos de Satán quieren matarnos!

—¿Reconoces su tartán? —le preguntó Effie, tosiendo por el humo.

—Lo reconocería incluso con los ojos cerrados. —Miró a su alrededor. Su casa ardía y ellos estaban dentro. Si no salían, acabarían muertos por las quemaduras. La vivienda entera estaba destinada a ser pasto de las llamas. Cogió a Effie por las manos la besó —. ¡Mi amor, saca a nuestra señora de aquí, ponla a salvo! Yo saldré enseguida, tengo algo de dinero guardado y no quiero perderlo. Me reuniré con vosotras frente a la casa. Effie asintió, preocupada.

—¡No tardes, por San Gilberto!

Corrieron al exterior y se alejaron de la vivienda una distancia prudencial.

Horrorizadas, contemplaron cómo el poblado se derrumbaba por el fuego, mientras que los culpables huían como cobardes. Seelie lloró, asustada, y se dejó caer al suelo, mirando la desolación que había a su alrededor.

—¡Effie, ayuda!

Ambas miraron hacia donde provenían las voces. Era la mujer del panadero, que agitaba una mano desde el interior de su casa, devorada por el fuego. Su ventana estaba atrancada y no podían abrirla para salir.

—Mi señora, voy en su ayuda.

—¡Yo también puedo ayudar! —dijo poniéndose de pie.

—¡No, no voy a permitir que pongáis vuestra vida en peligro! Aguardad aquí, enseguida regreso.

Seelie asintió llorosa y se tapó la boca con las manos, viendo cómo su amiga se dirigía a ayudar a sus vecinos.

—¡Por favor, por favor Santa Madre, ayúdanos! —rezó mirando al cielo.

Giró sobre sí misma y la visión del poblado ardiendo, y la desesperación de la gente, lograron que un triste sollozo escapase de sus labios.

Al mirar de nuevo hacia la casa en la que había estado viviendo toda esa semana, vio que parte del techo se desplomaba, dejando la puerta completamente tapada e imposibilitando la salida.

—¡Lean! —gritó al darse cuenta de que el marido de Effie estaba todavía dentro. La única vía de escape era la ventana, y con su pierna no podría salir sin ayuda—. ¡Lean, Lean!

Sin pensarlo dos veces, corrió hacia la vivienda. No podía dejarlo, no podía consentir que le ocurriese algo malo.

Forcejeó con la ventana, quemándose las manos, y la abrió. Se coló dentro de la casa, en la que el humo negro impedía la visión, y sus ojos lloraban por el intenso calor. No sabía hacia dónde ir, el fuego lo devoraba todo.

—¡Lean! ¿Dónde estás?

—¡Mi señora, marchaos, no arriesguéis la vida por mí, hay demasiado fuego!

—¡No voy a salir de la casa sin ti, así que más te vale decirme dónde te encuentras!

—¡En mi alcoba, tras el lecho!

Seelie estudió el camino que llevaba hasta allí. El fuego apenas dejaba espacio para pasar, sin embargo, asintió, cerrando los ojos. No lo abandonaría. Él y Effie no la habían abandonado cuando su marido la dejó en el poblado, habían cuidado de ella siempre.

—¡No te muevas, Lean, enseguida llego! ¡Saldremos juntos!

CAPÍTULO 22

Unos fuertes golpes en la puerta de sus aposentos lo despertaron.

Kyle abrió un ojo y la habitación comenzó a girar a su alrededor. Había bebido tanto que apenas podía enfocar la mirada.

Los golpes se hicieron todavía más insistentes y una voz desesperada gritaba su nombre. Se incorporó del lecho y caminó tambaleante hacia la puerta.

—¡Mi laird, mi laird, tenéis que escucharme! —gritó una de las sirvientas aporreando la gruesa madera—. ¡Os lo ruego, mi laird, tenéis que despertar! ¡Por todos los santos, abrid la puerta!

Cuando Kyle logró llegar hasta ella, la abrió de un empujón, haciendo que la criada diese un paso hacia atrás, por su mirada feroz.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen estos gritos, sirvienta?

Ella lloraba, desesperada, se limpiaba las lágrimas sin evitar que nuevas gotas cayesen de sus ojos.

—¡El poblado, el poblado!

—¿Qué pasa con él? —preguntó con cansancio.

—¡Arde, se quema! ¡Todas las casas están en llamas! ¡La pobre gente, esas pobres personas! ¡Hay muertos, mi laird!

—¿Fuego en el poblado? —repitió. Sintió un fuerte golpe dentro de su pecho. Corrió hacia la ventana de sus aposentos y se asomó por ella. La imagen que le devolvieron sus ojos lo hizo tener que agarrarse a la fría pared de piedra. Las llamas estaban arrasando con todas las casas de sus aldeanos. Los gritos amortiguados de la gente eran audibles incluso desde la lejanía. Un desagradable temblor se apoderó de sus piernas. No, no podía ser—. ¡Seelie!

Cogiendo la capa a la carrera, bajó las escaleras a toda prisa, con la sensación de que su mundo se rompía en mil pedazos.

¡Su esposa estaba en el poblado!

¡Había muertos! ¡Todo se quemaba!

Con un ardor insoportable en la garganta y los ojos brillantes por las lágrimas contenidas, corrió hacia las caballerizas, seguido muy de cerca por los guerreros Murray, dispuestos a ayudar a sus parientes.

Montó en su caballo y galopó a una velocidad imposible, desde el castillo.

—Seelie, no, por todos los santos —susurró, mientras el mojado calor de una lágrima resbalaba por su mejilla—. Aguanta, amor mío.

¿Cómo? ¿Cómo había sido tan estúpido para permitir que se alejase de él? ¿Cómo se le ocurrió enviarla al poblado, sin mayor vigilancia que la de dos de sus sirvientas?

Si algo malo le pasaba... si algo le hubiese ocurrido a su mujer por su culpa... moriría.

No podría soportar una vida sabiendo que ya no estaba en su mismo mundo. No soportaría el no volver a verla, el no tocarla más.

¡Había sido odioso con ella! ¡Le había gritado, la había tratado mal, había intentado negarse, y negarle, aquello que era evidente, el amor que sentía por su esposa! ¡Porque la amaba! ¡Vaya si lo hacía! La quería de un modo tan profundo y visceral que el solo pensamiento de perderla, como sucedió con su primera esposa, era algo inconcebible. Intentó negárselo por todos los medios, intentó obviar que los días que habían pasado separados fueron los más oscuros de su existencia. Quiso negar que le hacía falta su risa musical, sus besos, sus caricias. Le hacía falta su amor.

Seelie. ¡Su Seelie no podía morir!

—¡Dios Padre, llévame a mí! —rezó con la mirada puesta en las llamas, que refulgían desde el bosque e iluminaban la negra noche—. ¡No me dejes sin ella, te lo ruego!

Otra lágrima cayó por su mejilla rasposa. No podía ni tragar. El nudo de nervios y tristeza de su pecho era inaguantable.

No quería ni imaginar que fuese demasiado tarde para ellos. Que por su estupidez pudiese perder a la mujer más maravillosa de Escocia. Que por su orgullo no tuviese la oportunidad de confesarle cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Que pudiese perderla para siempre.

Las gentes del poblado corrían de un lado para otro, desesperadas. Echaban agua sobre las casas, intentaban controlar un fuego que ya era incontrolable.

La vivienda de Lean y Effie estaba en el centro del poblado, sin embargo, llegó en segundos.

Como las demás, ardía pasto de las llamas. Desmontó del caballo y corrió hacia Effie, que lloraba tirada en el suelo, rodeada por algunos aldeanos.

—¡Effie! —gritó Kyle corriendo hacia ella, con el peor de los presagios—. ¡Effie! ¿Dónde está Seelie? ¿Dónde está mi esposa?

La sirvienta se lanzó a sus brazos y lloró desesperada.

—¡Oh, mi laird! ¡Oh, Señor Bendito, Kyle!

—¿Dónde está? —gritó zarandeándola, desesperado.

—Ella... ella entró en nuestra casa para intentar ayudar a Lean...

Kyle soltó a la criada y corrió hacia la edificación, sin importarle que estuviese a punto de desplomarse por el fuego.

—¡Espera, Kyle! ¡Entrar es un suicidio! —le gritó Bruce, que acababa de llegar a su lado.

—¡Seelie está ahí dentro! ¡Tengo que sacarla!

—¡Morirás con ella!

—¡Prefiero morir con ella que vivir sin tenerla a mi lado!

Dio una patada a la puerta y esta cayó, junto con varias bigas del techo. El humo era tan espeso que era posible respirar.

Bruce lo siguió al interior. No dejaría solo a su primo. Corrieron por la casa con la nariz

y la boca tapadas con el manto. Llegaron a una de las habitaciones y la encontraron vacía. Kyle, desesperado, corrió hacia la otra, la cual estaba rodeada por el fuego. Pasó a través de él y encontró los dos cuerpos tirados en el suelo, junto a la cama.

Lean, al verlo, se levantó dando gracias, algo mareado por el humo, y la cara cubierta de ceniza. Bruce lo cogió por el brazo y lo ayudó a salir de la casa.

No obstante, su atención estaba en Seelie. No respondía a sus llamadas. Por más que intentaba que recobrase el sentido, su mujer seguía inconsciente.

Cuando logró salir al exterior, con su esposa en brazos, Effie y Lean se abrazaban, llorosos, mientras Bruce corría a otra de las viviendas para continuar ayudando a sus parientes.

Llevó a Seelie a un lugar más tranquilo y la tumbó en el suelo.

Tenía la cara tiznada de ceniza, el vestido quemado por el bajo de la falda, y la piel blanquecina. La abrazó tan fuerte como nunca, desesperado y con un miedo atroz.

Apoyó una mano en su mejilla y le dio unas suaves palmadas.

—Seelie, Seelie... despierta. —Su mujer no lo hizo—. ¡Por favor, abre los ojos! ¡Eres fuerte, puedes hacerlo! ¡Seelie!

Pasaba el tiempo y no reaccionaba. Muerto de miedo y con las lágrimas quemándole los ojos, se abrazó a ella y la meció contra su cuerpo.

—Mi amor, no me dejes. No puedes dejarme porque si lo haces yo también moriré de pena —susurró en su oído—. Te amo, mi vida. Tienes que despertar, no puedes dejarme solo, te ordeno que no me dejes solo. Por favor...

—Kyle...

Al escuchar su dulce voz, el Dragón se apartó un poco de ella, para poder mirarla a los ojos.

¡Vivía! ¡Estaba despierta!

—¡Gracias a los santos! —exclamó, aliviado, mientras el cuerpo de su esposa se convulsionaba por la tos, a causa del humo que había respirado.

La besó con todas las ganas y la necesidad que tenía en su corazón. Acarició su suave mejilla mientras la miraba a los ojos. Le sonrió, aliviado, como si su vida hubiese comenzado de nuevo, como si el Señor hubiese hecho caso a su plegaria.

Apoyó la frente contra la de su mujer y volvió a fundir sus bocas en un dulce beso. Ella lo abrazó y respondió con ganas al roce de sus labios. Al separarse, Effie, Lean y Bruce interrumpieron su reencuentro.

—¡Mi señora! ¿Cómo se os ocurrió entrar? ¡Os dije que no lo hicieseis, me habéis tenido tan preocupada...!

—¿Quién ha hecho todo esto? —preguntó Kyle interrumpiendo a Effie, resistiéndose a soltar de Seelie. No pudo dejar de abrazarla.

—No ha sido un accidente, ¿verdad? —dijo Bruce mirando a su alrededor.

—No lo ha sido, mi señor —respondió Lean, dando un paso hacia adelante—. Fueron los Drummond. Desde la ventana los vi lanzando flechas prendidas a los tejados.

Las manos de Kyle se cerraron con furia y su rostro se tornó tan sombrío y peligroso que todos se quedaron sin habla.

—¡Alistair! —gruñó como un animal rabioso—. ¡Alistair Drummond, esa rata maloliente!

—Esto ya es demasiado, primo.

—¡Acaba de firmar su sentencia de muerte! —prometió entrecerrando los ojos y haciendo una mueca temible—. Finalmente lo ha conseguido. ¡Ha despertado al Dragón! —Miró a Bruce y señaló hacia sus guerreros, que ayudaban a los aldeanos a apagar el fuego—. Diles que partimos y que preparen las armas. ¡Estamos en guerra!

El poblado quedó devastado y no pudo salvarse ni una de sus casas. Los días que siguieron al incendio, los aldeanos Murray, junto con los de otros clanes amigos, ayudaron a la construcción de nuevas viviendas y comercios. Era un trabajo largo y lento, porque apenas quedaba nada que reconstruir, sin embargo, podían verse los avances y la ilusión en sus gentes, al saber que pronto lograrían tener nuevas casas, más fuertes que las anteriores: de piedra. Kyle así lo ordenó. Mandó traer tanta piedra como necesitasen, de canteras de toda Escocia, para la reconstrucción.

Se ayudaban unos a otros todo lo que podían. Incluso Seelie, desobedeciendo las órdenes de permanecer en el castillo, se reunió con los aldeanos y ofreció su ayuda lavando la ropa de esas pobres gentes, todas sucias y tiznadas de ceniza.

Necesitaba despejarse, y mantener la cabeza ocupada en aquellos menesteres, la ayudaba en no pensar en la guerra que se venía produciendo, entre los Murray y los Drummond, desde hacía ya más de diez días.

La misma noche del incendio, Kyle y los guerreros partieron hacia las tierras de Alistair para acabar con aquel hombre despreciable.

Apenas pudieron hablar, apenas tuvieron tiempo de estar a solas.

Estaba confusa, no sabía cómo actuar en cuanto a su esposo, ni tenía claro si sus tiernas palabras, las cuales le dedicó cuando la creyó muerta, eran fruto de sus propios deseos, o sucedieron de verdad. No distinguía la realidad.

Kyle fue a por ella en cuanto se enteró del incendio. La volvió a llevar al castillo y la dejó al cuidado de sus parientes. Sin embargo, su relación estaba mucho de estar bien.

Se besaron, sí, lo hicieron. Y para Seelie fue como el oxígeno que llevaba tantos días necesitando. Quería su amor, y sentirlo de nuevo tan cerca fue revitalizante. Sus brazos rodeándola, sentirse protegida por Kyle, notar esa intensidad entre ambos.

No obstante, habían ocurrido tantas cosas malas entre ellos, que dudaba de que alguna vez su matrimonio pudiese funcionar. Siempre habría algo que los separase, y... quizás... lo mejor para los dos fuese que bifurcasen sus caminos de una vez por

todas.

El solo hecho de pensar en vivir sin Kyle, era lacerante. Como tener clavada una estaca en el corazón y que este fuese apagándose lenta y dolorosamente. Pero, si no lo hacían, acabarían hechos trizas, porque él no la amaba, y ella lo amaba demasiado.

Sería tan duro no volver a verlo... Con él se quedaría su corazón. Estaba segura de que siempre le pertenecería a ese hombre de mirada oscura y alma de dragón.

Paseó por el gran salón, ahora desierto tras la marcha de los guerreros, y se acarició el estómago, todavía plano y sin el menor signo de embarazo. Una lágrima rodó por su mejilla al pensar en su bebé.

Quizás, jamás tendría el amor de Kyle, pero sí tendría el de su hijo. Amaría a ese niño tanto o más que a él, y le daría todo su cariño. El amor que él nunca quiso.

—¡Seelie!

Una voz muy conocida interrumpió aquel silencio.

Al darse la vuelta, descubrió a Ginebra y a su madre, que corrían hacia ella con los brazos abiertos. Se abrazaron emocionadas y Seelie lloró por la alegría de volver a verlas. Habían sido meses tan duros... Las había añorado tanto...

Besó la mejilla de Ellora y la de su cuñada, sin querer soltarse de ellas. Temía que aquello solo fuese un sueño y que desapareciesen al despertar.

—¿Cómo te encuentras, querida Seelie? —preguntó Ginebra con preocupación.

—Bien, estoy bien. —Las miró sonriente y sin dejar de llorar—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué motivo tiene vuestra visita?

—Tu esposo le envió a Logan una misiva informándole de lo ocurrido —aclaró su madre, con templanza—. Supimos que tu vida estuvo en peligro por aquellos malvados hombres que quemaron el poblado.

—¿Kyle os avisó? —las interrogó, confusa.

—Sí, querida. Nos pidió que viniésemos a acompañarte hasta que la guerra acabase. Para que cuidásemos de ti.

Seelie sonrió, por la buena consideración de su marido al pensar en su soledad. Aquella acción era tan impropia de él...

Miró hacia los lados y alzó una ceja.

—¿Dónde está Logan? ¿Y mi hermano?

Ginebra entristeció el semblante.

—Acaba de partir hacia el frente, junto a tu esposo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¡Él nada tiene que ver en esta guerra!

—Tiene que ver, hija mía —la contradujo Ellora—. Eres su hermana. Sangre de su sangre. Y el laird de los Drummond casi consigue que te maten. Logan ha ido a hacerle pagar por esa horrible afrenta, al igual que tu esposo.

Ginebra se cruzó de brazos y miró hacia las ventanas, preocupada.

—No dejo de rogarle a los santos para que regresen sanos y salvos.

—Vendrán gloriosos, y con las cabezas de los culpables arrastrando tras sus caballos

—añadió Ellora con seguridad—. Yo no parí a un perdedor. Y el esposo de Seelie, también dista mucho de ser uno. Vuestros hombres regresarán.

—Espero que así sea —susurró Seelie temiendo por la vida de Kyle. Cada día que pasaba sin verlo, era un nuevo suplicio. No sabía si estaría a salvo, herido o muerto. Se acarició el vientre y miró a ambas mujeres con lágrimas en los ojos—. Si no regresa, no podrá conocer a su hijo.

—¡Oh, querida Seelie! ¡Qué noticia tan maravillosa! —exclamó Ginebra abrazándola. Ellora hizo lo propio y besó a su hija. Orgullosa, sonrió.

—Ahora más que nunca, estoy segura de que tu esposo regresará. No creo que el famoso Dragón vaya a perderse el nacimiento de su primer vástago.

Escuchar sus palabras la entristecieron.

—Kyle nada sabe sobre mi estado de buena esperanza, madre.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible?

—Cuando me enteré de mi embarazo, no quise informarle.

—¿Por qué has hecho tal cosa? ¡Es su heredero!

—Lo es, pero mi corazón estaba roto porque... Kyle no me ama.

Ellora abrazó a su hija y acarició su mejilla.

—Seelie, cariño. Los matrimonios rara vez se profesan amor, y menos cuando sus nupcias se celebran para afianzar las alianzas entre clanes.

—Sí, lo sé. Pero... no puedo evitar sentirme triste y desconsolada, porque yo sí le amo con todo mi corazón.

Los días de ataque al castillo de los Drummond estaban comenzando a agotar a sus soldados.

Sentado sobre una roca, en la espesura del bosque, Kyle trazaba un plan para que su ofensiva fuese mortífera, y lograsen traspasar sus muros.

Su ejército era numeroso, pero Alistair Drummond contaba con vigías apostados e imposibilitaba el ataque sorpresa.

Los primeros intentos fueron infructuosos, ya que no pudieron izar las escalas para subir por la muralla. El terreno pedregoso propiciaba a sus enemigos, y en campo abierto eran blancos fáciles para sus ballestas y catapultas.

Habían sufrido un gran número de bajas, y Kyle no estaba dispuesto a sacrificar la vida de más hombres cuando sus posibilidades eran mínimas.

Se frotó la cara con una mano e intentó encontrar una solución para lograr su objetivo. El laird de los Drummond debía morir por los agravios cometidos. Él mismo acabaría con Alistair y con todos sus malditos parientes. Arrasarían con el castillo y someterían a sus aldeanos para que les rindiesen pleitesía. Aprenderían que con el Dragón no se jugaba, y pagarían con sus vidas.

Si la usurpación de sus tierras fue decisiva para aquel ataque, lo sucedido con Seelie, y el poblado, había logrado que su ira despertase del todo.

Recordó el cuerpo de su esposa rodeado de llamas. Lo poco que faltó para que perdiese la vida dentro de aquella casa, su fina piel manchada de tizne, su cuerpo inmóvil, desvanecido.

Apretó los dientes y juró que el sufrimiento de Alistair sería tan grande como el miedo de su esposa al verse encerrada en aquella prisión de fuego. Lo aplastaría, lo desmembraría poco a poco, lograría que muriese pensando en Seelie, que se quemase en los fuegos del infierno con su imagen en la mente. Vengaría a su esposa aunque fuese lo último que hiciese, aunque él mismo acabase muerto en aquella batalla.

La amaba.

Había sido un necio al negárselo durante tanto tiempo, cuando la verdad era tan evidente. Seelie era su vida, la razón por la que respiraba, y no concebía seguir sin ella. Tenían mucho de lo que hablar, muchas cosas que aclarar, si regresaba al castillo de Blair con vida. Le debía una disculpa, tenía que intentar que lo perdonase, reparar la grieta que él mismo había abierto entre los dos.

—¡Mi laird! —gritó uno de sus guerreros—. ¡Nos rodean! ¡Se acerca una multitud de guerreros a caballo!

Kyle alzó la cabeza, poniéndose en guardia, ordenando a sus hombres que preparasen las espadas para una posible ofensiva. Si eran aliados de los Drummond, las cosas iban a ponerse difíciles.

Eran numerosos, mucho, casi tanto como su propio ejército.

No obstante, al reconocer al líder de la hueste, la sorpresa apareció en su rostro. Mandó bajar las armas y dio un paso hacia adelante, para recibir a aquel inesperado visitante.

—Logan MacLean, me asombra veros aquí. Os envié la misiva para que os ocupaseis de Seelie en mi ausencia, pero jamás imaginé que os placería involucraros en esta guerra. El laird de los MacLean desmontó de su corcel y caminó hasta donde el Dragón lo esperaba. Lo saludó con un ligero movimiento de cabeza y miró a su alrededor.

—No debería asombraros, cuñado. Alistair Drummond también ha agraviado a nuestro clan, al haber puesto la vida de mi hermana en peligro. Exigimos venganza.

—En ese caso, os doy la bienvenida. Nuestro ejército es numeroso, pero con el vuestro, seremos implacables.

Los guerreros MacLean desmontaron de sus caballos y comenzaron a montar un pequeño campamento con sus pertenencias.

Mientras tanto, Kyle llevó a Logan hasta la roca en la que trazaba la estrategia, antes de que apareciesen. Señaló en el suelo un cuadrado, dibujado con una rama rota, el cual representaba el castillo, y apuntó a las cuatro esquinas.

—Alistair Drummond tiene vigías apostados en las murallas. Mis hombres y yo hemos intentado llegar hasta ellas en varias ocasiones, pero no lo logramos, al vernos dan la

voz de alarma, y ya hemos perdido bastantes guerreros intentando subir por las escalas.

—¿Habéis intentado que los arqueros los derriben con sus flechas?

—No hay posibilidad de semejante ataque, están refugiados en torres vigías.

Logan se puso de cuclillas y estudió aquel cuadrado con atención.

—¿Sabéis de la existencia de algún pasadizo secreto, de alguna puerta escondida?

—Si lo supiésemos, MacLean, no estaríamos aquí hablando de la forma en la que tomar el castillo.

—Entonces, me temo que solo nos queda una alternativa.

Kyle asintió y fijó su mirada en la fortaleza de Alistair Drummond.

—En efecto, solo una, y es la que menos deseo de todas —reconoció, entrecerrando los ojos—. El asedio.

—Nos llevará mucho más tiempo que el ataque directo, pero habrá menos muertos en nuestras filas —añadió el laird de los MacLean.

—Los mataremos de hambre y de sed. No permitiremos que abandonen el castillo para buscar víveres. Los rodearemos y acabaremos con quien ose salir de él.

—Es la mejor elección, pero nos llevará algo más de tiempo. No sabemos cuánta comida tienen almacenada.

—Tengan mucha o poca, los víveres no son eternos. —La sonrisa helada del Dragón asomó por sus labios—. Pero mis ansias de venganza sí.

—Y cuando estén tan debilitados que apenas puedan moverse, tomaremos el castillo Drummond y arrasaremos con él.

Kyle asintió sin despegar los ojos de su objetivo, con mirada feroz.

—Solo os pido una cosa, MacLean —dijo con autoridad—. El placer de matar a Alistair, será mío.

—Os concederé esa satisfacción. —Logan tomó asiento en la piedra en la que Kyle descansaba y se llevó una mano al mentón, pensativo. Se concentró en el laird de los Murray—. Y ahora, cuñado, vais a explicarme qué hacía mi hermana en el poblado, la noche de los incendios, cuando su lugar está en vuestro lecho.

—Es una larga historia —gruñó.

—Tiempo es lo que me sobra en estos momentos. —Sonrió con tirantez—. Tengo tanto tiempo como provisiones los Drummond. No creo que vuestra explicación sea tan larga.

CAPÍTULO 23

Seelie paseaba por los jardines del castillo de Blair acompañada por Ginebra e Isla. Ninguna de las tres dijo ni una palabra desde que emprendieron su paseo. Se notaba la preocupación en sus caras. De hecho, todas las mujeres del clan lloraban a sus esposos, pues ya habían pasado casi dos meses desde su marcha a la guerra contra los Drummond y sabían que no todos ellos regresarían con vida del frente.

Las misivas eran escasas y poco aclaratorias. El buen ánimo inicial fue convirtiéndose en pesadumbre, y rezaban para que todo aquello acabase cuanto antes.

Si algo agradecían a diario a los santos, era tener consigo a las mellizas Kylie y Aileen. Las hijas de Logan y Ginebra lograban que sus días no fuesen tan oscuros y tristes. Esas niñas eran su luz y su esperanza.

Sin embargo, Seelie añoraba tanto a Kyle...

Necesitaba que regresase para saber qué ocurriría con su matrimonio. Vivir con esa incertidumbre la estaba matando, y las preocupaciones no eran buenas para su bebé. El amor por su esposo era tan fuerte como el primer día, y la tristeza por ese amor no correspondido llegaba a hundirla cuando la soledad de la noche la sorprendía en sus aposentos.

Acarició su ya visible embarazo y suspiró, rezando para que ese niño naciese en el seno de una familia unida y amorosa. No obstante, dudaba tanto que eso ocurriese...

—No puedo aguantar esta desesperación —dijo Isla, rompiendo aquel eterno silencio—. No hay noticias acerca del avance, ni... de Kenneth.

Ginebra y Seelie se miraron, sonrientes. Desde que su primo se marchó a la batalla, junto a los demás hombres, la joven Isla no había dejado de rezar por él, de preguntar si estaría bien. Tal y como predijo Seelie, entre aquellos dos jóvenes se había fraguado el amor, a pesar de que peleasen sin cesar y lo negasen a todas horas.

—Debes tener paciencia, querida Isla, y pedirle a la Santísima Virgen María que cuide de ellos.

—Es demasiado tiempo, mis esperanzas comienzan a desvanecerse.

Ginebra rodeó los hombros de la joven y le sonrió, infundiéndole confianza, aunque ella misma la necesitase más que nadie.

—Debes ser paciente, y confiar en la fuerza de nuestros guerreros. Son los hombres más valientes y más bravos de todas las Tierras Altas.

—Eso no lo dudo. Pero... Alistair Drummond es un hombre malvado. Temo por sus vidas, su mente retorcida es capaz de trazar cualquier plan.

—Entonces, seguiremos rezando para que eso no suceda —añadió Seelie, obligándose a no perder la esperanza.

Comieron todas juntas en el gran salón, con las demás mujeres Murray. Necesitaban

estar unidas. El apoyo era primordial para no perder la fe. Se comprendían y sabían por el dolor que pasaban. Sus situaciones eran idénticas a las de las otras.

Ellora tomó asiento junto a ellas y las instó a rezar una breve oración por sus guerreros. Todas las mujeres oraron a la vez, con las manos juntas y los ojos cerrados con fuerza, intentando que aquella plegaria fuese escuchada.

Al acabar, la madre de Seelie les sonrió y continuó hablando, con voz tranquilizadora.

—Nuestros hombres regresarán sanos y salvos. —Las mujeres asintieron y aplaudieron—. No conozco demasiado al marido de mi hija, pero yo paré a Logan MacLean, y sé que cuando quiere conseguir algo, no habrá nada que se...

Un estruendo logró que Ellora dejase de hablar, y tras él, los gritos de las mujeres Murray ante los recién llegados.

El salón se llenó de hombres. De sus hombres.

Entraron en el castillo entre carcajadas y gritos de júbilo.

Las mujeres corrieron a recibir a sus esposos, los besaron y abrazaron con tantas ganas que algunos incluso cayeron al suelo. La guerra los había dejado algo débiles.

Ginebra hizo lo propio. Se levantó de su asiento y corrió hacia Logan, fundiéndose con él en un ardoroso beso de bienvenida.

El corazón de Seelie palpitaba tan fuerte que pensó que rompería sus vértebras. Buscó con la mirada a Kyle, entre todos los guerreros, y lo halló enseguida. Era de los más altos y fornidos, y su cabeza estaba todavía cubierta con aquella capucha, así que no le costó localizarlo.

Estaba tan guapo. Más delgado y con el rostro sucio, pero seguía tan guapo como siempre.

Seelie se levantó para ir a su encuentro, sin embargo, algo a su lado llamó su atención. Kyle estaba acompañado por una mujer. Era joven y tan bella como una reina. Tenía el cabello negro como la noche, largo y lacio. Sus facciones eran patricias, finas y hermosas, y su cuerpo elegante y vestido con gusto. Agarraba a su esposo por el brazo, como si estuviese cómoda haciéndolo, como si las cientos de leyendas sobre el Dragón no le hiciesen temerlo.

Y le sonreía. Le sonreía con confianza mientras acercaba sus labios a su oído y le susurraba algo que lo hizo sonreír y asentir de inmediato.

Seelie apretó los labios al verlos caminar agarrados. Alzó la cabeza con orgullo y dio media vuelta, subiendo las escaleras que llevaban a su alcoba.

Allí, cerró de un golpe y lloró desconsolada.

¿Así es como iban a ser las cosas siempre? ¿Tendría que aguantar a una amante tras otra mientras ella moría porque su esposo la amase?

Era incapaz de seguir soportando aquello, su corazón no podría hacerlo.

Se enjugó las lágrimas y, destrozada, abrió el arcón en el que guardaba sus ropajes. Los sacó y dejó sobre el lecho.

Estaba cansada de sufrir, de pasarlo mal por un hombre que no lo merecía.

Mientras sacaba el resto de sus vestidos, escuchó el sonido de la puerta al abrirse. Al girarse, se encontró frente a frente con el hombre al que amaba con todo su ser, no obstante, su alma estaba tan dañada que sus ojos lo miraron vacíos, sin una pizca de calor.

Kyle caminó hacia ella y la miró de arriba abajo.

—He vuelto.

—Bienvenido —dijo con frialdad.

—¿Por qué motivo no me ha recibido mi esposa como es debido?

—¿Acaso te importa lo que yo haga?

—Me importa —asintió acariciándole una mejilla. Había pasado tantas noches y tantos días imaginando su reencuentro... Había añorado tanto a Seelie... Sin embargo, ella parecía que no compartía sus sentimientos. No tardó en apartarse de su caricia. Esa frialdad le dolía—. ¿Qué van a pensar mis parientes cuando vean que la mujer del laird no le ha dado la bienvenida?

—¿Y a ti desde cuándo te importa lo que piensen sobre tu persona?

—Lo hace más de lo que me gustaría.

Ella apretó los labios y lo fulminó con la mirada.

—¡Si tanto te importase, no te habrías presentado frente a tu esposa con una nueva ramera!

—¿Ramera? ¿Te refieres a Brianna?

—¡Me da igual su nombre! —gritó con un dolor lacerante en el corazón—. ¡Esta ha sido la última vez que me pones en evidencia!

Kyle miró el lecho y vio la ropa sobre él.

—¿Por qué has sacado tus vestidos?

—Parto con mi hermano y mi familia hacia Mull. No voy a quedarme ni un día más en este lugar, junto a ti.

—No te vas a ir, Seelie —le informó con tranquilidad, pero con un malestar interior enorme.

—¡Intenta detenerme, Dragón!

—¡No te irás!

Ella lo encaró enfadada, colocando los brazos en jarra.

—¿Y para qué me necesitas a tu lado, Kyle? ¿Para volver a mandarme a vivir al poblado? ¿Para dejarme una y otra vez en ridículo cada vez que cambies de amante? ¿Para quitarme a mi hijo cuando dé a luz y encerrarme en mi alcoba?

Al escuchar esto último, Kyle bajó la vista a su vientre, el cual ya no era plano. Una gran sonrisa ocupó su rostro. ¡Iba a tener un niño, iban a tener a su primer hijo!

Recorrió el poco espacio que había entre ellos y la abrazó, emocionado, obviando los intentos de Seelie por soltarse.

—¡Estás encinta, un hijo!

Ella lo empujó y apretó la mandíbula.

—¡Yo voy a tenerlo, este niño es mío! ¡No me lo vas a arrebatar, Kyle Murray, o juro que te mataré!

Él rio y pasó una mano por su rostro, emocionado. Creía que explotaría de felicidad.

—Guarda tu ropa, Seelie. Hay mucho que celebrar.

—¡Lo celebraré cuando regresa a la isla de Mull y me aleje de ti!

—No te irás, mi vida —repitió mirándola con ojos cariñosos.

—¡No me llames así, Kyle Murray, no te atrevas a dirigirte a mí con palabras amorosas, cuando los dos sabemos que no las sientes! —gritó. La voz le temblaba.

—Sí las siento.

—¡Basta! ¡No volveré a caer en tu juego! —Una lágrima resbaló por su mejilla y se la limpió con rabia—. ¡Me has destrozado, me has usado, me has dejado en ridículo delante de todos!

—Esa nunca fue mi intención, Seelie.

—¿Ah, no?

—Bueno, puede que al principio sí fuese así... pero... —La agarró por los brazos—. He comprendido que lo que siento dentro de mí es muy diferente a lo que sentía el Dragón antes de que aparecieses en mi vida.

—¡Suéltame, he dicho que no me toques! ¡Me abandonaste! —Lloró, se tapó la cara con las manos y sollozó toda la pena que tenía dentro, descargándola en forma de lágrimas—. ¡Me abandonaste en el poblado y me dejaste allí sola!

—Estaba tan enfadado, Seelie... Nos habíamos dicho tantas cosas horribles...

—¡Te olvidaste de mí, me prohibiste la entrada al castillo y te libraste de mi presencia!

—No hubo día que no tuviese que frenarme para no ir a por ti —aseguró con el dolor reflejado en los ojos—. Te necesitaba, pero no me permitía aceptarlo, mi amor.

—¡No me llames así! ¡No quiero que me vuelvas a engatusar con tus palabras inciertas para luego arrebatarme todo de nuevo!

—Te amo, Seelie —le confesó intentando que lo mirase a los ojos—. ¡Te amo!

—¿Qué clase de amor es el tuyo? —chilló desesperada—. ¿Cuál es ese amor que te hace desear besar a otras mujeres y fornicar con ellas?

—No deseo a ninguna otra, cariño. Siempre has sido tú.

—¡Mientes de nuevo! ¡Vi cómo besabas a Evanna! ¡Cómo la llevabas a la arboleda!

—¡Estaba confuso! ¡Tenía miedo! ¡Jamás había sentido nada parecido, creí que era incapaz de amar a nadie de la forma en la que lo hago contigo! ¡Seelie, llegaste y pusiste mi vida del revés!

—¡Pues no pienso consentir que cada vez que mi esposo se confunda, vaya fornicando con otras! —dijo con furia.

—No fornicué con Evanna. No fui capaz.

—¿Me tomas por estúpida, Kyle?

—¡Es cierto, maldición! —gritó a su vez, intentando que lo creyese—. ¡No pude hacerlo! ¡Tu imagen aparecía en mi mente, me atormentaba con tu dulce rostro! ¡Te

quiero, Seelie Murray! ¡Creo que me di cuenta de mi amor en ese instante, pero fui tan cobarde que decidí seguir ignorándolo!

—¡Cállate, cállate, no sigas! ¡El Dragón no ama, su alma malvada no se lo permite!
¡Deja de mentirme y de intentar convencerme de algo irreal!

—¡Es tan real como tú y como yo! ¡Amo a mi esposa!

Seelie lo miró a los ojos y las lágrimas volvieron a brotar por sus mejillas. Se dejó caer sobre el lecho, quedando sentada sobre él y lloró amargamente con la cara tapada. Su cuerpo se convulsionaba por el llanto y apenas era capaz de hablar.

Kyle se sentó junto a ella y la abrazó, juntando sus cabezas. Se mordió el labio inferior y se obligó a no derramar esas lágrimas que mojaban sus ojos. Ver a Seelie tan rota era demasiado para él.

—Seelie, mi amor... necesito que creas en mí —susurró en su oído—. Ya sé que hay demasiado en mi contra, y que he estropeado muchas veces nuestra oportunidad de ser felices, pero quiero que sepas que no voy a volver a perderte. No voy a permitir que nada de esto vuelva a suceder, porque tu felicidad es la mía. Porque no concibo una vida sin que tú estés en ella. —Suspiró y cerró los ojos—. Evanna ya no está en el castillo. Le ordené que se fuese la misma noche que incendiaron el poblado. Lo que te he dicho es cierto. No pude volver a tocarla, porque a la única que deseo es a ti.

—¿Y la tal Brianna?

—Ella es Brianna Drummond, la viuda de Alistair.

—¿Y qué hace aquí?

—Prometí que la devolvería a su familia, al clan Fraser.

—¿Por eso cuchicheabais al oído, tan sonrientes? —lo interrogó con sarcasmo.

—Brianna solo estaba asombrada por lo hermosa que es mi esposa, cosa que yo he admitido de inmediato. —La abrazó con fuerza—. Seelie, para mí solo existes tú. Solo tú logras que mi vida sea completa, solo tú consigues que tu ausencia sea igual que una herida lacerante. Solo tú me haces feliz, porque contigo lo tengo todo, mi amor. —La cogió por las mejillas y le limpió las lágrimas—. No llores más, por favor. Me duele verte así.

—No puedo evitarlo, esto ha sido demasiado para mí —se lamentó con pena.

—Te amo —declaró mirándola a los ojos—. Y juro que voy a pasarme el resto de mi vida demostrándotelo. Te mostraré que puedo ser algo más que el monstruo del que todo el mundo habla. Porque tú me has demostrado que debajo de toda la rabia, hay un hombre que necesita a su esposa, que anhela sus labios y sus palabras de amor.

—Oh, Kyle... —Se echó a llorar de nuevo y lo abrazó, mojándole la camisa.

—Quiero me perdones, mi vida —susurró emocionado—. Que pronuncies esos te quiero que conseguían hacer temblar mi interior. Que vuelvas a desear pasar esta vida a mi lado. Amanecer juntos y anochecer fundido en tu cuerpo. Deseo todo, los buenos y malos momentos, las caricias y las discusiones. Pero lo deseo si es a tu lado.

Seelie tragó saliva y sonrió, tan emocionada como nunca. Acercó la cara a la de su

esposo y juntó sus frentes.

—Te amo.

Kyle le limpió otra lágrima y sonrió, extasiado.

—Y yo te adoro, mi hermosa Seelie, mi luz en la oscuridad. —Rozó sus labios con tanto cariño que otra lágrima escapó de sus bonitos ojos—. No llores más, vida mía. De ahora en adelante, para nosotros solo habrá dicha. Te lo prometo.

Se besaron con el alma. Sus bocas degustaban la del otro, disfrutando de ese sabor tan dulce y conocido, pero tan excitante y apasionante como si fuese la primera vez.

Sus corazones latían al unísono, rápidos, por aquel delicioso nerviosismo, y fuertes como el amor que se profesaban.

Se acariciaron ansiosos, llevaban tanto tiempo separados, y habían pasado por tantos baches, que no querían que sus pieles dejaran de rozarse ni por un segundo.

Fundieron sus cuerpos con urgencia y necesidad. Fue una danza donde los sentimientos primaron por encima de todo lo demás. Se susurraron las palabras más hermosas y se juraron amor eterno. Los gemidos llenaron la alcoba, junto con los te quiero ahogados por los besos. Seelie no dejó de llorar, pero lo hizo de felicidad y de pura dicha. La ternura con la que Kyle le hizo el amor logró inundar su corazón. Nada importaba más que ellos dos. Nada podía dañarlos, nada se interpondría entre el deseo de convertirse en uno, de demostrarse todo lo que por orgullo habían callado.

Acabaron exhaustos, pero felices. Dormitaron el uno junto al otro, sin demasiadas conversaciones intrascendentes, sin demasiadas palabras inútiles.

Todavía tenían muchas cosas de las que hablar, asuntos que aclarar, pero ya habría tiempo para ello. Lo importante era que se amaban y que ambos pondrían todo de su parte para que aquellas emociones tan intensas perdurasen en el tiempo.

Kyle sonrió a su esposa, soñoliento, y besó su hombro mientras la abrazaba.

La habitación, helada. La chimenea no estaba encendida y el frío se colaba por todas las ranuras. Alcanzó las pieles, desordenadas a los pies del lecho, y cubrió a Seelie con ellas, para que no se enfriase.

Seguían desnudos tras hacer el amor, y se miraban a los ojos, maravillados. Había sido un acto precioso y tan especial que ambos no pudieron controlar la emoción. Estaban felices y estaban juntos.

El placer de saberse amado era tan agradable como tranquilizador.

Seelie lo besó y acarició su fuerte pecho, asombrada de que aquel simple roce lo hiciese reaccionar. Kyle jadeó bajo su contacto.

Estaba tan guapo con esa sonrisa relajada y sus ojos soñolientos... Era el hombre más impresionante que hubiese conocido, y era suyo. La amaba y le había prometido que serían felices. Y lo creía, quería creerlo. Quizás fuese una locura volver a exponerse

ante él, arriesgarse a darle todo su amor y que Kyle no cumpliera su palabra, sin embargo, no podía hacer más que amarle. Era un sentimiento tan intenso que hubiese aceptado mil veces, aunque eso supusiese que su corazón terminase hecho miles de astillas.

Los brazos de él la apretaron contra su pecho, y enredó sus piernas, logrando que Seelie riese. La besó con suavidad, como si su mujer fuese una delicada flor y tuviese miedo de dañarla.

—¿No deberíamos bajar al gran salón, con los demás?

—¿Ya quieres librarte de mí, mujer? —bromeó mordiéndole el cuello.

—No es eso. —Rio, y su piel se erizó con el contacto de la boca de Kyle—. Es que... desaparecimos en cuanto llegasteis. Se estarán preguntando dónde estamos.

—El Dragón lleva mucho tiempo sin ver a su esposa. —Sonrió abiertamente—. Créeme, nadie tendrá dudas de dónde estamos.

—Oh, por Dios... —dijo al tiempo que sus mejillas se coloreaban por la vergüenza.

—¿De verdad quieres reunirte con ellos?

Seelie sonrió y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Todavía no, deja que disfrute un poco más de mi esposo.

Kyle la besó con una dulzura infinita y acarició uno de sus senos. Esa mujer era perfecta para él, y odiaba haber perdido tanto tiempo por sus absurdos miedos.

—No logro creer que la guerra haya acabado, y que ya esté de vuelta.

—Yo tampoco. Tenía tanto miedo de no volver a verte... —Lo abrazó con más fuerza—. ¿Cayeron muchos hombres en combate? ¿Temiste por tu vida?

—Las guerras siempre se llevan vidas, y los Drummond resultaron unos rivales dignos y fuertes. —La cogió por las mejillas y la miró a los ojos—. Sin embargo, si hubo algo que temí estando en el frente, fue el no poder regresar a tu lado, mi dulce Seelie, no ser capaz de vengarme del hombre que casi logra hacerte daño.

—Pero lo lograste, mi dragón.

—Lo logré, y traje la cabeza de Alistair conmigo, como prueba de nuestra victoria.

—¿Y qué pasará con sus tierras y sus gentes?

—Los campesinos Drummond han jurado sumisión a cambio de sus vidas. Ahora sus tierras nos pertenecen, tanto a los Murray como a los MacLean.

—¿Logan ha exigido el derecho sobre ellas?

Kyle rio y se encogió de hombros.

—Nadie va a una batalla sin esperar nada a cambio.

—Claro, es lógico —asintió admirando la inteligencia de su hermano—. ¿Y cómo fue luchar a su lado? Por todos es sabido que... vuestra relación nunca ha sido buena, y todavía menos desde que me escapé y me refugié en el castillo Duart. Por mi causa, casi hay otro enfrentamiento.

El Dragón frunció los labios.

—Al principio hubo bastante tensión entre ambos. No obstante, tu hermano comenzó

a mirarme con otros ojos cuando le hablé sobre mis sentimientos hacia ti.

—¿Hablaste con Logan sobre mí?

—Tuve que hacerlo. Exigió saber por qué estabas en el poblado cuando ocurrió la incursión.

Seelie sonrió al imaginar a Logan interrogando a Kyle. Siempre había sido muy protector con ella.

—¿Y... le dijiste que me amabas?

—No. —Al ver su confusión, Kyle la besó con pasión—. Le dije que eras la mujer por la que vivía. Acepté que había cometido muchos errores contigo y que lograría arreglarlos todos y conseguir tu perdón. Porque mi corazón no latía si no te tenía a mi lado.

—¡Kyle... eso es precioso!

—Es lo que siento por ti, mi vida. Lograste remover todas mis convicciones y me demostraste que hasta el fiero Dragón puede amar de la forma más intensa.

—¿Cómo no amarte, esposo? —le susurró contra su boca—. Por más que intentabas odiarme, no pudiste hacerlo. Veía en ti a un hombre fuerte y temible, pero con un buen corazón y un alma noble. Creo que me enamoré de ti el mismo día que nos desposamos, cuando no podía dejar de temblar a tu lado, cuando tus ojos serios me miraban.

—Aun así, nos separamos casi un año, hasta que mi padre decidió reclamarte.

—Estaba tan enfadada... Intenté por todos los medios no tener que venir al castillo de Blair.

—Y yo intenté obviar tu llegada, actuar como si no existieses.

—Sin embargo, no pudimos hacerlo demasiado tiempo.

—No pude, Seelie. Tu presencia me llamaba de una forma tan intensa que me veía acudiendo a ti, aunque me obligase a no hacerlo. —Kyle escondió la cara en el delicado hueco que había entre su cuello y su hombro. Respiró su olor, tan especial y sensual—. La noche en la que me informaron de que el poblado ardía, casi muero por la angustia.

—Fue tan horrible...

—Recé a los santos para que te ayudasen, para que te mantuviesen con vida. —Apretó la mandíbula—. Pudiste morir por mi culpa y jamás me lo hubiese perdonado.

—Pero estoy bien, mi amor —comentó tranquilizadora.

—Pasé tanto miedo cuando entré a la casa de Effie y vi que las llamas estaban devorándola, contigo dentro. Creí que no volvería a verte nunca, que te había perdido por mi orgullo y mi cabezonería. —Kyle torció el gesto y la amargura se reflejó en su rostro—. Recordé la muerte de mi primera esposa, y me repetía que tú no podías morir, que no lo soportaría, que mi vida acabaría con la tuya. Me di cuenta del amor tan grande que te tenía, de que mi corazón era solo tuyo, y de que por más que quisiese negarlo, era inútil, porque ya estaba perdidamente loco por ti.

—¡Te amo, Kyle! Me siento tan dichosa... —Río, con una felicidad inenarrable. Besó a

su esposo con una pasión desmedida y se sintió en casa. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió en su hogar. Su lugar en el mundo era él. Suspiró, pues las emociones eran tan intensas que no pudo hacer otra cosa que abrazarse a Kyle y disfrutar de su compañía—. Fuimos unos necios, mi vida. Y en cierto modo, la joven Isla y mi primo Kenneth me recuerdan a nosotros.

—¿Por qué motivo? —preguntó alzando una ceja.

—Se aman. Pero son tan orgullosos que ninguno de los dos quiere aceptarlo. Pelean y pelean, discuten con una pasión desmedida, cuando en el fondo lo que desearían es perderse en los brazos del otro.

—No creo que eso sea posible —añadió él haciendo una mueca con la boca.

—¿Por qué no? El amor todo lo puede, el nuestro es el mejor ejemplo.

—Isla está prometida a Hamish Cockburn desde el día de su nacimiento.

—¿Al demonio de Cockburn? ¡No! ¡Eso es horrible! ¿No se puede remediar?

—No, mi amor. Nosotros más que nadie sabemos que cuando hay una alianza entre clanes, los deseos de los cónyuges son lo que menos importan.

—Pobre Isla. —Seelie contuvo las ganas de llorar. Isla no tendría tanta suerte como ella y Kyle. Su prometido era un hombre ya entrado en años, desdentado y con un horrible carácter.

Al verla tan triste, Kyle la besó con ternura. Seelie tenía un corazón bondadoso y puro, y le encantaba que se preocupase tanto por su prima pequeña.

—No te aflijas, mi dulce Seelie. Hoy no es un día para las tristezas. —Agarró sus mejillas y la hizo mirarlo a los ojos—. Hoy debemos celebrar nuestro amor, y a ese niño que llevas en tu vientre. Nuestro hijo.

—Sí. —Sonrió con más alegría—. Será un niño muy amado.

—Una pequeña persona nacida de nuestro amor. Del inmenso amor que siento por ti.

—Juntó sus frentes—. Te amo con todo mi corazón, Seelie Murray, y solo puedo dar gracias a Nuestro Señor por haber permitido que la vida nos uniese.

—Tanta gente en el mundo, tantos clanes en Escocia, y a veces, de entre todas las personas, solo necesitas a una para ser feliz. Te quiero, Kyle.

—¡Oh, mi vida!

EPÍLOGO

Los gritos retumbaban por el gran salón. La música, el whisky y la celebración se extendieron por todo el poblado, y los aldeanos se acercaban al castillo a felicitar a Logan, y a la preciosa Ginebra, por la buena nueva. Se decretaron tres días de fiesta en el clan, y no era para menos.

Eiric MacLean acababa de venir al mundo, y sus padres no podían estar más felices.

El pequeño era un niño rollizo y comilón, que dormía la mayor parte de la noche y que hacía las delicias de todo el que se acercaba a contemplarlo. Y Seelie no podía ser menos. Si con el nacimiento de Kylie y Aileen, cinco años atrás, sintió amor a primera vista por esas dos preciosidades morenas, su sobrino no despertó sentimientos menos tiernos en ella.

Sentada junto a Logan en una de las mesas del salón del castillo Duart, observaba al bebé con adoración, mientras su padre lo mostraba orgulloso a los demás MacLean, y reía al ver la cara de preocupación de Ginebra por la seguridad de su pequeño vástago. Los asistentes ya habían bebido mucho más de lo decoroso. A su lado, su hermana melliza Christen intentaba tranquilizarla.

—¿Vas a dejar que coja ya a mi sobrino? —le preguntó a su hermano, que parecía no querer soltar a la criatura—. En unos días partiré hacia Blair Atholl, y no quiero quedarme con la pena de no haber podido disfrutar de él.

Logan le sonrió y señaló su abultada barriga, de más de seis meses de embarazo.

—Hermana, con el tamaño de tu vientre no creo que puedas coger al bebé con comodidad.

—Podré —aseguró convencida—. Si todavía puedo levantar a Elliot, podré con un pequeño de tres días de vida.

Logan le pasó al niño y Seelie lo besó con amor. Era tan bonito... Estaba deseando que su embarazo llegase a su fin para poder verla la carita a su bebé.

—Y hablando del travieso Elliot, ¿dónde está?

—Dormido. Kyle acaba de llevarlo a mi alcoba, para que se haga cargo de él la ama de cría.

Sonrió al recordar la cara de su pequeño angelito mientras dormía. Era el niño más guapo y encantador del mundo, con el cabello de un divertido rojo zanahoria y los ojos negros como la noche, igual que su padre. Hablaba sin parar, tanto que Seelie acababa riendo a carcajadas por su constante charla, y tan nervioso que al final del día se quedaba dormida incluso antes que él. Y ahora, con su nuevo embarazo, todavía más.

No obstante, aquel pequeño era la alegría de sus vidas. Tanto Kyle como ella, dejaron de concebir la vida sin Elliot al instante en el que su cabecita asomó, durante el alumbramiento.

Dio otro beso a su sobrino y lo volvió a poner en los brazos de Logan, la espalda comenzaba a dolerle a causa de su avanzado estado.

Miró a su alrededor y sonrió al ver a su madre, que jugaba con Kylie y Aleen. Ellora estaba exultante. Con su llegada al castillo y la de Leslie, su hermana mayor, la familia estaba reunida, cosa poco frecuente por la distancia que los separaba.

Contempló con añoranza aquel gran salón. Aquel castillo en el que había vivido desde el día de su nacimiento, sin embargo, sabía que ya no era el lugar al que pertenecía. Su vida estaba en Blair Atholl, en el hogar de un hombre de ojos serios y aspecto amenazador, que había logrado robarle el corazón pese a su reticencia.

Desde el día en que arreglaron sus problemas, su felicidad había sido máxima junto a Kyle. Su esposo le había demostrado que incluso los guerreros más temibles y fieros eran capaces de amar con todo su ser, y entregarse por entero, sin importar el cómo ni el por qué.

Era tierno, considerado y en sus ojos se reflejaba tal amor por ella que jamás volvió a dudar de sus palabras, y tampoco quiso hacerlo. Decidieron dejar atrás el pasado, y eso significaba olvidar las cosas malas ocurridas entre los dos. Se acabaron las peleas, los insultos y las desconfianzas. Y, si bien las discusiones eran inevitables, el gran amor que se profesaban fue más fuerte que todo lo demás.

Al alzar la mirada, lo vio aparecer. Como siempre le ocurría, su corazón se aceleró al contemplarlo. El efecto que Kyle ejercía sobre su persona, no dejaba de sorprenderle. Por más que pasase el tiempo, el amor y la pasión no hacían más que aumentar.

Cuando llegó a su lado, le hizo un hueco para que tomase asiento. La abrazó y besó en la sien, en un gesto cariñoso e íntimo.

—¿Cómo está mi esposa?

—Algo cansada —reconoció.

Kyle le tocó el abultado vientre.

—Este bebé está demasiado grande. Debimos de habernos quedado en el castillo de Blair.

—Estoy bien, de verdad. Pero ya noto su peso al final del día.

—Podemos retirarnos a la alcoba cuando lo desees, no creo que a tu hermano ni a Ginebra les importe.

—No les importará, pero quiero quedarme un rato más a celebrar el nacimiento del pequeño Eiric.

—Entonces, nos quedaremos cuanto gustes, mi amor —le susurró contra sus labios.

La besó con ternura y pasión, de esa forma tan especial que la hacía derretirse en sus brazos. Apoyó la mano en la rasposa mejilla de Kyle y pasó sus dedos por la cicatriz de su mejilla, acariciándola. Su pecho se agitó por el intenso calor que le producía su contacto, y su corazón se aceleró por la necesidad de tenerlo a solas, para disfrutar de lo maravilloso que era su amor.

Seelie rio y se apartó un poco, mirando a su alrededor. Los MacLean comenzaron a

corear sus nombres y a aplaudir.

Kyle alzó una ceja, con chulería, y abrazó con más fuerza a su mujer, al verla enrojecer. Acercó su boca al oído y le susurró, sensual.

—Tienes suerte de que no estemos a solas, Seelie Murray. Nadie podría detenerme.

—Entonces, lo que tengo es muy mala suerte. Porque no deseo que te detengas.

—No juegues conmigo, mujer, o te arrastraré a tu antigua alcoba y te haré el amor hasta que supliques que me detenga —le advirtió, con una sonrisa pícaro en los labios. Las carcajadas de Seelie lograron que muchos de sus parientes los mirasen con curiosidad.

—Despertaríamos a Elliot.

—Lo dudo —dijo Kyle con seguridad—. Ese pequeño ángel, cuando duerme, ni la peor guerra podría sacarlo de su letargo.

La celebración fue pasando y los vítores y canciones dedicadas al recién nacido se sucedían sin cesar.

Cuando apenas quedaban veinte personas en el salón, Kyle ayudó a su mujer a levantarse del banco y caminaron cogidos de la mano hasta donde se encontraba Ginebra. Su cuñada, acompañada por su hermana Christen, conversaba tranquilamente.

Al verlos llegar, les sonrieron con amabilidad.

—Seelie, estáis preciosa —la alabó Christen, con sinceridad—. El embarazo os sienta de maravilla.

—Eres muy amable, querida. Y por favor, basta de formalismos, somos de la familia.

Ginebra se levantó de su asiento y besó a su cuñada en la mejilla. Se notaba su agotamiento, y las ojeras oscurecían la piel bajo de sus ojos.

—Tienes cara de cansada.

—Lo estoy, ha sido un día muy largo.

—Retírate a descansar. Kyle y tú lo agradeceréis después de tantas jornadas de viaje.

Seelie asintió y apretó la mano de su marido, que aguardaba a su lado cortésmente.

—Ha sido una celebración preciosa, querida Ginebra. Y me ha encantado ver lo grandes que están ya mis sobrinas.

—Lo están, y me apena que crezcan tan rápido. Parece que fue ayer cuando las tenía en mis brazos y les cantaba para que se durmiesen.

—Lo parece. Tengo la misma sensación con Elliot. —Miró a su marido con pena y suspiró—. Nuestro pequeño, ya es un hombrecito de cuatro años, ha crecido mucho antes de lo que hubiese deseado.

Se despidieron de Logan, Ginebra y Christen y se marcharon del gran salón. Había sido una bienvenida tan emotiva la que le dieron al pequeño Eiric, que Seelie no pudo aguantar las lágrimas en más de una ocasión, por lo que sentía que los ojos le pesaban de cansancio.

Agarrada a su marido, caminaron por el pasillo de Duarte, recreándose en todos los

rincones, memorizándolos, Tras su marcha a Blair Atholl, tardaría una buena temporada en regresar.

Kyle la condujo hacia las escaleras que llevaban a sus antiguos aposentos, donde Elliot dormía vigilado por el ama de cría. Sin embargo, Seelie frenó su avance y tiró de la mano de su marido hacia otro lugar, sonriéndole con pillería.

—¿Qué te propones, mujer?

—Quiero llevarte a mi lugar secreto —le susurró al oído, sin dejar de tirar de su mano. Él rio y se dejó hacer, curioso. Apenas conocía el hogar que había visto crecer a su esposa, y quería hacerlo, quería conocer ese secreto que la hacía sonreír como una niña. De hecho, quería conocer todo lo que tuviese que ver con Seelie.

—¿No estás demasiado cansada?

—Para esto, no. —Lo besó con intensidad y siguió caminando seguida por Kyle.

Salieron al exterior del castillo y pasearon por los jardines hasta que cruzaron las murallas. Atravesaron una bella pradera cubierta por césped y fueron conscientes de que la luz del castillo apenas llegaba hasta donde estaban. Solo la luna les mostraba el camino.

La noche era fresca, y no del todo ideal para salir a pasear, sin embargo, apenas les importó. La emoción de Seelie contagiaba a su esposo, que la seguía sin preguntar hacia dónde se dirigían. El simple hecho de estar a solas con ella, ya le era suficiente.

Kyle sonrió cuando vislumbró el lago. Era enorme, tranquilo y estaba rodeado por vegetación salvaje y una arboleda.

—¿Este es el lago del que me hablaste? ¿Al que solías ir a menudo?

—En efecto. —Sonrió—. Pero todavía no hemos llegado a mi lugar secreto.

Lo condujo por la orilla hasta que llegaron a una pared rocosa escondida tras la arboleda. Allí, el césped era alto y mullido, por la humedad y la poca luz del sol que lograba entrar a través de las hojas.

Las vistas que tenían del lago eran impresionantes. Desde su posición podía apreciarse su majestuosidad y grandeza. Sus aguas mansas, y oscuras por el negror de la noche, parecían un remanso de paz, y unas cuántas luciérnagas volaban por encima, creando una magia inesperada e hipnótica.

—Hemos llegado —dijo ilusionada. Besó a Kyle, con emoción por tenerlo junto a ella —. ¿Te gusta?

—Me gusta —respondió rodeándola con los brazos y profundizando su beso.

Se dejaron caer sobre la hierba, recostados y abrazados. El silencio era tan agradable... y se respiraba una inmensa paz.

—Nunca imaginé, cuando nos desposamos, que llegaría a traerte aquí.

Kyle la miró y acarició su tierna mejilla.

—Cuando nos desposamos yo tampoco imaginaba todo lo que ha ocurrido.

—Te veía tan inalcanzable y con tanta tiranía... —Apoyó la cabeza sobre su pecho y acarició el fuerte torso de Kyle—. ¿Quién me hubiese dicho que acabaría amando a ese

hombre tan lejano y frío con todo mi ser?

—Fueron tiempos difíciles para ambos —admitió él con una mueca en los labios—. Peleaba conmigo mismo para no caer rendido a tus pies. Me repetía que no necesitaba a nadie en mi corazón, que el amor era un sentimiento innecesario. —Besó su frente—. Pero tú, mi vida, me demostraste que cuando dos personas están destinadas a estar unidas, ni el más fiero dragón puede separarlas.

Seelie lo besó y la pasión comenzó a retorcerse en sus cuerpos.

—¿Recuerdas cuando me escapé del castillo y me escondí en Mull? —Rio mirándolo a los ojos.

—Lo recuerdo. Llevaba varios días sin dormir, después de una cacería, y encontré la alcoba de mi esposa vacía. —Frunció el ceño haciendo memoria—. Creo que ese día, las criadas temblaron más que en toda su vida al verme gritar.

—¿Les gritaste a ellas?

—Grité a todo el que se puso en mi camino. La frustración por mis sentimientos se sumó a la de tu huida, y lo único que tenía en la mente era encontrarte y darte una buena zurra en tu precioso trasero.

—¡Kyle Murray, eres horrible! —se carcajeó, dándole un par de golpes en el hombro.

—Pero, cuando te vi de nuevo... no pude hacerlo. —La besó con ardor y juntó sus frentes—. Siempre he sido un bruto, lo reconozco. Mi experiencia para tratar a las mujeres nunca fue buena, pues solo las necesitaba para satisfacer mis necesidades. Sin embargo, llegaste tú, mi amor, con esa lengua indomable y esos aires de gran señora... con tu bello cabello rojo, tus ojos desafiantes y tu cuerpo seductor, y desarmaste mis convicciones. —Acarició su mejilla—. Sé que fui una mala bestia, y que logré hacerte daño con mis palabras, pero nunca pude golpearte, Seelie, porque los golpes me hubiesen dolido más a mí que a ti.

—Lo sé —admitió, maravillada con su esposo—. Y... cuando me di cuenta de ello, me aproveché.

—¿Cómo que te aprovechaste?

—Dejé de temerte. Te retaba abiertamente, te provocaba y te hacía enfadar, porque sabía que nunca me lastimarías. Lo supe el mismo día que me relataste lo ocurrido con tu primera esposa. Había algo en tus ojos... que me hizo darme cuenta de tu inocencia. Kyle asintió ante sus palabras, sin embargo, entrecerró los ojos y la observó con gesto sombrío.

—¿Así que me retabas abiertamente, Seelie Murray? —preguntó con voz seria, pero haciéndole cosquillas en el costado.

Acabaron ambos riendo, abrazados y felices.

—No me quedaba más remedio que retarte y hacerte enfadar —añadió ella con un suspiro—. Creía que me engañabas con otras mujeres. Mi orgullo y mi amor propio estaban dañados. Yo había comenzado a amarte y... mi esposo yacía con otras.

—No he yacido con más mujeres que tú, desde que entraste en mi vida —le aseguró.

—Ahora lo sé, pero hace años mis creencias eran otras. Tu forma de comportarte conmigo no me dejaban lugar a dudas.

Kyle la abrazó e intentó que dejase de pensar en aquellos tiempos tan oscuros para ambos. La besó con intensidad y notó cómo las manos de Seelie lo rodeaban con fuerza. El temblor que recorrió su cuerpo lo sorprendió. Fue como el primer día, como ese primer beso furioso que se dieron en el bosque, como si sus labios hubiesen descubierto los de su mujer por primera vez. Con ella siempre era nuevo y excitante.

—Míranos ahora —habló Kyle, al separar sus bocas. Le sonrió con adoración y se perdió en sus preciosos ojos verdes—. Juntos, dichosos, con un niño precioso y feliz que alegra nuestros días y otra criatura en camino.

—Somos afortunados, mi amor —asintió ella—. Y si tuviese que pasar mil veces por los problemas iniciales para llegar hasta este momento, lo haría sin dudarlo. Porque eres mi vida, Kyle. Porque no hay hombre más fiel y leal que tú. Porque amas a tu familia con todo tu corazón. —Juntó sus labios con ternura—. Porque tienes alma de dragón. Pero un alma noble, justa y sabia. Y por todo ello, te amo con todo mi corazón.

—Mi Seelie... —susurró emocionado contra su boca—. Mi esposa, mi vida.

Se besaron con intensidad y una pasión desmedida. Kyle acarició la protuberante barriguita de ella y se sintió el hombre más afortunado de Escocia. Tenía el amor de su mujer y se amaban por encima de todas las cosas. Tenía a Elliot y a otra pequeña persona a punto de hacer su vida más maravillosa, y tenía la certeza de que lo que les quedaba por vivir, estaría plagado de felicidad y gozo.

El sonido de unas pisadas lo hizo ponerse en guardia. Alzó un poco la cabeza y buscó a la persona que interrumpía aquel momento tan especial con Seelie.

—Debe ser Logan —le aclaró ella, sin dejar de sonreír—. Mi hermano y Ginebra también aman este lago, y vienen a menudo a relajarse. —Al ver el ceño fruncido de Kyle, rio—. No te preocupes. Este lugar es solo nuestro, ellos tienen el suyo propio un poco más escondido entre la arboleda. No nos molestarán, ni nosotros a ellos. —Fundió de nuevo sus bocas en aquel beso sensual y caliente, y los suspiros de placer fueron llenando aquel pequeño rincón del lago—. Te amo, Kyle, y lo haré hasta el día que abandone este mundo, porque no hay nadie que me haga sentir como tú, porque he tenido la suerte de encontrar a un alma afín a la mía, y cuando eso ocurre, ni el peor de los desastres puede romper dicha unión.

—Oh... Seelie, mi amor, mi dragona.

Fundieron sus cuerpos en uno en aquel rincón tan especial, rodeados por las luciérnagas y por el suave sonido del agua. Lo hicieron sabiendo que aquello jamás acabaría, que la vida juntos sería tan bonita y placentera como hasta ahora, y que su amor crecería con los años, pues un sentimiento tan hermoso como el suyo, era indestructible.

FIN

OTROS TÍTULOS DE MITA MARCO

Puedes encontrar las novelas de Mita Marco en todos los mercados de Amazon, tanto en digital como en papel.

Tan solo debes escribir su nombre en el buscador.

- Suite veintiuno (Amores de verano 1)
- Cuando me miras (Amores de verano 2)
- Reina de corazones
- Wing, ¿juego limpio?
- Las noches contigo
- Los besos que nos quedan
- Salvajes
- El nombre de Edrielle
- Mi lugar cerca del cielo
- Mil de amores
- El roce de tu piel (Pasión escocesa 1)
- Corazón nevado